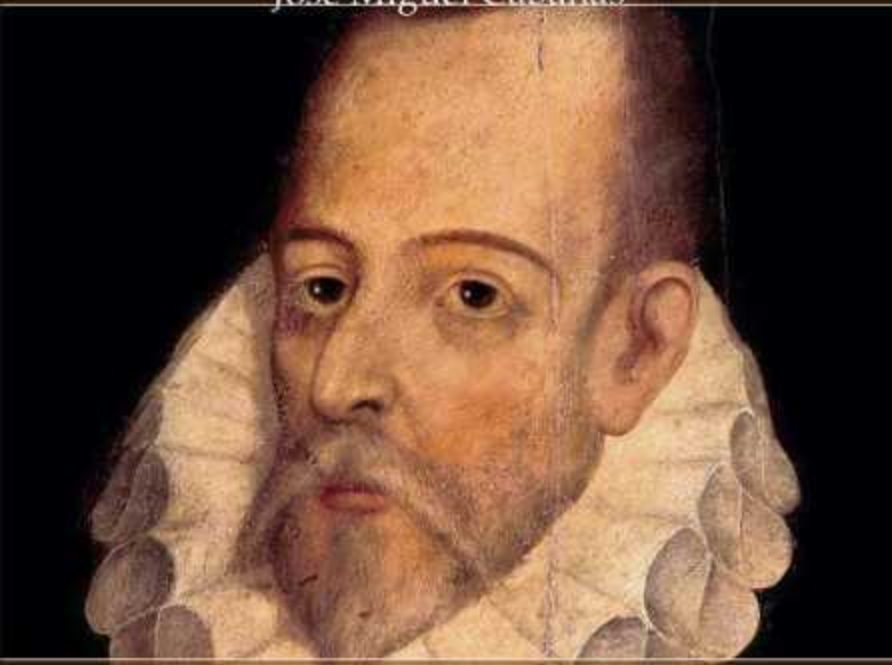
BREVE HISTORIA de...

CERVANTES

José Miguel Cabañas



Conozca a Miguel de Cervantes, el inventor de la novela y el autor de la obra más importante de la literatura: el *Quijote*. Descubra su exilio interior, su cautiverio en Argel, su carácter crítico y contestatario y hasta cómo se convirtió en el Manco de Lepanto, sus encontronazos con Lope y su auténtica vocación: el teatro

nowtilus saber

BREVE HISTORIA de...

CERVANTES

José Miguel Cabañas

Conozca a Miguel de Cervantes, el inventor de la novela y el autor de la obra más importante de la literatura: el *Quijote*. Descubra su exilio interior, su cautiverio en Argel, su carácter crítico y contestatario y hasta cómo se convirtió en el Manco de Lepanto, sus encontronazos con Lope y su auténtica vocación: el teatro

nowtilus
saber

Índice

Capítulo 1. La época que vivió Cervantes (1547-1616)

- Carlos V, rey de España y señor del mundo
- La nación más poderosa y también la más católica
- El año en que nace Cervantes, punto de inflexión entre dos épocas
- El Concilio de Trento
- El agotamiento de Carlos V: el emperador cede el peso de la monarquía a su hijo Felipe
- Felipe II: nuevo soberano de la Monarquía Católica
- San Quintín: ¿Un «apoyo divino» al nuevo reinado?
- Cateau-Cambrésis o la ratificación de la hegemonía española
- «Yo mismo traería la leña para quemar a mi hijo si este fuera un hereje»
- La guerra contra el Turco
- La revuelta de los Países Bajos: el cáncer de la monarquía española
- 1568 o el *Annus horribilis* del rey
- La rebelión de las Alpujarras y el problema morisco
- Lepanto: la gran batalla
- «La gran empresa de Inglaterra»
- El reinado de Felipe III
- La sociedad del Siglo de Oro

Capítulo 2. Los primeros años: el despertar al mundo de un genio (1547-1569)

- Un gran desconocido llamado Cervantes
- Entorno familiar
- En la cárcel por deudas
- El padre de Miguel busca mejor fortuna en Andalucía
- Primeras noticias sobre Miguel de Cervantes
- Extraña huida de Miguel de Cervantes

Capítulo 3. Cervantes, soldado de los tercios (1569-1575)

- La experiencia romana
- Al servicio del cardenal Acquaviva
- La llamada de las armas
- «La más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros»
- La cara y la cruz de un soldado de los tercios
- El frustrado y dramático regreso a casa

Capítulo 4. El cautiverio de Argel (1575-1580)

- La experiencia más amarga en la vida de Cervantes
- En los baños de Argel
- Argel, oasis de libertad
- Los intentos de fuga
- Una sombra de duda en la vida de Cervantes: la cuestión homosexual
- Por fin la tan ansiada libertad

Capítulo 5. La vuelta a casa es desengaño (1580-1587)

- Un pobre reconocimiento y una misión secreta
- La llamada del teatro
- Amores pastoriles y amores reales
- La segunda huida de Cervantes
- Saavedra: un nombre de «frontera»

Capítulo 6. Nueva vida por tierras andaluzas (1587-1601)

- Comisario de abastos para la Gran Armada contra Inglaterra
- Sevilla, «tierra de Jauja» y antro de perdición
- Entre el deseo y la virtud
- La cárcel de Sevilla
- La crisis finisecular de un reinado

Capítulo 7. El inmortal don Quijote (1601-1605)

- La creación de un mito
- Significación del *Quijote*

Capítulo 8. La fecunda madurez del genio (1605-1616)

- Un crimen a las puertas de casa
- La rivalidad con Lope de Vega
- Entre la creación y los disgustos familiares
- Unas novelas muy ejemplares y un viaje al Parnaso
- El *Quijote de Avellaneda*, un plagio que hará historia
- La segunda parte del *Quijote*
- «Puesto ya el pie en el estribo»

Epílogo. En busca de Miguel de Cervantes cuatrocientos años después

Bibliografía

Webgrafía

Alguien ha dicho que su vida es la mejor novela de su obra,
allí donde sólo la realidad supera a la ficción.

1

LA ÉPOCA QUE VIVIÓ CERVANTES (1547-1616)

La vida de Miguel de Cervantes Saavedra transcurrirá justamente durante los años más esplendorosos de lo que se dio en llamar la Monarquía Hispánica o Monarquía Católica. Comprende el final del reinado del emperador Carlos I de España y V de Alemania (1516-1556), el de Felipe II completo (1556-1598) y buena parte del de Felipe III (1598-1621). Los sesenta y nueve años que vivió Miguel de Cervantes, son podríamos decir, el núcleo central de esa historia de España que llamamos el Siglo de Oro, que comprendería mucho más de un siglo, prácticamente todo el siglo XVI y hasta los años ochenta del XVII. Es quizá la época más representativa de toda la historia de España, la llamada España de los Austrias, la cual tuvo su momento de ascenso imparable tanto en hegemonía política sobre Europa, como en la religión, en sus ejércitos y también en las artes, hasta llegar a su cénit más o menos hacia la última década del siglo XVI, todavía reinando Felipe II. A partir de ese momento, todos los analistas –y también los contemporáneos- coinciden en el inicio de un declive moral, económico, demográfico, militar, político, institucional, etcétera, llegando a una franca decadencia y tocando fondo en los postreros años del reinado de Felipe IV (1621-1665) y de su hijo Carlos II el Hechizado (1665-1700). El Siglo de Oro, que se refiere más bien a las artes y la literatura, tiene curiosamente su momento de máximo esplendor coincidiendo con la decadencia política, esto es, desde la primera década del siglo XVII hasta los años ochenta.

Cervantes, que nace en 1547, es por tanto un hombre plenamente de la época de Felipe II, del mundo de los éxitos en los campos de batalla, del poderío español sobre Europa, pero también de la ortodoxia militante en cuestiones religiosas, de la obsesión persecutoria hacia los conversos, de la censura de libros y de las hogueras de la Inquisición. Aun así, no fue obstáculo para que florecieran las artes plásticas, con Tiziano como retratista oficial de la monarquía, o pintores de Corte, como Alonso Sánchez Coello, Pantoja de la Cruz, Antonio Moro, y sobre todo, El Greco, aunque este no fuera del gusto del monarca. Son tiempos recios para la fe católica, que algunos viven intensamente, inspirados por su monarca, muy devoto, apareciendo un movimiento místico, que al principio peligró ante la Inquisición que todo lo vigilaba, como lo pudo comprobar fray Luis de León. Entre estos místicos se dio un florecer de santos y poetas: santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Juan de Villanueva, etcétera.

Sin embargo, a pesar de ser Cervantes un hombre plenamente del reinado de Felipe II, con los valores y características propias de él, la mayor parte de su obra, y, sobre todo, su gran obra, el *Quijote*, cumbre de todo este esplendor cultural del que estamos hablando, fue publicada en el reinado de Felipe III. La primera parte del *Quijote* data de 1605, y su segunda de 1615, sólo unos meses antes de morir. El resto de su producción: *Novelas ejemplares* (1613), *Viaje del Parnaso* (1614), *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados* (1615), *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617), este último ya póstumo, son de los cuatro últimos años de su vida. La única obra publicada en el reinado de Felipe II fue *La Galatea* (1585). Cervantes fue un escritor muy tardío, cuando publica su primera obra *La Galatea* tiene ya casi treinta y ocho años, que para la época eran muchos; pero cuando publica la primera parte del *Quijote* ¡tiene casi cincuenta y ocho! Por eso, Cervantes, que llega a convivir con la flor y nata de los artistas literarios del Siglo de Oro, no es sin embargo de la misma generación que ellos: Lope de Vega nace en 1562; Luis de Góngora en 1561; Francisco Quevedo en 1580; Luis Vélez de Guevara en 1579, etcétera.

Hagamos antes que nada un rápido repaso para conocer cómo fueron esos años de historia en los que transcurrió la vida de Cervantes, algunos de cuyos momentos más significativos los vivió en primera persona.

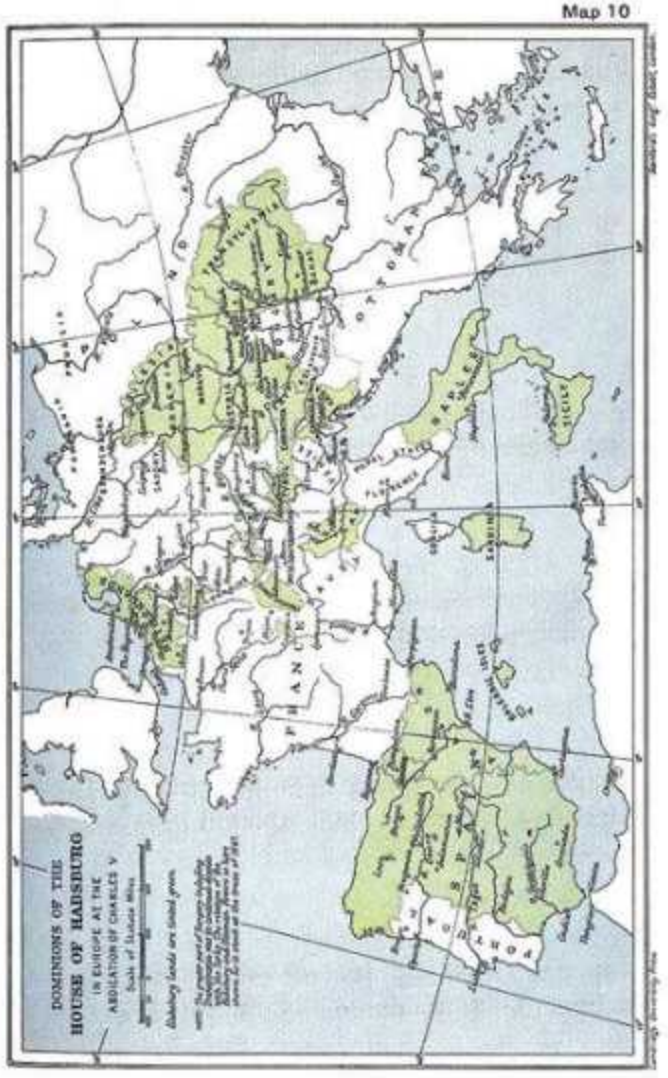
CARLOS V, REY DE ESPAÑA Y SEÑOR DEL MUNDO

La monarquía española o Monarquía Católica, como se la conocía entonces, que regía Carlos V, se componía de una amalgama de reinos, ducados y principados heterogéneos y dispersos que, ya fuera por conquistas, ya por enlaces matrimoniales, había acumulado la rama española de la dinastía de Habsburgo durante la primera mitad del siglo XVI, y cuyo epicentro y base estaba en la península ibérica, más concretamente en el reino de Castilla. El rey de Castilla, con todos sus territorios anexos de las islas Canarias, plazas del norte de África y, sobre todo, de los nuevos territorios recién conquistados en el Nuevo Mundo, lo era a su vez de la corona de Navarra; de Aragón, que comprendía el reino de Aragón propiamente dicho y los de Valencia, Mallorca, Nápoles, Sicilia, Cerdeña y el condado de Barcelona; del ducado de Milán; del Franco Condado; de Brabante, conde de Flandes, de Artois y de las diecisiete provincias unidas de los Países Bajos, etcétera; amén de los títulos honoríficos como los de rey de Atenas y de Neopatria y de Jerusalén. Pero además de todos estos títulos y honores que ya de por sí hacían del rey de España uno de los más poderosos de la tierra, cuando nació Cervantes en el año de 1547, el rey de España era a la vez emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, es decir, de la actual Alemania, Austria y parte de Hungría y Checoslovaquia; por eso se le conocía como Carlos I de España y V de Alemania, rey y emperador a la vez, el hombre más poderoso de su tiempo y señor absoluto de la política, la guerra y la religión en toda Europa.

TIZIANO. *El emperador Carlos V con un perro* (1553). Museo del Prado, Madrid.

Para Carlos V no había asunto europeo que le fuera ajeno: desde la lucha contra el infiel, encarnado por el sultán otomano Solimán el Magnífico y sus aliados en la ciudad norteafricana de Argel, hasta la que lideraba contra la herejía protestante a cuya amenaza tuvo que hacer frente, luchando contra los príncipes luteranos, pero también contra el mismo Papa, que no veía con buenos ojos tanto poder en manos de un mismo príncipe. Pero su enemigo más tenaz e incansable fue el rey de Francia, Francisco I de Valois, quien estuvo haciéndole la guerra obsesivamente hasta su muerte –ocurrida precisamente en el mismo año en que nació Cervantes– y luego continuada por su hijo Enrique II. En el tablero político

internacional, la lucha de poderes hizo compañeros tan extravagantes como el rey de Francia, quien ostentaba el glorioso título de Majestad Cristianísima, con el sultán de Turquía o con los príncipes protestantes, llevando a la práctica el viejo lema de: «los enemigos de mi enemigo son mis amigos». Asimismo, también se dieron circunstancias tan sorprendentes como que el emperador, que era el adalid de la defensa del catolicismo frente al protestantismo, se viera envuelto en una guerra contra el mismo Papa de Roma, debido al apoyo que este prestó a los enemigos de aquel por cuestiones de filias y fobias personales, a la vez que por un sencillo principio de equilibrio de fuerzas.



Mapa de Europa con las posesiones bajo mandato de Carlos I.

LA NACIÓN MÁS PODEROSA Y TAMBIÉN LA MÁS CATÓLICA

Miguel de Cervantes nace, pues, en la nación más importante y poderosa de su época. Cada siglo tiene su nación líder, y en el siglo XVI el liderazgo perteneció sin ninguna duda a España, quien se impondrá militar, pero también política y culturalmente al resto de Europa. España en la época de su hegemonía funcionó como si fuera un imperio, sin serlo nominalmente; un imperio que además, y a diferencia de los otros, nació de forma casual, por azar podríamos decir, pues se conformó básicamente por dos hechos casi fortuitos: por un lado, el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, y, por otro, la política de alianzas matrimoniales de los Reyes Católicos destinadas fundamentalmente a aislar a Francia en Europa, y que confluyó finalmente en la herencia de todos los territorios implicados en una sola persona: Carlos I de España y V de Alemania.

TIZIANO. *Alegoría de la Religión defendida por España* (1572-1575). Museo del Prado, Madrid.

Desde muy pronto, el imperio español tuvo una marcada vocación religiosa, tanto de evangelización en el Nuevo Mundo, como de defensa de la religión católica en Europa. España se implicó de lleno en la lucha contra los protestantes, llegando a ser vista por todos como el brazo militar armado del catolicismo, recién retado desde que Lutero desafió al Santo Padre clavando sus noventa y cinco tesis en la puerta de la catedral de Wittenberg en Alemania. No debemos olvidar esta característica de abanderado en la lucha en pro del catolicismo que tuvo el imperio español, que por algo era conocido en su época como la Monarquía Católica, porque le imprimirá un carácter especial que distinguirá a la nación española de entre todas las demás de Europa. Y esta vocación de defensora de la fe fue una cuestión cada vez más arraigada en todos y cada uno de los españoles de la época, quienes llegaron a convencerse de que Dios había elegido a este pueblo para librar su batalla personal contra los infieles o herejes. Esta posición superior de creerse los elegidos de Dios confirió al pueblo español y especialmente al castellano una sensación de infalibilidad que les hizo arrogarse una especie de superioridad moral en cualquier asunto europeo en el que interviniera la religión.

EL AÑO EN QUE NACE CERVANTES, PUNTO DE INFLEXIÓN ENTRE DOS ÉPOCAS

En efecto, 1547, año del nacimiento de Cervantes, es un año crucial en el siglo XVI. Es un año bisagra, en el que podríamos poner una línea imaginaria divisoria entre dos reinados de forma general: el del emperador Carlos V, de corte más liberal y abierto todavía a nuevas influencias, más universal, ecuménico, más optimista, heredero del esplendor del primer Renacimiento, y el de Felipe II, su hijo, más cerrado a influencias exteriores, más reaccionario, más receloso ante peligros reales o imaginarios.

En primer lugar, en 1547 mueren dos de las grandes figuras políticas del escenario europeo: Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia, dando paso así al relevo de nuevas generaciones de monarcas y dirigentes europeos. Carlos V abdicará nueve años más tarde, completando dicha renovación. Pero es que, además, en el plano político interior de España, curiosamente también se produce ese relevo generacional; los antiguos consejeros del emperador se van sucediendo en los óbitos: cardenal Tavera (1545), Juan de Zúñiga (1546), Francisco de los Cobos (1547), dando paso a una nueva generación de consejeros: los Granvela, el duque de Alba, Ruy Gómez de Silva, etcétera, que serán los protagonistas del reinado de Felipe II.

Es en 1547 cuando también se produce la gran victoria de los ejércitos de Carlos V contra sus vasallos rebeldes protestantes de la Liga de Esmalcalda en la batalla de Mühlberg, a orillas del río Elba, inmortalizada por el gran cuadro de Tiziano en donde podemos admirar a Carlos V montado en su corcel negro, con su lanza en ristre y su primorosa y deslumbrante armadura, en un gesto grandilocuente de señor victorioso sobre la herejía protestante.

TIZIANO. *Retrato de Carlos V a caballo* (1548). Museo del Prado, Madrid. Muestra al emperador, vencedor contra sus enemigos de la Liga de Esmalcalda en la batalla de Mühlberg.

Una de las características que más diferenciaron la época de Carlos V con la de su hijo Felipe II fue la distinta forma de afrontar las ideas renovadoras y las opiniones diferentes, especialmente en cuestiones religiosas. Si en el reinado de Carlos, sobre todo al principio, España y Europa entera se rendían entusiásticamente a las enseñanzas de un hombre que revolucionó todo el universo del pensamiento y del sentimiento religioso, como fue Erasmo de Róterdam, en el reinado de Felipe, el avance del protestantismo debido a la acción de Lutero y sus imitadores Calvino

y Zuinglio, hizo que España en particular, pero toda Europa en general, se replegara en sí misma, recelándose unas posturas de las otras: católicos contra protestantes, cristianos viejos contra cristianos nuevos, erasmistas contra contrarreformistas, etcétera. Este clima de desconfianza provocó no pocas desuniones y divisiones irreconciliables, que dan la tónica de la Europa de la segunda mitad del siglo XVI, la que el historiador e hispanista británico J. H. Elliott acuñó con el nombre de «La Europa dividida».

Pues bien, un elemento que ya avanzaba esa división y esa España intransigente con el «diferente» se empieza a dar justamente en este año de 1547, cuando el nuevo arzobispo de Toledo, el cardenal Silíceo, el que fuera preceptor del príncipe Felipe y por tanto el más responsable de su formación, introdujo un nuevo estatuto que invalidaba la pertenencia al cabildo catedralicio de cualquier miembro que no pudiese comprobar su limpieza de sangre de cualquier antepasado morisco o judío, de los que tanto abundaron en España en los siglos bajomedievales. Habían nacido los Estatutos de Limpieza de Sangre que pronto se extenderían a todos los ámbitos sociales y laborales, provocando una verdadera obsesión en las generaciones de la época de Cervantes y posteriores, al crear un círculo vicioso y excluyente en el que para ser alguien o hacer algo en la vida había que demostrar antes que nada que la sangre estuviera libre de impureza semítica o morisca. Se creó así una sociedad supuestamente perfecta, basada no en la valía personal, sino en algo tan aleatorio como la pureza de la sangre de cristianos desde generaciones inmemoriales, lo que se denominaba con orgullo como pertenencia a familia de cristianos viejos.

Por eso decimos que a partir de la época en la que nació Cervantes se producirán los cambios que caracterizaron el reinado de Felipe II. El mundo más abierto a innovaciones de todo tipo, aunque con algunos resabios aún bajomedievales, dará paso a otro escarmentado de aventuras e ideas nuevas, que prefiere en términos generales la espada a la palabra para defender sus principios religiosos. Es la época que se conoce como de las Guerras de Religión. Y el escritor Miguel de Cervantes perteneció cronológicamente a este segundo mundo, aunque, como veremos más adelante, nada conforme con él.

¿QUÉ SIGNIFICABA SER CONVERSO EN LA ESPAÑA DE CERVANTES?

Converso o judeoconverso se denominaba a todo aquel que siendo de origen y religión judía se convertía al cristianismo. Como en el resto de Europa a finales de la Edad Media, en España la minoría de religión hebrea se había convertido en un problema de asimilación para las autoridades, y la población cristiana los miraba con hostilidad en muchos casos. El problema principal para las autoridades era que esta población de origen judío, convertida al cristianismo muchas veces por presión o por miedo, siguiera practicando su antigua fe en privado, lo que se llamaba judaizar. Los que esto hacían eran denominados marranos o falsos conversos. Y de hecho, es verdad que muchos lo hacían, y esta práctica era considerada como herética por las autoridades cristianas, pero no existía ningún mecanismo legal para castigar a quienes judaizaban en secreto. Por eso, en 1478, los Reyes Católicos instituyeron el Tribunal de la Inquisición para juzgar y castigar a los falsos conversos. Pero aún había una parte de la población judía en España que no se había convertido nunca, es decir, que seguía practicando la religión judía sin ningún problema. Se consideraba que esta población judía contaminaba a los que se habían convertido, animándoles a seguir en secreto con su antigua religión. Si se pretendía que la población conversa fuera asimilada con el tiempo a la cristiana, sin tentación de seguir practicando su antigua religión, había que obligar a toda la población judía sin excepción a que se convirtiera o abandonara su casa, su lugar de nacimiento, es decir se autoexiliara fuera del reino. Por eso, el 31 de marzo de 1492, los Reyes Católicos firmaron el Edicto de expulsión de sus reinos de todos los judíos que no se quisieran convertir. La mayoría prefirieron la expulsión a la conversión. Pero muchos se quedaron y fueron bautizados. El término converso se refería a los judíos que se convirtieron y nunca más volvieron a su antigua fe. Con el tiempo, los descendientes de estos conversos fueron víctimas de una discriminación racista por parte del resto de la población cristiana.

EL CONCILIO DE TRENTO

Desde que Martín Lutero desafiara a la autoridad de la Iglesia de Roma en 1517, muchas autoridades civiles y eclesiásticas en Europa habían comprendido la necesidad de convocar un concilio ecuménico que pusiera las bases de una reforma de la Iglesia desde dentro. Sería un concilio impulsado por el emperador con el buen propósito de revisar y poner al día las prácticas religiosas, condenando las que se habían ido corrompiendo a lo largo de los años y que, en consecuencia, habían ocasionado la aparición del protestantismo, y ver qué tenían en común católicos y protestantes con el fin de llegar a un buen entendimiento y al final de las disputas por la vía de la conciliación. No se consiguió nada más allá de las buenas intenciones: el papado, enrocado en sus posiciones, utilizó el Concilio para poner las bases de un decálogo de normas básicas que tenía que cumplir todo buen católico –normalmente todo lo contrario de lo que predicaban los protestantes–, creando una nueva Iglesia católica que pasaría a la acción y a la contraofensiva contra el protestantismo con todas las armas que tuvieran en su mano: la propaganda, la Inquisición, la Compañía de Jesús recién creada y la intriga política, inmiscuyéndose en los asuntos de los estados católicos y conspirando en los protestantes. Los protestantes, por su parte, no mandaron ningún representante a dicho Concilio, al que consideraban con razón como un instrumento del papado para salir reforzado en su hegemonía religiosa en Europa, la cual había estado en peligro como nunca antes desde sus comienzos.

Los primeros papas del reinado de Carlos V, León X y Clemente VII, no estaban muy por la labor de convocar un concilio a pesar de la insistencia del emperador, pues temían ver mermado su poder. Finalmente, fue el papa Paulo III Farnesio quien convocó la primera de las tres sesiones el 13 de diciembre de 1545 eligiendo la ciudad de Trento, por considerarla terreno neutral, al ser una ciudad imperial dentro de Italia. La amenaza de una peste obligó a suspender la reunión en 1547. La segunda convocatoria se abrió el 1 de mayo de 1551, ya con el papa Julio III. Esta nueva convocatoria tiene que volver a suspenderse por la amenaza del príncipe luterano Mauricio de Sajonia, quien ataca al emperador en Innsbruck, el cual tiene que huir, e invade el Tirol, región colindante con la ciudad de Trento. La tercera y última convocatoria, la más importante, se abre con el papa Pío IV ya bajo el reinado de Felipe II en 1562 y se cierra dos años más tarde.

TIZIANO [atribuido]. *Sesión del Concilio de Trento.* Museo del Louvre, París. La sesión tiene lugar en la catedral de san Vigilio, en julio de 1563.

Fue un concilio ecuménico, esto es, una reunión de los principales cargos de la Iglesia para tratar de fijar el dogma oficial de la Iglesia católica, distanciándose ya de manera definitiva de la protestante. El Concilio de Trento tuvo un marcado predominio hispánico, en el que abundaron los teólogos españoles como Diego Laínez o Melchor Cano, así como otros de origen italiano. Hubo dos posturas enfrentadas: la que proponía una actitud conciliadora con los protestantes con el fin de llegar a un acuerdo, frente a la otra más intransigente que fue la que se impuso.

Este concilio aprobó medidas y dogmas como la predestinación por la fe y las obras, es decir, que el ser humano puede cambiar su destino eterno con sus buenas obras; la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; la aprobación de la Vulgata como texto oficial de la Biblia, pero a la vez la prohibición de su libre interpretación; la veneración de la Virgen y los santos; la existencia del purgatorio; un férreo control de los fieles mediante la creación de tribunales de la Inquisición nacionales y de la publicación de índices de libros prohibidos para los católicos; la obligación de inscribir todos los nacimientos y defunciones en registros parroquiales; etcétera.

EL AGOTAMIENTO DE CARLOS V: EL EMPERADOR CEDE EL PESO DE LA MONARQUÍA A SU HIJO FELIPE

Después de la gran victoria del emperador Carlos V contra sus rebeldes protestantes en Mühlberg en 1547, la fortuna le dio la espalda, hasta que el cúmulo de frentes abiertos y una serie de derrotas acabaron minando su salud, no sólo física sino, peor aún, mental.

Primero fue la traición de su único aliado protestante, el príncipe Mauricio de Sajonia, quien se pasó a los enemigos de la Liga de Esmalcalda, liderando la ofensiva contra su antiguo aliado y amigo, el emperador, sorprendiéndole en 1551 cuando este se encontraba en Innsbruck, donde a punto estuvo de ser hecho prisionero por Mauricio si no llega a escapar a tiempo, lo que le avergonzó y humilló para el resto de su vida. Luego la estrepitosa derrota del sitio de Metz en 1553, antigua ciudad imperial, ahora ocupada por el nuevo rey de Francia Enrique II, cuya heroica resistencia obligó al hasta ahora invencible estratega militar español, el duque de Alba, a levantar el cerco de la ciudad, dejándola así en manos francesas para siempre.

El emperador veía perder su salud de día en día. Acechado por la gota, catarros, estreñimiento y un sinnúmero más de enfermedades, a sus cincuenta y tres años estaba prematuramente envejecido. Durante todo el año de 1553 y buena parte de 1554, Carlos sufrió una severa depresión. Ya se había observado anteriormente algún episodio depresivo en su vida pero ninguno tan profundo y prolongado como este: «Siempre está pensativo y muchas veces y ratos llorando tan de veras y con tanto derramamiento de lágrimas como si fuese una criatura», escribía un consejero al príncipe Felipe. Durante esta fase de su vida, el emperador aborrecía tratar ningún asunto de estado, poniendo así en peligro la buena marcha de su monarquía. Era tal el peso de sus responsabilidades que se convenció a sí mismo de que había llegado la hora de pasar el testigo a su hijo, el cual estaba ya suficientemente preparado para tal efecto.

El 25 de octubre de 1555, en Bruselas, ante una sala abarrotada con todo lo más granado de la nobleza borgoñona y flamenca que conformaban los llamados Estados Generales de los Países Bajos, el emperador Carlos entró en la sala avanzando de modo renqueante, apoyándose en un bastón con una mano y en el hombro de un jovencísimo Guillermo de Orange, el que más tarde sería enemigo implacable de Felipe II, con la otra. Antes de ceder la soberanía de los Países Bajos a su hijo, Carlos pronunció aquel famoso y emotivo discurso que decía:

> [...] nueve veces fui a Alemania, seis he estado en España, siete en Italia, diez he venido aquí a Flandes, cuatro en tiempo de paz y de guerra he entrado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fui a África. Y para eso he navegado ocho veces el mar Mediterráneo y tres el océano, y agora será la cuarta que volveré a pasarlo para sepultarme.

FRANCKEN EL JOVEN, Frans. *Alegoría de la abdicación del emperador Carlos V en Bruselas* (h. 1630-1640). El monarca abdicó el 25 de octubre de 1555. Rijksmuseum, Ámsterdam (Países Bajos).

Mientras hablaba, no había «un solo hombre en toda la asamblea que no derramara abundantes lágrimas». Hasta el mismo emperador, ese gran hombre que había dictado su ley en Europa durante casi medio siglo, tuvo que interrumpir su discurso al verse embargado por la emoción. Su hijo, el hasta ahora príncipe Felipe, tomó el relevo, pero su discurso no fue tan lucido. Lo primero que hizo fue disculparse por no poder hacerlo en francés, la lengua oficial de los Estados Generales –Felipe sólo hablaba bien castellano y algo de portugués–, y en consecuencia, invitó al gran consejero borgoñón de su padre, Antoine Perrenot, el cardenal de Granvela, a que diera el discurso en su nombre. Mal comienzo y mala impresión para los que iban a ser sus súbditos a partir de ese momento.

El resto de los territorios de Carlos se cedieron mucho después. El 16 de enero de 1556 se transfirieron los territorios de España y sus dominios. Posteriormente Carlos cedió a su hijo los territorios italianos del Sacro Imperio: el ducado de Milán. En febrero de ese mismo año se transfirió el Franco Condado, la otra parte del ducado de Borgoña. La abdicación formal de la corona imperial, es decir la del Sacro Imperio Romano Germánico, no se hizo hasta 1558, unos meses antes de la muerte del emperador Carlos. Por un acuerdo familiar, se decidió que esta corona pasaría no a su hijo, sino a su hermano Fernando, escindiéndose así las dos ramas de la familia Habsburgo: por una parte la española, que a partir de ahora dejaría de ostentar el título de emperador, y por otra la austriaca, que gobernaría el Sacro Imperio y más tarde el Imperio austrohúngaro hasta su desaparición tras la Primera Guerra Mundial en 1918.

Como de todos es sabido, Carlos V, el gran césar que un día dominara el mundo entero, se retiró al monasterio de Yuste en Extremadura, donde entre salmos y tedeums por la salvación de su alma que entonaban los monjes se fue apagando poco a poco. En los últimos años de su vida, Carlos, que había gozado tanto de los placeres de la vida, se volvió un santurrón, obsesionado con la idea de la salvación. Consciente de no haber podido acabar con el protestantismo en Europa, y viendo que incluso iba ganando posiciones y adeptos cada día, muy influenciado también por el ambiente religioso cada vez más beligerante de España, había abandonado ya hacía tiempo toda ilusión de poder llegar a un entendimiento con los protestantes, por lo que puso todas sus esperanzas en su hijo Felipe, a quien conminó a que liderara con mano férrea la lucha contra la herejía para acabar con esa hidra de siete cabezas en la que se había convertido.

FELIPE II: NUEVO SOBERANO DE LA MONARQUÍA CATÓLICA

A partir de la primavera de 1556, a sus veintinueve años, Felipe II iba a ser el nuevo soberano del mayor imperio conocido hasta la fecha, que incluía, además de España y sus posesiones en América, los Países Bajos con el Franco Condado, el reino de Nápoles y Sicilia, Cerdeña, el ducado de Milán e Inglaterra. Sí, Inglaterra también, pues Felipe fue rey consorte de Inglaterra desde 1554, antes de serlo de España, por su matrimonio con la reina María Tudor, su tía, hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, que era once años mayor que él y se había convertido en una anciana prematura. Antes de ceder su mando al príncipe Felipe, Carlos V le obligó a contraer matrimonio con esta princesa con el doble objetivo de mantener a Inglaterra bajo la fe católica y al mismo tiempo bajo la órbita española frente al enemigo común que era Francia, con la vista puesta en la defensa de los Países Bajos del peligro francés. Su lema era: «paz con Inglaterra y guerra con todos los demás», un mandato que Felipe, como fiel devoto de los deseos políticos de su padre, intentó seguir al pie de la letra con funestas consecuencias.

Gracias a este retrato la reina María I Tudor de Inglaterra se enamoró locamente de su sobrino el príncipe Felipe de España antes siquiera de conocerle personalmente. TIZIANO. *Retrato de Felipe II* (Augsburgo, 1551). Museo del Prado, Madrid.

Se había estipulado que el hijo de María y Felipe heredaría el trono de Inglaterra y los Países Bajos, mientras que el príncipe don Carlos, hijo y heredero de Felipe II, que a la sazón contaba con nueve años, heredaría el resto. Pero ese hijo nunca llegó, malográndose así las esperas
tas en ese matrimonio. Obsesionada po
María deseaba ese hijo más que nadie. F

Enjoying this book?
Save for later

de haber sufrido tantas humillaciones y amenazas desde que su padre el rey Enrique VIII repudiara a su madre la reina Catalina, su vientre era estéril. Cuanto más rezaba para que Dios le recompensara con un embarazo por todos los sufrimientos que había pasado por mantenerse en la fe católica, más se alejaban sus esperanzas. Lo único que consiguió fue una serie de embarazos psicológicos, incluso con abultamiento de su vientre, pareciéndole a todo el mundo, incluida ella misma, que la reina estaba de buena esperanza, para luego darse de bruces con la cruda realidad: los médicos de la corte diagnosticaron un enorme flato, y toda la alegría se tornó en decepción. Y así ocurrió una y otra vez hasta protagonizar tres embarazos ficticios.

Felipe, cansado de esperar a que la reina le diera un heredero así como por los desplantes y mala voluntad que le dispensaban la mayoría de los cortesanos ingleses, aprovechó la llamada de su padre el emperador para ir a Bruselas con ocasión de la ceremonia de traspaso de poderes, y ya no volvió a poner jamás un pie en Inglaterra. La pobre María, desesperada y abandonada, sintiendo que toda la culpa de sus desgracias era sólo suya por dejar que los herejes vivieran tranquilamente en su reino, se lanzó a una campaña de persecución y quema de protestantes como nunca se había visto en suelo inglés, ganándose el siniestro apelativo por el que pasó a la historia: *Bloody Mary*, es decir, María la Sanguinaria.

SAN QUINTÍN: ¿UN «APOYO DIVINO» AL NUEVO REINADO?

Mientras María Tudor se debatía en su reino contra sus súbditos protestantes viendo conjuras para derrocarla por todas partes, hasta llegar a encerrar en la Torre de Londres a su medio hermana y heredera al trono, la princesa Isabel, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, Felipe se disponía desde Bruselas a poner las bases de su recién estrenado poder. Una de las herencias envenenadas que había recibido fue la guerra contra el francés, quien se disponía a dar la batalla una vez más sin importarle quién fuera el nuevo líder español: siempre sería su encarnizado enemigo a batir. Pero antes de iniciar una nueva campaña militar contra Francia, Felipe II tuvo que lidiar con el papa de Roma: el que fuera el mayor defensor de la fe católica inició su reinado haciéndole la guerra al papa. Paradojas de la historia en esta época tardorrenacentista en la que nada era lo que parecía y en nadie se podía confiar.

En 1555, había subido al solio pontificio el napolitano Gian Pietro Caraffa, con el nombre de Paulo IV, gran enemigo de España a quien no le perdonaba que se hubiera adueñado del reino de Nápoles, su tierra natal. Había hecho un pacto con el rey de Francia para distraer a los ejércitos españoles invadiendo territorio napolitano, con el fin de que Enrique II tuviera el campo libre para invadir los Países Bajos. Felipe envió inmediatamente al duque de Alba al mando de un ejército para dar batalla al papa y este en respuesta lanzó una bula de excomunión contra Felipe. Después de unas escaramuzas, el duque de Alba se impuso al papa, quien no tuvo más remedio que aceptar la paz.

Poco tiempo más tarde, en la aldea de San Quintín, al norte de Francia, se libraría una de las batallas más míticas para la historia de España: la que lleva el mismo nombre del lugar donde se disputó, el 10 de agosto de 1557, festividad de san Lorenzo. Esta fue la única batalla en la que participó el Rey Prudente, como se le conocería a Felipe II a lo largo de la historia. Los ejércitos españoles, con alguna aportación de ingleses y flamencos, derrotaron estrepitosamente a las huestes del rey francés. Tal fue el destrozo causado, tan diezmado quedó su ejército donde perdieron la vida varios de los más importantes pares de Francia y tal el peligro que vieron los franceses al quedar el camino expedito hacia París, que Enrique II no tuvo más remedio que pedir la paz. Sin duda –pensaría el nuevo rey de España, el catolicísimo Felipe II–, que Dios o san Lorenzo en este caso le había dado un buen espaldarazo justo en el inicio de su reinado, para que lo empezara con buen pie y con autoridad hacia el resto del mundo, mostrando que el hijo del césar era digno heredero de su padre. Tal fue el convencimiento de Felipe II de que san Lorenzo había intercedido en la batalla que prometió que a su vuelta a España le honraría dedicándole alguna construcción religiosa: esta promesa fue la primera «piedra» de la puesta en marcha del conjunto monástico, palacial y panteón real que se mandaría construir años más tarde en las laderas de la sierra de Guadarrama, cerca de Madrid, el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, el mejor símbolo en piedra de la personalidad e idiosincrasia del nuevo monarca.

Cateau-Cambrésis o la ratificación de la hegemonía española

El 3 de abril de 1559 se reunían en el pueblo de Cateau-Cambrésis en el obispado independiente de Cambray, entre Francia y los Países Bajos, las delegaciones de Francia, España e Inglaterra para firmar la paz. Era ya la enésima paz que se firmaba entre Francia y España en lo que llevaban de siglo, rompiéndose sistemáticamente y volviendo a las hostilidades, sin embargo esta vez la paz duraría más tiempo de lo que venía siendo habitual. Las razones de esta durabilidad fueron en primer lugar debido a que España ya no tendrá en Francia a un adversario tan poderoso como antaño, quedándose como la única potencia sin rival en Europa; en segundo lugar porque ninguno de los dos monarcas contaba ya con dinero suficiente para proseguir la guerra; y la tercera y principal razón, porque tanto el rey de Francia como el de España venían percibiendo con gran preocupación cómo la herejía protestante estaba penetrando en Francia igual que en los Países Bajos españoles. Así que tanto Enrique II como Felipe II, por muy enemigos que fueran, prefirieron enterrar el hacha de guerra para luchar conjuntamente contra los protestantes.

Para sellar dicha paz y conferirle mayor validez, se quiso dar un paso más allá al querer hacer emparentar a las dos dinastías rivales Valois-Habsburgo con una serie de lazos matrimoniales, entre los que destacaba el de la hija mayor de Enrique II y Catalina de Medicis, Isabel de Valois, con el rey de España Felipe II. Esta princesa había sido prometida primero con el hijo y heredero de Felipe, el príncipe don Carlos, pero al enviudar aquel a la muerte de la reina María Tudor, se cambió el novio, en lugar del hijo, fue el padre[1].

El matrimonio se celebró por poderes en París, actuando el duque de Alba como representante de Felipe II, pues este se encontraba ya de vuelta en España. Para celebrar la boda por todo lo alto emplearon varios días de fastos en los que la corte española y la francesa, antaño enemigas, se comportaron como auténticos caballeros, escondiendo sus antiguos rencores. Como colofón, se celebró un torneo a la vieja usanza medieval, pero muy en boga todavía en aquellos ambientes cortesanos, donde todo lo más granado de la nobleza quiso participar, siendo el más destacado el mismísimo rey de Francia Enrique II. En el estrado principal, la reina Catalina, su esposa, veía con mal disimulada resignación cómo su marido hacía gala de su amor hacia su favorita, Diana de Poitiers, rindiéndole y dedicándole su honor y su fuerza viril de caballero andante antes de cada acometida con su rival en liza. Cuando ya estaban a punto de terminar los juegos, la reina Catalina, que había tenido una premonición, le rogó a su marido que no siguiera participando en los torneos. Este no la quiso escuchar y proclamó públicamente que mediría sus fuerzas por última vez con el conde de Montgomery, un noble escocés del séquito de María Estuardo. Al entrechocar las lanzas en ristre entre los dos contendientes lanzados a la carrera a caballo con sus armaduras, la lanza de Montgomery se hizo astillas al chocar contra la celada del rey, hiriéndole de gravedad. Este cayó del caballo desmallado. Rápidamente se le trasladó a sus aposentos en el Château des Tournelles, se le quitó la cimera y se comprobó con horror que una de las astillas de la lanza había penetrado en su ojo, por el que manaba sangre a borbotones. La astilla había penetrado hasta alojarse en el cerebro del monarca. El rey sufría unos dolores indecibles pero seguía aún con vida. Su fortaleza hizo que resistiera durante varios días, mientras la fiebre no paraba de subir pues había contraído una septicemia. Ni el más afamado médico del momento, Vesalio, pudo hacer nada por salvarle la vida. Enrique II moría el 10 de julio de 1559. Dejaba a una desconsolada viuda, Catalina de Medicis, que ya no se quitaría el luto en toda su vida, y a una prole de hijos menores, que se sucederían en el trono bajo la supervisión de su madre, la auténtica gobernadora de Francia.

«Yo mismo traería la leña para quemar a mi hijo si este fuera un hereje»

Se dice que estas mismas palabras fueron pronunciadas por Felipe II en el gran Auto de fe que se celebró en Valladolid en mayo de 1559. Creo que, de ser verdad que las dijo, son muy definitivas para entender la personalidad de este monarca que ha sido y es aún hoy en día uno de los iconos históricos que más se relacionan con España. No con la España actual, claro está, pues con nuestra mentalidad es difícil de entender cómo un padre puede pronunciar semejantes palabras, pero sí con la España en la que vivió Cervantes.

Hacia finales de la década de los cincuenta del siglo xvi Europa vio como se cernían negros nubarrones de intolerancia y dogmatismo religioso que oscurecieron la luz del primer Renacimiento. En Roma, el pontificado de Paulo IV Caraffa, aquel que excomulgara a Felipe II, dio un giro de ciento ochenta grados al estilo de vida mundana que venía caracterizando a la curia papal durante el Renacimiento. El arte de Miguel Ángel y de Rafael, aunque también, por qué no decirlo, la vida licenciosa y pagana de los papas, dio paso a las hogueras de la Inquisición en Campo dei Fiori, la plaza dedicada a este tipo de actos, y a una mayor austeridad. En 1559 se publica el primer *Índice de libros prohibidos* para la Iglesia católica y cinco años después se clausurará el Concilio de Trento, promulgando una serie de rígidos preceptos tridentinos de obligatorio cumplimiento en todos los países católicos.

Ese mismo año de 1559, es también el de la vuelta a España de un Felipe II más decidido que nunca a acabar con cualquier foco de herejía en cualquier parte de sus vastos territorios. En septiembre de 1558 había fallecido en el monasterio de Yuste su padre el emperador, y en noviembre de ese mismo año, su esposa, la reina de Inglaterra María Tudor. Después de imponer sus condiciones a Francia en la Paz de Cateau-Cambrésis, ya nada le retenía en el norte de Europa, y preocupado por el hallazgo de dos importantes focos protestantes en Sevilla y Valladolid, decidió regresar cuanto antes –ya no volverá a salir nunca más de España–, no sin antes dejar a su medio hermana la princesa Margarita de Parma como gobernadora de los Países Bajos, asesorada por su hombre de confianza, el cardenal Granvela.

Nada más poner un pie en España, se celebran los famosos autos de fe de Valladolid, presididos por él mismo, y de Sevilla, donde fueron quemados vivos un centenar de herejes. En ese mismo año se publica en territorio español el *Índice de libros prohibidos* del inquisidor Valdés, mucho más restrictivo que el mismo romano, y se cierran las fronteras para que ningún español vaya a estudiar fuera de España, exceptuando las universidades de Coímbra y Bolonia. También se inicia un proceso inquisitorial contra el que había sido confesor real e inquisidor, el arzobispo Bartolomé de Carranza, acusado de erasmista. Este es un dato muy significativo, pues por primera vez hasta un prelado de la más alta jerarquía eclesiástica como Carranza, hombre de confianza del rey e incluso antiguo inquisidor, era víctima del temido Santo Oficio, cundiendo la sensación de que nadie, por muy alto nivel en la jerarquía social a la que perteneciera, estaba a salvo ante la Inquisición, otorgándole un poder aterrador. Había que extremar las precauciones de qué se decía en público o qué se escribía, si no se quería pasar por la desagradable experiencia de vérselas frente al alto tribunal. Atrás habían quedado la libertad de pensamiento, la innovación, el optimismo y la sensación de estar viviendo uno de los momentos más brillantes de la civilización occidental: el del primer Renacimiento, más o menos entre 1400 y 1550. La aparición del protestantismo y del calvinismo, que había supuesto la mayor fractura social y del *estatu quo* en Europa desde el principio de la cristiandad, había dado paso a un recelo por los cambios y las nuevas ideas, que había hecho que cada credo religioso, católicos y protestantes, se atrincherara en sus rígidas posiciones intentando imponerse el uno al otro por la fuerza. Cualquier indicio de sospecha de poder tener al enemigo en casa, bien fueran protestantes en España o bien católicos que conspiraran en los centros del protestantismo, era un riesgo que nadie se podía permitir. Por eso, la segunda mitad del siglo xvi va a vivir una auténtica histeria colectiva por ambos bandos motivada por el miedo a la herejía, que pudiera desestabilizar los gobiernos y la sociedad, ya fuera la católica o la protestante[2].

En Inglaterra a la muerte de María, subirá al trono su medio hermana la princesa Isabel como Isabel I, conocida como la Reina Virgen, quien dirigirá con mano firme los destinos de ese reino durante cuarenta y cuatro años, volviendo a ponerlo bajo la religión protestante desde el primer momento, desafiando así al rey de España en particular y al resto de monarcas católicos y al Papa en general, liderando las fuerzas del protestantismo en Europa como el país más importante adscrito a ese credo religioso.

LA GUERRA CONTRA EL TURCO

Si los europeos estaban en guerra entre sí, además tenían otro frente al que atender: el infiel, o lo que es lo mismo, el enemigo común que era el imperio turco en plena expansión y ofensiva contra los cristianos de cualquier especie, a los que amenazaba con conquistarles e imponerles la media luna, especialmente a los de la cuenca mediterránea. La república de Venecia, con sus posesiones por toda la costa dálmata e islas griegas, era la que se sentía más amenazada. Pero cualquier población que fuera bañada por el mar Mediterráneo estaba en constante peligro, pues cada año los turcos, o sus socios de la ciudad corsaria de Argel, llevaban a cabo una campaña de acoso y secuestro de la población autóctona en dichas poblaciones, para esclavizarla y convertirla eventualmente a su religión.

España, tanto por su posición geográfica, no sólo de la península ibérica, sino también por sus posesiones en Italia y en el norte de África, así como por su compromiso en defensa de la religión, estaba llamada también a liderar la lucha contra el infiel.

Desde el final de la Reconquista, España no había cejado en su lucha contra el islam, persiguiéndolo incluso más allá de sus fronteras naturales: campañas de Orán y otras plazas del norte de África llevadas a cabo por Fernando el Católico y el cardenal Cisneros. Adquiriendo así un compromiso ante el papa y ante el mundo entero como garante y brazo armado de la lucha contra el islam en la cristiandad. La otra gran potencia en Europa, que era Francia, no sólo no adquirió dicho compromiso, sino que se alió con los turcos en su lucha implacable contra España. Por lo tanto, cuando el peligro turco arreciaba y amenazaba con tragarse a Europa entera, todos ponían sus miradas y sus esperanzas en que España les salvaría del desastre.

Pero el Turco era el señor de los mares en el Mediterráneo. Desde que en 1453 habían conquistado la ciudad de Constantinopla, poniendo así fin a los mil años del Imperio bizantino, el empuje y afán de conquista por parte de estos nuevos enemigos de la cristiandad no había dejado de crecer. Su fama de invencibles por mar no era una leyenda, sino la constatación de su poderío naval, así como de su buena organización y eficaz maquinaria de guerra, donde los soldados jenízaros, la élite del ejército del sultán otomano, eran temidos en todas partes. España, a pesar de su voluntad de frenar el avance turco por Europa y el Mediterráneo, no estaba en condiciones de plantarle cara directamente, por lo que su política fue meramente defensiva y de estrategia.

Este sultán fue el que más engrandeció el Imperio otomano y más lo expandió por Europa y norte de África. Fue el gran rival de Carlos V en el Mediterráneo.
TIZIANO. *Sultán otomano Solimán el Magnífico* (1494-1566) (h. 1530).

Como rey de España y emperador, Carlos V asumió el mismo compromiso que sus antecesores, encabezando él mismo la campaña para la reconquista de Túnez en 1535. Con tantos compromisos y frentes abiertos en Europa, Carlos no pudo dedicarse de lleno a combatir al Turco hasta la década de los treinta, sobre todo por la ayuda de su nuevo aliado, la República de Génova, que, junto con Venecia, disponía de la mayor flota de guerra marítima del Mediterráneo, contando con sus galeras al mando del gran marino Andrea Doria, quien puso sus barcos al servicio de la monarquía española.

El sultán de Turquía, Solimán el Magnífico, se había aliado con el gobernador de la ciudad corsaria de Argel en el norte de África, Jeredín Barbarroja, de origen cristiano convertido al islam, a quien había nombrado capitán general de la flota turca: *kapudan paschá*. Este había capturado la vecina ciudad de Túnez, expulsando de su gobierno al aliado morisco de España Muley Hassan, en agosto de 1534. Este enclave en el centro justo del Mediterráneo era de vital importancia que estuviera en manos cristianas si no se quería que la parte occidental de este mar, es decir la que bañaba las costas de Italia y España, acabara también en manos turcas. Por lo que Carlos V se decidió a reunir una flota para reconquistar Túnez. La flota, que partió del puerto de Barcelona, llegó a Túnez en pleno mes de junio de 1535, y tras duros combates en los que el mismo emperador estuvo en la línea de fuego exponiéndose al peligro y a las altas temperaturas, cayó primero La Goleta y después la misma ciudad de Túnez. Este éxito militar, celebrado por toda la cristiandad, no fue sin embargo suficiente para acabar con el problema de la piratería en el Mediterráneo, pues el foco del problema seguía encontrándose en la ciudad corsaria de Argel. Por ello, en cuanto Carlos se vio libre de compromisos volvió a tomar la iniciativa en la guerra contra el Turco. Esta vez su propósito era la ciudad de Argel, verdadero foco de inestabilidad e inseguridad en el Mediterráneo. Una vez más, el emperador se volvió a poner a la cabeza de su ejército, llegando a Argel en octubre de 1541. Pero la estación estaba ya muy avanzada. Una gran tormenta de las que se desatan en otoño en el Mediterráneo barrió literalmente a ciento cincuenta de sus embarcaciones, por lo que el asedio tuvo que ser levantado. Argel fue una de las mayores catástrofes militares en el reinado de Carlos. Diez años después caerá en manos turcas la plaza española de Trípoli, en el norte de África. Poco a poco fueron cayendo otras plazas de la costa norteafricana en manos musulmanas.

El emperador reuniendo sus tropas en Barcelona. Primer cartón para tapiz de la Campaña de Túnez (h. 1546-1550). Kunsthistorisches Museum, Viena.

Como se podrá deducir, Felipe II heredó de su padre el problema del islam sin resolver en absoluto. Ante la agresividad turca, España se encontraba en una posición muy delicada. Por ello, los primeros seis años desde que Felipe volvió a la Península ya para quedarse definitivamente, es decir, entre 1560 y 1566, el peligro turco fue el problema prioritario en la política filipina. Más que los propios turcos a Felipe le preocupaban sobre todo sus aliados del norte de África, quienes desde sus bases de Argel y Trípoli, comandados ahora por el corsario Dragut, atacaban a los buques cristianos que navegaban por el Mediterráneo occidental y saqueaban las poblaciones ribereñas de España e Italia.

En 1559, recién firmada la paz con Francia, se organizó una expedición con una flota hispanoitaliana de galeras comandadas por el duque de Medinaceli, virrey de Sicilia y Juan Andrea Doria, que acababa de suceder a su tío Andrea, para ir a atacar la ciudad de Trípoli. En su camino, pararon en la isla de Djerba al este de Túnez (entonces era conocida como Los Gelves) para tomarla. Un buen día se sorprendieron los españoles apostados en Djerba al ver por el horizonte marítimo a la gran flota turca en pleno que venía a poner orden en sus dominios. Intentaron organizarse a todo correr para dar batalla, pero en poco tiempo se vieron rodeados por una flota muy superior. Los mandos, con el duque de Medinaceli y Juan Andrea

Doria a la cabeza, lograron escapar, dejando a su suerte a dieciocho mil hombres del ejército español que se refugiaron en el fuerte. En pleno verano, con un suministro de agua y víveres para pocos días, la flota turca sólo tuvo que esperar a que se rindieran por inanición. Los españoles resistieron heroicamente mientras esperaban refuerzos de España, pero estos refuerzos nunca llegaron y al final se tuvieron que rendir. Fueron hechos prisioneros y exhibidos por las calles de Estambul como botín de guerra.

Djerba fue un desastre sin precedentes para la moral y el prestigio de la monarquía española, pero también sirvió de lección. A partir de ahora, Felipe entendió que nunca podría poner freno al peligro turco sin una política defensiva a la altura de las circunstancias. Se inició pues una rápida actividad de construcción naval así como de fortificaciones por todas las ciudades del Mediterráneo expuestas al acoso de los infieles, como lo prueban por ejemplo las murallas de la ciudad de Ibiza, que fueron construidas en esta época. Fue Felipe II quien elevó a España a uno de los mayores poderes navales del Mediterráneo. Esta política empezó a dar sus frutos: en 1563 fue repelida una gran ofensiva argelina contra la ciudad norteafricana de Orán, una de las pocas que aún se mantenían en manos españolas; en el 64 se capturó el peñón de Vélez de la Gomera también en la costa norteafricana; y en el 65 los turcos atacaron la isla de Malta, último bastión de los caballeros hospitalarios de san Juan de Jerusalén, la llamada Orden de Malta. Una vez más, los defensores resistieron el asedio turco durante meses hasta la extenuación, pero esta vez, si bien en el último momento, llegaron los refuerzos salvadores de la mano del nuevo capitán de la armada española don García de Toledo, quien logró poner en fuga a los turcos y liberar a los asediados.

Felipe II era el primer monarca de la dinastía Habsburgo española que había nacido en España; tanto su padre el emperador como su abuelo el archiduque Felipe el Hermoso habían nacido en Flandes. Desde su vuelta a España desde los Países Bajos en 1559 Felipe dejó claro, si no de una manera explícita, sí de facto, que iba a dar prioridad a sus reinos peninsulares, especialmente a Castilla, como centro de su poder, del que irradiaría al resto de sus vastas posesiones. Al ser un monarca muy meticuloso y preciso, quizá quiso dejar claro esta idea al elegir a la pequeña e insignificante villa de Madrid, en el centro justo de la península ibérica, como capital fija de su monarquía y de su Corte. Hasta ahora no había existido el concepto de capitalidad, cualquier ciudad de importancia podía ser capital del reino cuando el monarca con toda su Corte se establecía allí por un tiempo duradero, ya fueran Valladolid o Toledo, como habían venido siendo en tiempos del emperador, pero este nuevo concepto de capital permanente respondía a un nuevo programa de Estado moderno y centralizado por donde pasarían todos los asuntos de gobierno y desde donde se dirigiría ese vasto y heterogéneo imperio que era la monarquía española. Algunos historiadores han comparado la forma de gobernar de Felipe II a la de una araña que se afana en tejer laboriosa y meticulosamente su tela desde su centro mismo. Pues bien, ese centro de la tela imperial sería a partir del año 1561 y hasta hoy, con la breve interrupción del período de cinco años que lo fue Valladolid, Madrid, villa y corte de la monarquía española. Pero a Felipe no le gustaba residir en un mismo lugar por mucho tiempo, y amaba el campo y la naturaleza, donde se solazaba y daba rienda suelta a los breves momentos de expansión de su espíritu en soledad; por eso, alrededor de Madrid diseñó una red de palacios y casas reales donde poder disfrutar de esa pasión por la naturaleza y por su deporte favorito, la caza. Algunas de esas fábricas reales ya existían y él las mejoró y amplió, dirigiendo personalmente las obras como buen conocedor de la arquitectura que era, como por ejemplo Aranjuez. Otras las mandó construir, como Valsaín o la Fresneda. Pero sin duda la obra a la que más ilusión y esfuerzo le puso, imprimiéndole toda su personalidad y presencia, fue la del monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial. Monasterio, palacio, basílica, biblioteca y panteón familiar, todo en uno. Las obras comenzaron en 1563 y avanzaron a una velocidad nunca vista antes en un monumento de tal envergadura. Ocho años después ya podía habitarlo mientras seguían las obras. Y veintiún años más tarde ya estaba finalizado, por lo que la persona que lo imaginó pudo tener la satisfacción de verlo convertido en realidad.

Palacio de El Escorial. Centro del poder desde donde Felipe II dirigirá toda su monarquía. Fue diseñado por los arquitectos Juan Bautista de Toledo, discípulo de Miguel Ángel, y Juan de Herrera, bajo la atenta supervisión del monarca.

Estando la corte reunida en uno de estos palacios de retiro, el de Valsaín, donde pasaban el verano de 1566, llegaron unas cartas alarmantes de la gobernadora de los Países Bajos, Margarita de Parma, relatando los horrores de las turbas calvinistas en aquellos estados, que habían ido rompiendo imágenes y ultrajando la religión católica en conventos e iglesias, cometiendo la profanación e incluso el asesinato de algunos religiosos. Aunque el problema de los rebeldes flamencos y la penetración de la herejía en esos estados ya venía de lejos, la noticia pilló por sorpresa a toda la Corte con su monarca a la cabeza, quienes, ante tamaña afrenta a la religión católica en unos estados que pertenecían a la misma monarquía, enfermaron todos al unísono por el disgusto. Ya no cabían más concesiones para los súbditos flamencos que reclamaban tolerancia y mesura para erradicar el problema. Ya sólo cabía utilizar la fuerza como castigo a unos súbditos rebeldes a su monarca natural. En la mentalidad del sistema de monarquías autoritarias del siglo XVI, donde la religión y la figura del monarca eran sagradas, no cabía ninguna otra solución que no fuera el castigo mediante la fuerza, y los

mismos súbditos flamencos lo sabían. Si durante años Felipe se había debatido en un mar de dudas de cómo sería la mejor manera de atajar el problema de sus rebeldes flamencos, después de los llamados disturbios iconoclastas del verano de 1566, ya no albergó ninguna; como él mismo le comunicó por carta al Papa: «el rey de España no sería señor de herejes».

Se preparó un ejército de diez mil hombres para enviarlos a los Países Bajos a la cabeza del mejor estratega militar de Europa en esos momentos y el que más machaconamente había preconizado la medida de fuerza militar para resolver el problema flamenco: Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, más conocido como el Gran duque. En abril del año siguiente se puso en marcha este ejército de élite formado por los mejores hombres de armas, cruzando media Europa hasta llegar a los Países Bajos el 22 de agosto. En ese momento, la situación se encontraba ya neutralizada aunque se respiraba una tensa calma. Ni qué decir tiene que la aparición de Alba y su temible ejército no gustó a nadie, ni siquiera a los más moderados y amigos de España, quienes temían que la medida, por parecer excesiva, se volviera en contra de ellos, dando la razón a los más radicales. Incluso la gobernadora Margarita de Parma recibió a Alba con gran frialdad y se mostró desde el principio poco colaboradora.

El rey había otorgado a Alba plenos poderes de actuación, tanto políticos como militares, y le había dado además unas instrucciones secretas que no debía de comunicar en modo alguno a nadie, ni siquiera a la gobernadora. Estas instrucciones secretas incluían el arresto y juicio de los que el rey consideraba los máximos responsables de las revueltas pasadas: los cuatro nobles más importantes de los Países Bajos, verdaderos señores e ídolos de sus paisanos, como eran Lamoral de Egmont, conde de Egmont; Philippe de Montmorency, conde de Horn; Floris de Montmorency, hermano del anterior y barón de Montigny, quien a la sazón se encontraba en España, donde también fue ejecutado con nocturnidad estando preso en el castillo de Simancas; y, finalmente, Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, quien, más avispado que el resto, había escapado en cuanto supo que Alba venía de camino. Era imprescindible el secreto si se quería prender a los cabecillas antes de que levantaran el vuelo como había hecho Orange. Por lo que desde que el duque llegó a Bruselas, donde fue recibido por estos mismos nobles, entre otros, Alba les trató con toda cordialidad y naturalidad para no levantar sospechas.

Para atrapar a Egmont y Horn, que eran los dos únicos que se encontraban en los Países Bajos, Alba les tendió una celada. Pretextando su sabio consejo con respecto a la construcción de un fuerte militar, les convocó a su presencia una mañana en su despacho. Los dos se presentaron confiados, y después de platicar amigablemente sobre el modo correcto de acometer la construcción de dicho fuerte, les dijo que aún tenía otro asunto pendiente que tratar con ellos. A una llamada del duque se presentaron cuatro de los capitanes de sus tercios de más confianza en el despacho, quienes invitaron por la fuerza de sus armas a Horn y a Egmont a que les acompañaran sin mostrar resistencia. Así fueron arrestados los dos nobles flamencos más importantes y conducidos a prisión a la espera de juicio.

El duque de Alba ante los cadáveres decapitados de los condes de Egmont y de Horn, auténticos iconos del nacionalismo flamenco y neerlandés contra la tiranía. Recreación historicista del siglo XIX. GALLAT, Louis. *Los últimos honores de los condes de Egmont y de Horn*. Museo de Brooklyn, Nueva York.

Una vez arrestados los principales cabecillas de los disturbios, y ante las quejas de la gobernadora Margarita de Parma, Felipe II destituyó a su hermana nombrando al duque de Alba como único gobernador de los Países Bajos. Se instituyó un tribunal sumarísimo para juzgar de forma rápida los casos de lesa majestad y de herejía, el famoso Tribunal de los Tumultos, el cual iba a dejar un triste recuerdo que perdurará en la Leyenda Negra hasta casi nuestros días, al juzgar y condenar a muerte expeditivamente a un buen número de súbditos flamencos.

1568 o el *annus horribilis* del rey

Se ha acuñado este término para el año de 1568 por haber sido muy duro para el rey Felipe II, especialmente por los dramas familiares que se desarrollaron.

Hacía años que el rey veía con gran preocupación y hasta consternación cómo su único hijo y heredero al trono, el príncipe don Carlos, venía comportándose de forma más que inadecuada para la enorme responsabilidad a la que estaba destinado. Además de sufrir algunas deformidades físicas, don Carlos mostraba un carácter irascible, violento, intratable y rebelde, especialmente ante su augusto padre. Era cruel con los más débiles, irreverente con los grandes, sádico y falto de entendimiento y de conmiseración. El rey, viendo cómo se comportaba, recelaba de él y no le confiaba los asuntos importantes de gobierno. A sus veinte años, seguía siendo un niño mimado y malcriado que protagonizaba escenas verdaderamente bochornosas para su padre, como cuando se lanzó cuchillo en mano lleno de rabia contra el duque de Alba al enterarse de que el rey le había nombrado Comandante en jefe de las tropas que partirían a los Países Bajos en lugar de a él. Este tipo de comportamientos iban llenando el vaso de la paciencia del rey, quien lo sufriría con gran pena como padre, pero también como rey buscaba una solución. Y Felipe II fue rey mucho antes que padre.

En la medianoche del 18 de enero, en el Alcázar madrileño, el monarca reunió a los cuatro miembros activos del Consejo de Estado en su despacho. Era una reunión improvisada pero de alto secreto. En ella, Felipe II les hizo partícipes de una decisión que había tomado con respecto a su hijo y les pidió su colaboración. A los cuatro miembros del consejo se les debió helar la sangre al escucharle. Acto seguido, el rey se enfundó su media armadura y su casco –era la primera y única vez que Felipe se ponía este tipo de atuendo defensivo– y les indicó que le siguieran por los pasillos del Alcázar hasta llegar al aposento donde dormía el príncipe. Cuando entraron en él don Carlos se despertó y, al verse rodeado de hombres armados y sobre todo de su padre, dedujo que algo malo pasaba. Con voz melifluа dijo: «¿Qué quiere Vuestra Majestad? ¿Quiéreme Vuestra Majestad matar o prender?» A lo que su padre respondió: «Ni lo uno ni lo otro, príncipe». Pero al ordenar a los ayudas de cámara que sellaran las ventanas del aposento con clavos, este comprendió al momento las intenciones de su padre. Entonces don Carlos saltó fuera de la cama y se intentó arrojar a las llamas de la chimenea que estaba encendida. Cuando don Antonio de Toledo, uno de los consejeros que habían acompañado al rey, le sujetó para que no lo hiciera, don Carlos gritó: «¿Vuestra Majestad me quiere atar como loco? ¡Yo no estoy loco, mas sí desesperado!». A partir de ese momento, don Carlos quedó encerrado en sus propios aposentos, privado de libertad y sin fecha prevista de salida.

Hijo y único heredero de Felipe II, murió encerrado en sus aposentos del Alcázar de Madrid por orden de su padre a los veintitrés años el 24 de julio de 1568.
MORALES, Cristóbal de. *Príncipe don Carlos de Austria* (h. 1562). Monasterio de las Descalzas Reales, Madrid.

La medida del rey fue excepcionalmente dura, sobre todo tratándose de su propio hijo y heredero. A la mañana siguiente no se hablaba de otra cosa en la Corte, la cual recibió la noticia con razonable consternación, aunque nadie se

atrevía a comentar nada en voz alta. Más tarde llegó la noticia al resto de las cortes europeas, donde se repitieron las mismas escenas de estupor e incredulidad por la gran trascendencia y excepcionalidad del caso. A pesar de todo, Felipe II, con su habitual hermetismo, callaba. Las explicaciones del motivo real que impulsó a Felipe a llegar a tal extremo aún se desconocen a día de hoy, y no creo que se lleguen nunca a conocer. Lo único que el rey repetía una y otra vez en las cartas que enviaba dando explicaciones por su actuación era que había arrestado al príncipe sólo por causa de su «natural y particular condición» y no «por ofensa ni culpa que contra nuestra persona haya cometido, ni por otra cosa de semejante especie». Y añadía que tampoco lo había hecho esperando que con esta medida el príncipe se reformara o se enderezara su carácter. No era un castigo a su mal comportamiento tampoco, pues «tiene este negocio otro principio y raíz, cuyo remedio, no consiste en tiempo, ni en medios» (*Felipe II*, G. Parker). Pues si no era un castigo, ¿qué era? ¿Una medida preventiva? Felipe II había tomado la determinación de encerrar a su hijo de por vida, sin esperanza de que pudiera salir nunca jamás de su prisión ni que se pudiera suavizar su reclusión. ¿Pensó Felipe que el problema de don Carlos era que estaba loco y por tanto incapacitado para gobernar un imperio como el español con tantas responsabilidades y tantos problemas? ¿Creyó que la mejor solución era como se había hecho hacía sesenta años con su abuela la reina doña Juana la Loca, la cual también fue encerrada de por vida en una fortaleza en Tordesillas? Es muy posible.

En su prisión, don Carlos, desesperado, hizo todo lo que estuvo en su mano para atentar contra su salud. Trató de morir dejando de comer durante varias semanas, se tragó su anillo pensando que los diamantes podían ser venenosos y así atajar su sufrimiento. En los meses de verano se hacía traer nieve de la sierra para llenar su cama con ella, y se acostaba desnudo esperando pillar un resfriado que le llevara al otro mundo. Al fin su deseo de morir dio sus frutos: cayó enfermo y falleció el 24 de julio de ese mismo año a sus veintitrés años de edad. Se ha teorizado con que pudiera haber sido envenenado, pero son puras especulaciones, no existe ninguna prueba al respecto, aunque todo es posible.

Recreación historicista de la escena en la que don Carlos intenta, puñal en mano, atentar contra el duque de Alba. URÍA Y URÍA, José. *El príncipe don Carlos y el duque de Alba* (1881). Museo del Prado, Madrid.

Mientras tanto en los Países Bajos el duque de Alba seguía llevando a cabo su escrupulosa labor de purga mediante el Tribunal de los Tumultos, juzgando cada caso, condenando a muerte o a reclusión, según los casos, y confiscando los bienes de los condenados. Los condes Lamoral de Egmont y de Horn habían sido finalmente condenados a la pena capital por alta traición y el 5 de junio, ante la atenta mirada de Alba, fueron decapitados en la Gran Plaza de Bruselas. A su vez, el príncipe de Orange, que había escapado a Alemania, había reclutado allí a un ejército con el fin de hacer la guerra y expulsar a Alba y a los españoles de su país. En el verano de este año cruzó la frontera por el norte para dar la batalla. El duque tuvo que abandonar rápidamente Bruselas para ir al encuentro del príncipe rebelde con su formidable ejército. Las dos batallas que se produjeron a continuación fueron una aplastante y sangrienta derrota por parte del bando rebelde. Orange y su ejército eran unos aficionados en el arte de la guerra y se batían con el más experimentado estratega y el mejor ejército de su tiempo. La guerra de los Países Bajos había comenzado con muy buenos augurios por parte de España, pero lo que no sabían en ese momento es que se iba a prolongar durante ochenta años, convirtiéndose en el cáncer de la monarquía española y en uno de los motivos

principales de su hundimiento económico y humano.

El siguiente acto de este drama familiar fue la muerte de la reina Isabel de Valois por sobreparto, acaecida el 3 de octubre de ese mismo año, a sus veintidós años. Isabel fue una de las reinas más queridas por los españoles, quienes sintieron un profundo pesar a la hora de su muerte, entre ellos, el mismo Cervantes, que a sus veintiún años, dedicará sus primeros poemas a la muerte de esta reina. El rey también estaba consternado. A sus cuarenta y un años ya era viudo por tercera vez, y con el drama de don Carlos, seguía sin tener un heredero varón. Isabel sólo le había dado un par de hijas: Isabel Clara Eugenia, la preferida de su padre y futura gobernadora de los Países Bajos, y Catalina Micaela, futura reina de Saboya.

Pero con todo esto aún no habían terminado los disgustos para el rey en este año maldito: el 24 de diciembre se desataba una revuelta morisca en las Alpujarras granadinas. Revuelta que se convertirá en una guerra que durará dos años.

LA REBELIÓN DE LAS ALPUJARRAS Y EL PROBLEMA MORISCO

Tras la toma de Granada por los Reyes Católicos en 1492, que puso fin a los casi ochocientos años de dominación árabe en la península ibérica, la población musulmana del antiguo reino de Granada fue aceptada en un primer momento, incluyendo sus costumbres y su religión, en cumplimiento de una de las exigencias previas que los Reyes Católicos tuvieron que prometer al rey de Granada Boabdil para que aceptara la rendición. Se encomendó a Hernando de Talavera, el confesor de la reina Isabel, la tarea de convertir pacíficamente a los nuevos súbditos infieles. Pero esta política de tolerancia no duró mucho tiempo. La impaciencia de quienes pretendían que toda una cultura milenaria se convirtiera al cristianismo de golpe obligó a tomar medidas más drásticas. Hernando de Talavera fue sustituido por el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, mucho más intolerante. En 1502, tan sólo diez años después de la toma de Granada, se impuso en Castilla la misma medida que con los judíos diez años atrás: o la conversión o la expulsión. En 1526 se hizo lo propio en la corona de Aragón. Igual que había sucedido con muchos judeoconversos, muchos de los musulmanes convertidos a la nueva fe bajo coacción, los denominados moriscos, siguieron practicando su antigua religión, sus antiguas costumbres, seguían hablando en lengua árabe, a la que denominaban algarabía, y no se integraban con la población cristiana. El problema se fue agravando a lo largo del siglo XVI por las circunstancias geopolíticas: el imperio español estaba en guerra declarada contra el Turco en el Mediterráneo, y sus socios, los moros berberiscos de Argel en el norte de África. Los moriscos de España, por tanto, constituían a ojos de las autoridades cristianas como una quinta columna enemiga dentro del propio territorio. Era difícil controlar a estos moriscos que vivían mayormente en los más recónditos parajes aislados de las Alpujarras y costas de Levante, por donde los piratas berberiscos solían llevar a cabo sus fechorías secuestrando a la población autóctona para utilizarla como esclavos.

Se daba por descontado que los moriscos tenían contactos con los enemigos infieles, por eso, y por ver fracasadas las políticas pacifistas de asimilación, se fueron recrudeciendo las medidas más represivas. Era un hecho cierto el que algunos moriscos sí eran traidores a su lugar de nacimiento y mantenían contactos con los turcos, yendo a Constantinopla para ofrecer sus servicios como soldados o como espías contra los cristianos. Encima, la tasa de crecimiento de los moriscos era mucho mayor que la de los cristianos, otro fenómeno que ocasionaba gran preocupación y recelo a las autoridades españolas. En la década de 1570 había en el reino de Granada ciento cincuenta mil moriscos y ciento veinticinco mil cristianos. El Estado veía en ellos un peligro para la seguridad. La Iglesia, una amenaza para la religión.

A primeros del año 1567 el nuevo presidente de la Audiencia de Granada Pedro de Deza promulgó un nuevo edicto por el cual se restringían aún más las libertades de los moriscos: se les prohibía hablar en su lengua; tenían que aprender el castellano en tres años a partir de esa fecha; extendiendo también la prohibición a escribir o leer en árabe, en público o en privado; se les obligaba también a que dejaran de vestir a su manera; a cambiar sus apellidos moros por otros cristianos, a abandonar sus costumbres, sus comidas y sus ceremonias; se les prohibía incluso hacer uso de sus baños, para que no siguieran con su costumbre de las abluciones prescritas por el Corán. Detrás de estas medidas estaba la vana pretensión de que esta gente debía abandonar toda identidad propia para asimilarse y confundirse con la población cristiana española de siempre. Pretensión que era muy poco realista, teniendo en cuenta la fuerza de la cultura y la religión musulmanas.

Así las cosas, todo el resentimiento acumulado estalló de forma repentina en la Nochebuena del año 1568 con un levantamiento de la población morisca de las Alpujarras contra el poder cristiano establecido. Su cabecilla, Abén Humeya, que era de viejo linaje árabe descendiente de los califas de Córdoba, fue proclamado rey bajo un olivo. Lo primero que hicieron los insurgentes fue mandar emisarios a Constantinopla y Argel para pedir ayuda a sus correligionarios del otro lado del Mediterráneo para que combatieran contra los cristianos de su propio país. El gobernador de Argel, Euch Alí, sacó provecho propio de la situación al tomar la ciudad de Túnez, aún en manos españolas, aprovechando el momento comprometido de España con su revuelta interior.

Felipe II tardó en reaccionar ante esta nueva revuelta que había estallado en suelo propio. El sur de España había sido vaciado de tropas militares hacía poco para mandarlas a Flandes. Así, el primer año de revuelta, no se hizo prácticamente nada debido a las vacilaciones del gobierno de Madrid en cuanto a qué estrategia tomar para luchar contra los moriscos. No era fácil la táctica militar en una zona donde los moriscos se movían como pez en el agua, desafiando barrancos escarpados más propios de cabras que de humanos, como eran las intrincadas laderas de las Alpujarras, que en invierno además se llenaban de nieve. En tales circunstancias, la guerra se convirtió en su primera fase en una serie de acciones patrulleras y emboscadas, luchando salvajemente por ambos lados. Hasta que Felipe II nombró a su medio hermano, don Juan de Austria, como caudillo de las tropas

regulares procedentes de Italia y de España oriental, en lugar de la milicia andaluza. Era el bautismo de fuego de este vehemente joven de la corte de Felipe II, el cual se consumía entre los oropeles de palacio, mientras su ardor juvenil y guerrero le llamaba a salir al campo de batalla cuanto antes. Don Juan había sido destinado por su hermano a ser un hombre de Iglesia, quizá para expurgar los pecados de su padre, pero pronto se vio claro que aquel impulsivo joven no serviría para la vida tranquila y reposada del monasterio, sino que por su naturaleza estaba más llamado a la guerra. Con don Juan al mando, la rebelión fue cruelmente aplastada sin ningún miramiento y el hijo del «rayo de la guerra», como lo nombra Cervantes en su prólogo, fue aclamado como un nuevo héroe de leyenda.

Aún peor fueron las medidas tomadas tras la rendición de los moriscos: se decidió deportar a todos los moriscos que vivían en el reino de Granada, sin distinción de si habían o no tomado las armas en la revuelta, y diseminarlos por todo el reino de Castilla. Encadenados y esposados, los moriscos fueron conducidos hacia las ciudades y aldeas de estos reinos; muchos de ellos no llegaron a su destino: el duro viaje y las duras condiciones climatológicas, en pleno invierno, hicieron que gran parte de ellos murieron por el camino.

Cervantes, antes de ser escritor, fue soldado de los tercios de Felipe II, y el destino le llevó, como veremos, a participar y sobrevivir a una de las batallas navales más célebres de toda la historia: Lepanto. Si bien fue herido en el brazo izquierdo, que le quedó inutilizado para toda la vida, él se sentirá siempre orgulloso por haber recibido dicha herida en tan grande ocasión. Ciertamente fue uno de los grandes hitos del reinado de Felipe II y, por supuesto, también de la vida de Cervantes. En ella confluyen la historia con mayúsculas con la pequeña y personal de nuestro protagonista. Repasemos ahora la grande para conectar más tarde con la de Cervantes.

Como hemos visto, hacía ya mucho tiempo que España y el Turco venían midiendo sus fuerzas en el Mediterráneo; y habíamos visto también cómo era el Turco quien llevaba la iniciativa en su guerra ofensiva y expansiva, mientras que España, a la cabeza del resto de la cristiandad, no hacía sino defenderse como podía. Pues bien, un acontecimiento sin grandes consecuencias para los intereses de España como fue la toma de la isla de Chipre, que pertenecía al imperio comercial de la República de Venecia, supuso el pistoletazo de salida para la formación de una gran coalición cristiana que, por primera vez en este siglo, se iba a formar con un fin: llevar a cabo la gran cruzada contra el Turco.

Desde 1565 se sentaba en el solio pontificio Pío V, un papa muy particular que había sido elegido no por su estirpe de familia papal –era de una extracción social de lo más humilde–, sino por su fama de santo y su celo en la lucha contra la herejía y el infiel. Este Papa con fama de místico, que llegó a excomulgar a la reina de Inglaterra, consiguió unir a las dos grandes potencias navales cristianas del Mediterráneo: Venecia y España –normalmente rivales– en una lucha santa contra el peligro turco. Acababa de nacer lo que se dio en llamar la Santa Liga. El mismo Papa, que era el alma de la empresa, se empeñó en que al frente de esta gran coalición estuviese el que se había convertido en el hombre de moda en toda Europa: el hermanastro del rey, don Juan de Austria. Era una buena elección pues don Juan reunía todas las cualidades que requiere un líder: una combinación de valentía, atractivo personal y románticos ideales de caballero andante.

Don Juan, hijo ilegítimo de Carlos V y Bárbara Blomberg, fue quien reprimió la Revuelta de las Alpujarras en 1569 y más tarde el héroe de la batalla de Lepanto. SÁNCHEZ COELLO, Alonso. *Don Juan de Austria* (fin. 1567). Monasterio de las Descalzas Reales, Madrid.

La flota cristiana salió de Mesina el 16 de septiembre de 1571. Se dirigió hacia el Mediterráneo oriental, rumbo a Corfú en busca del enemigo para destruirlo. Allí supieron que la flota turca se hallaba en el golfo de Lepanto. Don Juan entendió que habría que jugárselo todo a una sola carta: luchar o morir. Al amanecer del 7 de octubre –festividad de la Virgen del Rosario– se encontraron cara a cara las dos flotas a la entrada del golfo de Lepanto: 230 galeras turcas comandadas por Alí Bajá frente a 208 cristianas[3]. Al darse cuenta de que el enemigo les superaba en

número, incluso al temerario don Juan le asaltó un momento de duda: «¿Luchamos?», preguntó al veterano comandante veneciano Sebastiano Venier. «Tenemos que hacerlo –contestó resignadamente Venier, viendo frente a sí a toda la armada turca en formación de ataque–, no nos queda más remedio».

Don Juan se puso a la vanguardia de la flota cristiana con seis galeones venecianos fuertemente armados. Detrás de él dividió su flota de galeras en cuatro escuadras en línea de combate: a la izquierda, la del almirante veneciano Barbarigo; a la derecha, la de Juan Andrea Doria y en el centro, él mismo, dejando para la retaguardia al cuarto escuadrón, el del marqués de Santa Cruz. La flota turca se dispuso en formación de media luna. Don Juan arengó a sus hombres para infundirles valor, diciéndoles que serían la envidia de toda la cristiandad por hallarse en tan heroica ocasión. ¡Cuántos hombres no quisieran estar en su lugar para ganar toda la gloria en la tierra y en el cielo! Para Cervantes, «más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores» quedaron.

Durante una última inspección realizada a bordo de una fragata ligera, don Juan, con aire marcial, exhorta a sus hombres, quienes le jalean y veneran como a un césar romano, mientras se liberaba a los galeotes, dándoles armas y prometiéndoles la libertad si luchaban con valor. De vuelta a la nave capitana, rodilla al suelo, recibe la bendición papal de quien había hecho realidad todo este escenario bélico, Pío V, que más tarde sería canonizado, entre otras muchas cosas, por haber tenido un presentimiento el mismo día y a la misma hora en la que se produjo la victoria cristiana. Desde su palacio del Vaticano, mientras rezaba con sus cardenales, de repente se levantó y mandó rezar un tedeum en acción de gracias exclamando: «¡Hermanos, la victoria es ya cierta!».

Hacia el mediodía, bajo un sol reluciente y un cielo azul, enarbolándose al unísono las banderas sagradas de cada credo religioso, la media luna frente a la cruz, en medio de un gran concierto discordante de pífanos, címbalos y tambores, dio comienzo la gran batalla. Las dos flotas fueron acercándose pausadamente la una a la otra, buscándose las galeras para trabarse y así poder realizar el abordaje. Cuando estuvieron ya a tiro, un par de disparos de cañón señala el comienzo del combate, que fue a vida o muerte. La galera de don Juan busca la de su homónimo en el campo enemigo, la del sultán y almirante de la flota turca Alí Bajá. A partir de ese momento el combate ya no es más que un cuerpo a cuerpo al realizar el abordaje que, durante tres horas, va a enfrentar a sesenta mil hombres.

Basado en los testimonios de los participantes, Vicentino realizó esta detallada recreación con un gran realismo de la famosa batalla naval. Detalle de un gran óleo del pintor veneciano. VICENTINO, Andrea. *Batalla de Lepanto* (1603). Palacio Ducal, Venecia.

La lucha fue encarnizada. En poco tiempo todo eran velámenes y maderos ardiendo, barcos escorados y semihundidos, el mar se tiñó de rojo, y se llenó de restos de navíos y de cuerpos flotando de los soldados muertos y de los que clamaban piedad y auxilio antes de ir al fondo. Todo era un estruendo ensordecedor de estampidos de cañones y arcabuces, de griterío, de entrechocar de naves y espadas. Los soldados de la galera de don Juan consiguieron entrar al abordaje en la capitana turca, la que comandaba su gran jefe Alí Bajá, quien fue herido de un arcabuzazo y decapitado por un cautivo de un hachazo en la misma cubierta de la *Sultana*. En ese momento, un estruendoso griterío de júbilo fue el anticipo de la victoria cristiana. En los dos extremos opuestos de la batalla, se seguía sin embargo combatiendo, pues el estruendo ocasionado por la victoria no llegaba hasta allí. Se enviaron refuerzos para ayudar a los hombres de Barbarigo y de Doria, quienes peleaban hasta la extenuación. El corsario berberisco renegado Euch Alí, el Uchalí del *Quijote*, logró huir con sus naves. Hacia las cuatro de la tarde el estruendo amainó y los hombres de don Juan fueron recuperando la conciencia y alegría de sentirse vivos y sobre todo, vencedores, entregándose al saqueo que

duraría hasta la noche.

La victoria cristiana fue total. En cifras, treinta mil muertos o heridos por parte turca frente a nueve mil muertos y veintiún mil heridos por parte cristiana; sólo treinta y cinco galeras turcas lograron escapar, fueron hundidas ciento diez y ciento treinta capturadas. Se hicieron más de tres mil prisioneros. Pero la gran victoria que supuso Lepanto fue sobre todo psicológica. En palabras del personaje de la historia del *Cautivo* en la primera parte del *Quijote*: «Porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar». A partir de este momento, seguirán haciendo daño y seguirán asolando las costas de Italia y España, pero ya nada será igual.

«La gran empresa de Inglaterra»

En 1580, cuando Cervantes regresa a España después de sufrir sus cinco años de cautiverio con los infieles, Felipe II se encuentra en el cénit de su poder al haberse convertido recientemente en rey de Portugal. Así, bajo su poder se reunían los dos mayores imperios coloniales del mundo: a las ya vastas posesiones en América y Filipinas recién conquistada para el reino de Castilla, se sumaban las de Portugal en Brasil, islas Azores y Madeira, plazas comerciales en el continente africano, en la península arábiga y en la India, en las islas Molucas, en China y en Japón. El mayor imperio territorial que se había dado en toda la historia de la humanidad hasta la fecha. Es cuando se acuñó la famosa frase: «En los territorios de Felipe II jamás se pone el sol». Además, la guerra en los Países Bajos se estaba ganando gracias al genio militar del nuevo capitán y gobernador de estos territorios, Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.

La sensación para los enemigos de Felipe II como el príncipe de Orange o la reina Isabel I de Inglaterra era la de que el soberano español se iba a comer el mundo entero y sintieron pánico ante el gran poder que estaba acumulando. Por eso hicieron todo lo posible para neutralizarlo, intentando unir sus fuerzas para hostigarlo. Isabel I, hasta ahora reacia a intervenir en el avispero flamenco, viendo que Parma estaba ganando la guerra, aceptó enviar soldados ingleses a los Países Bajos en ayuda de sus correligionarios. Esto era igual que una declaración de guerra al rey de España, quien ya venía padeciendo desde hacía años la insufrible desfachatez de la reina inglesa y su gobierno, que no desperdiciaban ocasión para cometer actos hostiles contra el imperio español, como los constantes asaltos de la piratería inglesa a la flota de Indias. Inglaterra estaba siendo el principal escoyo con el que tropezaba Felipe II para conseguir la victoria final en los Países Bajos, y esto era algo que el monarca español no iba a consentir por más tiempo, por eso, aunque un poco tarde, a partir de 1585 se decidió finalmente por la solución más drástica: invadir Inglaterra con la mayor flota jamás vista y con un numeroso ejército de veteranos españoles para imponer allí ese escenario idílico para Felipe, que era imponer un nuevo gobierno católico de acuerdo con sus propios intereses. En palabras de Felipe II: «Que la empresa se lleve adelante, pues es este sólo el camino de asegurar lo que viene de las Indias, y librar de invasiones estas costas y asegurar lo de Flandes». Acababa de ponerse en marcha lo que se denominó en su época la Empresa de Inglaterra y lo que posteriormente los ingleses, con su ironía habitual, denominaron la Armada Invencible.

La gran flota que se necesitaba montar para invadir Inglaterra requería de un aparato logístico y una preparación tan grande y con tantos colaboradores que la invasión se convirtió en un secreto a voces, por lo que todo el tiempo que se tardó en prepararla fue tiempo perdido en el que también los ingleses se prepararon para recibir a los invasores. No sabían cuándo sería la llegada de la armada, pero sí que se produciría, por eso durante dos años se vivió en Inglaterra una auténtica psicosis esperando el momento de luchar con todas sus fuerzas contra los «demonios meridionales» que les venían a dictar sus normas. Y ciertamente, no las tenían todas consigo, pues sabían que habían provocado la ira del más poderoso señor del mundo con el mejor y más invencible ejército, y las posibilidades de triunfo eran escasas, aunque el ánimo y patriotismo inglés nunca decayeron.

Pues bien, en estos dos años que se tardó en pertrechar todo lo necesario para que la flota española estuviera lista para zarpar, también intervino Cervantes, quien consiguió un puesto del estado para requisar alimentos para la flota contra Inglaterra en Andalucía. En esta Gran Armada también intervendrá como protagonista, pero en este caso sirviendo como soldado de la monarquía, un jovencísimo Lope de Vega, el que sería más tarde su eterno rival.

La armada zarpó finalmente del puerto de Lisboa en 30 de mayo de 1588. Se componía de ciento treinta navíos en los que viajaban más de dieciocho mil hombres. Al frente se encontraba un noble de la más rancia estirpe castellana, el duque de Medina-Sidonia, pero con escasos conocimientos marinos. El que estaba predestinado a comandar dicha armada, don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, el mayor genio marinero de la época, que participó en la batalla de Lepanto y consiguió una rotunda victoria en las Azores contra una flota anglo-francesa, había fallecido en febrero de ese mismo año. Con una escala en el puerto de La Coruña, la flota zarpó definitivamente hacia Inglaterra el 22 de julio. Una semana más tarde se encontraba ya frente a las costas inglesas, a la altura de Cornualles.

La reina Isabel I Tudor de Inglaterra (1533-1603). Este cuadro, llamado *El retrato de la Armada*, atribuido a George Gower (h. 1546-1596), representa a la reina de Inglaterra victoriosa contra sus enemigos posando su mano derecha sobre el globo terráqueo como símbolo de poder y mostrando el hundimiento de la armada de Felipe II en la ventana de la derecha.

La estrategia a seguir era harto complicada: se trataba de embarcar en alta mar al ejército de Flandes comandado por el duque de Parma, que tenían que cruzar en barcazas la distancia que les separaba desde las costas flamencas hasta donde estuviera fondeada la armada que venía de España, para así desembarcar a todo este numeroso ejército de hombres y caballos en las costas inglesas para su conquista. Por supuesto, la flota inglesa, comandada por expertos marinos como Francis Drake, lord Howard de Effingham, John Hawkins y Martin Frobisher, se movilizó enseguida para hostigar a los buques españoles fondeados con el fin de impedir que dicho embarco de las tropas de Flandes se produjera. Cuando Medina-Sidonia, que había logrado acercar sus barcos lo máximo posible a las costas de Calais, recibió el mensaje del príncipe de Parma de que sus tropas aún no estaban listas para embarcar, viendo que los barcos ingleses les pisaban los talones en la retaguardia, comprendió al instante que la empresa de Inglaterra había fracasado.

En pleno siglo XVI, cuando un correo urgente entre Madrid y París, por poner un ejemplo, tardaba una media de dos semanas en llegar, el factor de la coordinación era difícil de conseguir con la precisión que habría requerido una estrategia de esta naturaleza. Para Medina-Sidonia, en este momento, el objetivo principal era escapar de la trampa a la que había llevado sus barcos, con las costas de Calais enfrente, en donde no podían refugiarse pues se interponían unos bajíos de arena que harían encallar los barcos de gran calado. Y, además, los ingleses estaban detrás hostigándolos. En esta ocasión fue cuando a los ingleses se les ocurrió una idea brillante que pondría a la enorme flota de Felipe II en serios aprietos. Idearon impregnar de brea una serie de barcos vacíos e incendiarlos, dirigiéndolos hacia los barcos españoles fondeados, aprovechando la dirección del viento; eran los famosos brulotes incendiarios. Cuando los españoles vieron que se les echaban encima aquellos barcos fantasma en llamas, amenazando con prenderlos a ellos también, se pusieron nerviosos y levaron anclas para escapar, chocando unos con otros en la maniobra. Los que lograron salvarse vieron a la mañana siguiente a toda la Armada inglesa enfrente dispuesta para la batalla. Se entabló un feroz combate de casi nueve horas ininterrumpidas. Los españoles, a pesar de estar en desventaja, perdieron pocos barcos, sin embargo las bajas en seres humanos fueron más elevadas. Con los ingleses hostigándoles por la retaguardia en el estrecho Canal de la Mancha, los españoles no tenían ninguna otra salida más que dirigirse hacia el mar del Norte, intentando dar la vuelta a todas las islas británicas para poder volver a casa: una travesía larga y peligrosa. Fue aquí, en esta travesía donde se perdió la mayor parte de esta armada contra Inglaterra por culpa de los temporales que empujaron a los navíos hacia las costas y acantilados de Escocia e Irlanda. Cuando Felipe II recibió la noticia en El Escorial casi un mes más tarde, fue cuando pronunció la famosa frase de: «Yo he enviado a mis barcos a luchar contra los hombres, no contra los elementos», intentando de esta manera soslayar la responsabilidad del estruendoso fracaso.

EL REINADO DE FELIPE III

El que recibiera el cetro y con él la enorme tarea de regir un imperio tan vasto, tan heterogéneo y con tantos problemas, no era precisamente la persona más indicada. Felipe III, hijo de Felipe II con su cuarta esposa doña Ana de Austria, no era la persona más capacitada para llevar tanto peso sobre sus espaldas. Las palabras que pronunció Felipe II antes de su muerte son a este respecto harto elocuentes: «Dios que me ha dado tantos reinos, me ha negado un hijo capaz de regirlos». A Felipe II se le podrá criticar muchas cosas, pero nunca el de haber hecho dejación de su cometido como rey: fue uno de los monarcas más responsables, más trabajadores y que más en serio se tomó su papel de todos los de la Edad Moderna. Felipe III, quien sentía una total sumisión y reverencia por su padre al cual intentó emular en casi todo, fue sin embargo incapaz de parecerse a él en su amor por el trabajo y su implicación en los tediosos asuntos de gobierno. Su carácter indolente fue superior a su intento de parecerse a su padre en este aspecto. Esta incapacidad de la personalidad del monarca fue notada y explotada hábilmente por un noble cortesano con una ambición sin límites que consiguió colocarse cerca del príncipe como sumiller de corps[4]: Francisco de Sandoval y Rojas, V marqués de Denia y futuro duque de Lerma.

Una de las primeras medidas del nuevo reinado iba a ser la de romper con muchas de las «tradiciones» del reinado anterior. Conscientes como eran ya de que existían problemas estructurales que afectaban al buen funcionamiento de la Monarquía Hispánica, se quiso dar un cambio de timón: en política exterior se alzó la facción de los pacifistas en la Corte, que esgrimían con mucha razón que España no podía seguir aguantando la sangría económica de mantener tantos frentes abiertos en Europa. Se imponía, por tanto, una nueva política regida por la razón de Estado, por la cual la defensa de la fe católica en Europa no tenía que colisionar con los intereses propios del reino. Había que firmar pues las paces con los enemigos en aras de no sucumbir en el empeño; pero eso sí, las paces tendrían que ser hechas de manera honrosa, es decir, lo más ventajosamente posible para España. Se esperó a la muerte de Isabel I de Inglaterra y la subida al trono de su sucesor, Jacobo I Estuardo, mucho más maleable y bonachón, para concertar una paz con Inglaterra en 1604. Más tarde, en 1609, le llegó el turno a las provincias rebeldes septentrionales de los Países Bajos, las que recibían el nombre de las Provincias Unidas, que correspondían con la actual Holanda, que ya se habían independizado de facto del dominio español, con quienes se firmó no una paz, sino una tregua de doce años, que no hizo más que posponer el conflicto. En la política interna, se cambió el modelo personalista de un Felipe II, que no soltó en ningún momento las riendas del poder teniendo siempre la última palabra en cualquier asunto y que nunca delegó su responsabilidad en ningún valido, por la política del valimiento, por la que el que mandaba de facto era el valido, en este caso el duque de Lerma, dejando al rey la única misión de firmar los documentos, descargándole así del arduo trabajo de gobernar, para alivio suyo. «La administración en el reinado de Felipe III se caracterizó más por las relaciones personales que por relaciones institucionalizadas, de ahí que en la elección de sus servidores no fueran los criterios de aptitud los más significativos para alcanzar un cargo, sino las relaciones clientelares establecidas por los grandes patrones cercanos al rey» (Martínez Millán). Esta nueva política provocará un sinfín de corruptelas, de rencillas entre los nobles y de intrigas palaciegas, que en nada beneficiaron a la buena marcha de la monarquía.

Una de las primeras medidas que se adoptaron fue el cambio de la capitalidad de Madrid a Valladolid, para conveniencia del nuevo hombre poderoso del reino, el duque de Lerma. Con lo que Madrid volvió a quedar desierto pues toda la Corte –con todo el aparato que llevaba consigo: los aristócratas y poderosos con sus familiares, sirvientes y personas que dependían de ellos, todas las personas que se arrimaban al poder para sacar algún beneficio, peticionarios, artistas y escritores, entre ellos Cervantes– se trasladaron a la nueva capital. En Valladolid puso Cervantes el punto y final a la primera parte de su *Quijote*, que fue publicado en Madrid en 1605. Al año siguiente, en 1606, después de cinco años de capitalidad del reino en Valladolid, se volvió a cambiar por Madrid, ya de forma definitiva.

Hijo de Felipe II, este monarca prefirió traspasar los poderes de la monarquía a su valido, el duque de Lerma. Con él comienza la decadencia española, pero también bajo su reinado se publicó el *Quijote* y florecieron las artes y las letras. PANTOJA DE LA CRUZ, Juan. *Felipe III* (1606). Museo del Prado, Madrid.

Otra de las medidas que causó gran impacto social y económico y que marcó a este nuevo reinado fue la decisión final que se adoptó para solucionar el problema de los moriscos en España. Después de haber intentado varias soluciones, como la de la dispersión, y ver que tampoco funcionaban, pues seguían sin integrarse, se optó por la más tajante, como fue la expulsión total de todos los moriscos de suelo español en 1609. Entre esta medida y la mortandad de la epidemia de peste se calcula que Castilla perdió unas setecientas mil almas, la décima parte de su población, en el transcurso del corto período entre 1596 y 1614. La mezcla de miseria rural, despoblación, caos financiero y recesión del comercio americano produjo la primera gran crisis española de la Edad Moderna (Lynch), y lo malo no había hecho más que empezar.

Boceto que representa el embarco de los moriscos en las playas de Valencia. En 1609 se obligó a la minoría de raza morisca que vivía en España desde hacía generaciones a que abandonaran la Península. CARDUCHO, Vicente. *La expulsión de los moriscos* (h. 1627). Museo del Prado, Madrid.

Miguel de Cervantes, como muchos otros escritores de la época, y quizá más que ningún otro, supo observar y captar a la sociedad de su tiempo plasmándola en su riquísima obra literaria.

La España del llamado Siglo de Oro era una sociedad eminentemente rural y el denominador común era la extrema pobreza y miseria en la que estaba sumida la inmensa mayoría de la población, que desde la cuna a la tumba sufría grandes penalidades imposibles de soportar, incomprensibles para una persona de nuestra época. La estructura en la que se asentaba esa sociedad estaba basada en la desigualdad, sancionada y mantenida bajo un control férreo por las llamadas clases privilegiadas. La monarquía hereditaria, personalizada en la figura del monarca y su familia, se mantenía en un nivel muy superior por encima de todos, reverenciada y mantenida fuera del alcance de cualquier crítica o cuestionamiento. Era una sociedad inmovilista pero que nadie cuestionaba, porque se creía impuesta por designio divino y porque había sido así desde los más remotos orígenes de los tiempos. Una de las claves por las que se mantenía este nivel de injusticia social sin que nadie, ni las mentes más preclaras, se mostrara disconforme con ella, era que se trataba de un estado, un reino, claramente confesional, en donde la religión imperaba en todos y cada uno de los rincones del pensamiento, de la organización, de los fines y de la base misma del poder y de su esencia. Era la razón de todas las cosas y de la misma existencia del ser humano. Y la Iglesia, como fiel servidora del sistema, del cual se veía beneficiada, y absolutamente presente en todos y cada uno de los más cotidianos momentos de la vida de una persona, insistía machaconamente desde los púlpitos en las ganancias que se obtendrían para la vida futura, es decir, la que ellos llamaban la verdadera vida, la única que importaba, si cada uno se mantenía en el papel que le había tocado vivir: cuanto más mísero se fuera en este mundo, mayor sería la recompensa en el más allá. Y la gente aguantaba, y cada uno, mal que bien, tenía su papel en este mundo. Incluso los pobres de solemnidad tenían la función de poder ser asistidos por la caridad de los menos pobres, como medio vehicular para que estos aliviaran el peso de sus pecados el día del Juicio final. Todo estaba perfectamente calculado y diseñado por ese Dios y todo era lo suficientemente convincente como para que hasta una persona con la inteligencia y capacidad de análisis de Cervantes no pusiera en duda estas cuestiones teologales. Sí, en cambio, muchas otras cuestiones referidas al «más acá», como veremos más adelante. Se podía disentir de las acciones de los hombres, pero no de las de Dios, en quien todo el mundo creía sin el menor atisbo de duda, y no por el férreo control de la Inquisición, que estaba para evitar las diferentes interpretaciones de los designios de ese Dios, sino por convencimiento propio y sincero. No existía aún el concepto de agnosticismo ni de ateísmo, estos son conceptos mucho más modernos, como nadie podía creer en la democracia o en que el hombre pudiera viajar a la Luna. Cervantes, por ejemplo, acabó siendo al final de su vida una persona excepcionalmente moderna en su visión del mundo, con una comprensión y tolerancia hacia el mundo musulmán, por ejemplo, producto de su experiencia de vida en el medio cultural de Argel, que muy pocos en su época tuvieron. Y sin embargo, un hombre como Cervantes, que juzgaba y analizaba todos los aspectos de la realidad que le rodeaba con un sentido crítico muy profundo, nunca puso en tela de juicio sus creencias religiosas. Sí en cambio ciertas actitudes de algunos miembros del clero, pero también las puso una persona de la que no cabe ninguna sospecha de heterodoxia, como fue Felipe II.

La religión era por tanto el centro mismo del sentido de la vida en este mundo, como lo atestigua la iconografía artística de esta época. La religión era un tema muy serio. La nación española se identificaba con unos ideales religiosos y espirituales que justificaban incluso las guerras y las ejecuciones públicas de la Inquisición. Se creían en tal posesión de la verdad absoluta y de la interpretación de Dios en la tierra que nadie dudaba en la eficacia de tales medidas. Tanto esfuerzo derrochado y mal gastado en pos de esos ideales «quijotescos», nunca mejor dicho, acabó hundiendo a la nación española en una crisis económica y demográfica que dio como resultado en su decadencia política y económica por descuidar los asuntos terrenales. Quizá una de las interpretaciones del *Quijote* sea precisamente esta: la contradicción entre lo ideal y lo necesario, entre la realidad y la ficción, entre lo imaginario y lo cotidiano.

Llama poderosamente la atención al estudioso de hoy día, y probablemente también a las personas más capaces e inteligentes de esa época, que el mayor imperio conocido hasta la fecha, el que pretendía dictar su ley en Europa y se arrogaba el privilegio de ser la mano de Dios en este mundo, fuera sin embargo una de las naciones europeas civilizadas más empobrecidas. Un contraste entre los ideales y la realidad, entre la representación permanente de la grandeza y la moral asistida por la divinidad, y la extrema miseria y analfabetismo de sus súbditos. En el siglo XVI y XVII, Europa entera se veía en las mismas circunstancias que España, pero aquí la sensación de pobreza era más generalizada y acuciante. Por algo, en muchas de nuestras más célebres obras de arte, ya sean plásticas o literarias, la

pobreza es el *leitmotiv* de sus representaciones, desde el *Lazarillo de Tormes* hasta los famosos *Niños* de Murillo, pasando por toda la tradición literaria de la novela picaresca española, única en su género. Y es que el español, si bien parece que se resigna con su mísero mal vivir, lo resalta en su creatividad literaria y artística como seña de identidad. Y, como meridional que es, utiliza las contradicciones de su tiempo, los males y las penurias, para hacer chanza de ellas, para exorcizarlas de una manera muchas veces descarnada, poniendo en práctica el humor negro que caracterizó a un Francisco de Quevedo o al cinismo y pesimismo de un Mateo Alemán en su *Guzmán de Alfarache*. La literatura española de este período es tan rica y tan hábil en la utilización del lenguaje de una forma complejísima, pero a la vez admirable, en su afán de sortear y burlar la realidad opresiva y triste que le circunda, que no tiene parangón en Europa. Por algo se le ha denominado a este período como el Siglo de Oro de las letras españolas, donde coincidieron de manera prodigiosa tantos artistas de la talla de Lope de Vega, Góngora, Quevedo, Calderón de la Barca, Baltasar Gracián y, por supuesto, el más grande de todos ellos: Cervantes. Y eso sin mencionar a todo el resto de artistas, pintores, escultores, arquitectos, etcétera, que en medio de la imparable decadencia y debacle de un imperio que había sido tan brillante van a sacar lo mejor de sí mismos: su intelecto, su sensibilidad y su capacidad para crear arte de una situación tan desesperada.

A mi modo de ver, los años en los que transcurre la vida de Cervantes fueron años decisivos para la historia de España, en donde se va a fraguar la idiosincrasia de este pueblo, que con todos sus problemas pero también con una capacidad artística sin precedentes, supo dejar un legado a la Humanidad, que hoy todavía podemos disfrutar y que además se ha convertido en nuestra mejor seña de identidad ante el mundo. ¿Quién no relaciona inmediatamente la figura de don Quijote, Sancho Panza y los molinos con España? ¿Quién no lo hace al contemplar una imagen de las *Meninas* o del *Caballero de la mano en el pecho*? Y es que se han convertido en iconos de una nación y de una cultura, en paradigmas de una interpretación de la realidad que nosotros hemos forjado para ofrecer al resto del mundo, y que va más allá de la imagen en sí misma. Son éstos prototipos que España ha proyectado hacia el exterior para definir cuestiones eternas, al igual que otros países lo han hecho con la música o la filosofía.

Este cuadro barroco que se enmarca en el género de las *vanitas* del mundo, es una metáfora que ejemplifica perfectamente, a mi modo de ver, los ideales y el sentimiento de la sociedad española del Siglo de Oro. Una sociedad que está sumida en sus sueños caballerescos y que rechaza como ideal los bienes terrenales. PEREDA, Antonio de. *El sueño del caballero* o *La vida es sueño* (1650). Academia de Bellas Artes de san Fernando, Madrid.

Analizaremos ahora la vida del mayor genio literario que han producido las letras castellanas, su vagar por este mundo, su trayectoria; intentaremos vislumbrar sus anhelos, sus frustraciones, su pensamiento y su análisis sobre la realidad que le tocó vivir. Si el arte es fruto de las experiencias vitales del artista, sin duda conocer la vida del genio nos ayudará mucho más a la hora de comprender su obra.

[1] Esta circunstancia es la que ocasionó siglos después que la imaginación del poeta del Romanticismo alemán Friedrich Schiller compusiera su drama *Don Carlos, infante de España*, el cual dio pie a otro artista años después, esta vez musical, Giuseppe Verdi con su ópera *Don Carlo*.

[2] Si bien hay que matizar que donde más intolerancia hubo contra la religión que no fuera única y exclusivamente católica fue en España, donde nadie podía practicar ningún credo que no fuera el oficial, si no quería tener un serio problema con la Inquisición. En otros países del entorno católico como Francia, cohabitaron católicos y calvinistas, aunque nunca en paz, pues tuvieron un problema de

guerras religiosas durante toda la segunda mitad del siglo XVI. Pero en la Inglaterra protestante de Isabel I, por ejemplo, se permitía el culto católico en privado y siempre que no se hiciera proselitismo y, por supuesto, no se conspirara contra la Iglesia oficial, cuya cabeza era la reina misma.

[3] Aunque la flota turca era más numerosa en galeras que la cristiana, esta contaba con una mayor fuerza destructora: mil ochocientas piezas de artillería frente a tan sólo setecientos cincuenta cañones por parte turca.

[4] Este cargo conllevaba la ventaja de servir al rey de una manera muy íntima: vestirle cada mañana y desvestirle por las noches, servirle la comida cuando comía retirado y en la intimidad, incluso dormir al lado del rey en la misma cámara real. Era el cargo ideal para convertirse en el hombre imprescindible y de confianza para un rey tan poderoso.

2

Los primeros años: el despertar al mundo de un genio (1547-1569)

Nada o casi nada se sabe de los primeros años de la vida del autor del *Quijote*. Es comprensible: Cervantes fue un escritor muy tardío –publica la primera parte del *Quijote* cuando tiene ya cincuenta y siete años–, por lo tanto es difícil que haya documentación de una persona que vivió en pleno siglo XVI o que, ya que no era ni grande de España ni de familia real, dejara alguna huella antes de que sus propias obras le convirtieran en alguien destacado.

La pista de las andanzas por este mundo de don Miguel de Cervantes Saavedra comenzó a seguirse a partir de que el personaje fuera adquiriendo importancia, esto es, en el siglo XVIII, continuando cada vez con más fuerza a lo largo de los siglos XIX, XX y hasta hoy mismo. Sin embargo, los resultados obtenidos durante todo este tiempo no son ni mucho menos satisfactorios: a día de hoy son más los datos que desconocemos de Cervantes que los que sabemos a ciencia cierta. Poca documentación se conserva de su puño y letra, y la mayoría de ella son documentos derivados de su actividad como recaudador de alcabalas de su etapa andaluza o documentos administrativos y transacciones comerciales que no arrojan ninguna luz sobre su personalidad, su pensamiento, sus emociones, sus gustos o su manera de pensar o de ver el mundo. Para esta faceta más rica sobre el personaje, los historiadores han preferido sumergirse en su vasta obra literaria que, como reflejo de sí mismo, sin duda nos proporciona mucha más información sobre su universo existencial. Pero en este terreno, las conclusiones no pueden ser más que subjetivas, como no podía ser de otra manera. Más aún si se trata de un escritor nada claro, que gusta de utilizar la ironía más sutil y que esconde su verdadero yo tras sus personajes de ficción y su más íntimo y secreto pensamiento tras las historias salidas de su pluma, que parecen decirnos otras cosas que subyacen bajo el argumento principal.

Lo primero, por tanto, que tenemos que tener en cuenta a la hora de elaborar el relato sobre la vida de Cervantes es que son más las incertidumbres que los datos ciertos que sobre él existen. Ahí radica su encanto, en ese misterio que se esconde tras el personaje que escribió el *Quijote*, haciéndole mucho más apasionante al investigador que pretende descubrirlo.

Es muy curioso que del autor de la más grande y universal obra escrita en lengua castellana se sepa tan poco; se sabe más de las vidas de sus coetáneos: Quevedo y por supuesto Lope de Vega, que de Cervantes[5], como si este deliberadamente hubiera querido pasar desapercibido, escondiéndose ante los futuros investigadores, jugando al equívoco. Se conoce mejor a su personaje don Quijote que al mismo autor que lo creó, sin duda su alter ego. Cervantes solamente nos ha contado cosas sobre sí mismo en los prólogos de sus obras, en donde parece entablar un diálogo con el lector de cualquier tiempo indefinido.

Esta incertidumbre que lo hace tan atractivo, sumiéndole en una nebulosa, comienza desde el mismo momento de su nacimiento. Hasta los datos más sencillos y básicos en cualquier biografía se nos esconden en el caso de Cervantes, como son su lugar y fecha de nacimiento. Parece como si Cervantes nos ocultara deliberadamente su lugar de nacimiento, al igual que lo hizo con el de su más famosa creación: «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...».

En el siglo XVIII se encontró una partida de bautismo que nos dice que un tal Miguel de Cervantes fue bautizado el 9 de octubre de 1547 en la iglesia de Santa María la Mayor de la villa de Alcalá de Henares. Después del descubrimiento de esta partida de bautismo, parecería que ya estaba claro el lugar de nacimiento de Cervantes. Pero no. Resulta que hasta diez ciudades y pequeñas poblaciones se han disputado la cuna del insigne escritor, entre ellas: Alcázar de San Juan, Córdoba, Toledo, Consuegra, e incluso la zona de Sanabria, por una pequeña aldea que allí se encuentra llamada Cervantes. ¿La razón de que existieran tantos candidatos para disputarle la gloria a Alcalá de Henares? Pues que en muchas de estas poblaciones se han encontraron también partidas de bautismo con el mismo nombre: Miguel de Cervantes, si bien con fechas y años distintos, aunque obviamente en la misma franja de mediados del siglo XVI. Y es que ayer, como hoy, los nombres no son patrimonio de una sola persona, ni siquiera el de Miguel de Cervantes, que parece que tuviera ya la marca registrada. No, los nombres se repiten a menudo con nombre y apellidos, y este es uno de los mayores problemas con los que nos encontramos, como volveremos a ver más adelante, a la hora de valorar si ese «Miguel de Cervantes» es el que estamos buscando o no. El misterio además se va haciendo mayor aún cuando el mismo don Miguel se proclama en una ocasión natural de Córdoba, de donde procedía su familia paterna; y también nos sugiere en otro documento que hablaba con acento andaluz. Este rasgo no tiene necesariamente que condicionarnos a pensar que nació en Andalucía, cuando su abuelo sí que nació en Córdoba, y por la línea paterna sí pudo haber heredado el acento, además de haber pasado gran parte de su vida en tierras andaluzas. Además, también existen otros documentos en donde Cervantes se declara igualmente natural de Alcalá de Henares. Es obvio que en alguno de los dos momentos en donde afirma su lugar de nacimiento, mintió descaradamente.

Sin embargo, hoy en día son pocas las dudas serias que existen acerca del lugar de nacimiento de Cervantes. Parece que Alcalá de Henares pasa todos los controles más exhaustivos de los especialistas y se da por buena la partida de nacimiento antes aludida descubierta en el siglo XVIII. Aunque alguno siga afirmando con todo tipo de pruebas que intenta razonar que Cervantes nació en la zona de Sanabria, basándose, entre un sinfín de conjeturas, en que tanto la flora como la fauna que aparecen en el *Quijote* son más propios de la zona sanabresa que de La Mancha.

Según este documento, por tanto, no sería descabellado aventurar que la fecha de nacimiento de don Miguel fuera la del 29 de septiembre, onomástica de san Miguel arcángel. Era muy frecuente poner a los nacidos el santo del día, sobre todo si ese santo era tan destacado como este. Y en una época en la que la mortalidad infantil en los primeros días de vida estaba a la orden del día, lo razonable era que se le bautizara cuanto antes. Incluso muchos días parecen haber pasado entre la fecha de nacimiento y la de bautismo para esa época, por lo que cabría también la posibilidad de que naciera el 30 de septiembre o incluso el 1º de octubre. Pero desde luego, cualquier día en torno a la fecha del 29 de septiembre. Muchos andan aún hoy buscando la partida de nacimiento sin considerar que quizá nunca existió: sólo a partir de la conclusión del Concilio de Trento, es decir, de diciembre de 1564, y sobre todo desde que se aplican las leyes eclesiásticas que fueron aprobadas en dicho concilio, se tenían que registrar todos los nacimientos en los archivos parroquiales, antes de esa fecha no era obligatorio.

Reconstrucción de la casa natal de Miguel de Cervantes en Alcalá de Henares, en la misma ubicación donde, según el erudito cervantino Luis Astrana Marín, se encontraba.

Así que, a pesar de no existir partida de nacimiento, para los más reputados cervantistas ya no hay ninguna duda en que don Miguel de Cervantes nació en la ciudad de Alcalá de Henares hacia el 29 de septiembre de 1547. Incluso el más exhaustivo y concienzudo investigador y especialista sobre Cervantes, que fue Luis Astrana Marín, llegó a localizar su casa natal, en la calle de la Imagen de la ciudad alcalaína, descubrimiento que no impidió que fuera demolida por la piqueta en aquella España de los años sesenta. La que hoy se encuentra en el mismo lugar es una reconstrucción que poco tiene que ver con el aspecto que tendría la casa original de Cervantes cuando nació. La diferencia entre Alcalá y las restantes localidades que se disputaban el lugar de nacimiento de Cervantes es que en la población madrileña no sólo apareció una partida de bautismo, sino que además toda la historia familiar que se ha ido componiendo a lo largo del tiempo con las piezas que nos han aportado la documentación –documentos de la época, actas notariales, parroquiales, judiciales, etcétera– encaja perfectamente en el puzle que es la

vida de Cervantes: residencia de los abuelos de Miguel en Alcalá cuando nació su padre; cargo de teniente de corregidor de Alcalá de Henares de Juan de Cervantes, abuelo de Miguel; estancia de la familia Cervantes en dicha localidad en los primeros años de la vida de Miguel; etcétera.

Tampoco conocemos a ciencia cierta cómo era el aspecto físico de don Miguel, a pesar de que circulan innumerables retratos de todas las épocas, pero ninguno de la que vivió Cervantes. Su mejor retrato es el que él mismo nos muestra en el prólogo de las *Novelas ejemplares*:

> Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies.

Este autorretrato es el de un hombre de sesenta y seis años, una edad más que avanzada para la época, pero coincide plenamente con la imagen oficial del escritor, la que se ha querido presentar como un retrato de época de la mano de Juan de Jáuregui, pintor desconocido hoy en día pero que es nombrado por Cervantes en el prólogo a sus *Novelas ejemplares* como alguien por el cual le gustaría ser retratado. Este cuadro, que se conserva hoy en día en la Real Academia Española, y que se quiso hacer pasar por auténtico, sin duda por el mismo retrato mencionado por Cervantes en el prólogo a sus *Novelas ejemplares*, se descubrió que era una falsificación a cargo de un oscuro pintor de principios del siglo xx.

Supuesto retrato de Miguel de Cervantes Saavedra atribuido a Juan de Jáuregui. Real Academia Española, Madrid.

ENTORNO FAMILIAR

Miguel fue el cuarto hijo nacido del matrimonio de Rodrigo de Cervantes, de profesión cirujano y de origen cordobés, y de Leonor de Cortinas, mujer muy valiente, que sabía leer y escribir, cosa rara en una mujer aldeana de la época. Leonor pertenecía a una familia de prosperados labradores asentados en Arganda. Parece que el matrimonio se hizo por amor, pues ningún familiar de la madre aparece nunca registrado en los momentos más trascendentales de la pareja: ni en su boda, ni en el bautizo de los hijos, ni cuando Luisa, la segunda hija, profesa como monja en un convento carmelita en Alcalá. Parece como si los abuelos maternos de Cervantes se hubieran opuesto al matrimonio de sus padres por no considerar al novio un buen partido para su hija y se hubiese llevado adelante la boda contra viento y marea por única voluntad de los novios.

Rodrigo nace en Alcalá en 1509 y tiene un buen vivir hasta que su padre, Juan de Cervantes, les abandona a él y a toda su familia, huyendo a su Córdoba natal. No podemos pasar por alto la curiosa figura que fue este Juan de Cervantes, abuelo paterno de Miguel. Hombre de talento y de una enérgica personalidad, alcanzó una relativa notoriedad en su época, por lo que de él se conserva bastante documentación que nos permite rastrear su azarosa vida. Su padre, Ruy Díaz de Cervantes, bisabuelo de Miguel, fue un rico comerciante de ropa, lo que en la época se denominaba «trapero». Parece que su hijo Juan quiso distanciarse de esa profesión, pues desde muy joven se prepara para la administración, estudiando leyes, probablemente en Salamanca. Tuvo una gran habilidad para abrirse camino, consiguiendo ser una personalidad pública, encumbrándose hasta llegar a convertirse en persona de confianza de nobles, ayuntamientos, e incluso de la Corona. De su esposa, Leonor Fernández de Torreblanca, recibirá una buena dote que aumentará con su actividad profesional. Llegó a amasar una considerable fortuna para la época, aunque parece que no siempre de forma muy limpia. Su intensa vida profesional le lleva a una vida nómada por toda la geografía española: entre 1509 y 1511 es teniente de corregidor en Alcalá de Henares, donde nace su segundo hijo, Rodrigo, padre de nuestro escritor; en 1516 es alcalde mayor interino de Córdoba y al año siguiente, teniente de corregidor. En 1522 le vemos en Toledo. De 1523 a 1524 es teniente de corregidor en Cuenca y en 1527 entra al servicio de Diego Hurtado de Mendoza y Luna, tercer duque del Infantado, quien le nombra su lugarteniente de la Alcaldía de Alzadas. Tanta confianza debió de ganarse el abuelo de Miguel con el gran aristócrata que este le da el tratamiento familiar de «primo», llegando a nombrarle oidor de su Consejo. Incluso una hija de Juan de Cervantes y tía de Miguel, María, tiene relaciones amorosas con un hijo natural del duque, Martín de Mendoza, apodado «el gitano» por haber sido a su vez el fruto amoroso ilegítimo del duque con una gitana, al cual, sin embargo, reconoció y dispensó todo su afecto. Fruto de este idilio nacerá una hija también ilegítima a la que pondrán por nombre Martina, prima hermana de Miguel y de ascendencia gitana. ¿Pudo inspirar esta historia familiar en su futura novela ejemplar *La gitanilla*? El idilio se romperá con un proceso legal por el que don Martín se compromete a pasar a su antigua amante la cantidad de seiscientos mil maravedís, una considerable suma para la época. Más tarde Juan conseguirá la protección de otro de los grandes títulos nobiliarios de la época, el duque de Sessa, quien en 1541 le nombrará alcalde mayor de su estado de Baeza, del condado de Cabra y del vizcondado de Iznájar, siendo también alcalde mayor de Cabra, cargo que heredará su hijo menor, Andrés. Diez años después se retirará a su ciudad natal, Córdoba, donde se convierte en abogado del tribunal de la Inquisición. Más que satisfecho con su hoja de servicios y el ascenso social conseguido por el hijo de un comerciante en paños, hazaña muy difícil en aquellos tiempos, Juan entregará su alma el 11 de marzo de 1556, a una edad muy avanzada.

Rodrigo no tuvo tanta suerte en su vida como su padre. Sordo de nacimiento, seguramente tuvo que conformarse con el oficio de cirujano o «zurujano» como se decía en la época, que equivalía a un médico sin estudios universitarios, un sanador de primeros auxilios, oficio que compartían con los barberos: se limitaban a practicar sangrías, entablillar alguna fractura y poco más. Mientras su padre vivía con su familia en Alcalá, todo iba a las mil maravillas: la familia Cervantes disfrutaba de más que un mediano pasar: caballos, sirvientes, ricos ropajes y buena relación con la mejor sociedad, hasta el punto de ser considerados como «hidalgos», no tanto por su ascendencia sino por su tren de vida. Pero desde que en 1538 se produce la separación de sus padres, Rodrigo vio muy mermada su economía, con una prole de hijos que alimentar: primero nació Andrés, el cual murió al nacer; luego vino una niña, a la que pusieron Andrea (1544) en recuerdo del primer hijo muerto; después otra niña, Luisa (1546), que profesó en la orden del Carmelo de Alcalá de Henares; tras esta nació el primer hijo varón que sobrevivió no sólo a la frágil infancia de aquellos tiempos, sino a su propia muerte física, pues por sus obras se hizo inmortal: Miguel (1547), nuestro gran escritor; luego, Rodrigo (1550), el hermano que acompañó a Miguel en las desdichas del cautiverio de Argel. Después de un parón llegaron dos hijos más: Magdalena (1552) y Juan (1554).

LA POSIBLE ASCENDENCIA CONVERSA DE CERVANTES

Mucho se ha especulado sobre este tema en el último siglo, desde que el ilustre historiador español Américo Castro sembrara esta duda en sus estudios y publicaciones sobre la figura de Cervantes como *El pensamiento de Cervantes* (1925) o *Hacia Cervantes* y *Cervantes y los casticismos españoles* (1967). Para Castro no hay ninguna duda de que Miguel de Cervantes, como santa Teresa de Ávila, fray Luis de León y muchas de las más grandes luminarias de nuestro Siglo de Oro tuvieron ascendencia judeoconversa. Pero para demostrar esta teoría no sólo hace falta encontrar indicios, que los hay, hace falta probarlo con documentación. En el caso de santa Teresa ya no hay duda después de que en los años cuarenta del pasado siglo se encontrara en la catedral de Toledo un documento que demostraba que el abuelo paterno de la santa había sido castigado por la Inquisición toledana por haber vuelto a las prácticas de la religión hebrea después de haber renegado de ellas. En el caso de Cervantes, sin embargo, no se ha encontrado ningún documento que acredite tales raíces judías, y sí existen, en cambio, numerosos documentos que atestiguan la limpieza de sangre de su familia. Tampoco es que esta sea una prueba concluyente para afirmar lo contrario, pues en este tipo de pruebas se solía mentir en muchas ocasiones. Lo que sí es verdad es que si se lee entre líneas, Cervantes parece que ironiza en muchas de las cuestiones referentes a la obsesión propia de la sociedad de su época por la limpieza de sangre, demostrando un talante bastante más abierto y tolerante que el de sus contemporáneos. Esta faceta del escritor tampoco nos tiene que hacer pensar que se deba necesariamente a que fuera él mismo de ascendencia conversa, sino que los avatares de su vida y una muy posible tendencia erasmista en su formación humanística pudiera haberle hecho ser más crítico con la corriente de pensamiento imperante en su época.

Américo Castro y sus seguidores en la creencia en la ascendencia judía de Cervantes ponen encima de la mesa algunas cuestiones que pueden ser pruebas que nos hagan sospechar de su origen converso, pero que en ningún modo son concluyentes. Por ejemplo: la actividad profesional de los familiares de Cervantes, que fueron algunos médicos, como su padre y bisabuelo, y otro comerciante, muy típicas profesiones de conversos. También se hace sospechoso el que tanto el abuelo paterno como el padre cambiaran tanto de ciudad de residencia, cosa no muy frecuente en la época. En los núcleos urbanos tan pequeños como eran las ciudades españolas del siglo XVI, todo el mundo se conocía, como pasa hoy en día en los pueblos, y era difícil esconder una «mancha» familiar de estas características, máxime cuando los prejuicios racistas de esta sociedad habían llegado a tal extremo que, como vemos en la literatura de la época, era una cuestión en la que todo el mundo estaba muy vigilante. Cuando para algún descendiente de conversos se hacía difícil la vida en su ciudad natal por este motivo, la solución muchas veces era cambiar de residencia a otra ciudad donde nadie conociera sus orígenes. Pero aun si este fuera el caso de los Cervantes, es difícil de creer que no hubieran dejado ningún rastro escrito ni ningún documento que lo acreditara. Más bien parece que los cambios tan constantes de residencia fueron práctica habitual en una familia que nunca se conformó con el estatus que le había tocado y siempre fueron buscando un futuro más próspero. Tampoco vemos que sus enemigos, especialmente Lope de Vega, le afearan nunca en sus sarcásticos sonetos de mofa hacia Cervantes un posible origen judeoconverso, que si lo hubiera habido, habrían arremetido sin piedad contra él, y lo hubieran aprovechado como un filón en más de una ocasión.

Parece que últimamente van perdiendo fuerza las teorías de Américo Castro, mucho más en boga en momentos historiográficos de mediados del siglo XX. Sin embargo, en este asunto, como en muchos otros aspectos de la misteriosa vida de Cervantes, nadie tiene la última palabra.

EN LA CÁRCEL POR DEUDAS

El padre de Miguel fue siempre un soñador, era de ese tipo de personas que siempre cree que haciendo cambios en su vida su mala fortuna va a cambiar, para luego darse de bruces con la cruda realidad. Pero este tipo de personas nunca se desaniman ante las adversidades, y una vez que se han recuperado del primer golpe, vuelven a probar suerte con los ánimos renovados. Así le vemos cogiendo sus bártulos de cirujano y dejando su ciudad natal, poniéndose en camino con toda su familia en busca de mejores oportunidades en otro lugar: Valladolid, donde por aquellos años se había instalado la Corte y por tanto se había convertido en el lugar de los oportunistas que buscaban la fortuna fácil. Corría el año 1551. Miguel tenía apenas cinco años.

Una vez instalados en la capital del Pisuerga, donde alquilaron una casa, Rodrigo se metió en unos gastos desmesurados –incluso contrató a varios criados de servicio– con el fin de aparentar que era más rico de lo que en realidad era. En la España de esta época, las apariencias eran más importantes que la realidad; había que aparentar siempre cierto decoro si se quería triunfar en cualquier aspecto de la vida. Así que, ni corto ni perezoso, pidió un préstamo para sufragar todos estos gastos suntuarios, préstamo que habría que devolver con sus intereses pasada una fecha. Pero esto a Rodrigo no le importó, él tenía claro que cuando llegara esa fecha, su ciencia, puesta al servicio de los más poderosos, le reportaría tanta fama y dinero que podría devolver el préstamo sin problemas. Pero como suele suceder a este tipo de personas soñadoras, la realidad se impuso una vez más y cuando llegó el momento de tener que saldar la deuda, Rodrigo no tenía con qué hacerlo. En esta época, las deudas impagadas se resolvían con la cárcel, que es a donde fue a parar el pobre padre de Miguel, hasta que la suma debida fuera liquidada. Se hizo un inventario de sus bienes para ser vendidos con el fin de reunir la suma adeudada. En este inventario no vemos que los Cervantes vivieran con tanto lujo, pues los enseres que aparecen son bastante sobrios. Es posible que para mantenerse él y su familia hubiera tenido que vender todo lo que comprara al llegar a Valladolid.

EL PADRE DE MIGUEL BUSCA MEJOR FORTUNA EN ANDALUCÍA

Una vez que Rodrigo consiguió ser liberado de la cárcel de Valladolid –donde por cierto no sólo estuvo preso el padre de Miguel, sino también el abuelo, Juan, unos años atrás, y el mismo Miguel años después, como si de una maldición familiar se tratara–, decidió abandonar aquella corte y empezar otra vez de cero poniéndose nuevamente en camino con toda su familia. Primero regresaron a Alcalá de Henares, el punto de partida, pero a los pocos meses vemos a Rodrigo en Córdoba, donde su padre vivía con bastante holgura como abogado de la Inquisición, junto a una criada que probablemente tenía amancebada, varios esclavos y un criado negro. Se supone que Rodrigo acudió a ponerse bajo la protección de su acaudalado progenitor después de la mala experiencia sufrida al intentar abrirse camino por sí mismo. Aquí consigue por mediación de su padre un puesto de médico en las cárceles del Santo Oficio.

Lo que no sabemos con seguridad es si la familia de Rodrigo, incluido Miguel, le acompañó a Córdoba en esta ocasión, o si se quedaron en Alcalá mientras él iba a mendigar ayuda a su padre. Al cabo de unos pocos años de asentarse Rodrigo en Córdoba, Juan, su padre y abuelo de Miguel, les vuelve a abandonar, pero esta vez de forma definitiva, al fallecer.

Sin la protección del padre, Rodrigo vuelve a ponerse en el camino para buscarse un trabajo, y ¿dónde va a dirigir sus pasos? Pues a la ciudad española más populosa y rica de esa época, polo de atracción de todos los buscavidas, la ciudad donde cualquier milagro podía suceder, donde uno podía hacerse rico de la noche a la mañana o perderlo todo, la ciudad, en fin, de las grandes oportunidades, que llegaban todos los años en forma de oro y plata desde el Nuevo Mundo, donde todo se traficaba, se compraba y se vendía en una fiesta continua, donde el lujo y la miseria se daban la mano, y la piedad religiosa no era incompatible con una moral más relajada que en otras partes de España. Nos estamos refiriendo, cómo no, a Sevilla, aquella gran Sevilla del Quinientos que tanto fascinó a nuestro escritor y donde está documentada la presencia de Rodrigo y al menos la mayor de sus hijas, Andrea, entre 1564 y 1566.

No sabemos si Miguel acompañó en esta ocasión a su padre o si se quedó en Alcalá con su madre; si su primer contacto con la ciudad que más le conquistó se debe a este momento de su vida, o la conoció más tarde.

Andrea, que a la sazón contaba ya con veinte años va a protagonizar un episodio amoroso del cual sacará un beneficio crematístico, además de una hija, una actividad, que parece acompañar a la rama femenina de la familia Cervantes, reportándoles pingües beneficios, a la par que no muy buena reputación. El caso es que Andrea va a tener relaciones amorosas con un acaudalado caballero de la ciudad perteneciente a la nobleza, Nicolás de Ovando, sobrino del vicario general de Sevilla, que quedó seducido por su belleza. Según las escrituras notariales del proceso que se abrió más tarde, Nicolás llegó incluso a prometer a Andrea el matrimonio. De resultas de esta relación, Andrea quedará embarazada de una niña, que recibirá el nombre de Constanza, nombre que Cervantes utilizará curiosamente en innumerables ocasiones para muchas de sus heroínas literarias. Como en esta época no se admitían los matrimonios desiguales, pues la sociedad estaba muy rígidamente compartimentada en estamentos impermeables, el novio huyó una vez seducida Andrea. En una época en la que la mujer no valía nada, y en la que sólo el papel de esposa o monja estaban destinadas para el sexo femenino, sin embargo las leyes protegían a las mujeres en caso de ser seducidas y engañadas, sobre todo si habían quedado embarazadas, pues se tenía por una fea traición. Los tribunales solían fallar a favor de las mujeres mancilladas, preservando si no su honestidad, al menos, su manutención y la del hijo. Era lo que equivaldría en nuestro tiempo a la obligación que tiene cualquier padre divorciado a pagar la manutención de sus hijos. Andrea recibirá una buena dote en compensación al supuesto engaño por parte de su amante, aunque nunca sabremos quién fue en realidad el engañado. Si recordamos el caso de la tía de Andrea y Miguel, María, quien también quedó embarazada de Martín el Gitano, hijo natural del duque del Infantado, y quien también fue generosamente indemnizada, y como veremos más tarde, la historia se repetirá con otra de las hermanas de Miguel, Magdalena, parece que, aunque no era una práctica poco común en la época, en el caso de la familia Cervantes parece que se convirtió en una forma de ganarse la vida por parte de las mujeres, que fueron motivo de chascarrillo cuando se corrió la fama de que seducían a los varones para luego desplumarlos, ganándose el deshonroso apelativo como llegaron a ser conocidas: las Cervantas.

De esta etapa sevillana se deduce que pudo nacer en Cervantes su afición por el teatro. Cuando en el prólogo de las *Ocho comedias y ocho entremeses* Cervantes alaba las cualidades del gran Lope de Rueda a quien recuerda haberle visto actuar en su infancia, y en el capítulo XI de la segunda parte del *Quijote* pone en boca de su héroe literario estas palabras: «desde muchacho fui aficionado a la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula», se deduce que Cervantes entró en contacto con la experiencia teatral a una edad muy temprana. Si pensamos

que en la etapa en que Rodrigo, su padre, estuvo en Sevilla, es decir, entre 1564 y 1566, Miguel ya tenía dieciocho o diecinueve años, no parece concordar esta edad con sus propias palabras cuando dice que cuando vio actuar a Lope de Rueda no era capaz de discernir todavía su calidad artística. Por lo tanto, parece que si de niño vio actuar al comediante de los pasos, o fue en Córdoba, cuando tenía siete años –si es que llegó a acompañar a su padre–, o fue en Valladolid, cuando tenía cinco o seis. Lo que sabemos es que desde luego, en los años en los que el padre de Cervantes residía en Sevilla, no sólo residía y actuaba también Lope de Rueda en la misma ciudad, sino que además eran vecinos y muy probablemente llegaron a conocerse. Otra tesis es la de que Cervantes experimentó el «veneno» del teatro en el colegio de la Compañía de Jesús en Sevilla, colegio donde estudiaban la flor y nata de la aristocracia sevillana, por lo que los expertos dudan de que Cervantes hubiera podido entrar en tan elitista centro de enseñanza. Pero la tradición cervantina ha interpretado un diálogo de Berganza, uno de los perros protagonistas de una de sus más conocidas *Novelas ejemplares*, *El coloquio de los perros*, como una prueba de que Cervantes estudió con los jesuitas en Sevilla. Otra leyenda que la historiografía más reciente sobre Cervantes trata de desmontar.

PRIMERAS NOTICIAS SOBRE MIGUEL DE CERVANTES

Tras un breve período en la ciudad cordobesa de Cabra, donde era alcalde el tío de Miguel, Andrés, quien había heredado la alcaldía de su padre, Rodrigo vuelve a Alcalá junto a su esposa, quien acaba de recibir una herencia por la muerte de su madre. En 1566, vemos a la familia Cervantes ya al completo instalada en Madrid, cuya capitalidad había sido proclamada por el nuevo monarca Felipe II en 1561, y donde por primera vez los Cervantes van a vivir con cierto desahogo económico.

A partir de este momento empezamos a encontrar los primeros indicios documentales del paso de Miguel de Cervantes por este mundo. Hasta ahora, toda la documentación encontrada se refería solamente a sus familiares, especialmente al padre y al abuelo. Pero en 1567, cuando Miguel tiene veinte años, nos encontramos por primera vez con algo que nos habla de él, y esos primitivos indicios son, como no podía ser de otra manera, literarios. Con ocasión del feliz alumbramiento de la reina Isabel de Valois de su segunda hija, la infanta Catalina Micaela, existe un soneto encabezado con el nombre de Miguel de Cervantes dedicado a este nacimiento real; suponemos que el soneto debió significar el debut de este joven aprendiz de escritor y poeta en el escenario literario de la nueva villa y corte.

En este momento entra en escena un personaje que va a ejercer cierta influencia en la vida de los Cervantes y de Miguel en particular: Alonso Getino de Guzmán. Antiguo bailarín y músico que trabajó en la compañía teatral de Lope de Rueda y viejo amigo del padre de Miguel desde los infortunados tiempos vallisoletanos. Getino, que también se trasladará como Rodrigo de Sevilla a Madrid, consigue un puesto importante como organizador de fiestas y espectáculos, de las que a partir de este momento disfrutarán los madrileños con toda la pompa que requería ser la sede de la Corte del rey Felipe II. Uno de estos actos que se organiaaron para agasajar a los monarcas y de cuya organización se encargó Getino, fue precisamente la celebración del nacimiento de la infanta antes citada. Como se solía hacer en este tipo de acontecimientos, se levantaron por toda la ciudad arcos triunfales de arquitectura efímera sobre los cuales se dispusieron tondos con versos laudatorios, entre los cuales estaba el soneto compuesto por Cervantes antes aludido. Alonso Getino de Guzmán se va a convertir en un asiduo visitante de la casa de los Cervantes y en gran amigo de Miguel, a quien posiblemente introdujo en los círculos literarios cortesanos.

Isabel de Valois fue una de las reinas más queridas de la historia de España. Hija del monarca francés Enrique II y de Catalina de Medicis, fue la tercera esposa de Felipe II. El pueblo la lloró mucho cuando murió y Miguel de Cervantes le dedicará cuatro poemas funerarios, unas de sus primeras obras escritas de las que tengamos noticia. PANTOJA DE LA CRUZ, Juan. *La reina Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II* (h. 1605). Museo del Prado, Madrid.

Sabemos que Miguel estudió en el colegio fundado por el humanista Juan López de Hoyos, a quien se le ha atribuido una filiación de tipo erasmista que pudo influir en el espíritu del joven Miguel, a quien le trata de «muy caro y amado discípulo».

Más tarde, Cervantes escribirá cuatro poemas laudatorios, pero esta vez funerarios, por la muerte de la joven y muy amada reina Isabel de Valois, acaecida el 3 de octubre de 1568, al dar a luz un hijo también muerto. Estos cuatro poemas iban incluidos en una relación oficial de las exequias a cargo precisamente del profesor de Miguel, Juan López de Hoyos, que serán publicados justo un año más tarde, cuando Miguel ya no se encuentre en Madrid.

EXTRAÑA HUIDA DE MIGUEL DE CERVANTES

Uno de los episodios de la vida de Cervantes que más han inquietado a los historiadores es el que se supone que truncó de manera drástica y dramática una carrera que parecía prometedora para el joven Miguel. En diciembre de 1569, tres meses después de que se publicaran los poemas por la difunta reina Isabel, Miguel ya no se encuentra en Madrid con su familia, sino en Roma. Ya no volverá a pisar suelo patrio hasta once años más tarde. ¿Qué pudo pasar para que Cervantes abandonase, casa, familia, comodidades –justo en esta etapa es cuando más boyante económicamente se encuentra la familia Cervantes– y una educación humanista y literaria al lado de quien era uno de los más doctos hombres de su tiempo?

En el siglo XIX, se encontró en el Archivo General de Simancas en Valladolid un documento que hasta el día de hoy es el único que nos puede explicar esta repentina partida. Se trata de una provisión real del 15 de septiembre de 1569 en la que se mandaba «prender a Miguel de Cervantes» por haber herido en duelo a un tal Antonio Sigura, «andante en esta corte». Este Antonio Sigura, que luego fue intendente de las construcciones reales, nada menos, debió remover Roma con Santiago para vengarse de su agresor y por su posición consiguió que se quisiese aplicar un castigo ejemplar: el culpable, huido a Sevilla y declarado en rebeldía, era condenado a que se le cortara públicamente la mano derecha y a ser desterrado por diez años del reino. Esta pena tan desproporcionada impuesta por un simple duelo se puede explicar porque, al parecer, este se produjo en unos terrenos cercanos al palacio real o Alcázar, sede de la Corte y residencia de la familia real, si es que no se produjo incluso dentro del mismo recinto, haciendo más grave lo que, de no haber sido por el lugar donde se produjo, se hubiera tomado por un duelo más sin tan graves consecuencias.

Con este caso nos pasa como con la partida de bautismo de Alcalá. ¿Será o no será este Miguel de Cervantes pendenciero que se bate en duelo hiriendo a un hombre el mismo que años después escribiría el *Quijote*? Los que no pueden ver ninguna mácula en el currículo de Cervantes se niegan a aceptarlo. Hay que admitir que en esta época los duelos, aunque prohibidos por la ley, estaban a la orden del día, ya que cualquier afrenta verbal que pudiera dañar la sacrosanta y dichosa honra, por la cual toda persona de bien era reconocida y aceptada en su dignidad y respeto, tenía que ser reparada echando mano a la espada. Si a esto añadimos la osadía y la fogosidad de un joven de veinte años, que no piensa en las consecuencias que podían acarrear un duelo de estas características, no es nada descabellado pensar que el gran genio literario haya podido pasar por este trance, del cual salió peor parado que su víctima, pues se le truncó una exitosa carrera literaria que podría haber comenzado en la tranquilidad y sosiego de su hogar mucho antes. Además, no tiene mucho sentido escandalizarse porque Cervantes haya participado en un duelo, cuando sabemos que otros genios literarios de la época como Lope de Vega, Quevedo y Calderón de la Barca, se vieron en circunstancias muy parecidas más de una vez. En una sagaz descripción de los españoles de esta época de la mano del gran humanista e historiador italiano Guicciardini, se remarca algo que dice mucho del carácter español: «En las armas [los españoles] estiman mucho el honor, de modo que por no mancharlo no se preocupan, en general, de la muerte».

Al ser condenado a que se le cortara públicamente su mano derecha y a diez años de destierro, Miguel tuvo que esconderse y escapar no sólo de Madrid, sino del vasto territorio en donde regía una orden real como esta, fuera de la jurisdicción de Felipe II, por eso su huida le conduce hasta Roma, donde sólo mandaban los papas. Parece que huyó primero a Andalucía, probablemente hacia Sevilla, en donde tenía familiares y amigos que le pudieron ayudar en su fuga. Se supone que de aquí pasó por Valencia y Barcelona hasta cruzar la frontera con Francia, haciendo el camino terrestre hasta Roma, por todo el sur de Francia, Milán y Génova. Este itinerario es exactamente el mismo que realizan Periandro y Auristela, los dos personajes de su obra *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, pues en ella los lugares por donde pasan están perfectamente descritos, como si Cervantes los conociera.

Hoy día se da por bueno el documento hallado en Simancas en donde se declara a Miguel de Cervantes en busca y captura como reo de la justicia, es decir, que se admite que el Miguel de Cervantes aludido en el documento es el que nos interesa y no un homónimo, pues una vez más todas las piezas del puzle encajan: la repentina huida de Miguel a Roma sin que exista hasta el momento ninguna otra explicación lógica para tan radical giro en su vida; el alistarse más tarde en el ejército, típico refugio de las personas que estaban perseguidas por la justicia, como hasta hace poco ocurría con la legión.

Si pensamos, ¿qué hubiera ocurrido si la amenaza que pendía sobre Miguel se hubiera cumplido? ¿Si no hubiera conseguido escapar de la justicia refugiándose allí donde la implacable autoridad del todo poderoso rey de España no llegaba? En fin, ¿y si la terrible amenaza de perder su mano derecha en una ejecución pública se hubiera hecho realidad...? A nadie se le escapa que no hubiese existido hoy en

día ni el *Quijote*, ni las *Novelas ejemplares*, ni sus comedias, ni su *Persiles* y *Sigismunda*, etcétera.

Como veremos a lo largo de esta vida épica de Cervantes, esta «buena suerte» dentro de su mala suerte le acompañará durante toda su vida; donde podríamos imaginar que a cualquier otro le hubiese ocurrido lo peor, Cervantes siempre se salva por los pelos, y además de forma a veces poco clara. Es como si su destino estuviera marcado, y nada ni nadie pudiera torcerlo, para que, después de muchas vicisitudes y vueltas de la vida, acabara haciendo lo que sólo él podía hacer, escribir una obra literaria tan trascendental para la cultura universal como el *Quijote*, dejándonos un legado literario, léxico y cultural de primera magnitud.

[5] Curiosamente, sólo en el caso del otro gran gigante de la literatura universal y coetáneo de Cervantes, William Shakespeare, se sabe aún menos de su vida. Incluso –según va tomando fuerza últimamente la teoría del autor misterioso y desconocido de sus obras–, la propia identidad del maestro del teatro isabelino se está poniendo en duda, creyendo que quizá Shakespeare sólo firmaba unas obras que no fueron escritas por él, sino por algún gran personaje de la corte de Isabel I Tudor y Jacobo I Estuardo de Inglaterra, quizá el conde de Oxford.

3

Cervantes, soldado de los tercios (1569-1575)

LA EXPERIENCIA ROMANA

Las palabras escritas por Cervantes cuando tenía ya «puesto su pie en el estribo» –como él mismo alude de esa manera tan gráfica a la cercanía de la parca en la dedicatoria de su *Persiles* escrito tan sólo dos días antes de su muerte– podrían muy bien estar rememorando su propia experiencia jubilosa, cuarenta y seis años más joven, cuando se vio por fin, después de tan largo periplo, frente a la Ciudad Eterna, libre y fuera del peligro de ser apresado:

¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta
alma ciudad de Roma! A ti me inclino,
devoto humilde y nuevo peregrino,
a quien admira ver belleza tanta.
Tu vista, que a tu fama se adelanta,
al ingenio suspende, aunque divino,
de aquel que a verte y adorarte vino
con tierno afecto y con desnuda planta.
La tierra de tu suelo, que contemplo
con la sangre de mártires mezclada,
es la reliquia universal del suelo.
No hay parte en ti que no sirva de ejemplo
de santidad, así como trazada
de la Ciudad de Dios al gran modelo.

Los trabajos de Persiles y Sigismunda, IV, III

En este momento comienza para Cervantes un largo período de diez años –ni él mismo se imaginaba que iban a ser tantos– que son los que pasará fuera de su casa, de su patria y lejos de los suyos. Los primeros cinco años de este período, esto es su época como camarero de un príncipe de la Iglesia primero y como militar con base en Italia después, será una etapa de formación –en un espíritu inquieto y a una edad perfecta para ello–, en la diversidad de las naciones, de las culturas, de las religiones, en la realidad del mundo en suma, que tanto en el siglo XVI como en este es diverso y cambiante, como diversos y cambiantes somos los seres humanos. Lo que en el lenguaje vulgar se llama ampliar horizontes y ver mundo, disciplina tan necesaria y pedagógica para la formación de un espíritu libre, crítico y sin prejuicios, tanto ayer como hoy. Más difícil y singular en el siglo XVI, por las dificultades que entrañaban los viajes y desplazamientos, reservados sólo a una exigua minoría (la mayoría de la población nacía y moría en el mismo lugar, sin tener la oportunidad de ver más mundo que su propia ciudad o aldea).

Roma en el siglo XVI era el gran teatro del mundo, el lugar ideal para que el exquisito espíritu de Miguel de Cervantes se refinara y enriqueciera entrando en contacto directo con su vasta historia y cultura milenaria. Vista del Panteón de Agripa en Roma por Giovanni Battista Piranesi (½ s. XVIII).

Una vez en Roma y a salvo de la justicia española, Miguel, un joven de veintidós años, lleno de vida y con ganas de comerse el mundo, libre y con algo de dinero para su supervivencia –que le habrían prestado sus allegados antes de partir para el exilio–, podemos intuir que se sentiría exultante y pletórico. Más aún, encontrándose donde se encontraba: en esa época, el verdadero ombligo del mundo. Una ciudad como Roma, con toda la belleza y misterio de sus ruinas, en plena transformación hacia la Roma barroca *caput mundi* que los papas posteriores al Concilio de Trento planearon crear como símbolo del poder renovado de la Iglesia católica, multicultural, multinacional y multilingüe, cuna del arte y del humanismo italiano, que era el foco del mundo entero, le desplegaría ante sus ojos todas las maravillas y ventajas que Cervantes no podría ni haber soñado un año antes. Pues Roma en particular, e Italia en general, era la meca de todo aquel que en esta época pretendía refinar su espíritu y ampliar su horizonte cultural y

estético. Especialmente para los españoles de la época, muchos de ellos militares, la experiencia italiana marcaba un antes y un después. Era un universo muy diferente al español, mucho más abierto, tolerante en las costumbres, incluso demasiado licenciosas para algunos, donde podían esponjar su espíritu en los placeres de la vida de todo tipo sin miedo a la Inquisición. Italia era un mundo mucho más rico, inmensamente más refinado y exquisito, culto y desarrollado que España. Nada que ver con el aspecto austero y severo de Castilla. Tanto el paisaje como las ciudades eran mucho más bucólicas, sugerentes y magníficas. Y su sociedad mucho más heterogénea y plural, de costumbres mucho más relajadas y siempre buscando el máximo placer a la vida, en vez de la mortificación castellana, placeres que se reflejaban no sólo en los de la mesa, el sexo y la alegría de vivir, sino también en el arte y la literatura. Por eso, el español que salía de su aldea y pasaba una temporada en Italia ya no volvía a ser el mismo ni a sentir lo mismo cuando volvía a su casa de regreso. La Italia que conoció Cervantes era un complejo de ciudades-estado que se habían convertido desde hacía más de un siglo en el espejo donde toda Europa se quería reflejar, por su creatividad artística y cultural, donde nació el Renacimiento y que aún en la época de Cervantes seguía dando sus últimos frutos (Miguel Ángel había muerto en Roma tan sólo cinco años antes de que llegara Cervantes). Se respiraba un aire de libertad que ya no se toleraba en España, donde todo se había hecho más uniforme y tendente a una ortodoxia controlada. Incluso en Roma, a pesar de ser el centro del poder de la Iglesia católica, se respiraba un ambiente mucho más relajado en las costumbres y se ejercía un control por parte de la Iglesia menos estricto que en España. Estas características de Italia la hacían diferente al resto de Europa, y los italianos, muy conscientes de ello, consideraban bárbaros a todo aquel que viniera de fuera del ámbito cultural italiano. Se daba la paradoja además de que en esta época los estados italianos habían perdido todo el poder político en la misma medida inversamente proporcional con la que se habían hecho con el poder cultural y estético, por lo que miraban despectivamente, no sin cierto rencor, a los invasores que venían de fuera, especialmente a los españoles, que se habían enseñoreado de buena parte de su territorio. Así vemos que, a pesar de las maravillas que se ofrecían ante sus ojos, algunos españoles no aprobaban ciertas costumbres o trato de los lugareños hacia ellos, como se desprende de esta descripción de Roma hecha por el poeta y prosista Luis Gálvez de Montalvo, amigo de Cervantes:

> La vida de Roma es, señor, de harto trabajo, do no basta la mucha merced que el cardenal [Ascanio Colonna] me hace para poderla sufrir. Está todo tan estragado y malo de suyo, que sin duda ha de ser mal hombre el que se hallare bien: la mentira, la lisonja, la poca fe, el engaño tan avecindadas, que cada uno come con ellos y duerme; y ansí, cuando recuerdan algunos, se hallan donde es imposible salir. No hay un real, y hay cien mil trapazas; las cárceles, llenas de españoles; los italianos parecen mozos de mulas, toda la vida cantándonos infamias; las calles, llenas de putanas, casadas y por casar; doce mil están en lista, dolas al diablo, y apenas hay quien las mire a la cara; trátase la sodomía con menos recato, harto menos, que comer un huevo en viernes. ¡Bravo caso, aquí donde se topa a cada paso un vicario de Cristo, y tantas y tan grandes reliquias que se puede llamar archivo del cielo!

Estas palabras de Gálvez de Montalvo ponen en evidencia una característica muy típica del sentir y forma de ser del italiano en contraposición al español: si bien los dos países eran indiscutiblemente católicos y el espíritu de la Contrarreforma tenía la misma vigencia en los dos territorios, para los italianos, incluyendo a la alta jerarquía eclesiástica, no estaba reñido el ser católico con el disfrute de los placeres de la vida, para lo que, a veces, no tenían ningún reparo en saltarse ciertas normas rígidas, mientras se guardaran las apariencias, mientras que para el español, mucho menos pragmático, el ser un buen católico exigía cumplir las normas a rajatabla, sin ningún tipo de atajos. El español no entendía un comportamiento moral y religioso adecuado si no era igual tanto de puertas para adentro como de puertas para afuera, de ahí la rigidez que le caracterizaba y le distinguía de entre las demás naciones, incluso en esta época de la que estamos hablando.

Aspecto del foro romano tal y como se lo encontraría Cervantes en 1570.
PIRANESI, Giovanni Battista. *Veduta di Campo Vaccino*. Estampa Aguafuerte (entre 1748 y 1778). Biblioteca Digital Hispánica.
Disponible en: http://bdh.bne.es/bnesearch/detalle/bdh0000145654

Cervantes llegaría a Roma aproximadamente hacia el mes de septiembre de 1569. Una vez allí, como cualquier turista de cualquier tiempo, lo primero que haría sería pasear por sus calles, plazas y ruinas, y admirar la grandiosidad de sus monumentos, especialmente los de la antigüedad romana, muchos de ellos, aún en esta época, semienterrados o invadidos por la vegetación y los rebaños de ovejas. Estos cinco años en la vida de Cervantes de los que tratamos en este capítulo puede que sean de los mejor documentados, pues a la abundancia de archivos procedente de los registros y pagas de la milicia, se suman muchos extractos de sus obras que bien podrían ser autobiográficos, aunque este tipo de aseveraciones tratándose de la vida de Cervantes siempre hay que cogerlas con bastante precaución. Uno de esos extractos que los especialistas estiman como posibles recuerdos de las experiencias del propio autor en Roma son los que, en boca de Tomás Rodaja, su posible *alter ego* y protagonista de una de sus más famosas *Novelas ejemplares*, la del *Licenciado Vidriera*, nos relata sus quehaceres nada más llegar a Roma:

Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua y la beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura; por sus puentes, que parece que se están mirando unas a otras, y por sus calles, que con solo el nombre cobran autoridad sobre las de las otras ciudades del mundo: la Via Apia, la Flaminia, la Julia, con otras deste jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó también la autoridad del Colegio de los Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró y notó y puso en su punto.

Una vez hecho esto, suponemos que lo siguiente sería buscarse un medio de subsistencia. De esta preocupación lógica de nuestro escritor se desprende el documento fechado en Madrid a 22 de diciembre de 1569, por el cual Rodrigo de Cervantes, padre de Miguel, certifica la limpieza de sangre de su hijo, corroborado por tres testigos, entre los que se encuentra el ya mencionado amigo de la familia y organizador de festejos, ahora convertido en alguacil, Alonso Getino de Guzmán. Esta información fue pedida por Miguel a su padre hacia el mes de octubre como requisito indispensable para entrar al servicio de un jovencísimo príncipe de la Iglesia (era tan sólo un año mayor que Cervantes): monseñor Giulio Acquaviva d'Aragona. Era un joven aristócrata napolitano, persona refinadísima en sus gustos y maneras, culta y que gustaba de rodearse de una corte de jóvenes apuestos y cultos como suponemos que sería el caso de nuestro futuro escritor por estos años. Unas palabras de la novela ejemplar *El Coloquio de los perros* vienen al caso para este momento, tal vez inspiradas también en la experiencia vivida por Cervantes en esos días de juventud: «Muy diferentes son los señores de la tierra del Señor del Cielo: aquellos, para recibir un criado, primero le espulgan el linaje, examinan la habilidad, le marcan la apostura, y aun quieren saber los vestidos que tiene...». Pues bien, el primer requisito que se menciona como es este de espulgar el linaje es lo que Miguel superó con éxito gracias a este certificado de limpieza de sangre, que avalaba su ascendencia pura de cristianos viejos.

Giulio Acquaviva, que será elevado a la púrpura cardenalicia al poco de entrar Cervantes a su servicio había estado en Madrid precisamente el año anterior, como enviado del papa Pío V para ofrecer las condolencias en su nombre al rey de España por la muerte de su hijo don Carlos. Es muy posible que ya en Madrid Cervantes hubiera entrado en contacto con el prelado romano de alguna manera, y cuando tuvo que huir precipitadamente a Roma, se acordara de él para ponerse a trabajar a su servicio, cosa que el alto dignatario papal hizo parece que sin mucha reticencia, a pesar de no ser don Miguel de familia noble. Aunque Cervantes no cuenta nada de esta parte de su vida, aparte de mencionar en su prólogo a la *Galatea* que sirvió en Roma al cardenal Acquaviva, no deja de ser extraño el hecho, que hoy conocemos, de que se convirtiera en «camarero» o «ayuda de cámara» de un cardenal, cargo que, aunque no dejaba de ser el de un sirviente, entrañaba unas tareas muy íntimas, las cuales sólo un noble, en una sociedad eminentemente aristocrática, podía ejercer. Una cosa era estar limpio de sangre, y otra muy distinta ser de familia aristocrática, cosa que Cervantes jamás podría probar por la sencilla razón de que no lo era.

En todo caso, el certificado de limpieza de sangre expedido por el padre de Miguel y que le abrió las puertas al palacio del cardenal romano plantea un nuevo problema en la complicada pero apasionante tarea de recomponer la trayectoria vital de Cervantes. Si el certificado de limpieza de sangre exigido para entrar a formar parte de una de las casas nobiliarias de Roma equivalía a lo que hoy conocemos como un certificado de buena conducta, ¿cómo es posible que fuera expedido por un corregidor de Madrid? Es decir, por la misma autoridad municipal que un año antes le había declarado en busca y captura para aplicarle un castigo ejemplar. Y es más, ¿cómo su amigo Getino de Guzmán testifica a favor de Miguel, siendo en este momento «alguacil de la villa de Madrid», arriesgándose a ser declarado perjuro y a ser duramente castigado por las autoridades, si el «Miguel de Cervantes» del cual da fe fuera el mismo que un año antes hubiera estado a punto de asesinar a un hombre? Todas estas cuestiones hacen que cada documento encontrado sobre Cervantes oscurezca más que aclare la historia de su vida, y nos hacen reflexionar que, por mucho que los más prestigiosos investigadores hayan llegado últimamente a la conclusión de que efectivamente el «Miguel de Cervantes» de la provisión de 1569 encontrada en el Archivo de Simancas es el mismo que escribiera años después el *Quijote*, es cuanto menos discutible, y nos viene a corroborar una vez más que de la vida de Cervantes aún no se ha dicho la última palabra.

LA LLAMADA DE LAS ARMAS

Parece que la vida cómoda palaciega no estaba hecha para el joven Miguel, a pesar de su refinado gusto y las posibilidades que tendría tanto de leer todo lo que quisiera en la biblioteca del cardenal, como de promocionarse como escritor. Ya veremos más adelante otra situación parecida en la que, a pesar de haber conseguido la seguridad y estabilidad de la vida matrimonial, huye de ella hacia un destino incierto y plagado de incertidumbres. Cervantes debía tener un espíritu inquieto y soñador, que de mala gana se acomodaba a la vida muelle; como su más célebre personaje de ficción, pronto sentía la necesidad de salir en busca de aventuras. Y qué mayor aventura que la que en esta época podía ofrecerle la milicia, en la que se conjugaban, además del incierto destino al que se podía aspirar, la gloria o la muerte, el triunfo del honor y el servicio a la patria, «sirviendo en él a Dios y a mi rey». Hay que tener en cuenta que, en este período de su juventud, Cervantes sintió la vocación de soldado con mucha más fuerza que la de escritor.

El hecho es que Cervantes se despidió del cardenal –según nos cuenta Jean Canavaggio, uno de los más importantes expertos en la figura del escritor del *Quijote* en su última biografía– porque «Cervantes bien pudo ser admitido ocasionalmente en la intimidad del cardenal. Mas, mediante esa promoción, su posición se hizo probablemente más ambigua y, por lo mismo, difícil de vivir». Ambigua afirmación esta de Canavaggio, pero que nos viene a decir en suma que por algún motivo no aclarado Cervantes puso pies en polvorosa huyendo del favor del cardenal. Su experiencia cortesana no llegó a durar pues más que unos pocos meses, de febrero a mayo de 1570 poco más o menos.

En este retrato vemos a don Juan de Austria con los atributos de comandante en jefe de la lucha contra el Turco. PANTOJA DE LA CRUZ, Juan [atribuido] *Don Juan de Austria* (h. 1575). Monasterio de El Escorial, Madrid.

Lo siguiente que sabemos de la vida de Cervantes es que hacia la primavera de 1571 toma una decisión que le marcará para toda su vida: se alista en el ejército español, cuando se crea por mediación del papa Pío V la Santa Liga contra el Turco. ¿Qué hizo durante ese año que media entre la salida de la corte del cardenal Acquaviva y la entrada en los tercios de su majestad? Nadie lo sabe. Probablemente aprovecharía para viajar por Italia e impregnarse de la belleza y placeres mundanos de otras ciudades ya míticas en su época como eran Florencia y

Venecia. Lo cierto es que, probablemente arrastrado por la ola de entusiasmo que recorrería toda la cristiandad en esos momentos a causa de la propaganda lanzada para reclutar el mayor número de soldados en la llamada cruzada contra el Turco[6], en agosto de 1571 hallamos a los dos hermanos Cervantes, Miguel y el menor Rodrigo, quien también había acudido a la llamada del Papa desde España para luchar por la fe, en Nápoles, ya pertrechados con toda la parafernalia que rodeaba a un soldado de los tercios españoles. Sin saberlo, estaban a punto de asistir en primera persona a uno de los acontecimientos históricos más importantes del siglo: la batalla de Lepanto.

«La más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros»

Con esta expresiva frase define Cervantes en el prólogo de las *Novelas ejemplares* y de la segunda parte del *Quijote* la gesta épica que supuso la batalla de Lepanto, así como su orgullo por haber tenido el privilegio de participar en ella. La victoria naval de Lepanto tuvo una repercusión sin precedentes en toda la Cristiandad. Por eso no es difícil de entender que, para un hombre siempre en busca de la fama y la gloria como Cervantes, el hecho de haber sido uno de los héroes que protagonizaron esa gesta fuera un galardón que llevaría muy a gala durante toda su vida. Él se habría sentido más orgulloso de ser recordado para la posteridad por su heroica actuación en Lepanto y por las heridas recibidas, incluso me atrevería a decir, que por haber escrito el *Quijote*. Y sin embargo ha ocurrido todo lo contrario: si a Cervantes se le recuerda por su actuación en Lepanto, incluso se le conoce como «el manco de Lepanto», fue gracias a que escribió posteriormente el *Quijote*. Sin duda, cada uno de los soldados que ese día lo dieron todo, con mejor o peor fortuna, tuvieron un comportamiento tan heroico como el de Cervantes, sin embargo han quedado en el olvido por ser personajes anónimos que nadie se ha preocupado por investigar qué hicieron y dónde se encontraban en el momento de la batalla. En este momento de su vida Cervantes era un personaje tan anónimo como cualquier otro, pero su posterior producción literaria le elevó de tal manera en el altar de los grandes hombres de la historia que se ha mirado con lupa todos sus movimientos anteriores, como hemos visto no siempre con los resultados esperados. En este momento, como decíamos al principio de este libro, la Historia en mayúsculas y la privada de la vida de don Miguel de Cervantes confluyen en un mismo punto. Quizá por ese motivo, se sepa más y con mayor certeza de este momento de su vida que de cualquier otro.

¿Dónde se encontraba nuestro gran escritor y en este momento soldado aquella mañana del 7 de octubre de 1571, cuando las flotas cristiana y turca se toparon frente a frente en el Golfo de Lepanto? Sabemos con bastante certeza que Cervantes se encontraba en la galera *Marquesa* de Juan Andrea Doria a las órdenes del capitán de su compañía Diego de Urbina. Parece ser que Miguel se encontraba indispuesto con fiebre aquella mañana, una contrariedad que, dada la ocasión, no era precisamente el mejor estado para la lucha encarnizada que se preveía. Seguramente por esta razón, tanto su capitán como varios de sus compañeros le aconsejaron que lo mejor que podía hacer era quedarse abajo en la cámara de la galera y perderse el combate. A esta sugerencia Cervantes respondió negándose rotundamente, pues «qué dirían dél» si esto hiciera, y «aunque esté enfermo e con calentura más vale pelear en servicio de Dios e de Su Majestad e morir por ellos, que no bajarme so cubierta», y no contento con esta respuesta, como si los consejos paternales de su capitán hubieran ofendido su orgullo de caballero, pidió incluso «que el capitán le pusiese en la parte e lugar que fuese más peligrosa». Así vemos a Cervantes, consumido por la fiebre, pero con la cabeza bien alta y el ánimo dispuesto a luchar o morir, situado con su arcabuz en el lugar más peligroso, el esquife (bote auxiliar que llevaban las galeras en la proa y que se utilizaba para trayectos cortos) con doce compañeros más. La valentía de Cervantes es una cuestión indiscutible y una de sus características más llamativas, como veremos a lo largo de toda su vida. Un personaje que, consecuente con la servidumbre de las reglas del honor imperantes en la España de su época, no sólo las cumplía con toda la disposición propia de un auténtico caballero, sino que incluso se excedía, poniendo muchas veces su vida en juego. Pero, como veremos, siempre salió bien parado de todos estos actos heroicos, en los que, anteponiendo su sentido del honor, ponía en riesgo su propia vida.

En esta pintura podemos ver a Felipe II, de negro arrodillado rezando, junto al papa, de frente y también rezando, y al Dux de Venecia, de espaldas con manto de armiño. A la derecha, la boca del gran monstruo de Leviatán tragándose a todos los enemigos del catolicismo. EL GRECO, Domenicos Theotocopoulos. *Alegoría de la Santa Liga* (1577-1580). Monasterio de El Escorial, Madrid.

La flota cristiana, en formación para la batalla dibujando una cruz latina, tenía uno de sus brazos, el del «cuerno de tierra», frente a la Punta Escrofa, que estaba más cerca de la costa y que era donde se encontraba la galera de Cervantes. Esta galera genovesa se hallaba entre las venecianas a las órdenes de Agostino Barbarigo, el más importante capitán veneciano de la época, en el ala norte de la flota cristiana.

En el fragor de la batalla, la flotilla turca de Suluk Mehmed Pachá (llamado Mehmet Sirocco) intentó hacer una maniobra para rodear a la flota cristiana, intentando pasar entre esta y las dunas de arena de la costa de Punta Escrofa. Una maniobra arriesgada que se saldó con un buen número de galeras turcas que encallaron contra las dunas, gracias a la buena estrategia del comandante Barbarigo, aunque al hacerlo se vio rodeado a su vez por ocho naves enemigas que lanzaban fuego griego y flechas sobre las naves venecianas. En ese dramático momento de la contienda se encontraba Cervantes envuelto en la dura batalla por salvar las naves venecianas a la vez que intentaban que el ala derecha de la flota turca se estrellase contra la costa. Fue en este momento cuando recibió tres tiros de arcabuz que a poco estuvieron de costarle la vida: dos en el pecho, que gracias a su armadura sólo le produjeron un enorme hematoma, y otro en su brazo izquierdo, que se lo dejó inutilizado de por vida. Parece ser que la herida que le produjo el arcabuzazo le debió de cortar los tendones y la circulación sanguínea, por lo que, con el tiempo, se le debió de quedar el brazo como necrosado y agarrotado, pero sin pérdida de ninguna parte del mismo. Por eso, hablando de su herida años más tarde, en el prólogo a sus *Novelas ejemplares*, nos dice que «aunque puede parecer fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros...».

Recreación historicista del momento en el que la galera de Cervantes, con este

en el esquife, choca con una galera turca en la batalla de Lepanto aquel 7 de octubre de 1571. LUNA, Juan. *Combate naval de Lepanto (7 de octubre de 1571)* (1887). Palacio del Senado, Madrid.

A primera hora de la tarde de aquel 7 de octubre memorable, cuando la victoria cristiana era ya un hecho, Cervantes se encontraba herido en la *Marquesa* rodeado de cadáveres y gemidos angustiosos de los numerosos malheridos. Cerca de cuarenta mil hombres habían fallecido o se encontraban agonizando, diseminados sus cuerpos por el mar, el cual se tiñó de rojo esa tarde de domingo, el día más largo en la vida de Cervantes, el cual nunca olvidará. Tuvo mucha suerte de salir con vida pues en su galera murieron cuarenta soldados, entre ellos su propio capitán.

El 31 de octubre el grueso de la flota cristiana –excepto las galeras venecianas que regresaron a su ciudad de origen– comandada por don Juan entra en el puerto de Mesina. Miguel es conducido con el resto de los heridos al hospital de dicha ciudad, en donde permanecerá seis meses hasta reponerse completamente de sus heridas. La leyenda nos muestra a un caballeroso don Juan de Austria acudiendo al lecho del enfermo para preocuparse por su salud y recompensar su heroica actuación con su augusta visita, sin caer en la cuenta de que, en estos momentos, Cervantes era aún una persona tan anónima y desconocida como cualquier otro. Es verdad que don Juan gustaba de alentar a su soldadesca, quien le adoraba precisamente por este tipo de detalles, haciéndose cercano y accesible en momentos puntuales, pero en este caso no hay ningún testimonio que avale esta tesis de la visita de don Juan a Cervantes en el hospital de Mesina.

Entre enero y marzo de 1572, estando aún convaleciente en el hospital, le son abonados veinte ducados por las heridas recibidas como recompensa, y pocos meses más tarde Cervantes será promocionado a «soldado aventajado», es decir, soldado de élite, probablemente por la valentía mostrada en la batalla.

Entre la primavera de 1572, cuando Cervantes es dado de alta, y el otoño de 1575, fecha en la cual decide volverse con su hermano Rodrigo a España, Cervantes va a vivir la vida militar de los tercios de galeras en la compañía del capitán Manuel Ponce de León en el tercio de Lope de Figueroa, alternando los períodos de campaña (suponemos que estuvo en el frustrado desembarco de Navarino, en la conquista de Túnez y en La Goleta) con otros de pura inactividad en Mesina, Palermo, Nápoles, Cerdeña y Génova. Se supone que estuvo presente en estas campañas aquí citadas por lo preciso y cercano que es cuando en boca de sus personajes literarios, especialmente el de Ruy Pérez de Viedma, el cautivo que cuenta su historia –prácticamente igual que la de Cervantes– en la primera parte del *Quijote*, nos relata con pelos y señales los pormenores de las campañas militares posteriores a Lepanto, todas ellas fracasadas. Cervantes nos da su propio punto de vista sobre los hechos, llegando incluso a atreverse a criticar alguna actuación de su héroe, don Juan, como cuando rehusó en 1572 atacar a la flota de Euch Alí, el gobernador de Argel, cuando ésta estaba refugiada en el golfo de Navarino, argumentando que «todos los levantes y jenízaros [los piratas berberiscos de Argel] que en ella venían tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mesmo puerto, y tenían a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra armada». Si don Juan hubiera imaginado el terror que infundía entre los infieles después de su flamante victoria en Lepanto, no habría desperdiciado esta oportunidad. También nos da su opinión en cuanto a la campaña de Túnez, alegrándose de la pérdida del fuerte de La Goleta, a la entrada del puerto de Túnez, que había resistido inexpugnable en manos españolas desde 1535, pero que no es más que un pequeño promontorio de 1,5 km2. Para Cervantes, la pérdida de La Goleta supuso un alivio más que un perjuicio para España, por ser «aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia o esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos Quinto; como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran». Es decir, que Cervantes no era partidario de dilapidar los siempre escasos recursos de la monarquía española en mantener lugares sólo por razones de reputación, como era este caso, sólo porque fuera conquistada por Carlos V. Demostrando un sentido práctico de la política española, que en estos momentos se debatía entre seguir gastando dinero en los innumerables frentes abiertos que nada práctico reportaban al país más que el evitar la siempre temida impresión de que si se retiraban de algún conflicto serían tenidos por débiles por las demás potencias, o afrontar de una vez la política exterior española con un poco más de pragmatismo, lo que en su día se denominaba razón de estado.

Después de que don Juan tomara la ciudad de Túnez en 1573, que volvería a caer en manos turcas al año siguiente, dejó una guarnición en La Goleta al mando del general don Pedro de Portocarrero. Gracias a Dios, una vez más, Cervantes se salva de haber sido uno de los soldados que dejó don Juan en La Goleta, pues estos fueron masacrados por los turcos cuando al año siguiente reconquistaron Túnez.

Para desgracia de Cervantes, ya no habrá más horas gloriosas como las de Lepanto, sino más bien fracasos y agotadoras campañas en las que nada de provecho se sacaba. Pero no todo eran sinsabores y hastíos en la rutinaria vida castrense, pues en estos cinco años de milicia hubo más momentos de inactividad y esparcimiento de los sentidos en esa Italia, tan rica en experiencias lúdicas, que de duro combate. Gracias a los rastros documentales dejados por los movimientos de pagos del Tesoro, conocemos lo que se le fue pagando a nuestro soldado por su servicio militar. Estos pagos nos hablan de una vida desahogada, que le permitirían disfrutar de los numerosos placeres que las ciudades italianas por las que pasó le

pudieron proporcionar. La única imposición que tuvo Cervantes en estos años era la de seguir a la compañía de su tercio allí donde su Maestre de campo ordenara. Sus campamentos base estuvieron básicamente en Sicilia, especialmente Palermo y, sobre todo, en Nápoles. Esta última ciudad, donde Miguel vivió durante más de un año, fue sin duda la que más le marcó de toda Italia. Para Tomás Rodaja, el protagonista del *Licenciado vidriera*, que en su viaje a Italia nos cuenta sus impresiones, que no son otras que las del propio Cervantes, al llegar a Nápoles dirá que «a su parecer, y al de todos cuantos la han visto, [es] la mejor de Europa, y aún de todo el mundo».

Cartón para tapiz (detalle) que ilustra las luchas entre musulmanes y cristianos en el norte de África. Vermeyen, Kunsthistorisches Museum, Viena (Austria).

Nápoles era una de las joyas del imperio español. Esta ciudad siempre tuvo una relación privilegiada con España, en los siglos xvi, xvii y xviii, incluso más que con el resto de Italia. Además, España ha dejado en Nápoles mayor impronta que en ningún otro lugar de Europa.

El reino de Nápoles, al igual que el de Sicilia y Cerdeña, era parte de la Corona de Aragón, que los monarcas de finales de la Edad Media conquistaron, expulsando a la dinastía angevina que provenía de Francia. Por el matrimonio de los Reyes Católicos, el rey Fernando de Aragón aportó estos territorios italianos a la corona de Castilla y Aragón, unificadas dinásticamente en una sola persona desde Carlos V. Nápoles era tan apreciada en su época que fue motivo de constantes guerras entre los sucesivos monarcas franceses y españoles, unos por reconquistarla y los otros por mantenerla. Hasta el siglo xviii fue la ciudad más populosa de Europa e innumerables viajeros se enamoraron de ella. En la época en la que Cervantes la vivió debía ser una ciudad apasionante: llena de palacios e iglesias de incalculable belleza; por su situación geográfica privilegiada extendiéndose a lo largo de una enorme bahía con su mar azul al frente y coronada por la solemne mole del Vesubio; por sus gentes, entre las que habría tantos compatriotas que Cervantes se podría sentir como en casa pero con la libertad que le ofrecía Italia; por sus ricas hosterías, donde se degustaba una comida mucho más delicada que en España y unos vinos mucho más sabrosos para un fino paladar; por su ambiente heterogéneo, donde se podía encontrar a la más refinada aristocracia junto a los hampones y pícaros más insolentes y vivarachos de toda Europa. Se debía respirar un ambiente parecido al de Sevilla pero con mucha más gente y más libertad aún. Curiosamente también la ciudad del Guadalquivir fue la que más poderosamente atrajo a Cervantes, que era una persona eminentemente urbanita, a la que le debían gustar los ambientes cosmopolitas y abigarrados de gentes de todo tipo. Le llamaban la atención preferentemente los personajes de los ambientes más pobres y marginales, que escapaban mejor a los convencionalismos tan fuertes de la sociedad de su época, personajes que sin duda le parecerían más libres, más genuinos, más ricos en su faceta humana, más inspiradores para su imaginación literaria. Ya hablaremos de ellos más adelante, cuando lleguemos a su etapa andaluza.

En Nápoles quizá Cervantes se enamoró por primera vez. Se ha especulado incluso que hubiera dejado tras de sí un hijo natural fruto de algún amor desdichado. Las pruebas para afirmar esta teoría son tan débiles como el ver en los poemas de amor desengañado de Lauso, uno de los pastores de *La Galatea*, tras quien según algunos se esconde nuestro escritor, la traición de una misteriosa Silena, evocada por este personaje. También se ha interpretado un poema del *Viaje del Parnaso* en el que el mismo Cervantes ve aparecer a un hijo suyo en un sueño, y al cual reencuentra emocionado:

> Llegóse en esto a mí disimulado
> un mi amigo, llamado Promontorio,
> mancebo en días, pero gran soldado.

Creció la admiración viendo notorio
y palpable que en Nápoles estaba,
espanto a los pasados accesorio.
Mi amigo tiernamente me abrazaba,
y, con tenerme entre sus brazos, dijo
que del estar yo allí mucho dudaba;
llamóme padre, y yo llaméle hijo;
quedó con esto la verdad en punto...

EL FRUSTRADO Y DRAMÁTICO REGRESO A CASA

Tras cuatro años de campañas militares infructuosas y largos períodos de inactividad debieron de hacer que Cervantes llegara a sentirse desencantado de la vida militar. A sus veintiocho años, una edad más que madura en un tiempo en el que la esperanza de vida no sobrepasaba los cuarenta, sin ninguna perspectiva de ascender en la escala militar, y con la sospecha cierta de que nunca más se vería en otra gesta similar a la de Lepanto, el espíritu inquieto de Cervantes comenzó a hacerle sentirse incómodo en su situación y debió de pensar que había llegado al final de una etapa de su vida y que requería un cambio.

Era el año de 1575, cuando se había pactado en secreto una tregua con el Turco desde las más altas instancias de la política en Madrid, y Felipe II había ordenado a su hermanastro don Juan que ese año la flota quedara amarrada en puerto; no quería seguir derrochando dinero en una guerra que no juzgaba de la misma importancia que la de los Países Bajos, donde estaba comprometiendo todo el oro que llegaba del Perú al puerto de Sevilla, más toda la flor y nata de su flamante ejército, pero sobre todo, su reputación como monarca y señor de toda la Cristiandad. Al año siguiente, Felipe II ordenará a su hermano que cambie el teatro bélico del Mediterráneo por el de los Países Bajos, nombrándole Capitán general de los tercios y Gobernador. Don Juan se resiste todo lo que puede, pues tiene la impresión, bastante acertada, de que cambiar las soleadas costas mediterráneas por las empantanadas tierras flamencas donde siempre llueve y el cielo está gris le traerá malos augurios, como así será finalmente y como rezaba el *adagio* que solía cantar la soldadesca española cuando era reclutada para ir a Italia primero a formarse como soldados para luego ser enviados a Flandes: «España, mi natura; Italia, mi ventura; Flandes, mi sepultura». Tanto tiempo transcurre desde la muerte de don Luis de Requesens, el anterior gobernador de los Países Bajos y la decisión de don Juan de obedecer a su hermano y monarca, que cuando llega a los Países Bajos se entera de que justo el día antes de su llegada las tropas españolas descontroladas por falta de pagas han tomado y saqueado la ciudad de Amberes, saqueo que durará varios días, destruyendo y matando todo a su paso en una orgía de sangre y vandalismo. No pudo tener peor comienzo don Juan en Flandes, ni peor final, pues morirá de fiebres tifoideas dos años más tarde.

Puede que la partida de don Juan de Austria, ídolo para Cervantes, influyera también en su decisión de abandonar la milicia e Italia y regresar a España, sumando más elementos negativos a su ya mencionado estado de hastío y decepción. Sea por lo que fuere, y seguramente un conjunto de razones serían las causantes, Cervantes decide volverse a su tierra natal y comenzar una nueva vida más estable. Antes de partir, consigue dos cartas de recomendación de los dos hombres más importantes del momento: don Juan de Austria y el duque de Sessa, virrey de Sicilia, con el fin de que le sirvan para que en los despachos de los grandes hombres de Madrid, quienes tomaban las decisiones importantes, le abran las puertas y le den algún buen oficio con el cual sustentarse.

En los primeros días de septiembre de 1575 Cervantes se embarca junto a su hermano menor Rodrigo en Nápoles en la galera *Sol* rumbo a Barcelona. Esta galera que transportaba a los dos hermanos Cervantes era una de las cuatro que formaban una flotilla a las órdenes de don Sancho de Leiva. La versión oficial de los hechos ha sido hasta ahora la de que después de una larga travesía, a la altura de la ciudad francesa de Tolón, una tempestad provocó que la galera donde viajaban los Cervantes se dispersase del resto. Cuando esta trató de reunirse con sus compañeras de viaje bordeando la costa francesa, habría sido abordada por corsarios berberiscos a la altura de las Tres Marías, o Saintes-Maries-de-la-Mer, al sur de Francia. Esta versión de los hechos hoy ya no se admite, pues la captura de la galera *Sol* se debió producir casi llegando a España, frente a las costas de Cadaqués o Palamós, para mayor desesperación de sus pasajeros.

El ataque fue cometido por un renegado albanés llamado Arnaut Mamí, al frente de tres galeras. Su lugarteniente, también renegado de origen griego era Dalí Mamí. Los atacados no se dejaron prender sin oponer una fuerte resistencia que se tradujo en varias horas de combate y varios muertos y heridos. Pero la desigualdad de los contendientes –tres contra uno– se saldó con la rendición de los españoles, quienes fueron inmediatamente trasladados a las galeras corsarias, atados de pies y manos. El resto de la flotilla que había salido de Nápoles, acude en ayuda de sus compañeros, pero los piratas huyen raudos consiguiendo escapar con su botín a bordo. Tres días más tarde llegan a la populosa y rica ciudad corsaria de Argel en el norte de África, cuna de la piratería y del comercio de esclavos cristianos, su única fuente de riqueza. Entre los miles de cautivos que pueblan dicha ciudad, estará uno que, contra todo pronóstico, sobrevivirá para contarlo, incluso para contar muchas más historias que lo harán célebre e inmortal: Miguel de Cervantes Saavedra. El mismo día que comenzaba su calvario, Cervantes cumplía veintiocho años.

[6] «Divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacía; todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba...».

Palabras sacadas de la historia del Cautivo intercalada en la primera parte del *Quijote*, considerada por todos como autobiográfica de las circunstancias que llevaron al joven Cervantes a alistarse para participar en la batalla de Lepanto, y su continuación en la milicia hasta ser apresado y puesto en cautividad por los moros berberiscos de Argel.

4

El cautiverio de Argel

(1575-1580)

LA EXPERIENCIA MÁS AMARGA EN LA VIDA DE CERVANTES

A continuación, tenemos las palabras de Saavedra, el personaje cautivo en *Los tratos de Argel*, la primera obra de teatro que Cervantes escribe después de su cautiverio, y son sin duda las del propio autor, que nos habla directamente, rememorando ese instante angustioso de su vida al llegar al puerto de Argel, en donde le esperaban cinco años de duro cautiverio:

Cuando llegué cautivo y vi esta tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra,
no pude al llanto detener el freno
que a pesar mío, sin saber lo que era,
me vi el marchito rostro de agua lleno.

Aspecto que tendría la ciudad de Argel a la llegada de Cervantes. Pintura orientalista del siglo XIX. BAUERNFEIND, Gustav. *Mercado de Jaffa* (1887).

Así, a través de su personaje, Cervantes nos transmite su frustración, su rabia y su pena, al verse preso de su mala fortuna una vez más, conducido en contra de su voluntad a lo que era lo más parecido al infierno en la Tierra: Argel. La tierra de los enemigos naturales de todo cristiano, cuna del comercio de esclavos, en donde la mitad de la población vivía de oprimir y mercadear con la otra mitad. Durante cinco largos años a Cervantes le van a robar su libertad, su dignidad y sus sueños de una vida mejor al regresar a su patria, pero lo que no le podrán robar serán sus pensamientos, su fe y su fortaleza interior, que serán puestos a prueba durante todos los días que permaneció en el cautiverio. Desde el primer momento en que pone un pie en Argel, sólo un propósito le mantendrá vivo y con fuerzas para aguantar tan dura experiencia sin desfallecer: la posibilidad de huir.

Para Américo Castro el cautiverio de Argel fue «el más trascendental hecho en la carrera espiritual de Cervantes». Para Juan Bautista Avalle-Arce «es el gozne sobre el que se articula fuertemente toda la vida de Cervantes». Sin duda fue una dura experiencia vital que le transformará para siempre y le condicionará para su futura producción literaria. Para María Antonia Garcés, quien ha estudiado el efecto traumático que le provocó esta experiencia, «la reaparición y reconstrucción del suceso traumático en la obra de Cervantes funciona como una fuente de creación para el escritor». En efecto, la producción literaria cervantina está plagada de historias cuyos protagonistas son cautivos y su trasfondo el mundo turco-berberisco del Argel que él mismo vivió, en donde la ficción se confunde con los recuerdos traumáticos de su propio cautiverio. Para Garcés, «esas insistentes repeticiones temáticas –esos cautivos cristianos y esos corsarios argelinos que reaparecen sin cesar en sus textos– sugieren que el trauma no puede ser localizado en el acontecimiento violento situado en el pasado del sujeto, sino más bien en la forma en que retorna, sin ser asimilado, para obsesionar a la víctima». Obras de teatro como *El trato de Argel*, *Los baños de Argel* y *El gallardo español*, así como *La historia del cautivo*, interpolada en el *Quijote*, y las novelas ejemplares como *El amante liberal* y *La española inglesa* ciertamente ofrecen una rica información sobre el destino de los presos cristianos en Berbería, así como de su propia experiencia, viniendo a retomar de forma recurrente el tema de los cautivos y de los piratas turco-berberiscos del Mediterráneo.

Nada más llegar a Argel, la tripulación de la galera *Sol* que había sobrevivido al ataque berberisco fue llevada encadenada al mercado de esclavos de la ciudad para ser vendidos como bestias. Suponemos que a Miguel se le ahorró este humillante trámite, ya que al hallársele las dos cartas de recomendación que llevaba encima en el momento de ser capturado, una de don Juan de Austria, un auténtico mito en el mundo turco-berberisco desde la aplastante victoria de Lepanto, y otra del duque de Sessa, Virrey de Sicilia, se le adjudicó directamente al lugarteniente de la galera

que los había apresado, Dalí Mamí, el Cojo. A Cervantes se le tuvo desde el principio por un personaje de gran importancia y muy principal, por lo que se puso un altísimo precio a su rescate: quinientos escudos de oro, una cantidad que la humilde familia del escritor no podría jamás ni soñar con reunirla. El mismo Cervantes nos cuenta cómo su amo, Dalí Mamí, «le tuvo en lugar de caballero principal y como tal le tenía encerrado y cargado de cadenas». Su hermano Rodrigo fue reservado a Ramadán Pachá, el *beylerbey* –'rey'– de Argel.

LA *TOPOGRAPHÍA DE ARGEL*

Aunque este es uno de los períodos más documentados de la vida de Cervantes, es también, paradójicamente, uno de los más enigmáticos. A estas alturas Cervantes sigue siendo un completo desconocido –aún no había publicado ninguna de las obras que lo harán tan célebre–, sin embargo su nombre y parte de sus peripecias durante estos cinco años de cautiverio aparecen en la obra que se ha tomado como referencia para el estudio de esta etapa crucial en la vida del escritor del *Quijote*: la *Topographía e historia general de Argel*, escrita por un jesuita portugués, Antonio de Sosa, quien compartió cautiverio con nuestro escritor.

Topografía e historia general de Argel es un auténtico compendio de todos los aspectos curiosos de esta inigualable metrópoli, desde su geografía, sus costumbres, su historia, hasta las terribles experiencias, torturas y tormentos sufridos por los cautivos cristianos a manos de sus amos. Pero lo más importante es que Antonio de Sosa compartió cautiverio y amistad en el mismo «baño» que Cervantes, y no hay duda de que compartirían también experiencias e impresiones en esos duros momentos, sellando una sólida relación de camaradería que en estos casos tan extremos de la vida de las personas hacen más llevadero el purgatorio. Una de las necesidades que Cervantes echaba más de menos en estos momentos era la de compartir amistad y conversación con alguna persona culta y elevada, y lo encontró en el jesuita, quien le nombra en muchas ocasiones en su obra, aportándonos datos impagables sobre este período de la vida de nuestro futuro escritor.

Antonio de Sosa fue capturado en 1577 en la galera *San Pablo* de la Orden de Malta, y sufrió cautiverio durante cuatro años, por lo que compartiría con Cervantes los tres años que van desde su llegada a Argel en 1577 hasta la puesta en libertad de Cervantes en 1580. Antonio de Sosa ha sido identificado últimamente como el verdadero autor de *Topographía e historia general de Argel* (Valladolid, 1612), atribuida a fray Diego de Haedo, quien publicó la obra después de la muerte de Sosa.

Cervantes iba a ser, pues, considerado como un prisionero de élite para las autoridades argelinas. Fue lo que se denominaba «cautivo de rescate», por el que se podía obtener una lucrativa suma. Era un «pez gordo» de los que gustaban encontrar a los arráeces que surcaban el mar Mediterráneo en busca de un buen botín. Esto por un lado era bueno, como veremos, para el cautivo así considerado, porque eran mejor tratados, no se les podía dedicar a trabajos forzados ni a galeotes, donde morían la mitad de estos por agotamiento y malas condiciones, pero por otro lado la alta suma a la que se condicionaba su rescate o liberación era tan difícil de pagar, sobre todo en el caso de Cervantes, que no era en realidad ningún potentado, que debió de ser difícil para nuestro escritor mantener viva la esperanza de poder verse libre algún día.

La prisión donde estos cautivos eran encerrados se denominaba «baños». Hay discrepancias en el origen de este término. En su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611) Covarrubias plantea que su fuente es del latín *balneum*, que traduce como «corral». Los «baños» estaban reservados para prisioneros de alta consideración, en donde permanecían hasta que reunieran el dinero suficiente para ser rescatados. También les era más difícil renegar, ya que esto les llevaba automáticamente a la libertad, que era justamente lo que sus amos no querían, porque con esa acción perdían la posibilidad del negocio. El doctor Sosa nos hace una descripción detallada de estos baños en donde nuestro cautivo pasó cinco largos años, con intervalos:

> Son también de notar los que llaman Baños del Rey, que son las casas o corrales, para mejor decir, do tienen sus esclavos y captivos cristianos encerrados. Uno se dice el Baño Grande, que es hecho como en cuadro, aunque no perfectamente, porque es más largo que ancho; [...] está repartido en altos y bajos y con muchas camarillas y en medio una cisterna de linda agua, [...] El otro baño se dice el Baño de la Bastarda, el cual no es tan grande, pero también está en muchos aposentos repartido, y particularmente sirve este para estar en él los cristianos del común [...] en el Baño Grande habrá Rey (como Asán Veneciano, renegado de Ochalí), que tendrá en aquel baño a veces mil quinientos o dos mil cristianos, y los del Baño de la Bastarda y del común serán de ordinario hasta cuatrocientos o quinientos, no más.
>
> En el caso de Cervantes, suponemos que disfrutó de bastante autonomía dentro de su cautiverio, incluso de la posibilidad de pasear libremente por la ciudad y de hacer amistades entre los infieles, dado el trato que tuvo con todo tipo de personajes y por lo que se desprende de lo que nos cuenta el cautivo Ruy Pérez de Viedma de la historia intercalada en el *Quijote*, que no es otra que la del propio Cervantes: «pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella». Esta libertad de movimientos por la ciudad de Argel nos puede chocar en un cautivo, pero hay que tener en cuenta que la propia ciudad ya era como una enorme prisión de donde era muy difícil escapar –como veremos a continuación–, pues estaba rodeada por el desierto –a kilómetros de distancia de la población cristiana más cercana– y por el mar. El mismo Dr. Sosa nos confirma esta relativa libertad de movimiento de algunos cautivos:

> Tienen estos del Baño de la Bastarda más libertad porque pueden ir y caminar por do les place, como el Agá y jenízaros no los ocupen, y los del Baño Grande están todos encerrados siempre y a buen recaudo, con sus porteros continuos a las puertas y guardas que día y noche a cuartos los velan y guardan.

Otra vista de vida cotidiana en una ciudad musulmana como la Argel de la época de Cervantes, quien en sus frecuentes salidas de los baños se encontraría escenas parecidas a esta, y donde sin duda buscaría amistades que le pudieran facilitar su huida.

Según este testimonio, Cervantes, como personaje importante, «cautivo de rescate», tuvo que estar en el Baño Grande, donde dice Sosa que nos les dejaban salir, pero deberían de haber sido bastante flexibles en este tipo de reglas, pues nuestro cautivo y futuro escritor *sí* salía de su «baño», menos cuando estaba castigado por haber intentado huir.

La tolerancia que se respiraba en Argel no sólo respondía a la libertad de movimiento, sino también, y esto es lo más curioso, a la religión. En el mismo pasaje de la *Topographía* donde el Dr. Sosa nos describe cómo eran los «baños», nos dice:

> [...] y a un lado, debajo, está la iglesia [en el mismo «baño»] o oratorio de los cristianos, do (sea el Señor bendito) todo el año se dice misas, y muchas veces en fiestas solenes cantadas y solenizadas con sus vísperas y muy bien acordadas, porque nunca faltan sacerdotes captivos [...] y adonde también se administran algunos sacramentos y se predica a veces la palabra del Señor, y como nunca por la gracia suya faltan cristianos devotos, hay gran concurso dellos que los domingos y fiestas suelen oír allí misa, y en las Pascuas suelen ser tantos que no caben, y es necesario algunas veces decir misa en el patio, fuera...

Esta misma correspondencia de tolerancia hacia unos prisioneros musulmanes o de cualquier otra religión en la España de esta época sería imposible e impensable.

El estado corsario de Argel –o de la Berbería, como se lo conocía entonces–, en el norte de África, fue fundado por dos griegos renegados de la isla de Lesbos entre 1504 y 1516: los hermanos Aruch y Jeredín Barbarroja. Tras la batalla de Lepanto, toda la costa norte de África excepto el reino de Marruecos y la ciudad de Orán, que se mantuvo bajo dominio español, caerán bajo el poder del imperio otomano, que mantendrá como aliados semiindependientes a los pobladores de las diversas ciudades de esta zona de África que vivían del tráfico humano.

En el momento en el que nuestro escritor llega a la ciudad de Argel ésta se encontraba en su pleno apogeo y expansión. Desde su fundación había ido creciendo progresivamente con todo tipo de personas de múltiples nacionalidades, hasta alcanzar una población –entre cautivos cristianos, musulmanes argelinos, moriscos de España exiliados, bereberes, turcos, renegados cristianos de todos los países de Europa y judíos– de unos ciento cincuenta mil habitantes, más populosa que Palermo o la misma Roma. Cuando Cervantes llegó a Argel podía haber una población cautiva de unas veinticinco mil personas.

Pero lo que hacía verdaderamente inigualable y excepcional a esta ciudad era el conglomerado de razas y nacionalidades que componían su sociedad, única en su época, pues el núcleo de la misma lo componían los llamados renegados o «turcos de profesión» como los denomina Antonio de Sosa: «Los turcos de profesión son todos los renegados que, siendo de sangre y de padres cristianos, de su libre voluntad se hicieron turcos... Estos y sus hijos, por sí solos, son más que todos los otros vecinos moros y turcos y judíos de Argel». Estos «turcos de profesión», efectivamente, eran todos aquellos antiguos cristianos europeos que, o bien por haber sido capturados y hechos esclavos, o bien por su propia voluntad, habían ido a parar a este lugar y se habían terminado convirtiendo al islam, por lo que automáticamente se transformaban en hombres libres, integrándose a su vez entre los que comerciaban y vivían del corso y del tráfico de esclavos. Los datos de la diversidad de nacionalidades y culturas que Antonio de Sosa nos muestra en su *Topographía de Argel* son verdaderamente asombrosos:

> No hay nación de cristianos en el mundo de la cual no haya renegado y renegados en Argel. Y comenzando de las remotas provincias de Europa, hallan en Argel renegados moscovitas, roxos [¿rusos?], rojaianos, valacos, búlgaros, polacos, húngaros, bohemios, alemanes, de Dinamarca y Noruega, escoceses, ingleses, irlandeses, flamencos, borgoñones, franceses, navarros, vizcaínos, castellanos, gallegos, portugueses, andaluces, valencianos, aragoneses, catalanes, mallorquines, sardos, corsos, sicilianos, calabreses, napolitanos, romanos, toscanos, genoveses, saboyanos, piamonteses, lombardos, venecianos, esclavones, albaneses, bosnios, arnaútes, griegos, candiotas, chipriotas, surianos y de Egipto, y aun abisinios del Preste Juan e indios de las Indias de Portugal, del Brasil y de Nueva España.

Podemos imaginar por tanto el colorido y variopinto espectáculo que este mosaico étnico-cultural tan heterogéneo ofrecería a los ojos de cualquier ciudadano de a pie proveniente de cualquier lugar de Europa. Para entenderse en esta nueva Babel, existía una lengua que se habían inventado, la *lingua franca*, formada por una mezcla de vocablos escogidos del castellano, italiano, portugués y algo de árabe.

Aquella ciudad, además, había alcanzado un esplendoroso aspecto por sus edificios suntuosos. Innumerables mezquitas o edificios religiosos y centenares de edificios civiles con espléndidos patios interiores de gran belleza y riqueza.

Otra vista de una ciudad del norte de África que bien pudiera ser la Argel de Cervantes, esa Babel de razas y culturas, de la que obviamente no se conserva ninguna imagen. Todas las que han llegado a nosotros son del siglo XIX, aunque no debería de haber cambiado mucho el aspecto. WEBB, James. *Mercado de esclavos.* Museo y galería de arte y Russell-Cotes, Bournesmouth (Reino Unido).

Si como nos cuenta Antonio de Sosa en su *Topographía de Argel* la mayor parte

de la población la componían renegados europeos de tantas nacionalidades distintas, y no sólo de la ribera del Mediterráneo, tendremos que admitir que muchos de ellos habían llegado allí por su propia voluntad, buscando lo que nunca podrían ni soñar tener en sus lugares de origen, donde las estructuras jerárquicas, sociales y morales de sus sociedades eran mucho más rígidas. Entre las muchas ventajas que una nueva vida como musulmán podía ofrecer al europeo sin escrúpulos que deseara tener una vida mejor en tierra de infieles estaba el de poder enriquecerse rápidamente con el comercio de esclavos. La estructura social de la Berbería en nada tenía que ver con la de las cerradas castas europeas, donde si nacías pobre te morías pobre. En Argel, ni el apellido, ni una estirpe nobiliaria de rancio abolengo valían para nada, en cambio se tenían en gran estima capacidades personales que en nada tenían que ver con el origen social, como la fortaleza física, la inteligencia práctica o astucia, el valor o valentía en la navegación o el combate, y hasta la belleza física y la juventud. Todas estas aptitudes podían impulsar al renegado a escalar puestos en la pirámide social pudiendo alcanzar las más altas cimas, como fue el caso de Euch Alí o Euchalí, el Uchalí que nombra Cervantes en su historia del *Cautivo*. Pescador calabrés de origen humilde, fue capturado por los turco-berberiscos y tras renegar de su religión obtuvo el favor de Dragut, impulsando su carrera hasta llegar a convertirse en *kapudan pasha* de la armada turca, o sea, su principal almirante (fue el único que escapó con vida de la batalla de Lepanto) y rey de Argel.

Otro motivo por el que muchos europeos de la época acudían a Argel y se hacían renegados era el de poder disfrutar de los «pecados de la carne» sin ningún tipo de trabas ni restricciones. En efecto, la sociedad argelina e islámica en general de esta época disfrutaba de una gran permisividad en lo sexual que la hacía muy atractiva y diferente de las cristianas: la poligamia, la facilidad para divorciarse, el matrimonio entre primos o la tolerancia hacia la homosexualidad eran otras tantas ventajas que atraían a una buena parte de los europeos que preferían renegar de su religión para disfrutar del Paraíso en esta vida. A la atracción por la libertad sexual se sumaba también la de la amplia tolerancia para las otras religiones del libro hasta el punto de poderse hablar de libertad de cultos. Todas estas características, que hacían a la sociedad de Argel tan peculiar en su época, y tan libre, fue lo que hizo que a muchos europeos les sedujera la idea de hacerse renegados para cambiar totalmente de forma de vida.

La Argel que vivió Cervantes, pues, parecía a ojos de muchos europeos de la época una tierra de promisión, en la que los que antes eran meros números en los diferentes estratos sociales, accedían a una sociedad más igualitaria, donde un individuo era valorado por sus riquezas y por sus cualidades personales. La pérdida de esperanza para muchos cautivos de reserva, los que no eran de élite y no tenían la posibilidad de que nadie pagara por su rescate, hacía también que acabaran tomando la decisión de convertirse al islam para ser hombres libres. La tentación era grande y las presiones para que lo hicieran aún mayores. En el caso de Cervantes, aunque él era de los de rescate, era debido a una falsa suposición de que su familia podría pagar sin problemas, y ya hemos visto que no era el caso, por lo que podemos imaginar el sufrimiento que debió pasar, sin saber si algún día sería liberado y ni siquiera si viviría para contarlo. Además, para un hombre de honor como era Cervantes, ninguna de las ventajas que la sociedad argelina le pudiera ofrecer estaba entre sus prioridades vitales, muy al contrario para la mentalidad de un caballero español del siglo xvi, tanto el marcado carácter democrático e igualitario de la sociedad berberisca, como el libertinaje sexual, no eran sino signos que corroboraban la bajeza y pobre civilización de sus gentes. El mantenerse en su religión católica, por encima de toda duda y tentación, incluso a costa de padecer todo tipo de humillaciones y sufrimientos constantes, era parte del ideario del buen cristiano, y su incumplimiento hubiera supuesto una pesada carga en la conciencia para toda la vida. Sólo la idea de poder escapar de ese infierno era la única esperanza posible que le quedaba, pues, como él mismo nos dice por boca de su personaje Ruy Pérez de Viedma: «Jamás me desamparó la esperanza de tener libertad».

LOS INTENTOS DE FUGA

En los cinco años que Cervantes sufrió el cautiverio, protagonizó hasta cuatro intentos de fuga infructuosos. Como nos cuenta el mismo Dr. Sosa en su *Topographía*: «del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes pudiera hacerse una particular historia». Y, ciertamente, las peripecias y peligros que veremos a continuación son propias de una novela de aventuras.

La fuga de Argel era harto complicada. Si se intentaba la huida por tierra hasta alcanzar Orán, el presidio que aún quedaba en manos españolas, había que exponerse a los peligros del desierto: la sed, el hambre, la facilidad para perderse y las fieras salvajes eran una perspectiva mucho peor que quedarse. Pero aún quedándose en Argel la vida tampoco estaba asegurada. Además, la suerte que se le reservaba a los que intentaban la fuga, los suplicios y ejecuciones despiadadas que se ofrecían a los ojos de los cautivos día sí y día no, eran un fuerte freno para aquellos a los que les rondara por la cabeza la idea de la huida. Tanto el mismo Cervantes en sus obras, como Antonio de Sosa en su *Topographía de Argel*, nos hablan de horripilantes ejecuciones por intentos de fuga. Dentro de la *Topographía*, Sosa reserva un libro a las torturas y los diferentes tipos de ejecuciones: *Diálogo de los mártires de Argel*. Sosa afirma que muchos capitanes corsarios, no contentos con cortarles las orejas y narices a sus esclavos fugitivos, «se las hacen comer por fuerza corriendo dellas la sangre fresca [...], y tras de esto, so pena de muerte, les hacen beber una taza de vino, que celebran con gran gusto y contento». La lista de torturas impuestas a los cautivos cristianos, en especial por intento de fuga, es interminable. Mientras que Per Álvarez, personaje que recrea la fuga de Cervantes en *El trato de Argel*, es milagrosamente salvado en esta comedia –igual que ocurrió con el mismo Cervantes como veremos a continuación–, otro fugitivo es muerto a garrotazos, mientras que el pachá observa y ordena aún peores tormentos: «¡Abridle, desolladle y aun matadle!». La escena recuerda a algunas torturas relatadas por el doctor Sosa, estas reales: el caso de Juan Vizcaíno, capturado mientras huía hacía Orán, y el de otro mozo español, natural de las montañas, preso por los bereberes en la misma ruta, ambos muertos a palos en el mismo aposento del gobernador Hassan Pachá, también llamado Hassan Veneciano. Otros casos similares como la captura de un joven renegado italiano huido a Orán, torturado y muerto por empalamiento, y la de los esclavos españoles que se evadieron también por tierra hacia ese presidio, muertos a garrotazos a manos del mismo Hassan Veneciano, el cruel gobernador, que fue el segundo amo de Cervantes, son otros tantos ejemplos de este corolario de atrocidades.

El jesuita portugués Antonio de Sosa, compañero inseparable de Cervantes en el cautiverio, nos relata en su *Topografía de Argel* las atrocidades cometidas por los berberiscos de Argel. REGNAULT, Henri. *Ejecución sin juicio bajo los reyes moros de Granada* (1870). Museo de Orsay, París.

Todos estos testimonios de los castigos que se aplicaban en Argel por intentar escapar, nos muestran una vez más el valor, incluso temerario, de Cervantes, pero también vienen a enturbiar su imagen al destapar uno de los mayores enigmas –por no decir el mayor– que se plantean en su trayectoria vital. Un enigma que

ciertamente nadie se explica, ni nadie ha aportado aún una teoría lo suficientemente sólida y convincente como para cerrar el asunto y no dejar más argumentos para las especulaciones de todo tipo. El enigma en cuestión y la pregunta obligada es la siguiente: si los castigos por intento de fuga en el Argel del siglo XVI eran tan espeluznantes, ¿cómo es que Miguel de Cervantes, que intentó fugarse hasta en cuatro ocasiones, salió indemne y sin un castigo proporcionado a su tamaña infracción? Intentaremos resolver el problema más adelante, por el momento veamos cómo se desarrollaron sus cuatro intentos de fuga.

Primer intento

El primer intento de fuga que protagonizó Cervantes fue en enero de 1576, apenas cuatro meses y medio después de su llegada a Argel. El plan era alcanzar el presidio de Orán, a trescientos cincuenta kilómetros de Argel, que era una posesión española. En compañía de otros cautivos entre los que se encontraba su hermano Rodrigo, contrataron los servicios de un guía local que conociera el camino, para no extraviarse, el cual les dejó tirados a la primera ocasión, por lo que al grupo fugitivo no le quedó más remedio que retornar a Argel. El mismo Cervantes lo relata en su *Información de Argel*, documento que le servirá a Cervantes como una hoja de servicios o una suerte de certificado de buena conducta una vez vuelva a España. En dicho documento Cervantes nos cuenta escuetamente que tras su frustrado intento de fuga «fue muy maltratado de su patrón [Dalí Mamí], y de allí en adelante tenido con más cadenas y más guardia y encerramiento». Aparte de estrechar su cerco, no parece que Cervantes recibiera mayor reprimenda. Según Canavaggio, «por el beneficio que su amo esperaba sacar del rescate de un protegido de don Juan de Austria». Dos de sus compañeros de evasión, además, también se libraron de un castigo ejemplar por ser prisioneros de rescate, de hecho, reunieron el dinero suficiente para ser liberados tan sólo dos meses más tarde.

Segundo intento

Entretanto, los familiares de Cervantes, ya informados de la suerte que habían corrido sus dos hijos, intentaban por todos los medios desde España reunir el dinero necesario para su rescate. Cuando en abril de 1577 llegan a Argel tres religiosos mercedarios con dineros para la redención de cautivos, Miguel tiene un gesto que le honra al ceder a su hermano pequeño el privilegio de ser rescatado antes que él, ya que no había dinero para los dos y su precio era más bajo. No obstante, Miguel va a aprovechar la liberación de su hermano para urdir con él un nuevo plan de fuga. En este caso consistía en que, una vez liberado su hermano, mandara este una fragata desde España para embarcar a Miguel y a otros cautivos y conducirlos de vuelta hasta las costas españolas.

A principios del mes de mayo, aprovechando la ausencia de su amo Dalí Mamí que estaba en ese momento en plena expedición corsaria, Miguel pone en marcha el plan para escapar. Como la primera vez, Cervantes va a contar con otros catorce cautivos cristianos de los principales que entonces había en Argel, escondiéndoles a todos en una gruta que había al fondo del jardín del alcaide Hassan, a unos cinco kilómetros al este de Argel. Con la complicidad del jardinero de Hassan, un esclavo navarro llamado Juan, los catorce cautivos permanecerán escondidos durante cinco interminables meses, siendo todos alimentados, suponemos, que por el mismo Cervantes, a la espera del navío salvador. La peripecia, propia de una novela de aventuras, nos parece casi increíble, sobre todo por no haber sido advertida por los guardias de los baños la ausencia de tal número de presos de calidad durante tanto tiempo y que no los hubieran buscado. La cueva en donde se escondieron los catorce cautivos existe todavía hoy en Argel, y es un lugar de culto para los cervantistas.

Hizo la mala fortuna que justamente en este intervalo de tiempo se produjese el relevo en el liderazgo de la ciudad de Argel, siendo sustituido el anterior rey o *beylerbey*, Ramadán Bajá, amo de Rodrigo de Cervantes, por el cruel y sádico Hassan Veneciano o Hasán Agá, «el más cruel renegado que jamás se ha visto, homicida de todo el género humano», como lo describe Cervantes. Este nuevo rey de Argel y amo de Cervantes va a tener más protagonismo tanto en la vida real del escritor como en la ficción cervantina, convirtiéndose en el prototipo del turco-berberisco sátrapa, tirano y despiadado. Detengámonos un instante para conocer mejor a tal sujeto, quien sin duda quedaría marcado a fuego en el subconsciente de Miguel, retornando –como apunta María Antonia Garcés– una y otra vez para obsesionar a su víctima.

La historia de este renegado de Ragusa que llegó a lo más alto en el mundo turco-berberisco es digna de resaltar aquí. Nacido hacia 1544, Andreta, que así se llamaba antes de renegar, fue hecho cautivo por Dragut y llevado a Trípoli, en donde pasó a poder de un levante o soldado de galera, que le hizo renegar. Muerto sin hijos su amo, pasó a ser propiedad de Dragut y, a la muerte de este en el cerco de Malta de 1565, pasó a poder de Euchalí con poco más de veinte años, al cual «cautivó, y le quiso tanto, que fue uno de sus más regalados garzones», como nos

cuenta Cervantes en su historia del *Cautivo*. Su juventud y su rápido ascenso en el favor de su nuevo patrón, que Sosa achaca a «bellaquerías de turcos», está en la base de la fama de su «diversidad» sexual. Estas «bellaquerías de turcos» a las que hace referencia el jesuita Sosa no son otras que las prácticas homosexuales, a las que parece ser que Hassan Veneciano, al igual que otros muchos hombres poderosos en el mundo musulmán, se entregaba sin ningún tipo de recato.

Desde el mismo momento en que Hassan se hace cargo del gobierno de la ciudad de Argel, este hombre insaciable y sin escrúpulos, cuyo único fin era el de aumentar rápidamente su fortuna personal, decide revocar las negociaciones de rescate de su antecesor y se apodera de los cautivos ya rescatados, entre los que figuraba Rodrigo de Cervantes, doblando el precio por su nuevo rescate. Fue necesario que uno de los tres religiosos redentores de cautivos que se habían presentado meses antes y pagado el rescate de Rodrigo, Jorge de Olivar, se ofreciese él mismo como rehén al nuevo gobernador para que pudieran ser liberados finalmente los que ya habían sido rescatados, entre ellos el mismo Rodrigo de Cervantes, que partirían hacia España el 24 de agosto. Esta fue la causa del retraso que se produjo y que provocó que los fugitivos tuvieran que esperar hasta cinco meses dentro de la cueva.

A las cuatro semanas de llegar a España, Rodrigo, siguiendo el plan concertado con su hermano, consigue que desde Mallorca parta una fragata mandada por un excautivo llamado Viana, para transportar a Cervantes y los demás presos hacia la libertad. Era la noche del 28 de septiembre el momento acordado para encontrarse con la fragata en la playa y escapar con nocturnidad, pero la fragata no apareció y los cautivos desesperados tuvieron que regresar a la cueva sin saber qué habría podido ocurrir. Malos augurios que hicieron que uno de aquellos a quienes los fugitivos habían participado el secreto, un renegado de Melilla apodado el Dorador, tuviera miedo y los delatara ante el temido bajá Hassan. El día 30 de septiembre, cuando Cervantes cumplía treinta años, fueron todos prendidos en la gruta por la guardia de Hassan y llevados ante él. Hemos de sospechar que todos debieron darse por muertos en estas circunstancias, pero milagrosamente no fue así. La única víctima de este segundo intento de fuga fue el jardinero, que fue colgado por el pie de un gancho de carnicería y torturado en presencia de los fugitivos, hasta que murió ahogado en su propia sangre.

En cuanto a Cervantes, llevado ante Hassan Pachá, se declaró el único culpable en este intento de fuga para librar al resto de los fugitivos del castigo. Y pese a las múltiples amenazas de muerte y tormento pronunciadas por el pachá, Cervantes afirmó que «él era el autor de todo aquel negocio y que suplicaba a su alteza, si había de castigar a alguno, que fuese a él sólo, pues él sólo tenía la culpa de todo; y por muchas preguntas que le hizo, nunca quiso nombrar a ningún cristiano». Hechos tan heroicos como este en la vida de nuestro escritor ponen de relieve una vez más el valor y los sentimientos tan caballerescos como humanos de Miguel de Cervantes, que asombraban incluso a sus contemporáneos, más acostumbrados a este tipo de gestos. Una de estas personas que admiró el valor de Cervantes es sin duda su compañero y amigo en el cautiverio, el jesuita Antonio de Sosa, quien en su *Diálogo de los mártires de Argel* relata detalladamente este segundo intento de fuga de Cervantes, al que describe como hombre «muy cabal, noble y virtuoso, y de muy buena condición y amigo de otros caballeros». Entre las treinta historias que constituyen el *Diálogo* sólo una no termina con la ejecución del principal inculpado: se trata precisamente del segundo intento de evasión de Cervantes.

Asistimos pues al segundo milagro en la vida del cautivo Cervantes, más si cabe, al ser perdonado esta vez por el más criminal, arbitrario y sanguinario personaje que se pueda uno imaginar, «homicida de todo el género humano», como hemos visto que era Hassan Veneciano, el nuevo rey de Argel, y a partir de ahora, también nuevo dueño y amo de Cervantes, pues se encapricha por él y lo va incluso a comprar a su amo Dalí Mamí, después de pasar cinco meses encadenado en el «baño» del rey, en prisión.

Parece también que Hassan se pudo sentir muy impresionado por la valentía, nobleza y sangre fría de Cervantes al declararse como el único responsable en el intento de fuga exculpando a sus compañeros. Este tipo de actuaciones que demostraban la hombría y agallas eran muy valoradas en estos ambientes corsarios, donde todo se medía según el dinero o el valor personal. Y el mismo Cervantes fue consciente de ello, y se jacta en su historia del *Cautivo* al pronunciar estas palabras aludiendo a un personaje llamado *Saavedra*, tras cuyo seudónimo se escondía él mismo:

> Sólo libró con él un soldado español llamado Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar la libertad, jamás le dio palo, ni se lo mandó dar [...]; y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez.
>
> D. Q. I, XL

Tercer y cuarto intento

A pesar de todos los inconvenientes que está sufriendo, Cervantes no se da por vencido en su empeño por huir. De todas maneras, no le quedaba otra salida, pues Hassan, después de comprarle a su antiguo dueño por quinientos escudos, dobla el precio de su rescate a mil, bien debido a su insaciable codicia, bien como castigo para provocar una mayor desesperación en su víctima en un alarde de sadismo, bien porque se había encaprichado realmente por este cautivo y pretendía quedárselo para siempre, o bien por las tres cosas a la vez. El caso es que, estando aún encerrado en el «baño» del bajá, Cervantes lo vuelve a intentar una tercera vez en marzo de 1578.

Él mismo nos lo relata en su *Información de Argel*. Esta vez el plan era enviar a un emisario a la ciudad española de Orán en petición de auxilio:

> Estando así encerrado envió un moro a Orán secretamente con carta al señor marqués don Martín de Córdoba, general de Orán y de sus fuerzas y a otras personas principales, para que le enviasen alguna espía o espías y personas de fiar que con el dicho moro viniesen a Argel y le llevasen a él y a otros tres caballeros principales que el Rey en su baño tenía.

Pero una vez más, el plan volvió a fracasar porque el moro que se le envió a Orán con las cartas fue interceptado a la entrada de esta ciudad, y sospechando de él, le retuvieron y registraron, encontrándole las cartas delatoras. Así que, sin tener oportunidad ni siquiera de avisar al general Martín de Córdoba, le enviaron de vuelta a Argel y le llevaron ante el rey Hassan, quien viendo en las cartas la firma de Miguel de Cervantes, mandó empalar vivo al moro y a Cervantes que le dieran dos mil palos. Si se hubiese cumplido la sentencia a ser azotado dos mil veces, sin duda Cervantes hubiera muerto mucho antes de llegar al número mil, pero como afirma otro testigo en el citado *Informe de Argel*, «si no le dieron [los dos mil azotes] fue porque hubo buenos terceros». Estas palabras pueden revelar el enigma de por qué Cervantes se libraba una y otra vez de ser empalado vivo –como poco– cada vez que intentaba huir. ¿Pudo contar Cervantes con apoyo de terceras personas ante Hassan para que este le perdonara la vida? Es posible, pero no hay nada que avale ninguna teoría, y cualquier cosa pudo pasar. El debate sigue abierto. Según Jean Canavaggio, pudo contar con la ayuda de Dalí Mamí, su antiguo amo; o de una misteriosa morisca que se hubiera enamorado de él, inspiradora del personaje de ficción de Zoraida, que se enamora del *Cautivo* del *Quijote* ayudándole a escapar, e hija de Agi Morato, personaje real éste, renegado nacido en Ragusa, famoso por su riqueza y contactos con las altas esferas del mundo musulmán y negociador de las paces secretas entre el rey de España y la Sublime Puerta; o bien, pudo contar con la ayuda de algunos renegados con los que Cervantes hubiera establecido lazos de confianza; o incluso se habla últimamente de que la «fortuna» de Cervantes bien podría estar relacionada con asuntos de espionaje o servicios secretos entre las autoridades españolas y turcas en el complejo proceso de treguas que se estaba produciendo justo en estos momentos entre las dos potencias del Mediterráneo, y en el que Agi Morato era pieza clave en dichos contactos. Cervantes podría haber sido un «informador oficioso» de ese Agi Morato. Como digo, todo es posible, incluso la teoría que últimamente se está haciendo más eco, y que, no por parecer la más descabellada, tenga que ser forzosamente falsa. Nos referimos a la que apunta a una posible relación homosexual entre el rey de Argel, el vicioso Hassan y Cervantes. Pronto volveremos a esta cuestión, de momento veamos cómo fue la cuarta y última intentona de huida de Cervantes.

Escenas como ésta se repetían a diario en el Argel que vivió Cervantes. Él mismo fue condenado a recibir dos mil latigazos tras su tercer intento fallido de fuga. ¿Por qué no se los llegaron a dar? ¿Qué buena estrella tuvo el escritor del *Quijote* durante todo su cautiverio que le hizo librarse de los más tremendos castigos?
BOUGUEREAU, William-Adolphe. *La flagelación de Cristo* (1880). Catedral Saint Louis de La Rochelle, Francia.

En septiembre de 1579 Cervantes lo vuelve a intentar. En esta ocasión trató de fletar una fragata en el mismo puerto de Argel para huir en ella con otros caballeros. Para ello tuvo que procurar la participación de dos personajes claves: un comerciante valenciano, Onofre Exarque, para que comprase el navío, y un granadino renegado arrepentido, el licenciado Girón, que quería volver a España y a su antigua religión. Todo estaba listo para escapar cuando otro renegado de origen florentino, llamado Caybán, les delató ante Hassan. Este delator no fue sino el instrumento del que se sirvió quien realmente había maquinado la traidora y vengativa delación: el Dr. Juan Blanco de Paz, un ex fraile dominico de origen judeoconverso extremeño. La acusación de este oscuro sujeto iba especialmente destinada contra Cervantes, al que odiaba, no sabemos si por no haber contado con él en el plan de fuga o por otros ocultos motivos. El caso es que este malévolo personaje, al que todos los testigos califican de colérico y violento, traidor a sus compañeros, vengativo y rencoroso, se dedicó, después de la traición, a diseminar rumores que incriminaban a Cervantes de haber hecho «cosas viciosas y feas» y de «cosa fea y deshonesta que a su persona viniese mácula», es decir, de abandonarse a las prácticas homosexuales, e insinuó estar elaborando un informe sobre este y otros temas para la Inquisición española, a la cual afirmaba representar en Argel. En pago por su delación, este «judas» recibió «un escudo de oro y una jarra de manteca», ironía que no pasó desapercibida entre los cautivos que habían sido delatados, al conocerse los orígenes judeoconversos de Blanco de Paz. Recientemente se ha señalado una nueva interpretación a cargo del polémico y gran cervantista Daniel Eisemberg, por la cual la ironía de la recompensa por delación estaría más bien en el significado de la manteca como una clara alusión a la sodomía o el pecado nefando. Esta interpretación abriría, pues, una nueva vía de investigación sobre este espinoso asunto, pues parece que el premio dado por las autoridades argelinas a Blanco de Paz por su delación es un dardo envenenado que acusa más bien a este que a Cervantes de sodomía. Lo que sí está claro es que la intención de Blanco de Paz al hacer estas acusaciones no era otra que la de perjudicar a Cervantes y aunque no haya ninguna razón para dar por buenas y ciertas estas acusaciones, tampoco existe ningún motivo para dudar de ellas. ¿Pudo estar provocado este odio hacia nuestro querido escritor por una cuestión de celos? ¿Quizá Blanco de Paz envidiaba a Cervantes por su «privilegiado favor» en la intimidad de Hassan? Volveremos a coincidir con este oscuro personaje más adelante, pues se encuentra entre los candidatos a haber sido el autor del *Quijote* apócrifo que salió publicado antes de la segunda parte del *Quijote* auténtico, el de Avellaneda, una vez más para fastidiar a Cervantes.

Igual que en el segundo intento de fuga, Cervantes vuelve a tener el coraje de asumir su total responsabilidad en este nuevo intento. Cervantes dijo a sus compañeros «que no tuviesen miedo, porque él tomaría sobre sí todo el peso de aquel

negocio, aunque tenía cierto de morir por ello». Inmediatamente se presentó ante Hassan Pachá, quien le amenazó con torturarlo. Más aun, esta vez, seguramente para darle un escarmiento, hizo un simulacro de ajusticiamiento: «mandándole poner un cordel a la garganta y atar las manos atrás, como se le querían ahorcar». A pesar de enfrentarse esta vez a una muerte segura, Cervantes mantuvo su sangre fría y no dudó en seguir protegiendo a sus compañeros. Pero una vez más, Hassan volvió a perdonarle la vida. Esta vez lo encerró en una prisión para delincuentes moros que había en su propio palacio, poniéndolo, según relata el propio Cervantes, «con gran rigor a buen recaudo». Allí permaneció el cautivo durante otros cinco meses.

UNA SOMBRA DE DUDA EN LA VIDA DE CERVANTES: LA CUESTIÓN HOMOSEXUAL

Ya hemos visto como para Jean Canavaggio, una autoridad en Cervantes, la explicación a este enigma se resolvería por la codicia económica de Hassan, quien no admitiría perder una «mercancía» tan lucrativa como significaba su cautivo, valorado nada más ni nada menos que en quinientos escudos de oro que él mismo había pagado a su antiguo poseedor, Dalí Mamí. Canavaggio también apunta a la posibilidad de que Cervantes pudiera haber sido un personaje importante en los contactos secretos entre Madrid y Argel para firmar una tregua, como informador oficioso de Agi Morato, el que fuera una pieza clave en dichos contactos, y cuyo nombre aparece en la historia del *Cautivo* y otras historias de ficción cervantinas.

Sin embargo, en fechas recientes ciertos críticos han insinuado la presunta homosexualidad de Cervantes. Entre las razones aducidas para esta suposición están los dos encuentros de Cervantes con Hasan Pachá, en 1577 y 1579, y el modo inexplicable en que la vida del cautivo fue perdonada tantas veces. Pero sobre todo las acusaciones de haber cometido «cosas viciosas y feas» por parte de Blanco de Paz. Ante este asunto espinoso Canavaggio ha sostenido, con razón, que «es difícil probar la homosexualidad de alguien que no dejó nada escrito sobre su vida íntima», y muy especialmente añadiría yo, sobre este tema y en esta época. Más aún tratándose de una persona como Cervantes el cual «era excesivamente discreto sobre su vida privada, aun en su obra de ficción». No tenemos cartas personales ni textos que mencionen asuntos confidenciales, ni sobre sus sentimientos amorosos, ni siquiera hacia su esposa Catalina de Salazar. ¿Cómo, por tanto, se puede llegar a afirmar una cosa como esta?

A falta de documentación objetiva, algunos cervantistas han intentado ahondar en su producción literaria en busca de alguna clave. Juan Goytisolo, buen conocedor del mundo magrebí y de la obra de Cervantes, destaca la perplejidad que le causa la lectura de no pocas piezas cervantinas y define a Cervantes como «maestro en el arte de la insinuación, ambigüedad e ironía». Esa faceta en la creación literaria de Cervantes es la que ha permitido las más variadas interpretaciones e hipótesis sobre el autor y su obra, dando lugar a muy variadas lecturas de un mismo texto. En un interesante artículo de Françoise Zmantar sobre «Miguel de Cervantes y sus fantasmas de Argel», se apuntan algunas consideraciones sobre la ambigüedad sexual de ciertos personajes y situaciones en *Los baños de Argel* o, mejor, sobre el «desdoblamiento del eros». Louis Combet habla sobre la «incertidumbre del deseo» en la totalidad de la obra cervantina. Finalmente, ha sido la investigadora Rosa Rossi en *Escuchar a Cervantes* la que ha llegado más lejos al asegurar la homosexualidad de Cervantes, al menos de pensamiento. Para Rossi:

> Si nos atenemos a los hechos, podemos decir con suficiente certeza que Cervantes vivió una fantasía de homosexualidad referida a la persona de su captor, teniendo en cuenta que pasó seis meses en casa de Hassan Pachá, un jefe musulmán conocido, sin sombra de duda alguna, por el hecho de rodearse de un *harem* masculino. Y Cervantes fue con absoluta evidencia particularmente apreciado y respetado por Hassan.

Para Emilio Sola y José F. de la Peña, que han estudiado en profundidad los años vividos por Cervantes en Argel en su obra *Cervantes y la Berbería*, las tesis de Rosa Rossi no es ni mucho menos consistente al no apoyarse en una base sólida documental ni bibliográfica y sí en cambio en chismes maledicentes de la época. Para estos investigadores, Cervantes ya había pasado la edad de «enamorar» a su captor, quien, como los otros musulmanes que practicaban la homosexualidad, preferían los imberbes y aniñados jovencitos adolescentes que a los hombres ya maduros y treintañeros como era el caso de Cervantes, sólo un par de años más joven que su secuestrador. Sin embargo, a continuación, estos mismos estudiosos de la vida de Cervantes en Argel añaden:

> En esos dos encuentros entre Hassan Veneciano y Miguel de Cervantes sí sucedió algo, sin duda, aunque no lo que sugiere Rosa Rossi. Hassan pudo sentir curiosidad por un cautivo prestigioso en aquel medio difícil, tal vez admiración ante un comportamiento valeroso y solidario, y sin duda que interés por un objeto caro, un cautivo cuya redención se había tasado alta. Frente a Hassan, Cervantes a su vez debió de experimentar un cúmulo de sensaciones abrumadoras, pero es difícil imaginarse alguna que pudiera estar relacionada con una posible diversidad sexual. El problema no era de relación sexual sino de relaciones de poder: de amo a esclavo, de pobre a rico, de rey a cautivo.

Pero al mismo tiempo en el mismo libro se afirma que las relaciones homosexuales entre el corsario amo y el «aprendiz» tienen que ser más bien contempladas como una cuestión de poder más que de sexo. En este contexto, bien podría encajar una hipotética relación de poder homosexual entre Hassan y Cervantes, de mayor o menor consentimiento por parte del cautivo. Aunque si así hubiera sido, a mi modo de ver, esta circunstancia no hace homosexual a Cervantes, al no

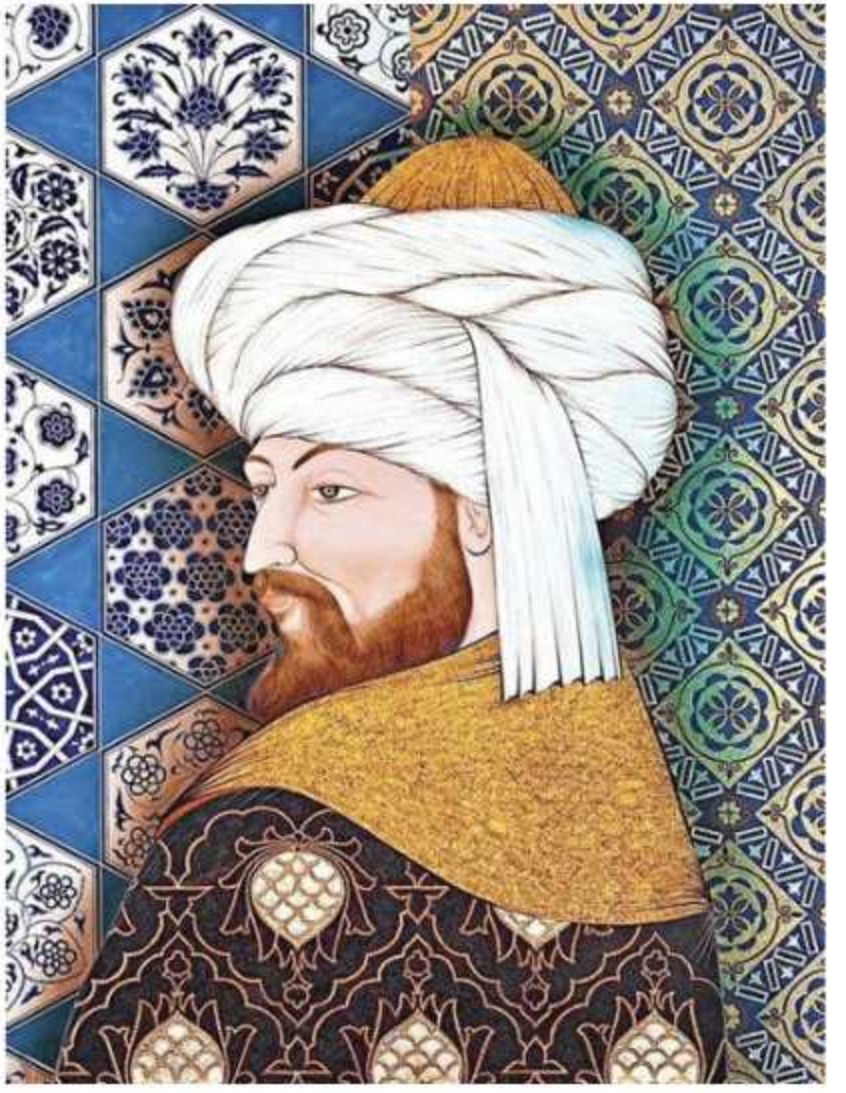
quedarle más remedio que aceptar un trato humillante para salvar su vida.

Una de las interpretaciones sobre este escabroso caso que, en mi opinión, parece más verosímil es la que apunta Daniel Eisemberg en su artículo titulado *La supuesta homosexualidad de Cervantes*. En dicho artículo, a la pregunta que se hace el autor de si Cervantes tuvo relaciones sexuales con personas de su mismo sexo responde: «Es posible. Es más que posible. Sus contemporáneos lo creían posible también. Pero no podemos considerarlo un hecho». A la pregunta de si Cervantes sentía deseos homosexuales dentro de sí, responde:

> Nuestros únicos datos son sus escritos. No percibo en las obras de Cervantes ninguna atracción, ni siquiera tácita, hacia los muchachos. Todo en Cervantes lleva al personaje, y al lector, hacia la mujer. Dicho esto... Tanto énfasis en llevar a los lectores al casamiento cristiano sugiere que, sin estas enseñanzas, se podrían quedar a la mitad del camino, o sin haberlo siquiera acometido. El matrimonio, en las obras cervantinas, no parece un estado tan deseable para el varón como necesario para la sociedad. Faltan los matrimonios felices en las obras cervantinas. Sus mujeres desaparecen apenas han sido vistas.
>
> Por lo que puedo vislumbrar de su biografía y obras, ésta era la posición de Cervantes: El acto homosexual podría ser gustosísimo, pero al mismo tiempo Cervantes lo rechaza completamente. Cervantes no se encaja en nuestros moldes. ¿Fue homosexual? No lo fue. Repito: Cervantes no era homosexual. Pero tampoco era heterosexual, en los sentidos en que hoy usamos estos términos. Si se quisiera etiquetarle de bisexual, o colocarle en algún punto de la línea que va desde cien por cien heterosexual a cien por cien homosexual, no podría oponerme.

Finalmente, la tercera pregunta que se hace Daniel Eisemberg es qué opinión le merecería a Cervantes el amor no sexual entre hombres, a lo que responde:

> El amor humano, para Cervantes, tiene dos partes: el sexo y la amistad. El deseo sexual es peligroso y egoísta. En cambio, la amistad es benéfica y desinteresada. De las dos partes del amor, es con mucho la más duradera, más importante, pura, noble y gustosa, y está exenta de consecuencias negativas. Para Cervantes esta amistad sólo podría existir, en su forma más plena, entre varones. En sus obras la encontramos, sobre todo, en las figuras de don Quijote y Sancho, aunque no falta, en forma menos desarrollada, en otras obras suyas.



Aspecto que podría tener Hassan Veneciano o Hassan Paschá, el cruel amo de Cervantes y gobernador de Argel, que sin embargo le perdonó la vida hasta en tres ocasiones.

En conclusión, Eisemberg sentencia que no le parece que Cervantes fuera un entusiasta de sexualidad alguna. El discurso de Eisemberg sobre este tema no es ni más ni menos que el que más se ajusta con la realidad del sentir de los hombres cultivados y elevados de la época, siempre que no fueran muy mujeriegos, claro está. Este discurso del ideal de amor hacia el «amigo», pero sin connotaciones sexuales, es el que se predica en la obra del *Cortesano* de Baltasar de Castiglione, pero sobre todo en el *Ensayo sobre la amistad* de Montaigne y en *El discurso de la*

servidumbre voluntaria de su gran «amigo» Étienne de La Boétie. Es, en resumidas cuentas, el amor ideal neoplatónico, que paradójicamente estaba muy bien aceptado entre la sociedad cortesana como ideal del caballero perfecto, en contraposición al amor carnal entre hombres, el peor pecado que se podía cometer. Aunque como en tantas otras cuestiones, Cervantes se pudo ver dividido entre el ideal al que aspira alcanzar y la tentación en la que pudo caer en algunos momentos de su vida.

Dejemos finalmente que sea el testimonio de la única persona que conoció a Cervantes en el cautiverio y quien tuvo un estrecho contacto con él quien tenga la última palabra en este asunto. El doctor Sosa afirma en su testimonio:

> En tres años y ocho meses que a que conozco al dicho Miguel de Cervantes no he notado o visto en él ni vicio ni cosa de escándalo; y si tal fuera, yo tampoco no le tratara ni comunicara, siendo cosa muy notoria que es de mi condición y trato no conversar sino con hombres y personas de virtud y bondad.

No hay en la tierra, conforme a mi parecer,
contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida.

El ingenioso hidalgo don Quijote... Cap. I, LX

En todos estos años, mientras Cervantes pasaba todo tipo de penalidades, intentando una y otra vez poner fin a su infierno por sus propios medios, en España, su familia hacía todo lo posible por reunir el dinero necesario para su rescate. Aunque pobre, el padre de Cervantes tenía contactos, y su madre, la más eficaz en este asunto, peregrinó por todos los despachos posibles, con la hoja de servicios de su hijo pidiendo que le ayudaran, incluso mintiendo para conseguir más solidaridad por parte de las autoridades, como cuando se hizo pasar por viuda. Las hermanas de Cervantes, mucho mejor posicionadas debido a su lucrativa «profesión» como «cortesanas honestas», por la que mantenían relaciones amorosas con algún incauto que se dejara desplumar, también ayudaron para reunir el dinero, pero nunca llegaron a la suma exigida por Hassan Pachá. Entretanto, Miguel seguía preso en el «baño» del poderoso rey de Argel, seguramente tramando un quinto intento de fuga.

El 29 de mayo de 1580, unos frailes trinitarios llegaron a Argel con una considerable suma de dinero y órdenes del Consejo Real para rescatar a selectos cautivos españoles. Por las mismas fechas se supo que Hassan, cuyo gobierno había sido muy desfavorable a la opinión pública de Argel, había sido depuesto por el sultán otomano a favor de un nuevo gobernador, ofreciéndole un puesto importante en la corte de la Sublime Puerta. Por lo que el rey se dispuso a preparar su viaje a su nuevo destino, no sin antes disponer de todas las ganancias que había acumulado durante estos años de gobierno, así como sus bienes personales, entre los que se contaban los más prestigiosos cautivos de rescate como Miguel. Durante los meses de junio y julio, los trinitarios lograron rescatar hasta ciento ocho cautivos cristianos, que regresaron a España en agosto. En los dos meses siguientes, fray Juan Gil, el jefe de la expedición, consiguió rescatar a siete cautivos importantes de Hassan, entre los que no se encontraba nuestro escritor. Dado que su mandato tocaba a su fin y como si de una liquidación se tratara, va a ofrecer a fray Juan Gil sus mejores cautivos de rescate por un módico precio de quinientos escudos de oro cada uno, sólo poniendo la condición de que tendría que ser en oro español. El 19 de septiembre, Hassan se aprestaba para zarpar hacia Constantinopla con cuatro galeras rebosantes de esclavos y de renegados, y siete más de la flota otomana. Miguel de Cervantes estaba en uno de esos galeones «con dos cadenas y unos grillos». En un alarde de reflejos a los que nunca estaremos lo suficientemente agradecidos, fray Juan Gil decidió disponer de los fondos destinados para los cautivos que aún no habían aparecido, es decir, los que se habían hecho a la mar con sus amos y aún no estaban de vuelta, y sumarlos a los doscientos ochenta escudos en su poder del dinero enviado por la familia de Cervantes hasta completar los quinientos. A cambio de Jerónimo de Palafox, cuyo precio había sido fijado en mil escudos de oro, fray Juan Gil ofreció quinientos escudos por Miguel de Cervantes. Hassan los aceptó tras múltiples «ruegos e importunaciones», vendiéndolo al final por el mismo precio por el que lo había comprado, pero a condición de que los quinientos escudos fueran pagados también en oro español. Mientras las galeras se preparaban para zarpar, el fraile corrió a comprar el oro español a los mercaderes judíos, volviendo justo a tiempo para liberar a Cervantes. Ese mismo día Hassan zarpó rumbo a Constantinopla.

Es decir, que Miguel de Cervantes fue salvado en el último minuto. Todos los analistas e historiadores coinciden en afirmar con rotundidad que si fray Juan hubiera dejado que Cervantes partiera hacia Constantinopla con su amo Hassan, o que si este no hubiese aceptado de ningún modo la contraoferta del fraile, el rastro de Cervantes se hubiese perdido para siempre en las nieblas de la historia, el *Quijote* no habría existido, y nunca hubiéramos hablado de Cervantes sencillamente porque nunca hubiera existido para la memoria colectiva. Una vez más, la providencia y su buena suerte dentro de su mala fortuna decidieron a favor de que siguiera existiendo para la posteridad, pues aún no había hecho nada para lo que el destino le tenía marcado. Por algo afirmará años más tarde en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* que la Fortuna «no es otra cosa sino un firme disponer del cielo».

Tres semanas más tarde, el 10 de octubre de 1580, Miguel de Cervantes le pidió a fray Juan Gil, en representación del Rey de España en Argel, que abriera una información de su cautiverio, vida y hábitos para ser presentada, de ser requerida, ante el Consejo Real para la concesión de mercedes. Esta investigación es lo que se conoce como *Información de Argel*, y va a ser, como sugiere Canavaggio, un intento por parte de Cervantes de «saldar cuentas pendientes» antes de dejar Argel. Por tanto, la *Información de Argel* no sólo ha de contemplarse como una hoja de servicios y sacrificios para que fueran valorados por las autoridades del Consejo del rey, sino más bien como un alegato en defensa propia de las acusaciones por parte del

Dr. Blanco de Paz de haber cometido «cosas viciosas y feas», por si acaso éstas llegaban a oídos de personajes importantes en la Península. Todos los compañeros de cautiverio de Cervantes, los doce testigos, van a testificar a su favor y en contra de Blanco de Paz, el clérigo injurioso, pero ya sólo el hecho de que se tuviera que pedir este testimonio para borrar una acusación es motivo de sospechas, por lo que es posible que Cervantes quedara marcado para toda la vida.

5

LA VUELTA A CASA ES DESENGAÑO (1580-1587)

¡Qué maravillosa sensación debió de sentir Cervantes al verse libre por fin! Después de todas las penalidades sufridas, de tantas incertidumbres, donde cada día que pasaba no sabía si iba a ser el último, donde, por mucha fe que tuviera, no sabía si algún día se acabaría su calvario. ¡Qué cúmulo de sensaciones no se le agolparían al sentir la brisa del mar en su cara mientras surcaba las azules aguas del Mediterráneo en la fragata que le devolvería al lugar donde había salido once años antes! El joven inexperto y soñador que partió de España rumbo a lo desconocido se había convertido por los avatares vividos en un hombre curtido por los años de adversidad. Pero también enriquecido por la experiencia y con un conocimiento mucho más profundo del ser humano, de sus circunstancias y de sus complejos mecanismos. Incluso habría adquirido también un mayor conocimiento de sí mismo, dado las horas de soledad que pasó en el cautiverio, sin duda muy fructíferas desde el punto de vista de la introspección. El Cervantes que salió de joven de España ya no iba a ser el mismo, ni verá la realidad de su mundo con los mismos ojos, ni con la misma estructura mental que sus compatriotas. La experiencia de Argel le habrá transformado para siempre. La perspectiva que le ofreció el ver la vida desde «la otra orilla», el percatarse de que las personas no son mejores ni peores por vivir bajo un credo religioso u otro, sino que los tipos humanos se repiten en todas partes por igual, y que el lugar de nacimiento es un mero accidente, le debió abrir a Cervantes la mente de tal manera que a partir de ahora va a percibir que los pilares donde se sustentaba su civilización no son incuestionables. Es más que probable también –como apunta Andrés Trapiello– que Cervantes en su cautiverio fuera donde cultivara su mayor virtud, como fue la tolerancia. «Los males –nos dice en el *Persiles*– que no tienen fuerza para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia».

A su vuelta, Cervantes va a sufrir una serie de desengaños que le harán sentirse como un exiliado en su tierra. Parte de su experiencia en Argel se ha quedado allí para siempre al no poder compatibilizarla con su nueva vida. Un hombre alejado de los estereotipos, que nunca se conformó con sumarse a las corrientes imperantes, ni de pensamiento, ni sociales, ni tan siquiera literarias, no podrá hacer otra cosa que reflejar su disgusto, normalmente en forma de ironía, en su creación artística. No obstante, tendrá que tener cuidado al hacerlo, sabiendo que en su país no se toleraban ciertas disidencias que marcaran la diferencia del pensamiento único que dominaba a la sociedad en su conjunto. Por eso, la manera de expresar dicha crítica la tendría que hacer sin que se note, de una forma muy sutil, yendo más allá de lo que la obra en sí nos está contando, para que sólo los muy avispados, o los que, como él, han visto más mundo que el de su aldea, sepan apreciarlo. Por eso Cervantes no es un escritor sencillo, sino que incluso es bastante oscuro en muchas ocasiones.

UN POBRE RECONOCIMIENTO Y UNA MISIÓN SECRETA

¡Qué alegría debió de sentir al pisar suelo patrio por primera vez en tanto tiempo! Lo hizo en el puerto de Denia, en la costa valenciana. Paradojas de la vida –que tanto se dan en la de Cervantes–: el que once años atrás había huido de una sentencia que le condenaba a perder su mano derecha y diez años de destierro, a su regreso, cumplido el mismo plazo, volvía manco de su mano izquierda. Por lo menos conservaba la derecha para hacer lo que el destino parece que le tenía marcado: escribir.

Desde Denia se dirige a Valencia, ciudad que le pareció el paraíso por «la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos...». Seguramente que su alma estaba abierta a recibir cualquier estímulo después de tanto padecer.

Tras un mes en la ciudad del Turia, Miguel se dirige por fin a Madrid, para abrazar a sus familiares y amigos, quienes posiblemente se habrían hecho ya a la idea de no volverlo a ver más. ¡Qué gran momento debió de ser este para Cervantes! Quien ya se habría habituado a los palos y los insultos como únicas caricias.

¡Qué cambiada encontraría la ciudad a su vuelta! Mucho más populosa que cuando la dejó, con más ornato, más iglesias, más bullicio. Más llena de miseria también, de soldados rotos por la guerra no sólo desde el punto de vista físico, sino también psicológico, como era su caso. María Antonia Garcés en su libro *Cervantes en Argel. Historia de un cautivo* nos hace ver cómo la experiencia sufrida tuvo que dejarle secuelas a nuestro escritor a nivel emocional y psicológico, que tratará de sanar a través de su literatura. Tenemos que tener en cuenta que hace cuatrocientos años no existía como hoy nada ni nadie que pudiera rehabilitar un alma rota, puesto que no existía el concepto del trauma. No había más consuelo que la religión para estos casos. Cervantes optó por la de la creación artística, para la cual estaba sobradamente dotado, aunque él no lo supiera todavía.

Después de pasados los primeros momentos de felicidad y emoción tras su regreso, el saborear la preciosa libertad recuperada y abrazar a los seres queridos, Cervantes debía pensar en cómo iba a afrontar su nuevo estado después de tan larga ausencia. Sin duda, él estimaría que tendría derecho a recibir algún cargo en la administración o nombramiento real como recompensa a su trayectoria en la milicia al servicio del rey y, sobre todo, para compensar la amarga experiencia del cautiverio. Sin embargo, no era fácil la vida para un ex cautivo que además presentaba una incapacidad física. La milicia estaba descartada. Por eso sin duda sus primeros pasos los dirigió hacia el Consejo de Castilla, en busca de un trabajo burocrático que le permitiera tener una vida acomodada. A estas alturas no se planteaba aún vivir de su literatura.

Para conseguir el empleo, Cervantes haría alarde de su impecable hoja de servicios prestados a la monarquía: su participación en la batalla de Lepanto, su nombramiento como soldado aventajado, sus años de servicio como soldado de los tercios en el Mediterráneo con participación en la batalla de Navarino, la reconquista de Túnez y La Goleta, y, por su puesto, sus años de cautiverio en Argel, sufriendo todo tipo de vejaciones sin haber renegado de su fe católica. Sin duda presentaría el documento de la *Información de Argel*, que avalaba su buena conducta. Pero al parecer no debieron ser suficientes sus méritos para convencer a los consejeros, pues no hubo una respuesta favorable. Hay que tener en cuenta que el número de ex cautivos en la España de finales del siglo xvi era equivalente al diez por ciento de la población de Castilla, por lo que, en las mismas circunstancias que nuestro querido escritor, se debían contar por miles los peticionarios con iguales o mejores currículos. Además, Miguel ya no conservaba consigo las dos cartas de recomendación que cinco años atrás le firmaran don Juan de Austria y el duque de Sessa –además, ninguno de los dos estaba vivo– las cuales en su momento sí que le hubieran abierto muchas puertas. En la España de Cervantes, más incluso que ahora, la recomendación de un poderoso personaje era fundamental para cualquier cosa, por eso la Corte era un hervidero de pedigüeños y pretendientes que se afanaban por conseguir recomendaciones y favores de los que manejaban los hilos del poder, quienes a su vez se valían de estos para tejer una red clientelar que fuera favorable a su causa en las distintas e innumerables rivalidades que había dentro de la Corte.

Al no ver satisfechas sus expectativas, decidió acudir personalmente a la Corte para ejercer más presión y hacer sus requerimientos directamente ante los personajes que dirigían la monarquía de Felipe II. En estos momentos, además, el primer secretario del rey, el hombre de confianza que llevaba todos sus asuntos era Mateo Vázquez de Leca, aquel que fuera amigo íntimo del vicario general de Sevilla, tío de Nicolás de Ovando, que fue amante de la hermana de Miguel, Andrea, por los años centrales de la década de los sesenta, cuando el padre de Miguel, su hermana y, quizá él mismo también, se encontraban en Sevilla. Se cuenta también que incluso Miguel llegó a conocer al tal Mateo Vázquez cuando este estudiaba en el colegio de los jesuitas de Sevilla, dato aún por confirmar, pues se tienen serias

dudas de que Cervantes cursara estudios en ese colegio tan elitista. Pero el caso es que, por algún motivo, para Mateo Vázquez, el hombre de estado más poderoso en estos momentos, no debía de ser totalmente ajeno el nombre de Miguel de Cervantes, ya que este se dirigió a él durante su cautiverio en una carta, la famosa *epístola a Mateo Vázquez de Leca*, que fue encontrada en el siglo XIX y después desmentida por los especialistas, que consideraron que era un falso documento, para volverlo a dar por bueno muy recientemente. Pero en estos precisos momentos la Corte no se encontraba en Madrid sino en Portugal, a donde se había trasladado para que el rey Felipe II tomara posesión de su nuevo reino tras el fallecimiento de su sobrino el rey don Sebastián de Portugal en la batalla de Alcazarquivir contra los moros de Marruecos. Felipe II había convocado a las cortes portuguesas en Tomar, en el centro de Portugal, para prestarles juramento. Allí es sin duda a donde se dirigió nuestro veterano soldado y escritor en busca de algún favor que le asegurase su sustento para los próximos años.

No sabemos si Cervantes consiguió reunirse con su supuesto antiguo camarada de escuela, ahora en lo más alto del poder. Lo único que sabemos es que no se volvió con un cargo u oficio que le asegurara su futuro, sino con una extraña misión secreta y puntual por la que tenía que volver al escenario africano de sus pesadillas del que acababa de regresar. Tenía que ir a Orán. Lo sabemos porque lo menciona en la hoja de servicios que presentó en 1590, en la que dice lacónicamente que colaboró «en ciertas cosas del servicio de Su Majestad», y por una orden de pago a su nombre por la que se le adelantaba la cantidad de cincuenta ducados. No se conoce bien la naturaleza de dicha misión. Lo único que sabemos es que en tan sólo dos meses, de mayo a junio de 1581, Cervantes va y vuelve de Orán y que se entrevista con el alcaide de Mostaganem, una ciudad al este de Orán pero que estaba en poder de los turcos y era uno de los enclaves militares berberiscos más próximos a la fortaleza española. Se trataba de una misión corta pero peligrosa, pues la posibilidad de que le volviesen a capturar y a hacer cautivo era grande. Aun así, Miguel aceptó el reto, aunque seguramente hubiera preferido alguna otra prebenda que le hubiese reportado un sueldo que le permitiera vivir con holgura y tranquilidad. Posiblemente asumiera el riesgo de esta misión por parecerle que si se negaba no habría tal prebenda nunca más. Sea como fuere, lo hizo y no le pasó nada.

Parece que este alcaide de Mostaganem era un musulmán converso que trabajaba como informante para los españoles. ¿Para qué se eligió a Cervantes como emisario de una misión secreta a entrevistarse con un musulmán vendido a los cristianos? Se especula que la causa del envío de Cervantes a Orán era para que el gobierno de Felipe II conociera cuál era el ambiente que se respiraba en los presidios portugueses del África del Norte, pretendiendo asegurarse su adhesión a la causa del monarca, o bien pudo ser para informarse de los planes de la flota turca, de la que se temía que, a pesar de la tregua pactada, podría atacar el Mediterráneo occidental ese año aprovechando que el centro del poder peninsular se había trasladado al oeste. No resulta raro que se eligiera precisamente a un ex cautivo que conocía perfectamente la realidad y las costumbres del norte de África para una empresa de estas características. Este hecho refuerza la tesis de que bien pudo haber sido Cervantes un informador oficioso o un enlace entre la Corte española y las autoridades argelinas durante su cautiverio. Eso explicaría también la magnanimidad de Hassan Veneciano para con él, así como el empeño de fray Juan Gil en rescatarlo a toda costa, como si hubiese existido un pacto previo por el cual, a cambio de trabajar para los servicios secretos españoles, estos se hubieran comprometido a rescatarlo.

Tras finalizar su misión, Cervantes va directamente a Lisboa, a donde la Corte de Felipe II (Felipe I para los portugueses) se ha trasladado y donde permanecerá durante dos años, hasta que se asiente bien el nuevo reinado, atrayéndose así las lealtades de sus nuevos súbditos. De Lisboa Cervantes alabará en el *Persiles* la belleza de sus mujeres. No debió, sin embargo, guardar un grato recuerdo, pues cumplida su misión se le pagará lo que se le debía por haber realizado su trabajo y nada más. Suponemos la decepción de Cervantes al ver que no se le reconocían sus méritos de todos aquellos años malgastados en la milicia, en los que perdió incluso la movilidad de su brazo, y los otros cinco años atrapado en el cautiverio.

LA LLAMADA DEL TEATRO

A finales de 1581 Miguel está ya en Madrid de vuelta. Mientras sigue buscando un empleo o un nombramiento real, empieza a frecuentar el mundillo literario de la villa y corte. Ya en ausencia de Cervantes, en Madrid había ido imponiéndose un nuevo concepto de entretenimiento que alcanzará su auge en las primeras décadas de la siguiente centuria. Nos estamos refiriendo al teatro profano y de diversión popular, que hará las delicias de los habitantes de la capital del reino, desde el monarca hasta el último miembro de la escala estamental. Debido a la demanda suscitada aparecen los dos primeros corrales de comedias permanentes, el Corral de la Cruz y el Corral del Príncipe. Cervantes ve en esta nueva moda del teatro una oportunidad para conseguir algún sustento mientras no encuentra el tan deseado cargo público al que aspira.

LOS CORRALES DE COMEDIAS

Eran los lugares donde se empezó a hacer teatro en España y que surgen precisamente en este momento de la segunda mitad del siglo xvi por el auge y demanda que empieza a representar el teatro profano. Se llamaban corrales porque era literalmente un patio o corral interior al aire libre que separaba dos edificios de viviendas en una ciudad.

Se componía de un tablado que hacía de escena al fondo del patio y unas gradas dispuestas en galerías a los lados, reservadas para los aristócratas y altos personajes de la Corte. Al lado opuesto de la escena, sobre el suelo de piedra del patio, se levantaba una especie de hemiciclo con dos niveles, uno superior denominado «la tertulia» donde solían aposentarse el clero y las autoridades municipales, flanqueados por los aposentos de la galería alta reservado a personajes notables de la ciudad o del Consejo de Castilla. Debajo de este hemiciclo se hallaba la «cazuela», reservado a las mujeres del pueblo llano solamente. Finalmente los hombres del común veían la obra de pie, esparcidos por el patio, donde se instalaban los temidos «mosqueteros», que eran los que más abroncaban si la obra no era de su gusto, incluso arrojando todo tipo de hortalizas podridas con las que iban provistos. En ocasiones, en las ventanas ya existentes que daban a las casas contiguas se instalaban aristócratas o la familia real, de ambos sexos.

En el último cuarto del siglo xvi había hasta seis corrales en Madrid, entre los que destacaban el de la Pacheca, el de la Cruz y el del Príncipe. En Sevilla, ciudad importante también en esta época desde el punto de vista teatral, se contaba con siete corrales a finales del siglo xvi, entre los que destacaban el de San Pablo, el de la huerta de las Atarazanas, el de la Alcoba, el de San Vicente y el de doña Elvira. En otras ciudades fueron también importantes, como los de la Olivera en Valencia, el de la Fruta en Toledo o el del Carbón en Granada.

Corral de Comedias de Almagro, Ciudad Real. Es el único corral de comedias del siglo xvii que queda en pie con el aspecto parecido a cómo serían los que había en Madrid en época de Cervantes.

En estos años de finales del quinientos, de transición del Renacimiento al Barroco, uno de los indicios que barruntan ya el Barroco va a ser precisamente esta pasión por el teatro, como espejo «donde se ven al vivo las acciones de la vida humana», y donde lo que se representa, aunque parezca real, no lo es. Por eso, a partir de ahora y durante todo el siglo xvii, el teatro se impondrá como la forma literaria y artística por excelencia. Además, el teatro reportaba unos pingües beneficios económicos, que era lo que tanta falta le hacía a Miguel.

En el prólogo a sus *Ocho comedias y ocho entremeses*, publicadas en 1615, Cervantes recuerda con cariño esta época en la que aún no existía el «monstruo de naturaleza», es decir, Lope de Vega, quien por estos años era aún muy joven

aunque empezaba ya a despuntar. Al no tener que enfrentarse a un rival tan grande en el mundo de las tablas, Cervantes pudo ir colocando en los escenarios madrileños sin problemas las comedias que iba escribiendo: «Compuse en este tiempo hasta veinte comedias o treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza; corrieron su carrera sin silbos, gritas ni barahúndas».

Si damos crédito a las palabras de Cervantes aquí traídas, que no ha lugar para la duda, de estas veinte o treinta comedias que dice el mismo autor que fueron escritas por él, no se conserva casi ninguna. Solamente de nombre conocemos diez, gracias a que son nombradas en la *Adjunta* del *Viaje del Parnaso* (1614) y que son: *El trato de Argel*; *La Numancia*; *La batalla naval*; *La gran turquesca*; *La Jerusalem*; *La Amaranta o La de mayo*; *El bosque amoroso*; *La única*; *La bizarra Arsinda* y, por último, *La Confusa*, de la que el mismo autor dijo que era la que más fue aplaudida por el público. Pues bien, de todas estas comedias que por lo menos conocemos el título –hasta veinte o treinta, faltan todavía muchas más–, tan sólo dos han llegado hasta nosotros a través de copias manuscritas: *El trato de Argel*, probablemente la primera que escribió tras su regreso del cautiverio, y *El cerco de Numancia*.

El trato de Argel y *La Numancia*: cantos a la libertad

La comedia *El trato de Argel*, también conocida como *Los tratos de Argel*, inaugura la cerrera de Cervantes como dramaturgo. Cervantes, recién retornado de su cautiverio, con los momentos vividos aún frescos en su memoria, inicia su carrera teatral con un retorno al escenario de su mayor sufrimiento. ¿Era una manera de exorcizar sus demonios argelinos? Muy posiblemente.

La palabra «trato» significa modo de vida, pero también un acuerdo comercial, en este caso, el horrendo comercio de seres humanos, comprados y vendidos como esclavos en Argel. Aún hoy, en castellano, el término «trato» se refiere al comercio de animales, y «tratante» es la persona que participa de este negocio. Esta obra sirvió para denunciar y dar testimonio de los pesares del cautiverio humano, aunque la sociedad española de la época ya estaba bastante familiarizada con el problema. Desde las campañas llevadas a cabo por los frailes redentores que recaudaban fondos para la liberación de cautivos, hasta las procesiones que se celebraban en acción de gracias cuando éstos volvían ya rescatados, pasando por las cadenas y grilletes que pendían de iglesias y edificios públicos como exvotos, la realidad del cautiverio en Berbería estaba siempre presente para los españoles. Sin embargo, nadie que no lo hubiera sufrido o tuviese algún familiar o amigo que hubiera pasado por la amarga experiencia se podía imaginar lo que era. Así, Cervantes, con esta obra de teatro, pone ante los ojos del espectador la cruda realidad del sufrimiento de los cautivos cristianos a manos de los musulmanes, como si de un documental de la época se tratara. A pesar de ser una obra de ficción, con una trama clásica inventada de amores y desamores, la detallada descripción con la que son evocados los padecimientos de los cristianos esclavos en Berbería –las incursiones corsarias, la subasta de seres humanos en el mercado de esclavos de Argel, los tormentos y las torturas, los sufrimientos y las tribulaciones de los cautivos cristianos, sus apostasías, sus intentos de fuga, ora exitosos, ora fallidos, sus rescates–, componen un vasto retrato de la vida de estos cautivos, cuya veracidad ha sido generalmente subrayada por los críticos. Más aún, el ambiente y los acontecimientos que aparecen en *El trato* coinciden con los testimonios de los compañeros de Cervantes en la *Información de Argel* y, especialmente, con la información histórica y etnográfica de la *Topografía de Argel* de Antonio de Sosa. Es pues un documento vivo de esa realidad que se vivió en las ciudades del norte de África que comerciaban con el tráfico humano durante el siglo XVI.

La Numancia por el contrario se trata de una obra épica que narra la gesta de los héroes del poblado celtíbero de Numancia que resistieron a las huestes romanas, prefiriendo la muerte antes que la rendición. Un hecho histórico que se convirtió en icono del patriotismo hispano durante el siglo XIX es ya adelantado por Cervantes en esta obra, no como símbolo de patriotismo, sino como símbolo de los amantes de la libertad. Cervantes, hombre libre y de pensamiento independiente, ama la libertad por encima de todo, y más después de haberla perdido durante tanto tiempo. Por eso, podemos decir que ella es el *leitmotiv* de toda su obra. Y puede que algún lector se pregunte: ¿y cómo un hombre que amaba tanto la libertad no se revelaba contra el injusto sistema social que imperaba en la España de su época? Cervantes es un hombre del siglo XVI, y para cuestionarse esos principios de su época, como el sistema estamental y la monarquía autoritaria y hereditaria como principio básico del sistema, tendría que haber nacido por lo menos dos siglos más tarde. La libertad que defiende Cervantes es otra, mucho más importante, universal y que vale para cualquier ser humano independientemente de la época en la que le haya tocado vivir. Por eso su obra está hoy tan viva como ayer. Se trata de la libertad del individuo, como ser único y autónomo, la libertad de poder vivir en paz con su conciencia, aunque le tomen por loco. Una libertad que no depende tanto de los regímenes políticos o formas de gobierno como de uno

mismo y de su certeza de que cada cual es libre en cualquier momento y lugar que le haya tocado vivir.

AMORES PASTORILES Y AMORES REALES

El año 1584 va a ser muy fructífero para Cervantes: va a asistir al proceso de publicación de su primera obra: *La Galatea*, va a encontrar ¡por fin! el amor, va a tener descendencia y va a contraer matrimonio, así, por este orden, pero con dos mujeres distintas.

La Galatea

Es una novela pastoril de las que estaban en boga en los círculos literarios cultos de la Europa de esta época. Una novela que hoy día nos habla poco más que de cómo era este estilo y los gustos literarios de un reducido círculo de cortesanos. El tema es el de unos personajes que se retiran del mundanal ruido, o sea, que huyen de la civilización para vivir en la naturaleza, a orillas del Tajo, al estilo de las *Églogas* de Garcilaso, para quejarse de sus infortunados amores. En este ambiente bucólico donde nunca hace ni frío ni calor, los personajes se trasmutan en pastores de la Arcadia, tocan la lira, comen requesón con miel y ciñen guirnaldas de flores en sus cabezas. Estamos pues ante una novela convencional que no saldría nunca del ámbito temporal en el que se escribió si no fuera porque la misma persona que concibió *La Galatea* fuera el que años más tarde escribió el *Quijote*. Cuando Cervantes haya alcanzado la madurez artística y la independencia de estilo, en el momento álgido de su carrera creativa, cuando escribe el *Quijote*, tiene la honestidad de reconocer que *La Galatea*, su única obra publicada hasta la fecha, no merece salvarse de la quema de los libros que el cura y el barbero echan al fuego en el capítulo VI de la primera parte, aduciendo que es un libro que «propone algo» y «no concluye nada», dejando la puerta abierta a una segunda parte en la cual pueda enmendar los defectos de la primera. Pero además, en este mismo punto, Cervantes introduce por boca del cura un juicio de sí mismo, que nos hace reflexionar sobre cómo se veía él a sí mismo: «Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes y sé que es más versado en desdichas que en versos».

La Galatea bebe de la tradición neoplatónica de Virgilio, Garcilaso, y especialmente Petrarca, inspirándose en su contemporáneo Sannazaro y su célebre *Arcadia*. Pero su modelo más directo fue sin duda la *Diana* del portugués Jorge de Montemayor.

PRIMERA PARTE
DE LA GALATEA,
DIVIDIDA EN SEYS LIBROS.
Cõpuesta por Miguel de Cerυantes.
Dirigida al Illustrissi. señor Ascanio Colona Abad de sancta Sofia.
CON PRIVILEGIO,
Impressa en Alcala por Iuan Gracian.
Año de 1585.
A costa de Blas de Robles mercader de libros.

Portada de *La Galatea*, la primera obra publicada por Miguel de Cervantes en 1585, justo después de contraer matrimonio y de tener a su única hija.

La Galatea fue escrita durante los años 1582 y 1583, a la par que sus comedias de teatro antes citadas, mientras buscaba un trabajo estable con el cual sostenerse. Salió a la luz en marzo de 1585, en la imprenta de Gaspar de Robles en Alcalá de Henares. Tuvo un relativo éxito, pues se reeditó a los cinco años y, tras el éxito del primer *Quijote*, se publicó en francés en París en 1611, alcanzando allí más éxito incluso que el propio *Quijote*.

La Galatea no le sacó, sin embargo, a Cervantes de sus apuros económicos. Como el tan esperado cargo en la administración del monarca no llegaba, Miguel

llegó incluso a solicitar un cargo para Indias, que de haber sido obtenido, la historia de las letras españolas se hubiera escrito con otro acento. ¿Alguien se imagina un *Quijote* escrito en México o Perú? Probablemente el genio de Cervantes hubiera seguido vivo al otro lado del Atlántico, y hubiera escrito igualmente cualquier obra maestra, pero ¿un *Quijote*?, es poco probable.

Ana Franca: el amor prohibido

Cuando Cervantes se encuentra inmerso en pleno proceso de la publicación de su *Galatea*, aparece, ya a sus treintaiséis años –una edad más que madura para la época–, la primera mujer que tengamos constancia que «le arrebató el corazón»: Ana de Villafranca o Ana Franca de Rojas. Mesonera en una taberna en la calle de Tudescos que solía ser frecuentada por personajes del mundillo literario, Ana Franca estaba ya casada y tenía una hija. Sólo tenía veinte años cuando la conoció nuestro autor, seguramente en la taberna tras cuyo mostrador ella servía vino, y que era propiedad de su marido, un asturiano iletrado. Su relación sólo durará unos meses, los suficientes como para tener una hija con ella, la única descendencia que se sepa que tuvo el escritor del *Quijote*. ¡Qué diferente carrera donjuanesca la de nuestro autor si lo comparamos con la de su rival en la escena, tanto de la vida como del teatro: Lope de Vega! ¡Qué pobre vida amorosa aparenta tener Cervantes en comparación con otros hombres de su tiempo! En una época donde la búsqueda del amor ligado a la sexualidad se hacía tan difícil, paradójicamente no había ocasión donde no se buscara y se frecuentara el galanteo más que nunca, con mayor o menor éxito. Un autor literario como Cervantes, que tantas aventuras amorosas nos ha dejado relatadas en sus libros, calla sin embargo sobre las suyas propias. Su escrupulosa discreción sobre su vida privada nos parece, cuanto menos, sospechosa.

Algunos cervantistas le niegan a Cervantes incluso la paternidad de esta única hija, a la que llamaron Isabel, y que se convertirá en el calvario de Cervantes durante los últimos años de su vida. Según esta teoría, Isabel no sería hija de Miguel y de Ana Franca, sino de la hermana pequeña de Cervantes, Magdalena, quien siguiendo la tradición familiar se habría quedado embarazada de uno de sus pretendientes y para disimular la ya mala fama de las Cervantas, se habría hecho un apaño por el cual Miguel se hizo pasar por su verdadero padre, reconociéndola como hija ilegítima. Es un poco rebuscada la teoría, pero encajaría perfectamente con la historia de las mujeres de su familia: primero la tía de Miguel, quien recordemos tuvo una hija ilegítima con Martín *el Gitano*, Martina; luego la hermana mayor, Andrea, quien tuvo otra hija ilegítima con Nicolás de Ovando, Constanza; y ahora se trataría de su hermana pequeña, Magdalena, supuestamente madre de Isabel. Pero de esta última, como no existen pruebas, vamos a darle a Miguel el beneficio de la duda y quedémonos con que fue él el padre de Isabel, quien de mayor se pondrá el apellido –ficticio como veremos– de Saavedra. Lo curioso es que, a la muerte de Ana Franca, cuando la niña ya tenía unos diez años, entró al servicio de Magdalena, la hermana de Miguel, con quien vivió y quien la educó como si fuera una hija. También es curiosa la historia de odio que desató Isabel, cuando ya fue mayor de edad, contra su padre.

Catalina de Salazar: el amor conyugal

En septiembre de 1584, en pleno «noviazgo» con Ana Franca y a punto de ser padre, Cervantes realiza un pequeño viaje a un pueblo manchego cercano, entre Madrid y Toledo, Esquivias, sin saber lo que en él le iba a deparar el destino. El motivo del viaje no era otro que el de visitar a la viuda de su querido amigo Pedro Laínez, recién fallecido, para tratar con ella sobre cómo publicar un *Cancionero* inédito de su difunto marido, al cual, por cierto, la viuda ya le había sustituido por un jovencito galán.

Esquivias, pueblo al que Cervantes, con su ironía habitual, nombrará más tarde como «famoso lugar por mil causas conocido», era en esta época un pueblecito típico manchego, con sus casas a medio encalar, sus portalones de madera seca que dan entrada a un patio empedrado por donde corren las gallinas, y su pueblerinismo, donde parece que no pasa el tiempo; un pueblo pues, como cualquiera de los que aparecen en el *Quijote*. ¿Quién le iba a decir a nuestro hombre de mundo, el que había recorrido España de punta a punta, Italia entera, y parte de Francia y Portugal, el que había habitado en palacios romanos, que había participado en la batalla naval de Lepanto, y en muchas otras gestas al lado del insigne don Juan de Austria, e incluso había convivido con los enemigos de la fe en otra cultura, que al final su destino le iba a deparar un pequeño lugar de la Mancha?

Casa donde vivieron Miguel de Cervantes y su mujer Catalina de Salazar en el pueblo toledano de Esquivias, próximo a Madrid. En esta casa, Miguel pasó los casi tres años de matrimonio, desde diciembre de 1584 hasta la primavera de 1587, antes de abandonar a su mujer y marcharse a Sevilla. Después de su etapa andaluza, ya en 1600, volverá a su hogar, alternándolo con otras escapadas. Suponemos que en esta casa redactó la mayoría de la primera parte del *Quijote*.

El caso es que Juana Gaitán, que así se llamaba la viuda de su amigo escritor, le va a presentar a Cervantes, al poco de llegar, a una joven vecina del pueblo, que no llegaba a los veinte años y que vestía luto por la reciente muerte de su progenitor, el cual había dejado a la familia con algunas deudas, pero con un rico patrimonio agrícola en forma de los famosos viñedos que rodeaban al pueblo[7]. Su nombre, Catalina de Salazar. A los dos meses y medio de este conocimiento, Miguel y Catalina se juraban fidelidad y amor eterno frente al párroco del pueblo, tío de la novia, en la iglesia mayor de Esquivias. Isabel de Saavedra, su hija con Ana Franca, había nacido tan sólo un mes antes.

¿Fue un flechazo de amor a primera vista lo que les hizo no poder refrenar la pasión? Y para poder estar juntos en un pueblo pequeño en donde todo se ve y se chismorrea ¿no pudieron esperar más tiempo? Si de esta relación hubiera nacido algún hijo en pocos meses, se entendería también la rapidez del casorio, pero ese hijo nunca llegó, ni a los pocos meses ni nunca. ¿Fue acaso un matrimonio de conveniencia por el cual Miguel pensó en que los viñedos que iba a heredar por su matrimonio iban a suplir aquel cargo en la administración que nunca llegaba? ¿Tenía acaso Miguel prisas por sentar la cabeza y tener una vida tranquila? ¿Pretendía con este matrimonio borrar para siempre de su memoria la aventura con Ana Franca? ¿Quién lo sabe? y ¿quién lo sabrá? Como tantos otros misterios en la vida de Cervantes sólo él tenía la clave, y se la llevó a la tumba sin dejar el menor rastro escrito sobre sus verdaderos sentimientos y anhelos de su alma. Sólo en su literatura podemos rebuscar como en un pajar una aguja, y esas agujas salen por doquier, pero ¿cuál de ellas será la verdadera? Para Andrés Trapiello, «el matrimonio de Cervantes es uno de los misterios más indescifrables de su biografía».

Lo primero que llama la atención es por qué de repente, en cuestión de unos pocos meses, se le aparecen a Cervantes todas las mujeres reales de las que tenemos constancia en toda su larga vida; ni antes, ni después.

Nada sabemos de los encantos personales de la joven esposa, si era guapa o si era fea, si gorda o delgada, si era distinguida o pueblerina, nada; sólo que sabía escribir, que para Cervantes debía ser importante. La madre del escritor, Leonor de Cortinas, aunque de pueblo también y como su mujer, heredera de ricos campesinos, también sabía leer y escribir.

Para Canavaggio, a la pregunta de por qué Cervantes decide de una manera tan repentina este matrimonio con el que pone fin a su ajetreada vida asentándose en un ambiente tan rural y poco cosmopolita, responde de la siguiente manera: «Miguel se nos aparece como un hombre desengañado de las ilusiones de su juventud, que aspiraba además a mantenerse a distancia de la bohemia literaria: por eso se hallaba más dispuesto todavía a abrazar el estado matrimonial». Tal vez esta explicación responda a la frase del mismo Cervantes cuando dijo: «Con poco me contento, aunque deseo mucho». ¿Tal vez pensó que en la paz de la vida conyugal, en un pueblo, alejado de las tentaciones y distracciones de la gran ciudad, y de las rencillas y piques del competitivo mundillo literario de la villa y la corte encontraría mayor facilidad para conectar con las musas, pudiéndose dedicar de lleno a lo que le gustaba en realidad que era escribir? Tampoco hay que desdeñar el que con este matrimonio alejara de sí la preocupación constante por buscar un medio de subsistencia. En un momento, todo le debió parecer ideal, y todos sus problemas financieros y de buscar un asiento, debió verlos solucionados de un plumazo.

Vivía el matrimonio en casa de la suegra de Cervantes, donde al calor del hogar se contarían muchas historias familiares, pues la familia de Catalina aspiraba a ser lo más distinguido del pueblo, con hidalguía probada, aunque recientemente

se ha descubierto precisamente el origen converso de la familia por parte de los Salazar. Un dato curioso. Uno de aquellos antepasados de origen converso de su mujer, del cual hablarían sin duda por su peculiaridad y que a buen seguro atrajo poderosamente la atención de Miguel, fue un monje, muerto hacía más de medio siglo, al que se le pasaban los días ensimismado con las lecturas de libros de caballería; su nombre: Alonso Quijada. Como una semilla plantada en la mente del escritor, esta historia germinará veinte años más tarde en forma de la novela que le hará inmortal.

Miguel no había desconectado completamente con la capital: tenía que acudir allí de vez en cuando para colocar sus obras de teatro; a Alcalá para supervisar el proceso de imprenta de *La Galatea*, que saldrá a la luz en marzo de 1585, tan sólo tres meses después de su matrimonio, etc. A finales de la primavera tiene que volver a recorrer la distancia entre Esquivias y Madrid; esta vez por un grave asunto familiar que sin duda le producirá un gran pesar: su padre Rodrigo de Cervantes ha muerto con más de setenta y cinco años. El eterno deudor no dejaba nada en herencia, pero pudo morir con la conciencia tranquila por no dejar a su familia tampoco ninguna deuda por pagar.

Con el tiempo, Cervantes va aumentando sus ausencias de la vida marital: lo encontramos además de en Madrid, en Toledo (una ciudad por esta época mayor incluso que Madrid), donde a algunos les gustaría ver un encuentro entre Cervantes y El Greco, en estos momentos en la cima de su carrera (*El entierro del conde de Orgaz* se encarga justo en este año y se pinta un año después, quedando terminado en 1587[8]); en Sevilla, donde se aloja en la casa de su íntimo amigo Tomás Gutiérrez, antiguo cómico que, tras haberse despedido del mundo de las tablas, regenta una posada junto a la catedral. ¿Se siente hastiado de tanta quietud y su espíritu urbanita le pide una vida más llena de emociones?

LA SEGUNDA HUIDA DE CERVANTES

Uno de los grandes misterios en la vida de Cervantes es, a mi parecer, no el de por qué contrae matrimonio, sino el de por qué lo abandona tan repentinamente (no llegó a tres años), y con él, la farándula y vida literaria madrileña, su teatro, su literatura y todo lo que hasta este momento componía su vida. Él se despacha así de lacónicamente, como es su costumbre, cuando nos dice en el prólogo a sus *Ocho comedias*, escrito en 1614: «tuve otras cosas en qué ocuparme, dejé la pluma y las comedias».

Ciertamente Cervantes se fue cansando de esa vida tan pacífica, provinciana y tan falta de estímulos. A un artista no le basta sólo con tener paz para escribir, también necesita estar en el mundo para encontrar la inspiración. Una persona que ha tenido que acostumbrarse a vivir al límite durante cinco años en su cautiverio de Argel, aunque anhele la paz en un momento dado, después necesita volver a sentir acicates que espoleen su espíritu inquieto.

El caso es que en la primavera de 1587 abandona el hogar conyugal. Suena a todas luces como una deserción, una huida, parecida a la que protagonizó casi veinte años antes cuando, contra todo pronóstico –se estaba labrando una carrera como escritor, su familia no tenía agobios económicos en esa época–, huyó a Italia. Pero en esta ocasión no existía un motivo tan aparente como en la anterior –no estaba en busca y captura– para salir corriendo de esa manera. Sin embargo, a veces un cúmulo de pequeños motivos acaba convirtiéndose en una causa tan perentoria como cualquier otra. Eso es lo que nos imaginamos que debió de suceder para que Cervantes tomara decisión tan drástica.

El caso es que, a las razones ya citadas de hastío de la vida tan limitada en un pequeño pueblo manchego, ¿podríamos añadir el de un momento crítico del genio? ¿Una crisis personal? ¿Una interrupción en su creatividad? ¿Una depresión incluso? Yo me atrevería a afirmar que sí. Si sumamos varios factores, nos damos cuenta de que el coctel pudo ser explosivo:

- El trauma: un hombre que ha pasado por la durísima experiencia de un cautiverio de cinco años como el que pasó Cervantes queda marcado, es un trauma difícil de superar; y el titánico esfuerzo y contención para no volverse loco durante ese tiempo tiene que salir en algún momento y por algún lado. Normalmente los traumas y los fantasmas contraatacan cuando ya pasó el peligro y la persona se ha relajado. Una vez vuelto de Argel, a Cervantes aún le quedaba buscarse un lugar en su nueva vida entre los suyos, y esto también le generó cierta tensión, por lo que hasta que no se ubicó en un lugar, finalmente junto a su joven esposa en el pueblo de Esquivias, con todas las necesidades básicas cubiertas, no se pudo relajar de verdad. Probablemente fue en ese preciso momento cuando le comenzaron a atormentar los fantasmas de Argel, seguramente sin que ni siquiera él fuera consciente.
- El desengaño: al trauma del cautiverio –el cual sin duda Cervantes acariciaba la idea de suavizarlo con un gran recibimiento a su vuelta–, habría que sumarle el desengaño que le produjo precisamente el retorno a su entorno natural. Paradójicamente, el que había sido una persona importante entre los cautivos de Argel, admirado por sus compañeros e incluso por su verdugo, Hassan Veneciano –quien le atrajo a su palacio para tenerlo cerca tras sus numerosos intentos de fuga en lugar de ejecutarlo, que hubiese sido lo normal–, se encuentra con una incomprensible indiferencia entre los suyos cuando vuelve a casa. Si en Argel, a pesar de su situación, se sentía importante, en España se sintió un donnadie. Por eso se habla del «exilio permanente de Cervantes», un hombre que nunca se quiso posicionar ni ubicar en ningún lugar, pues en ninguno encontró su verdadero sitio: en Argel obviamente no porque no era ni su nación, ni su raza, ni su cultura, ni su religión, pero, sin embargo, le debieron sorprender algunas cosas que sí le gustaron de esa cultura; mientras que una vez pasado por la experiencia de convivir entre los «enemigos de la fe» y de vuelta a España, se encontró con que tampoco el clima de intolerancia, de falsedad y de encorsetamiento social y moral le producían una gran satisfacción. Por lo que en Argel soñaba con volver a España y en España soñó con Argel, lo que atestiguan sus reiteradas alusiones a este mundo en casi todas sus obras.
- El desengaño del matrimonio: si seguimos sumando elementos difíciles de sobrellevar, podríamos añadir también la causa del yerro en el que se vio inmerso al darse cuenta de que la solución que había escogido para apartar su desdicha no hizo sino añadir más leña al fuego. Ni el propósito de sentar la cabeza con la idea de un matrimonio al que seguramente se dejó llevar más por la idea en sí misma que por amor, ni la elección del lugar, ni la actividad de administrador de los bienes de su mujer, ni mucho menos la sensación de ser un

mantenido, le produjeron los resultados esperados en un principio.

- Parón creativo: parece que estos años de vida tranquila en Esquivias no le produjeron el tan esperado encuentro con las musas sino todo lo contrario. Según Canavaggio, «su producción comprobada durante esos años se resume, en su totalidad, a tres sonetos» que le habían encargado unos poetas amigos. Advertimos a todas luces un corte de inspiración que lo aleja del mundo literario, donde se está fraguando por estos momentos la gran cantera que dará a los más grandes genios del Siglo de Oro. Aquel que no estuviera pugnando por hacerse un hueco en el Parnaso de las letras no tendría posibilidades de reconocimiento. Y Cervantes en estos momentos, en lugar de estar allí, se aleja.
- Su literatura no le rentaba lo suficiente para vivir: quizá sus obras de teatro representadas en estas fechas tampoco tuvieron todo el éxito que él nos quiso hacer creer años más tarde en su prólogo a las *Ocho comedias*. Como la mayoría ha desaparecido, no tenemos mucha información a este respecto, pero lo cierto es que Cervantes no podía mantener a su familia con lo que ganaba sólo con el teatro. Es muy representativo de la situación que pudieron vivir Cervantes y su mujer por estos años este extracto de *El juez de los divorcios*, en donde la protagonista, una mujer que se ha casado con un poeta, protesta de esta manera:

> ...pensé que me casaba con un hombre moliente y corriente, y a pocos días hallé que me había casado con un leño [...] porque él no sabe cuál es su mano derecha, ni busca medios ni trazas para granjear un real con que ayude a sustentar su casa y familia [...]; y en toda la noche no sosiega, dando vueltas. Preguntele qué tiene. Respóndeme que está haciendo un soneto en la memoria para un amigo que se le ha pedido; y da en ser poeta, como si fuese oficio con quien no estuviese vinculada la necesidad del mundo...

Este texto de Cervantes no puede describirnos mejor y de una forma más castiza y con más sentido del humor cuál pudo ser la situación propia durante estos años. En este corto párrafo podemos vislumbrar varios de los temas aquí expuestos: el trauma no le deja conciliar el sueño; el desengaño del matrimonio; el parón creativo y la perspectiva poco realista de poder vivir de su literatura.

Ante este cúmulo de circunstancias es legítimo que pusiera tierra de por medio y quisiese darse la oportunidad de volver a comenzar de nuevo. No nos debe extrañar esta salida en una persona como Cervantes, además, cuyos patrones familiares están bien aprendidos: su abuelo abandonó a su familia en Alcalá yéndose a Córdoba y desentendiéndose de ellos; su padre cambiaba de vida y comenzaba de cero cada dos por tres, también cambiaba de lugar de residencia dejando sola a su familia, cada vez que tenía una laguna en su menguada imaginación para seguir ganándose la vida. Por lo cual es muy coherente que también Miguel, al verse bloqueado en un momento dado, intentase probar un giro de la fortuna cambiando de lugar de residencia. No se ve tanto como un abandono por desavenencia conyugal, sino por necesidad. De hecho, volverá a convivir con su mujer tras esos casi diecisiete años de paréntesis, en los que no desaparece totalmente. Aunque su base de residencia es Sevilla, le vemos yendo de vez en cuando a Esquivias, incluso asistiendo a acontecimientos familiares en Toledo, si bien son fugaces estancias.

Una recientísima investigación a cargo de la cervantista Lupe López-Baralt nos ha aclarado –incluso me atrevería a decir que de una forma definitiva– el misterio de por qué en estos momentos de su vida Cervantes decide añadir a su apellido el de «Saavedra».

Miguel siempre había firmado como «Miguel de Cervantes», pero a partir de este momento lo empieza a hacer como «Miguel de Cervantes Saavedra», sin tener ningún motivo aparente que lo justifique, pues en justicia debería haber firmado en todo caso como «Miguel de Cervantes y de Cortinas», que era el apellido de su madre. Es verdad que por esta época no estaban regulados los patronímicos ni los apellidos, de forma que cualquier persona se podía poner el apellido que quisiera: el del padre y de la madre, como actualmente; o el de la madre antes que el del padre; o el tercero, antes que ninguno, etc., de forma que a veces nos encontramos con hermanos que tienen distintos apellidos. La única premisa que era de obligado cumplimiento era que el apellido escogido le correspondiera a la persona que lo utilizara de alguna manera, aunque fuese en un lugar muy lejano. Así, Cervantes va a escoger este apellido lejano de origen gallego de Orense: Saavedra, y se lo coloca tras el de Cervantes. ¿La razón? Ha traído de cabeza a muchos historiadores hasta que por fin parece que Lupe López-Baralt ha dado con la clave. Y la explicación que esta historiadora nos da no puede ser más llamativa, interesante y esclarecedora de la personalidad real de Cervantes y de su mundo interior, como ningún otro documento nos ha podido proporcionar.

Ya antes de tomar la decisión de añadirse el apellido Saavedra, lo utiliza, como ya hemos visto, en algunas de sus composiciones de tema argelino para nombrar a personajes que son claramente sus *alter ego*, como por ejemplo el personaje de Saavedra que invoca sus lágrimas al llegar al puerto de Argel en *El trato de Argel*; o el personaje al que alude Ruy Pérez de Viedma, el cautivo de la historia intercalada en el *Quijote*, cuando dice que, «un soldado español llamado Saavedra» hizo «cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años[9]».

Lo que López-Baralt ha descubierto es que «Saavedra» tiene su equivalente fonético en otra palabra en árabe dialectal de la zona de Argelia que sería *Shaibedraa'* y que significa nada menos que 'brazo defectuoso' o manco. *Shaibedraa'* por tanto era una forma despectiva para designar a alguien que estaba tullido del brazo. Por lo que podemos sospechar que durante el cautiverio, a Cervantes le conocieran por ese nombre y que sus carceleros se dirigieran hacia él espetándole: ¡*Shaibedraa'*! O lo que es lo mismo: «¡Eh, tú, manco!».

Este juego de palabras nos pone en contacto con esa faceta humorística e irónica tan típica de Cervantes cuando trata de asuntos serios pero para los cuales no tiene respuesta, como sería su problema de identidad. Lupe López-Baralt trae a colación un ejemplo literario que es muy esclarecedor de la forma de pensar de Cervantes y de resolver este tipo de problemas. Cuando don Quijote se empeña en que una bacía de barbero es el milagroso yelmo de Mambrino, Sancho, tan realista y cabal, intenta ponerle a su señor los puntos sobre las íes esforzándose en hacerle ver que no es yelmo sino bacía de barbero. Al final, el mismo Sancho va a resolver el problema conjugando el mundo onírico de don Quijote con el mundo real al inventar un nuevo concepto para designar al yelmo de Mambrino/bacía de barbero: «baciyelmo». Para Lupe López-Baralt, «estamos ante el botón de muestra más representativo de cómo Cervantes concebía el mundo y de cómo lo bautizaba».

De la misma manera que Sancho crea la palabra «baciyelmo» para designar el yelmo de Mambrino, Cervantes escoge ese lejano apellido suyo para designarse así mismo, un apellido que, como el «baciyelmo» resuelve su problema de identidad entre las dos culturas aparentemente antitéticas a las cuales cree pertenecer: la cristiana y la musulmana.

La experiencia de vivir entre los infieles le dio a Cervantes una perspectiva más amplia de la realidad. Al ser un cautivo de rescate que, probablemente, se movió con libertad por los zocos, bazares y laberínticas calles de la medina de Argel, en los años que estuvo, sabemos que hizo amistades de todo tipo entre sus habitantes. Se sabe que trató en Argel con tornadizos, apóstatas al islam, moros, espías y compatriotas españoles de largo exilio, pues se sirvió de ellos en sus intentos de fuga, hasta el punto que en la *Información de Argel* ha de defenderse de la acusación comprometedora de «tratar con moros y renegados». La experiencia de vivir en Berbería durante tantos años hizo que cambiaran sus esquemas mentales, enfrentando sus principios occidentales y cristianos con los del mundo musulmán. Los que anteriormente eran enemigos declarados del mundo se tornaron personas de carne y hueso con las mismas necesidades que el resto; al mundo cerrado, intolerante y de imposición de un pensamiento único, opone la liberalidad con que se vive en Argel, con mucha mayor tolerancia y libertad. Está claro que, a pesar de su cautiverio, Cervantes acabó admirando secretamente muchas de las cosas de ese mundo argelino abigarrado, multicultural y cosmopolita, que era el tipo de escenario por el cual más predilección sentía, como lo prueba su amor por Nápoles y

Sevilla, quizá los más parecidos de Occidente a ese mundo de la otra orilla. Pero esa admiración a la tolerancia entraba en conflicto directo con su propia cultura europea y cristiana. Ahí radica su problema de identidad cuando vuelve a España. «Cervantes termina convertido en un exiliado interior», que ya no comparte la visión del mundo de sus propios compatriotas. «La adopción del nuevo apellido, "Saavedra" se explicaría por tanto como la clave cifrada del nacimiento de un nuevo yo», dice López-Baralt. Sería pues la frontera que marcaría un antes y un después en la vida del escritor, y él lo manifiesta de esta manera «baciyélmica», ya que Saavedra es, por su origen gallego, un apellido de resonancias puramente godas, de la casta de los cristianos viejos, a la vez que un vocablo dialectal argelino, que encima alude a su tara física.

[7] En su alusión a Esquivias en el *Persiles*, dirá del pueblo que era famoso «por sus ilustres linajes y sus ilustrísimos vinos», haciendo un paralelismo entre añejos linajes y añejos vinos.

[8] No es disparatada esta suposición cuando sabemos que en Navidad de este año de 1586, Cervantes está presente en la boda de un sobrino político, Gonzalo de Guzmán Salazar, con la sobrina del párroco de Santo Tomé de Toledo. Precisamente este párroco es el que le encargó a El Greco el célebre cuadro, en el que incluso aparece pintado en el centro del mismo. Entre las figuras de los caballeros que aparecen asistiendo al entierro, uno de ellos podría ser Cervantes.

[9] Luis Andrés Murillo (1981) sospecha que la «Historia del cautivo», calcada de una de sus tempranas comedias argelinas, es nada menos que el «Ur-Quijote», es decir, su «parte más primitiva» (Eisenberg, 1996, 7), por lo que podemos sospechar por tanto que la historia del cautivo intercalada en el *Quijote* la compuso Cervantes antes o por las mismas fechas en las que se incorpora el nombre de Saavedra a su apellido.

6

Nueva vida por tierras andaluzas (1587-1601)

COMISARIO DE ABASTOS PARA LA GRAN ARMADA CONTRA INGLATERRA

Cervantes, pues, decide dar un giro copernicano a su vida anterior, la cual no le estaba reportando ninguna satisfacción, para comenzar una nueva más realista desde el punto de vista práctico, el de buscarse un jornal que le permitiera vivir mejor y más independientemente, ahuyentando la idea de vivir de su arte. Nuevo bandazo que, como veremos, seguirá sin reportarle la felicidad esperada. Tenía ya cuarenta años.

Desde la primavera de 1587, cuando deja definitivamente su vida tranquila y sin sobresaltos en Esquivias para cambiarla por la de agente de su Majestad, como comisario de requisas de trigo y aceite por tierras andaluzas, para la «Gran empresa de Inglaterra» que se está gestando, hasta catorce años después, cuando abandona definitivamente Sevilla, asistimos a los años más oscuros de la vida de nuestro escritor. Catorce años en los que nos encontramos con enormes lagunas por las cuales nuestro héroe desparece literalmente sin dejar rastro. Y no porque no existan testimonios documentales, al contrario, la mitad de los escasos documentos referentes a la vida del autor del *Quijote* son precisamente de esta época, pero no son testimonios de los que se pueda esclarecer nada de su vida personal, sino simples y fríos documentos administrativos de cuentas, notariales, pagarés, etc. Lo poco que se sabe del Cervantes de esta etapa andaluza es por los hallazgos documentales que se han ido encontrando durante los últimos dos siglos, ya que Cervantes nunca habla de esta época de su vida, pero aún los documentos encontrados nos siguen pareciendo escasos y opacos para rastrear la pista de sus andanzas.

Desde el punto de vista de la historia con mayúsculas, sí que sabemos en cambio mucho de esta época, historia que conecta tangencialmente con la de nuestro escritor y con su nueva vida, aunque sus orígenes se estén gestando muy lejos de su realidad cotidiana:

Felipe II decide por fin pasar a la ofensiva contra Inglaterra y el gobierno de la reina Isabel I de Inglaterra, y va a ordenar que se apreste una Gran Armada con el objetivo de transportar hasta suelo inglés a los tercios de Flandes comandados por Alejandro Farnesio, su actual capitán general y gobernador, quien, sin embargo, iba a regañadientes y obligado por su monarca, al no ver con claridad el éxito de semejante y arriesgada operación. En pocos meses, toda España se puso manos a la obra con gran optimismo e ilusión para colaborar en tamaña empresa. Se construyeron nuevos navíos a toda prisa y los viejos fueron remodelados; se transformaron navíos mercantes en navíos de guerra; se reclutaron y formaron nuevos marineros y soldados; se requisó todo el trigo que se pudo para hacer galleta (el pan que se consumía en las travesías marinas), cebada para hacer cerveza (el líquido que se consumía en dichas travesías al no poder transportar agua que se pudría en pocos días), aceite, comida, en general, pero también caballos para ser montados por los soldados; se fabricó toda la pólvora necesaria, así como se aceleraron las fundiciones de cañones, mosquetes, proyectiles, etc. Todo ello perfectamente coordinado y bajo la escrupulosa supervisión del mismo monarca, a quien no le gustaba dejar nada a la improvisación. El objetivo: invadir la isla con un gran ejército con el fin de deponer de su trono a la reina hereje y a sus principales ministros hostiles a España, incluso acabando con sus vidas si fuera menester, e imponer un gobierno católico y aliado. ¿A quién se pondría en el trono en lugar de Isabel? Eso ya se estudiaría una vez concluida con éxito la operación.

LA CONDENA A MUERTE DE MARÍA ESTUARDO, PUNTO DE PARTIDA DE LA ARMADA INVENCIBLE

Al amanecer del 18 de febrero de 1587, en el castillo de Fotheringhay al norte de Inglaterra, después de un juicio sumarísimo por el cual se dictó la pena capital, la católica María Estuardo, reina de Escocia y prisionera durante dieciocho años de su prima la reina de Inglaterra, entregaba en el cadalso su última joya al verdugo que le iba a segar su grácil cuello tras dos golpes de hacha.

Esta atrevida acción por parte del gobierno protestante de Inglaterra escandalizó a toda Europa y muy especialmente al mundo católico, por ser inédito que una reina osara condenar a muerte a otra reina soberana por motivos tan personales como su fe religiosa. Aunque esta era la excusa que esgrimieron las potencias católicas con España a la cabeza para intervenir en Inglaterra, la verdad fue muy distinta, pues María Estuardo no fue condenada a muerte por su fe, sino por su implicación en un complot católico que tenía la intención de dar un golpe en la Corte y asesinar a la reina Isabel y a sus principales ministros protestantes y ponerla a ella misma en el trono de Inglaterra. Es lo que se conoce como la conjura de Babbington, por ser este noble católico, *sir* Anthony Babbington, quien lo organizó, siendo pillados *in fraganti* por el secretario de la reina Isabel, *sir* Francis Walsingham, quien había introducido a dobles

espías en el complot, los cuales le traían puntualmente a su despacho la correspondencia secreta entre la reina cautiva, María Estuardo, y sus supuestos salvadores. Cartas que incriminaban claramente en dicho complot a María Estuardo.

Sea como fuere la verdadera historia, lo cierto es que esta acción de la reina Isabel I, quien desde hacía ya varias décadas venía llevando a cabo una política agresiva de guerra encubierta contra Felipe II y los intereses de la Monarquía Católica, fue la gota que colmó el vaso y que llevó al monarca español a tomar una decisión drástica para poner fin a tanta osadía por parte de la reina protestante. El viejo proyecto tantas veces puesto ante sus ojos por los ministros del rey y por el Papa, que defendían una política más agresiva contra el reino hereje de Inglaterra, enviar una poderosa armada que acabara de una vez por todas con el tiránico gobierno isabelino, fue por fin aprobado por el rey. Desde que empezaron a llegar a la Corte española los primeros avisos de la decapitación de María Estuardo, toda una maquinaria de guerra que implicó a muchos hombres de todo tipo de profesiones en España, entre ellos el propio Cervantes, comenzó a ponerse en marcha.

En la formación de esa poderosa armada que requería tanto de soldados y marinos como de vituallas para alimentarlos durante el trayecto, entró en escena nuestro nuevo comisario de abastecimientos de los buques de la armada, que en realidad se denominó La Gran Empresa de Inglaterra.

En respuesta a la decapitación de la reina de Escocia, Felipe II envió su poderosa armada contra Inglaterra como castigo. El de la imagen es uno de los retratos de Sheffield, basado en los realizados por Nicholas Hilliard. *María, Reina de los Escoceses* (h. 1578). National Portrait Gallery, Londres.

En los últimos meses de su etapa en Esquivias hemos visto cómo Cervantes iba y venía desde distintos lugares de la Península, especialmente a Sevilla. Ahí parece que llevó algún que otro negocio para sacarse algún dinero extra, pero, sobre todo, a buen seguro que intentaba conseguir alguna prebenda de algún personaje importante de los que solían frecuentar la posada de su amigo y excomediante Tomás Gutiérrez, el cual estaba muy bien relacionado por ser su establecimiento, en la calle de Bayona junto a la catedral, el más importante y lujoso de toda la ciudad. Paraban en dicha posada todos los grandes personajes de la nobleza, las finanzas y la política, así como ricos comerciantes de paso por Sevilla. Por una vez,

nuestro personaje va a estar en el lugar adecuado y en el momento justo para conseguir lo que tanto tiempo llevaba buscando: un cargo público al servicio del rey. Felipe II había nombrado a Antonio de Guevara como comisario general para los suministros de la armada, quien a su vez nombró a Diego de Valdivia como adjunto para realizar la labor de requisar trigo, aceite y cebada en Andalucía, el granero de España en estos momentos. Para esta tarea Valdivia iba a necesitar a un ejército de colaboradores que recorrieran hasta el último confín de Andalucía, en busca de lo necesario para proveer a la armada. Es de suponer que fuera el mismo Tomás Gutiérrez quien se enterara de que se estaba buscando personal para esta tarea y quien se lo comunicara a Cervantes. Lo cierto es que el 28 de abril de 1587 Miguel firmará en Toledo ante notario una escritura que otorgaba plenos poderes a su mujer para que pudiera administrar la hacienda en su ausencia.

Muchos se preguntarán qué hacía un escritor tan genial y un espíritu libre e inconformista como Cervantes realizando un trabajo de funcionario tan gris y alienante como el de comisario de abastos. No hay que olvidar que Cervantes llevaba años esperando una oportunidad como esta. Quizá no era el trabajo que hubiese deseado, pero sí un nombramiento real y sobre todo muy lucrativo. Nunca en toda su vida fue Miguel tan rico. El sueldo de comisario de abastos le reportaba pingües beneficios económicos, amén de afirmarle como una autoridad por actuar como representante de la Corona. Como él mismo afirmara socarronamente en *El juez de los divorcios*, el «ser poeta» no estaba reñido con «la necesidad del mundo».

Sería demasiado arduo seguir aquí los periplos y desventuras que llevaron a Cervantes durante este período de su vida por los polvorientos caminos de Andalucía, de Sevilla a Écija, de Écija a La Rambla, de aquí a Espejo, Cabra, Carmona, Úbeda, Baeza, Baza, Estepa, Montilla, Teba, Ronda, Estepona, Villamartín, Marchena, Morón de la Frontera, Osuna, La Puebla de Cazalla, Castro del Río, Andújar, Jaén, etc. Pero sí podemos hacer un sano ejercicio de imaginación y verle trotar sobre una mula renqueante, con sus alforjas que le servían tanto como maleta donde llevar sus enseres, como de despensa donde guardar la comida para el viaje: una hogaza de pan, un queso y una bota de vino. Sufriendo los rigores del verano andaluz a pleno sol, los fríos del invierno, que no son cualquier cosa, sobre todo en la zona central de Andalucía, durmiendo al raso la mayoría de las veces cuando la noche le sorprendiera lejos de cualquier lugar civilizado, o soportando la incomodidad de las malas ventas. Sobrellevándolo todo en soledad y sin tener tiempo más que para «arrojarse molido sobre el lecho» al final de una dura jornada, como él mismo nos cuenta en el *Viaje del Parnaso*.

Pero lo que más sufrió Cervantes durante este período de su vida fue a las personas con las que tuvo que tratar. No debemos olvidar que su misión no era otra que la ingrata y enojosa tarea de desposeer a los lugareños de sus riquezas agrícolas, en unos tiempos en los que una mala cosecha podía arruinar a una familia, y si no tenían grano almacenado de otros años, podían sucumbir a la pobreza y al hambre, por lo que estaba justificada su mala aquiescencia hacia el que viniera a robarles su pan. Es verdad que se les prometía resarcirles lo requisado, pero no inmediatamente, sino con mucho retraso. En este ingrato trabajo Cervantes tuvo que tratar con todo tipo de gente, desde señores y eclesiásticos hasta campesinos pobres, arrieros, mozos de mulas, venteros, mesoneras, etc. Todo un universo quijotesco que suponemos que le dio la base para el conocimiento humano y en concreto del de la sociedad campesina y rural de finales del quinientos en España, que será el espejo donde se reflejarán los protagonistas no sólo de su asombrosa novela, sino también de las *ejemplares*. Y con cada uno hubo de servirse del trato que le correspondía por su escala social, pero sin menoscabo de su autoridad. Será víctima de las malas artes y bajo perfil humano de mezquinos y palurdos personajes rurales, al igual que lo fue don Quijote, pero también se apoyará en buenas y gentiles personas. Suponemos que no fue tarea fácil, y podemos estar seguros de que pasó muchos momentos de verdadera angustia y ansiedad. Por desempeñar su trabajo con el celo necesario, a Miguel le valieron dos excomuniones al requisar a la fuerza el trigo de algún canónigo potentado, varias acusaciones de malversación de fondos por parte de los campesinos pero también de la autoridad central. Y por fin, dos encarcelamientos, uno breve en Castro del Río y otro más serio en Sevilla, el cual abordaremos más adelante.

SEVILLA, «TIERRA DE JAUJA» Y ANTRO DE PERDICIÓN

Durante todos estos años de peregrinaje por las tierras de Andalucía como recaudador de abastos, Cervantes se instala en Sevilla como su base, haciéndose vecino de aquella ciudad. Entre sus idas y venidas, estuvo más de la mitad del tiempo viviendo en Sevilla, por lo que podemos suponer que la conoció a fondo, disfrutando de su enorme atractivo y absorbiendo toda su energía que le servirá más tarde como inspiración para su posterior producción literaria.

Desde que Sevilla se hizo con el monopolio del tráfico comercial con los territorios americanos recién conquistados, con su Casa de Contratación y la flota de Indias que puntualmente partía cada año de su puerto con los barcos llenos de productos europeos para trocarlos por oro, plata y joyas con las que volvían cargados seis meses más tarde, esta ciudad andaluza se convirtió en una de las más prósperas y populosas de Europa, desbancando incluso a Venecia y Amberes, que habían tenido el mismo protagonismo de primeras ciudades comerciales en épocas anteriores. El influjo que ejercía Sevilla para todas las personas que se vieran tentadas a iniciar una nueva vida en la que les sonriera la diosa Fortuna era ineludible. Y una de esas personas fue Cervantes, a quien atraían de manera especial todas aquellas metrópolis donde se abigarraran los seres humanos de toda laya, desde los más ricos comerciantes y nobles hasta los más descarados pícaros, vividores, buscavidas, delincuentes, estafadores, prostitutas, rufianes, golfos y todo un amplio espectro de ese submundo de los más desfavorecidos de la pirámide social, que eran legión y que acudían a esta ciudad en busca de mejorar su situación como moscas al panal. A la luz del comercio con América, en Sevilla se podía disfrutar de un movimiento sin pausa de personajes de todo tipo, con un tren de vida inigualable en ningún otro lugar de la Península, incluyendo Madrid o Lisboa. Así como de un color sin igual por los artículos de lujo y raros especímenes traídos del Nuevo Mundo: animales exóticos vivos jamás vistos en Europa, monos, papagayos u ocelotes, que las damas lucían como joyas vivas y extravagantes; al igual que los numerosos esclavos que los pudientes exhibían ricamente ataviados, como juguetes de esa alta sociedad; el esplendor de los nuevos edificios religiosos y civiles que se estaban construyendo para quitarle el aspecto de ciudad eminentemente musulmana que todavía tendría; el lujo de las ropas; la magnificencia de las fiestas religiosas y profanas, etcétera.

Vista de Sevilla en la época en la que vivió Cervantes. En primer término puede verse la llamada zona del Arenal, donde atracaban los barcos que llegaban desde las Indias cargados de oro, plata y joyas. En esta zona del Arenal era donde se daban cita los pícaros y buscavidas de todo el orbe peninsular. SÁNCHEZ COELLO, Alonso. *Vista de la ciudad de Sevilla* (h. 1570-1600). Museo de América, Madrid.

Mateo Alemán, en su famosa obra *El Guzmán de Alfarache* publicada en 1599, creando la figura del pícaro por excelencia, y recreando los escenarios sevillanos de esta época, dice por boca de Guzmán que Sevilla «es la mejor tierra de todo el mundo», la denomina como «tierra de Jauja, donde todo abunda y las calles estaban cubiertas de plata». Esto último, por supuesto, es una licencia literaria, pero que expresa la abundancia y riqueza que debía correr por aquellas calles de finales del siglo XVI. Todos los poetas y escritores de la época se hacen eco de su gloria. Así, para el escudero Marcos de Obregón (personaje de Vicente Espinel), es Sevilla «tesorera y repartidora de la inmensa riqueza que enviaba el mar océano». «Octava maravilla» la llamaron otros. En un poema atribuido a Góngora se la alude como a la «gran Babilonia de España y mapa de todas las naciones».

Pero en Sevilla no todo era lujo, sino también antro de perdición, donde se reunía toda la canalla de España y parte del extranjero, destino preferido del hampa, de los oportunistas, estafadores, ladrones, asesinos, hampones, tahúres, prostitución de todo tipo, etc. Era la meca de la picaresca por antonomasia, como lo demuestran las novelas de este género de la época. Existía en España una ruta de la picaresca que recorría el reino de norte a sur, desde Burgos hasta Sevilla, pasando por Madrid, Toledo y Córdoba, por donde, como peregrinos de la

delincuencia, se dirigían todos los desheredados y maleantes a Sevilla, su santuario ideal. Y es que aquí, como en el crimen organizado, incluso se reunían en cofradías de rufianes, con una estricta organización jerárquica y un respeto escrupuloso a sus leyes, por parte de quienes, paradójicamente, no respetaba las oficiales. Nadie ha descrito mejor este submundo sevillano y estas organizaciones del delito como Cervantes en su famosa novela *Rinconete y Cortadillo* cuando nos muestra el patio de Monipodio y su mundo, que él mismo controla y mantiene alrededor suyo como un padre que se ocupa de su numerosa familia para que no les falte un mendrugo de pan que llevarse a la boca, pero también bajo unas estrictas reglas que cumplir. Pícaros, ladrones y rufianes de toda laya convivían, por tanto, asociados, con una organización, una jerarquía y uno o varios jefes –como el Monipodio cervantino, personaje real y al que con toda seguridad Cervantes conoció– para su mejor funcionamiento, su defensa y su impunidad. Esta era la otra cara de la moneda de esa pujanza sevillana producto del comercio ultramarino, consecuencia lógica de un país empobrecido y desesperado, con una tasa demográfica que se había disparado en los últimos años del siglo XVI, y cuyo ejército de pobres (la inmensa mayoría jóvenes) no conseguían absorber las grandes ciudades.

LA NOVELA PICARESCA

La novela picaresca surgió como crítica por un lado a la degradación de las instituciones y de la España oficial, y por otro a la literatura idealizada del Renacimiento: novela pastoril, libros de caballería, novela bizantina, etc. Su aparición se enmarca en esa corriente realista que se impone a finales del siglo XVI, especialmente tras la desaparición de Felipe II. La picaresca es la contrafigura del idealismo monárquico, imperialista y católico de dicho siglo. En esta época empieza a degradarse la hidalguía y personajes como don Quijote y el hidalgo empobrecido del *Lazarillo de Tormes* son ilustraciones de este fenómeno en la literatura española. Ante la obviedad de la decadencia que se impone en la realidad española, frente a los ideales caballerescos de la centuria anterior, triunfará el antihéroe que se pone fuera de la ley y se mofa de todos esos ideales, recreándose en lo sórdido y lo marginal. El pícaro como tal es un anti caballero errante en una «epopeya del hambre» a través de un mundo miserable, donde sólo se sobrevive gracias a la estafa y el engaño y donde toda expectativa de ascenso social es una ilusión; los vagabundeos de un Pablos o de un Guzmán constituyen el contrapunto irónico a los de los valientes caballeros. Sus personajes, sacados de los bajos fondos, nos cuentan su historia en primera persona, y los personajes secundarios son siempre un fiel reflejo de esa España empobrecida y miserable, en donde se buscan la vida como pueden: hidalgos empobrecidos, miserables desheredados, falsos religiosos, falsos conversos, etcétera.

Aunque es un fenómeno que se dio a nivel europeo, donde más calidad tuvieron sus obras y más aceptación recibió el género fue sin lugar a dudas en España.

El *Quijote*, como veremos, sin ser una novela picaresca, participa con este género en parte de su filosofía, aunque trascienda a mucho más allá que esto.

Escena cotidiana de la Sevilla de principios del siglo XVII. Cervantes conoció muy bien los bajos fondos y los antros de la picaresca sevillana, donde sin duda recogió diversa información para su novela ejemplar *Rinconete y Cortadillo*, que se acerca mucho al ambiente de las novelas picarescas, y también para otras muchas escenas del *Quijote* y otras obras. VELÁZQUEZ, Diego. *El aguador de Sevilla* (1618-1622). Casa Museo Wellington, Apsley House (Londres).

La corrupción y la prevaricación estaban a la orden del día. No existía ninguna justicia que no fuera la del dinero fresco, que, untando debidamente a los notarios, jueces e incluso alguaciles, se podía uno librar de la cárcel o la horca por muy horrendo crimen que se hubiera cometido. Por eso, también pasaba por ser una ciudad enormemente insegura, donde por cualquier cosa te podían rebanar el cuello impunemente. Esta corrupción de los jueces es reflejada por Cervantes, quien para su desgracia sabía mucho de este tema por sus numerosos pleitos con la justicia a cuenta de sus labores como recaudador, y lo refleja en *La ilustre fregona* al decir: «Que no falte ungüento para untar a todos los ministros de la justicia, porque, si no están untados, gruñen más que carretas de bueyes». A esta alusión hace referencia muy acertadamente Andrés Trapiello al decir que, a pesar de vivir Cervantes en una época que nos parece desde la distancia tan represora y censora comparada con la nuestra, si alguien hiciera esta misma afirmación sobre los jueces de hoy en día, tendría un serio problema con la justicia.

Un documento de la época nos describe cómo era esta nueva Babel que fue la Sevilla de finales del siglo XVI:

> En Sevilla todo se vende, hasta los Santísimos Sacramentos y su administración... Los dos polos que mueven este orbe son *dones* y *doñas*; aquí no azotan sino al que no tiene espalda, ni condenan al remo sino al que no tiene brazos, ni padece ningún delincuente sino el que padece necesidad y no tiene qué dar a los escribanos, procuradores y jueces. Seis años ha que no he visto ahorcar en Sevilla ladrón..., habiendo enjambres de ellos como abejas... Lo que más en Sevilla hay son forzantes, amancebados, testigos falsos, jugadores, rufianes, asesinos, logreros..., vagabundos que viven del milagro de Mahoma, sólo de lo que juegan y roban..., pues pasan de 300 casas de juego y 3.000 de rameras. Está Sevilla menos segura y más sospechosa que Sierra Morena, y tan miserable y destrozada como Jerusalén en la cautividad de Egipto.
>
> *La mala vida en la España de Felipe IV*
> José Deleito y Piñuela

Sevilla era el centro de todos los pecados capitales. Y parece que estos eran los ambientes que más fascinaban a Cervantes. A mi parecer, creo que se ha explorado poco esta faceta de nuestro héroe nacional, precisamente por parecerle irreverente a muchos especialistas el reconocer que el gran autor del *Quijote* se moviera como pez en el agua por los bajos fondos. Pero creo que es un prejuicio que hay que descartar, pues es evidente, por la soltura con la que nos describe estos lugares y con el realismo con que refleja los personajes del hampa y su manera de hablar y de comportarse, que don Miguel conocía de primera mano estos ambientes marginales. Al fin y al cabo, no está reñido el ser humano con todas sus

debilidades con el genio, y de hecho, la mayoría de los genios nunca han sido precisamente personas normales.

A Cervantes le gustaba el juego. Esta es una afirmación que podemos colegir por las numerosas citas que aluden al juego de cartas y a su jerga que aparecen en muchas de sus obras. No nos ha de extrañar en una persona que convivió con la soldadesca durante los años de su carrera militar en Italia, y en una época en donde el juego era muy normal y estaba muy extendido. En la imagen se ve a dos jugadores de cartas de esta época, en la que uno de ellos, compinchado con su pareja, está haciendo trampas para desplumar a su contrincante, al más puro estilo picaresco. CARAVAGGIO, Michelangelo Merisi da. *Jugadores de cartas* (1595). Museo de Arte Kimbel, Fort Worth (Estados Unidos).

Parece que una de las aficiones que tuvo Cervantes fue la del juego, afirmación que se puede sustraer fácilmente por sus notables conocimientos sobre esta materia que nos muestra en sus obras, donde enumera infinidad de tipos de juegos de cartas y su jerga. Afición que no nos debe de parecer nada extraña en un ex soldado de los tercios del siglo XVI, donde en los numerosos momentos de inactividad bélica, no se hacía otra cosa que jugar y apostar a las cartas. El problema está en saber hasta qué punto esta afición le dominó. Aunque el sueldo de Cervantes, como ya se ha dicho, era bastante alto, nunca llegaba a tiempo y se le pagaba de forma muy irregular y cuando había fondos en las arcas, dejándole a deber a cuenta grandes sumas de dinero. Es fácil caer en la tentación de apostar en el juego cuando esperas recibir un dinero pero estás sin blanca, y más en una ciudad en la que, como demuestra el documento citado más arriba, existían más de trescientos garitos. En el galimatías de las cuentas que se conservan que manejó Cervantes por estos años de recaudador y en las que él mismo se perdió, incluso en su propio detrimento, lo que demuestra su honradez, se puede observar en algunos momentos que se le adeudan cantidades muy superiores a su sueldo, lo que muchos achacan a que las había ganado en el juego. Si es así, no nos debería extrañar que estuviera tan familiarizado con esos bajos fondos a los que antes aludíamos, pues al olor del dinero fácil en el juego acudían buena parte de todos esos pícaros y hampones de los que como hemos visto andaba Sevilla lleno. Buena escuela para quien se veía atraído por los personajes que se ubicaban fuera de las normas sociales y que porfiaban por abrirse camino en circunstancias extremas, que son también sus personajes preferidos en la ficción, en los cuales sin duda se inspiraría.

LA AFICIÓN AL JUEGO EN EL SIGLO DE ORO

El juego era una de las grandes aficiones de los hombres del Siglo de Oro en toda Europa y dan buena cuenta de ello tanto los escritores como los pintores como Caravaggio o Valentín de Boulogne. Se jugaba en las casas honorables, en garitos, cárceles, burdeles, mesones, caminos y cuerpos de guardia. El juego se consideraba una ocupación de lo más natural:

> Se llamaba en aquella época al juego la «Ciencia de Vilhán». Creíase que este Vilhán era un hombre maldito, en quien se encarnaba el espíritu del demonio del naipe, y, según otros, fue el mismo demonio el regidor del juego. Su origen en figura humana era la de un árabe para muchos, que atribuían arbitrariamente a los musulmanes la invención del juego de las cartas de la baraja.

Se suponía que el dinero que se jugaba y apostaba era propiedad de este diablillo, y que las ganancias de un jugador afortunado no eran más que un depósito a cuenta que este geniecillo le prestaba, y que sólo en el juego habían de ser nuevamente reinvertidas, so pena de que Vilhán se

enfureciera y le hiciera perder a sus herederos todo lo que había ganado.

Existían infinidad de clases de juegos de cartas. Los había desde muy inofensivos hasta muy peligrosos por la facilidad que se tenía en perder hasta la camisa. En *El licenciado Vidriera*, Cervantes habla de «honrados gariteros, que ni por imaginación consentían que en su casa se jugase otros juegos que la "polla" y el "cientos"». De manera que estos debían de ser considerados como los más inofensivos. En el otro extremo estaba el llamado «juego de estocada», en el cual según Luque Fajardo, «ya sabéis lo que pasa cuando a algún desdichado dan una estocada, sin que haya lugar de decir ¡Dios, valme! [...]; esto es a la letra del perder en estos juegos [...]: en un cerrar y abrir de ojos dejan al hombre sin habla, sin dinero y sin aliento».

Había entonces, como ahora, círculos distinguidos y tugurios infectos. Los primeros equivalían a los círculos o casinos de hoy en día, a los cuales se denominaba eufemísticamente «Casas de conversación». Se reunían en ellas personas de calidad, para conversar y pasar un rato agradable. Se prodigaban los lances ingeniosos y los concursos sobre adivinanzas complicadísimas e intrascendentes, adjudicando premios a quienes las resolvían. Pero el juego era en estas casas la verdadera razón de su existencia. Estaban autorizadas por ley y acudían personas de alcurnia. Luego estaban los garitos clandestinos en donde se iba a jugar en serio y donde solían resolverse los conflictos con la espada o la daga. También a estos garitos acudían al olor del dinero fácil jóvenes pillos que ejercían la prostitución, quienes se ofrecían a los ganadores que quisieran pasar un buen rato con ellos:

> Las casas de juego autorizadas por real licencia solían estar a cargo de soldados lisiados en la guerra y faltos de recursos, a quienes se daba esa facultad para subsistir, pudiendo regentarlas ellos o transferirlas a otras personas.

La mala vida en la España de Felipe IV
José Deleito y Piñuela

Ya puestos a comentar sobre la inclinación de nuestro escritor hacia lo marginal y lo extraordinario, hacia «las actitudes desviadas, por no decir perversas» en palabras de Canavaggio, el cual no es sospechoso de ser sensacionalista, hablemos un poco de todo. Según este autor, en «las figuras literarias del Eros cervantino dominan los extremos, como si no hubiera sitio para comportamientos más serenos». Y se pregunta el mismo autor si estas actitudes extremas, que son las que retienen la mayoría de las veces la atención de Cervantes, no serían una proyección de sus propias inhibiciones. Bien pudiera ser, sobre todo, si, como hemos visto más arriba, Cervantes escogió la vía de la creación literaria como válvula de escape y método de sanación de sus traumas. Sin embargo, Cervantes no escribe nada o casi nada en esta etapa andaluza en la que, entre las constantes idas y venidas desde Sevilla a los distintos enclaves de la geografía bética, viviendo a salto de mata, durmiendo en incómodas ventas, cuando no al raso, no se daban las condiciones idóneas para escribir. El desierto creativo al que se ve sometido desde su época de Esquivias parece durar por lo menos hasta los años del cambio de siglo, cuando suponemos que empieza a crear su *Quijote*. Si no escribía, que era su válvula de escape, y encima estaba realizando un trabajo ingrato, de alguna manera tendría que sacar sus demonios. En una ciudad con tantas tentaciones, no sería nada raro que Cervantes hubiera caído en alguna de ellas, o en varias. En el juego parece probable, aunque no tengamos ninguna evidencia documental para afirmarlo, en otras... ¿por qué no? Al fin y al cabo era un hombre, y aunque casado, para todos los efectos era como si estuviera soltero, y de alguna manera tendría que dar rienda suelta a sus pasiones.

No nos parece que esta nueva vida de libertad en una ciudad como Sevilla le hubiera disgustado, más bien al contrario, si no haría tiempo que se hubiera vuelto a Madrid. Pero es que además era la vida que él mismo había elegido. Desde su más tierna juventud, Cervantes no había vivido su vida: primero fueron los años dedicados a la milicia y a la lucha contra el Turco en el Mediterráneo, luego los años de cautiverio en Argel, después los de su choque con la realidad en su propio país y su desengaño al comprobar que su esfuerzo por convertirse en un autor teatral de éxito, lo que siempre más deseó, no produjo los frutos esperados, no sólo desde el punto de vista del aplauso sino tampoco del económico. Y por último, su intento de sentar la cabeza y tener una vida plena por medio del matrimonio tampoco funcionó. Es en ese momento cuando decide dar un giro radical a su vida y siente la necesidad de vivirla, entonces lo abandona todo y se marcha a Sevilla, ciudad donde había recalado en viajes sucesivos, cada vez más frecuentes, alojándose en la posada de su amigo Tomás Gutiérrez. Un ex comediante como Gutiérrez, quien nos podemos imaginar que seguiría en contacto con el mundo siempre tan extravagante de la farándula y los personajes «diferentes» que a Cervantes podían interesar. Vemos, por tanto en esta decisión, una vez más, esa lucha entre el Cervantes que pretende seguir unas pautas autoimpuestas de persona ejemplar, al dejarse seducir por la idea del matrimonio –que él nos recomienda en muchas de sus obras, especialmente en las *Novelas ejemplares* que por eso llevan ese nombre– y el Cervantes que en cambio persigue sus propios deseos, quizá no tan ejemplares, pero igual de acuciantes que los otros.

Según la psicoterapia moderna «en el trauma extremo, el sentido que uno tiene de su yo se altera radicalmente. Y se crea un yo traumatizado. Es una forma de desdoblamiento de la persona traumatizada. Y al desdoblarse, tiene que haber elementos en conflicto entre los dos *yoes*, incluidas las contradicciones éticas». Este efecto traumático lo tuvo que experimentar Cervantes en Argel. De hecho, su fijación con el nombre de Saavedra en sus novelas, que ya hemos visto que alude siempre a un *alter ego*, y que luego él mismo se lo aplica a su persona poniéndoselo como apellido, parece que representa a su parte más ortodoxa, cristiana y garante de los valores que encarnaba la España de Felipe II.

> Saavedra posiblemente da cuenta de una imagen del yo creada durante el cautiverio y puesta al servicio de la supervivencia. Quizá incluso representa esos aspectos del yo ideal de Cervantes, poseído por todo lo valioso que pudiera ayudarlo a resistir el cautiverio.
>
> *Cervantes en Argel*
> M.ª Antonia Garcés

Así que, Saavedra, esa parte ideal de Cervantes, se desinfla después de contrastar sus experiencias de Argel con su desilusión a su vuelta al medio que le vio nacer después de once años de ausencia. Por eso, decide probar otra vida, con menos ideales y más pragmatismo: empieza a pensar más en el dinero, en perseguir sus deseos y menos en su literatura y sus pastores de *La Galatea*. Esto le llevó a la muy pecadora Sevilla, gran teatro del mundo, y seguramente probó todo lo que tuviera que probar y al final de ese proceso volvió a la literatura. Andrés Trapiello lo sintetiza muy bien al decir que «Cervantes se dedicó a «otras cosas» cuando fracasó en la literatura, y volvió a la literatura cuando fracasó en las «otras cosas»».

Porque por muchas vueltas que diera para encontrarse a sí mismo, la única cosa que realmente le hacía feliz y que sabía hacer bien era precisamente escribir relatos de ficción, y el gusanillo que tenía dentro no murió en estos años de crisis creativa, sólo estaba dormido y alimentándose de todas las experiencias y escenas de la vida real para ser transformadas más tarde en literatura, que, en la pluma de este genial creador que fue Cervantes, se traducirá en literatura de primera.

Había llegado pues el momento de acometer por fin y sin que ni siquiera él mismo llegue a intuirlo la empresa más grande de su vida. Cervantes evoluciona despacio y se encuentra a sí mismo muy tarde, pero es que la envergadura de la gran obra que tenía que acometer así lo exigía. Al final de su etapa andaluza, cuando el ingenioso hidalgo empieza a tomar cuerpo en su mente, Cervantes es un hombre de vuelta de todo. Ha vivido su experiencia italiana, se ha cultivado en los grandes clásicos antiguos y modernos, ha sido soldado al servicio de Su Majestad, ha vivido el infierno de Argel, ha intentado medrar en los ambientes cortesanos y literarios, ha realizado misiones secretas para el gobierno de España, ha probado suerte en las tablas, ha tenido una aventura fugaz con la que ha procreado un ser vivo, se ha casado, ha vivido el ambiente rural, ha experimentado todos los placeres mundanos y diversiones que le ofrecía una ciudad como Sevilla, ha recorrido la geografía española tomando el pulso a la realidad más cotidiana. Pero sobre todo ha visto y tratado con muchos tipos de seres humanos, y ha meditado... ha meditado mucho sobre todos los temas importantes de la vida y sobre el ser humano, sin exceptuarse a sí mismo. Cuando un hombre de su edad y recorrido se encuentra en esa situación de estar de vuelta de todo, se relaja y es entonces cuando puede sacar lo mejor de sí mismo, sin presiones, disfrutando de su pluma, escribiendo lo que le sale escribir, sin importarle nada más. Todos esos pensamientos, derivados de su experiencia vital y de su visión del mundo, los vomitará en su obra de ficción más genial, el *Quijote*, en forma de diálogos, especialmente entre dos personajes inventados, don Quijote y Sancho Panza, pero también entre todo un universo de otros personajes secundarios, pero de igual valor por ser todos ellos ficción cervantina, creados gracias a sus vivencias. Pero antes tendrá que pasar por un último y desagradable trámite: una vez más, la cárcel.

Escena de una ambiente de taberna en la época de Cervantes. BOULOGNE, Valentin de. *Concierto sobre un bajo relieve* (h. 1622-1625). Museo del Louvre, París.

LA CÁRCEL DE SEVILLA

Al emprender la última década del siglo XVI, con cuarenta y tres años y cansado de vagar por los caminos de Andalucía, de aguantar las malas maneras de los lugareños, las impertinencias de los hidalgos y la ira de los clérigos, Cervantes empieza a rumiar la posibilidad de dar un nuevo vuelco a su vida. Se entera que han quedado vacantes cuatro puestos importantes de la administración en las Indias: la contaduría del Nuevo Reino de Granada; Gobernador de la provincia de Soconusco en Guatemala; contador de las galeras de Cartagena de Indias; o corregidor de la ciudad de La Paz en Bolivia. Así que ni corto ni perezoso, este aventurero impenitente vuelve a las andadas y prueba suerte otra vez llamando a la puerta de la administración –en la que ya había sido rechazado una vez por la misma petición– dirigiendo un memorial al presidente del Consejo de Indias, en el que expone detalladamente todos sus esfuerzos hechos por servir al rey y todos sus sufrimientos pasados, con el fin de convencer una vez más –esta será ya la última– a la administración de la deuda que tiene para con él. Una vez más se dará de bruces con la desilusión al recibir esta lacónica y decepcionante respuesta: «busque por acá en que se le haga merced». O sea, que buscara por dentro del reino si quería mejorar su actual estado. Gracias a estas negativas constantes que Miguel recibió y que sin duda achacaría a su mala fortuna, a «ser más versado en desdichas que en versos», pudo realizar su magna obra. Si se hubiera ido a Guatemala, seguramente habríamos perdido su rastro, como ocurrió con Mateo Alemán.

Así que a Cervantes no le quedó más remedio que seguir en lo suyo a la espera de algo mejor. En aquella época, como en esta, por cierto, la corrupción en la administración estaba a la orden del día; a los funcionarios se les pretendía corruptos ya de por sí; en lugar de tener la presunción de inocencia la tenían de culpabilidad ante la opinión pública. Y Cervantes va a pagar las consecuencias. El ambiente empieza a enrarecerse, sus superiores son detenidos y juzgados por malversación de fondos, y las sospechas empiezan a apuntar también hacia él. Vamos, como si no hubiera pasado el tiempo y estuviéramos asistiendo a uno de los innumerables casos de corrupción de hoy en día.

En 1594 se dan por terminadas las requisas para proveer una eventual armada contra Inglaterra; Felipe II está ya en otras lides en estos momentos, en los que el enemigo principal vuelve a ser Francia, al haber accedido a la sucesión de la corona de aquel reino un antiguo enemigo del catolicismo, vuelto a reconciliar con él para poder ser aceptado como rey, Enrique de Navarra, quien accedió al trono como Enrique IV, y quien, aunque católico, seguirá enfrentado a sus antiguos enemigos en la fe, especialmente a Felipe II. Por lo que Cervantes se queda sin trabajo y se vuelve a Madrid. Pero al poco tiempo de regresar de Andalucía tiene que volver a ella: recibe una inesperada oferta de Agustín de Cetina, extesorero de Isunza y de Oviedo, los dos últimos jefes que había tenido Cervantes en su último trabajo. Esta nueva tarea sería la de recaudar dos millones y medio de maravedíes de atrasos de tasas en la provincia de Granada. Es decir, pasaba de comisario de abastos a recaudador de impuestos. Siempre necesitado de dinero, Miguel no duda en volver al tajo, pero antes debe presentar a un fiador para que le acepten a él. Cervantes va a presentar a un oscuro personaje, desconocido hasta la fecha para nosotros, que se llama Francisco Suárez Gasco, una persona poco recomendable con fama de pendenciero y sospechoso de haber intentado asesinar a su mujer. ¿De dónde sacó Miguel a esta buena pieza y por qué lo presenta como fiador? Es algo que todos nos preguntamos. Una vez aceptado el avalista, no sin grandes reticencias por parte de los responsables de la Hacienda, se le exigió a Cervantes que garantizase la suma recaudable hipotecando su propio patrimonio y el de su mujer por si surgía cualquier eventualidad.

En principio, esta comisión iba sólo para dos meses escasos, pero a Cervantes se le van a complicar las cosas al llegar a Motril. Cuando llega a esta ciudad ribereña de la costa granadina se encuentra con que el dinero que tenía que recaudar ahí ya había sido entregado al Tesoro. Por si acaso le acusaban a él de fraude, Miguel se dispuso inmediatamente a comunicarlo por carta al mismísimo Felipe II, quien no tardó en responderle: debía reponer a las arcas reales todo lo que se le debía en pago a sus servicios como recaudador, ciento treinta y seis mil maravedíes. Cuando termina su misión, Miguel vuelve a Sevilla. Para no llevar todo ese dinero encima lo deposita en la sucursal del banco de Lima que el negociante Simón Freire tenía en la metrópoli andaluza. Junto a esa cantidad depositó también otros dos mil reales suyos y su sueldo ganado durante esos meses. Luego volvió a Madrid.

En agosto de 1595 se entera de la bancarrota de Freire, quien ha desaparecido llevándose sesenta mil ducados. Se puso inmediatamente en camino para Sevilla para intentar salvar lo que pudiera, pero no llegó a tiempo para salvar sus bienes, que ya habían sido embargados por sus acreedores. Después de mucho pleitear, consigue que le restituyan el dinero cobrado para el Tesoro, pero no su dinero particular, que pierde para siempre.

Después de este mal trago, tenemos una laguna de unos veinte meses en los

que perdemos completamente el rastro de nuestro autor, aunque nos imaginamos que los pasa en Sevilla junto a su fiel Tomás Gutiérrez. Con la buena fe que le caracterizaba, pensaría Cervantes que los tiempos de constantes amenazas por parte de la administración, de interminables pleitos y de su mala fortuna habrían terminado. Falsas ilusiones, no habían hecho sino más que empezar.

Estando en Sevilla va a recibir otra vez una requisitoria por parte de sus superiores de la Real Hacienda por la que le reclaman ochenta mil maravedíes que había condonado a los agentes de Vélez-Málaga, cuyas cuentas estaban en paradero desconocido, por lo que esta vez, Miguel no tenía con qué defenderse. Su fiador, Suárez Gasco, temiéndose lo peor, para evitar una huida de Miguel, como la efectuada por Freire, y que él tuviera que pagar los platos rotos, pide a las autoridades que redacten una orden por la que Miguel tenga que comparecer ante las altas instancias en un plazo de veinte días. El 6 de septiembre de 1597, el juez Gaspar de Vallejo, uno de los magistrados de la Audiencia de Sevilla, recibe el encargo de notificar esta orden a Cervantes: sus fiadores debían comprometerse a liquidar sus deudas; en caso contrario, él sería conducido a Madrid para ser puesto entre rejas. Por una equivocación seguramente, Vallejo en lugar de imputarle a Cervantes la cantidad que reclamaba el Tesoro –ochenta mil maravedíes–, le reclama ¡dos millones y medio de maravedíes!, es decir ¡la cantidad total que Cervantes había tenido que recaudar en la comisión que recibió de Cetina para todos esos meses en Granada! Además, él ya había entregado la mayor parte de esa cantidad al Fisco, por lo que no tenía sentido hacerle pagar otra vez, y nadie, ni su fiador Suárez Gasco, estaba capacitado para saldarla. Por lo que el juez de Sevilla ordena la inmediata prisión de Miguel sin ni siquiera respetar la orden de mandarlo a Madrid, sino allí mismo, en Sevilla.

No nos deja de asombrar la infinita paciencia y estoicismo con el que Miguel asume y padece todas las penalidades que le suceden a lo largo de su vida. Él que es tan inconformista con el mundo que le rodea, sin embargo es paciente y resignado en las amarguras y las injusticias que se le hacen. Así nos lo había anunciado en el prólogo de sus *Novelas ejemplares* al referirse a su cautiverio, «donde aprendió a tener paciencia en las adversidades». Nos podemos imaginar que sus recuerdos y pesadillas de Argel volverían para atormentarle otra vez más de veinte años después.

La cárcel de los presos comunes de Sevilla, que no hay que confundir con el castillo de san Jorge que albergaba las cárceles de la Inquisición al otro lado del río, en Triana, era con mucho la más grande de España. En su interior se llegaban a hacinar casi dos mil presos entre asesinos, maleantes, matarifes, estafadores, buscavidas, hampones y toda la ralea de la peor clase, ya de por sí especialmente amoral en esa capital por excelencia de la delincuencia y el crimen. Un antro siniestro y lúgubre, donde, como nos cuenta el mismo Cervantes en el prólogo de la primera parte del *Quijote*, «toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación». «Una verdadera representación del infierno en la tierra», como la califica un contemporáneo, donde no impera más ley que la del hampa y la del soborno. Existían tres puertas para salir de ella: la de oro, la de plata y la de cobre, bautizadas así por que quien quisiera franquear cada una de ellas para salir libre tenía que entregar previamente cada uno de estos metales preciosos a sus carceleros. Un submundo hediondo en todos los sentidos, dominado por la violencia, el vicio y la corrupción. No sabemos si Cervantes tuvo que verse obligado a compartir la promiscuidad de los dormitorios comunes y la bazofia de comida dada a los presos, pero lo que sí sabemos es que los reos por deudas estaban apartados de los presos más peligrosos. A pesar de todo, parece casi un milagro que fuera precisamente en este lugar inmundo y pestilente donde a don Miguel le llegara por fin la musa máxima de la excelencia que le inspirara a coger papel, pluma y tintero para comenzar la obra de literatura más brillante y ejemplar que se haya escrito jamás. Una más de esas grandes paradojas que distinguen a este personaje tan fuera de lo común.

Estando en la cárcel de Sevilla, en 1597-1598, Miguel de Cervantes recibe la inspiración divina que le hará coger papel, pluma y tintero para empezar a garabatear en el blanco papel las primeras palabras de la obra que le hará inmortal. VELÁZQUEZ, Diego. *La tentación de santo Tomás de Aquino* (detalle) (1632). Museo Diocesano de Arte Sacro, Orihuela (Alicante).

Aunque es el mismo Cervantes el que nos sugiere en el prólogo de su primer *Quijote* que la obra fue engendrada en una cárcel, no especifica cuál, pero por las fechas en que suponemos que empezó a escribir la historia de su ingenioso hidalgo, no puede ser otra que la de Sevilla. Muchos especialistas piensan que responde una vez más a un recurso humorístico metafórico del escritor y no a la cárcel real. Pero esto no es más que una interpretación hecha a posteriori por quienes no han conocido a Cervantes, por lo que yo me quedo con el testimonio del mismo escritor del *Quijote* que es el que nos dice que se concibió en prisión.

Abandonado por todos, incluso por su otrora fiel compañero Tomás Gutiérrez, el dueño de la posada donde tantas veces se había albergado, quizá cansado de acudir en ayuda de su amigo, este desaparece para siempre de su vida. Desde la cárcel, Cervantes escribe al mismo Felipe II, quien ya estaba más con un pie en el otro mundo que en este, para rogar que se le haga justicia. A pesar de su ya lamentable estado de salud, el rey –o más bien algún secretario– responde a la petición de Cervantes por carta del 1 de diciembre de 1597, por la que conmina al juez Vallejo a soltar a su prisionero con la condición de que este se presente en Madrid en un plazo de treinta días, y en caso de que sus fiadores pagasen su deuda, quedara en libertad y libre de cargos. Esto era como reconocer tácitamente la inocencia del detenido. A pesar de este mandato regio, el juez mantuvo en la cárcel a Cervantes por lo menos hasta el mes de abril de 1598.

LA CRISIS FINISECULAR DE UN REINADO

La última década del reinado de Felipe II fue una época de clara conciencia de crisis, con una sucesión de fracasos políticos que se mezclaron con malas condiciones económicas, climatológicas y de epidemias, que ahondaron aún más en provocar una sensación de desconcierto y de desconsuelo a los españoles de su tiempo. Empezaron a oírse de manera anónima, por supuesto, voces críticas a la política llevada por el rey Prudente. El cansancio ante un reinado tan largo y una política de guerra abierta en tantos frentes a la vez (en la última década del siglo se estaba en guerra no sólo con Inglaterra, sino también con Francia y por supuesto con los Países Bajos) hizo que se empezara a percibir un profundo hastío y sensación de que algo no se estaba haciendo del todo bien. La decadencia física del rey, torturado por innumerables achaques y deterioro, se correspondía con la sensación de decadencia del imperio. A las malas cosechas que produjeron hambrunas en los últimos años del siglo se vino a sumar una de las peores pestes que asolaron a Castilla –según John Lynch esta epidemia se llevó hasta unas quinientas mil almas– que, sumado a la sangría de hombres debido a las numerosas guerras, comenzó a acusarse la tendencia de recesión demográfica que caracterizó al siglo siguiente. La falta de productividad de un país que importaba la mayoría de las manufacturas de Europa empezó a resentir su economía, pues se veía con desesperanza como todo el oro que procedía de América salía directamente fuera sin apenas pasar por España. Esto, sumado a la improductividad de una nobleza y clero cada vez más numeroso, ahogaba a los pecheros sobre cuyas espaldas recaía todo el peso fiscal. Un año antes de la muerte de Felipe II se produjo la tercera bancarrota del reinado, colapsando aún más las finanzas que exigían cada día más y más recursos. Quizá por este motivo, unos meses antes de la muerte del rey en mayo de 1598, se firmó con Francia la Paz de Vervins. Al mismo tiempo, se dio una especie de autonomía a las provincias meridionales de los Países Bajos, la actual Bélgica, nombrando unos corregentes para gobernarlas en las personas de Isabel Clara Eugenia, la hija preferida de Felipe II, y su marido el archiduque Alberto de Austria.

El 13 de septiembre de 1598, tras meses de una lenta y dolorosa agonía, moría en El Escorial Felipe II, el monarca que había infundido respeto y odio a partes iguales, bajo cuyo reinado se había llegado al cénit del poder de la Monarquía Hispánica, pero también al principio de la decadencia. Se cerraba así un capítulo crucial de la historia de España y de Europa, pues fue él quien marcó las pautas de esa segunda mitad del siglo xvi en todo el mundo, el siglo de la hegemonía española, dejando paradójicamente un reino empobrecido, desorientado, debilitado y ensimismado, pero que no renunciaba a sus sueños de grandeza y de ideales caballerescos en defensa de la religión católica.

Cervantes dedicó uno de sus mejores sonetos, *Al túmulo del rey Felipe II en Sevilla*, al monarca, que fue quien marcó la mayor etapa de su vida, para el que luchó denodadamente en Lepanto poniendo en riesgo su propia vida, e incluso con quien mantuvo correspondencia escrita durante sus apuros con la justicia en su período de recaudador de impuestos:

¡Voto a Dios! que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla;
porque ¿a quién no sorprende y maravilla
esta máquina insigne, esta riqueza?
¡Por Jesucristo vivo! Cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!,
Roma triunfante en ánimo y nobleza.
Apostaré que el ánima del muerto
por gozar este sitio hoy ha dejado
la gloria donde vive eternamente.
Esto oyó un valentón, y dijo: «Es cierto
cuanto dice voacé, señor soldado.
Y él que dijere lo contrario, miente».
Y luego, incontinente,
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

Es este un soneto que, por lo comprometido que es el personaje al que va dirigido, tiene que ser oscuro en su comprensión, pero aun así no deja de sorprendernos que Cervantes no fuera puesto en galeras por escribirlo, pues rezuma un tono de ironía y socarronería bastante evidente, dirigido a la sacrosanta figura del monarca. La soflama está hecha ante el túmulo funerario del rey difunto, probablemente en la catedral de Sevilla; arte efímero que se exponía en las principales iglesias de la monarquía tras el fallecimiento de un miembro de la casa real, y que más suntuoso y rico era cuanto más importancia tenía el personaje. El de Felipe II y en una ciudad como Sevilla tuvo que ser magnífico. Por eso Cervantes se

«espanta de tanta grandeza», en un momento de tanta penuria económica como aquella por la que estaba atravesando el reino, sugiriendo que «cada pieza» de aquel efímero túmulo de madera y cartón «valía más de un millón». El estilo del lenguaje: «¡Voto a Dios!», es el típico de un soldado de los tercios, por lo que su autor nos está transmitiendo su desarraigo hacia ese monarca que no supo valorar los esfuerzos e ilusiones gastadas en su juventud por ese soldado de Lepanto que fue Cervantes, cuando aún creía que merecía la pena luchar por el ideal que encarnaba la figura de Felipe II para todos los buenos cristianos. La última estrofa del soneto, después de enumerar tantas grandezas: «fuese, y no hubo nada», parece que nos viene a decir que de qué sirvieron tantas guerras, tanto dinero gastado y tantos soldados muertos en pos de la magnificencia de un monarca, que murió dejando a un país arruinado y acosado por todos sus flancos. Así, con este soneto, Cervantes se va a sumar a todos aquellos críticos con el rumbo que había tomado la monarquía de Felipe II en la recta final de su reinado.

A pesar de que las Bellas Artes y las Letras en la España del cambio del siglo XVI al XVII gozan de mejor salud que nunca, se empiezan a apreciar ya los síntomas de la decadencia que durante el siglo XVII se irá acentuando progresivamente. MURILLO, Bartolomé Esteban. *Niño espulgándose* (1650). Museo del Louvre, París.

Este rasgo de la desilusión es el que caracteriza a una nueva era que ya ha comenzado, aunque la mayoría de sus contemporáneos no lo perciban, el Barroco. Como todos los grandes genios de todas las épocas, Cervantes supo absorber todo ese ambiente que le rodeaba y, procesándolo, transmitírnoslo a través de su obra. «Testigo lúcido de un tiempo de dudas y de crisis, Cervantes es el intérprete

de una nación a la que observó en un momento de su historia», según Canavaggio. Cervantes, un autor a caballo entre el Renacimiento y el Barroco, va a crear una obra típicamente renacentista como fue *La Galatea*, y veinte años más tarde, otra que ya nos anuncia el Barroco: el *Quijote*. Por eso, en el escrutinio de libros que él mismo deshecha a través del personaje del cura en su primera parte del *Quijote*, se encuentra su propia *Galatea*, en cuyos principios estilísticos ya no cree.

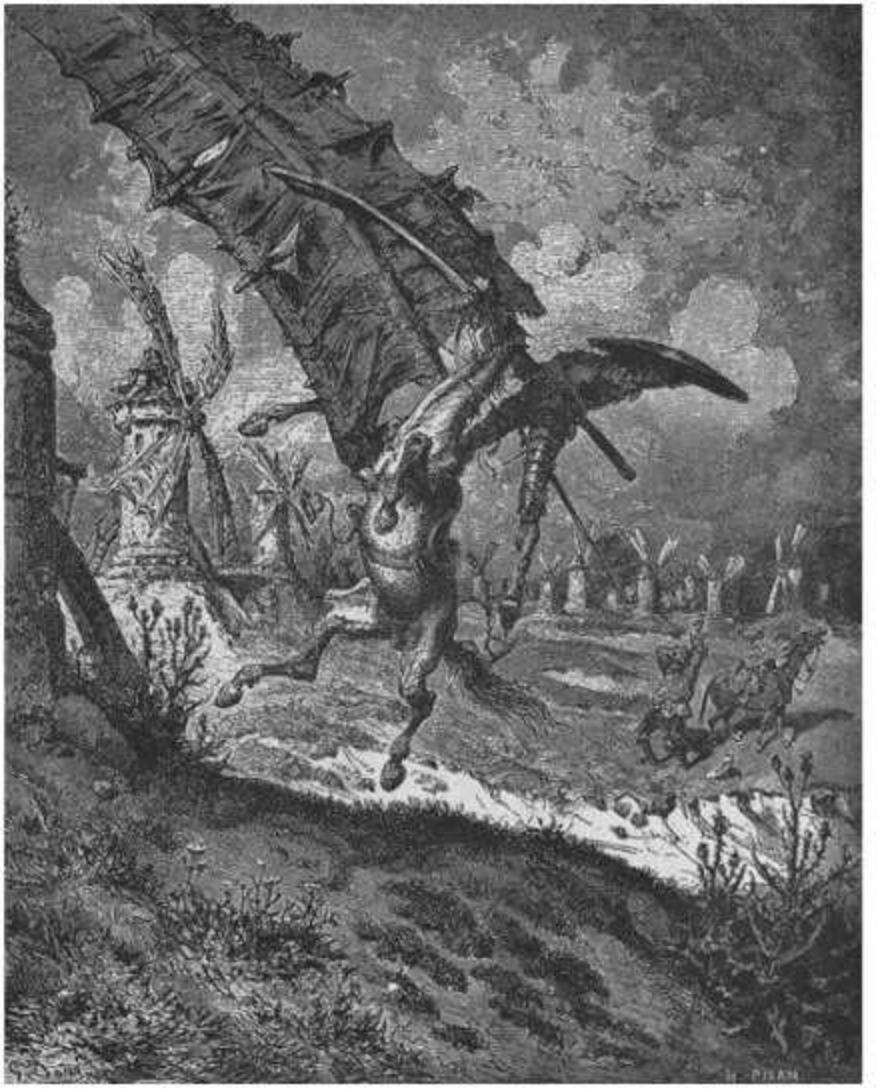
7.

EL INMORTAL DON QUIJOTE
(1601-1605)

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él:
él supo obrar y yo escribir.

El ingenioso hidalgo don Quijote..., Cap. II, LXXIV

Hace unos años, a la Fundación Nobel se le ocurrió reunir a todos los Premios Nobel de Literatura vivos en Oslo para determinar cuáles habían sido las obras de la historia de la literatura que más trascendencia habían tenido para la humanidad. Cada uno de los escritores convocados, de todo tipo de nacionalidades y culturas diversas, tenía que elaborar una lista, de mayor a menor, con las diez obras que ellos consideraban que habían sido las más importantes para la historia. Pues bien, tras el recuento de tan singular escrutinio, salió que *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha* de Miguel de Cervantes era sin duda alguna la más importante y trascendental de todas. Este juicio, dictaminado cuatrocientos años después de su publicación, no hacía sino ratificar la opinión ya expresada por tantos y tantos literatos de primera fila de otras épocas de la historia, desde Dostoievski a Nabokov, desde Samuel Johnson, Fielding o Daniel Defoe hasta William Faulkner, Stendhal, Flaubert o Kazantzakis, para quienes la lectura del *Quijote* fue fundamental en la producción de su obra. No en vano es uno de los libros más editados en el mundo tras la Biblia.



Escena de la famosa aventura de los molinos de viento del *Quijote*. Ilustración de *Don Quijote de la Mancha* por Gustavo Doré.

Dicho esto, la pregunta que quiero formular aquí y pretendo contestar, que no es otra que la que se suele escuchar en la calle al común de los mortales, especialmente de los compatriotas actuales de ese portento llamado Cervantes, es la de ¿qué tiene el *Quijote* que le hace ser el libro más famoso de todos los tiempos? ¿Dónde radica su genialidad, su brillantez, su singularidad, para ser considerada la mejor obra literaria de la historia? Estas frecuentes preguntas del vulgo español, el cual parece ser curiosamente el más incrédulo de todos a la hora de asimilar la convicción de que el *Quijote* sea una de las mejores obras que se hayan escrito

jamás, serán las que trataré de explicar aquí de la manera más sencilla de entender.

Lo primero que hay que asumir es que en el ambiente de acelerada descodificación de los valores sociales y literarios del pasado, con una clara apuesta en los últimos tiempos por la frivolización y materialización en todos los aspectos de la vida, es cada vez más difícil entender y apreciar la trascendencia y valor que el *Quijote* nos transmite. En esta sociedad inane en la que nos hemos convertido, no se entiende que una obra literaria sea buena si no nos aporta un entretenimiento y placer inmediato y sin esfuerzo. Y el *Quijote* lo es todo menos un libro de fácil lectura en el que no haya que invertir un esfuerzo de imaginación, de atenta lectura y con innumerables notas a pie de página que nos expliquen y traduzcan los vocablos y giros del castellano de hace cuatrocientos años, y, sobre todo, un conocimiento cultural de nuestro pasado histórico y social, que muy pocas personas tienen hoy en día. Además de esto, el español es, injustamente, el que más dificultades se encuentra a la hora de abordar tamaña obra, al ser en el único idioma en el que no se traduce, es decir, mientras que un anglosajón, un francés o un japonés pueden leerlo en su idioma actual, al ser el idioma del *Quijote* el castellano y no hacer falta su traducción, se ofrece en su versión original, es decir en el castellano de la época de Cervantes, con todos sus giros y sintaxis de aquellos tiempos, que se hacen muy cuesta arriba para el lector actual. También porque las fábulas y entramado de los antiguos libros de caballería que son la referencia de la parodia en la que se basa el libro nos son hoy totalmente ajenos, por lo que es muy difícil captar las sutilezas de su comicidad, a no ser que uno sea un experto filólogo y conocedor de las gestas de los libros de caballería que estaban tan en boga en la época de Cervantes y que todo el mundo conocía. Ya para terminar con todas las barreras que se ofrecen al español actual para disfrutar de esa obra que todo el mundo celebra, es la de que el primer contacto que por lo general tiene cualquier español con la obra de Cervantes es en el colegio y por obligación, a una edad que, salvo en contadísimas excepciones, no se tienen las herramientas necesarias aún para ser disfrutada, y por ello, se suele convertir en una experiencia tan ardua y desagradable que pocos lo vuelven a intentar a lo largo de su vida.

A los ojos de un lector de hoy en día, el *Quijote*, a pesar de estar ya tan familiarizado con las figuras de don Quijote y Sancho Panza, es una obra rara, lejana en el tiempo y que parece que no tiene nada que aportarnos, nada de lo que una persona del siglo xxi necesite para su vida cotidiana. Simplemente el mundo de Cervantes en nada tenía que ver con el nuestro. ¿Qué hace un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor en un lugar desconocido de La Mancha? ¿Por qué esta imagen ha trascendido más allá de su tiempo y de su historia hasta convertirse en un icono de la literatura mundial en general y de la cultura hispana en particular? ¿Fue consciente Cervantes de lo que estaba creando? Ese mismo hombre al que hemos visto dando tumbos por la vida y sufriendo tantas desdichas.

Entre el verano de 1600, en que Cervantes deja definitivamente la ciudad de Sevilla, probablemente huyendo de la peste que estaba haciendo estragos, entre otras muchas razones, y el verano de 1604, cuando se instala en Valladolid, la nueva capital del reino, perdemos casi por completo su pista. Suponemos que, con toda probabilidad, durante estos cuatro años estaría totalmente volcado en su creación literaria, la que le hizo alcanzar la cima de la gloria y de la fama. En una vida que suponemos bastante itinerante, parece que ocupó cada vez más su tiempo en Esquivias, donde volvió nuevamente junto a su esposa tras el período andaluz. Ya no se volverán a separar más. La herencia de un cuñado, hermano de Catalina, parece que dio un respiro a la pareja Cervantes en sus ya acostumbrados agobios económicos, que aprovechará Miguel para centrarse en su tarea principal.

No sabemos cómo se gestó el *Quijote* en la mente de Cervantes, aunque los especialistas han ido barruntando algunos indicios tras sesudos análisis de la obra. Según estos, parece que Miguel empezó a redactar el *Quijote* hacia 1597, pero algunas partes, como la de la historia intercalada del *Cautivo*, parecen ser anteriores, de hacia 1589. Todo parece indicar que Cervantes no concibió la novela tal y como la conocemos hoy desde un principio, sino que comenzó escribiendo una novelita corta, al modo de las *novelas ejemplares*, inspirándose en una obra anónima que corría por aquella época llamada el *Entremés de los romances* en el que el protagonista, Bartolo, un pobre labrador, enloquece de tanto leer el Romancero y decide imitar las hazañas de los héroes que en él figuran. Bartolo se imagina que es un caballero y defiende a una pastora importunada por un zagal, pero este se apodera de su lanza y le da una paliza. Bartolo se lamenta echando las culpas a su caballo y tendido en el suelo recita el romance del Marqués de Mantua. Por lo que, como se podrá comprobar, es indudable la inspiración de este *Entremés de los romances*, fechado según Menéndez Pidal en 1596, en el *Quijote*. Posteriormente, dándose cuenta del potencial que tenía el argumento, Cervantes continuó la historia hasta convertirla en la gran novela que hoy conocemos. Esta novelita comprendería los seis o siete primeros capítulos de la obra, en donde se narra la primera salida del ingenioso hidalgo, en la que no aparece aún su eterno compañero Sancho Panza. Estos primeros capítulos de la obra tienen en sí mismos una estructura coherente con un principio, un desarrollo y un desenlace que sería el escrutinio y quema de los libros nocivos para la salud mental de don Quijote por parte del barbero y el cura. La obrita se debió concebir así en un principio, de un tirón y sin división de capítulos. Pues se ve que cuando Cervantes decidió continuar la historia de don Quijote, tuvo que dividir esta primera parte en capítulos, cortando muchas veces por lo sano en medio de la narración, como lo demuestran la separación entre los capítulos V y VI: sólo una coma los separa, terminando el capítulo V en medio de una frase que sigue en el VI. No existe ninguna prueba documental de esta teoría, pero todo apunta a que así fue, incluso que la novelita corta que narra sólo la primera salida de don Quijote fuera publicada o corriera el manuscrito de mano en mano antes de aparecer la primera parte del *Quijote* auténtico, lo que explicaría por qué Lope de Vega, en una carta fechada el 14 de agosto de 1604, o sea unos meses antes de la publicación del *Quijote*, dijera estas palabras: «De poetas, no digo: buen siglo es este. Muchos están en ciernes para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a don Quijote».

El Fénix de los Ingenios se cubrió aquí de gloria, demostrando muy poca visión de futuro, y que si bien se ganó la vida como poeta y escritor de comedias de gran calidad, no lo habría hecho como crítico literario, a no ser que su manía por Cervantes fuera la causa que le cegara tanto como para no ver en él y en su *Quijote* nada de valor.

A partir del capítulo VII, como en el Génesis, Cervantes crea a un compañero para que su protagonista no esté solo, Sancho Panza, su escudero, la figura que encarna el contrapunto en todo, hasta físicamente, de su señor. Con esta genial aparición, la novela se enriquece de manera extraordinaria, no abandonando ya nunca más esta genial pareja que es el núcleo central de la novela y tomando otros derroteros que llevarán a Cervantes a cotas insospechadas de la literatura. Parece como si Cervantes hubiese creado unas criaturas con tal identidad propia que eran ellas las que tomaran las riendas de la novela y Cervantes fuera un mero transmisor de su genialidad. Ya sé que esto no es posible, que siempre es el escritor en última instancia el que crea, pero es un lugar común el que los creadores a veces sienten que sus personajes son los que les guían en la trama y no al revés. Yo no lo puedo asegurar, nunca he creado personajes de tal relieve, pero debe ser así.

La imagen del ingenioso hidalgo y su escudero pronto se convirtieron en iconos, ya en su propia época, otorgándole a su creador, Cervantes, una fama y una popularidad internacional desde el primer momento.

Miguel no va a reunirse con sus hermanas, ya instaladas en la nueva capital, Valladolid, hasta principios del verano de 1604, cuando parece que su gran novela ya estaba terminada. Por la módica suma de mil quinientos reales nuestro escritor cede su valioso manuscrito al editor Francisco de Robles, hijo del que publicó *La Galatea*. El 26 de septiembre se concede el privilegio real para poder editarlo. Para los versos laudatorios del preámbulo de cualquier edición que se preciara, Cervantes no encuentra a nadie que quiera participar en él, es tal el olvido y pérdida de influencia en el mundillo literario al que había llegado tras casi veinte años de ausencia. La Primera parte del *Quijote* será dedicada a un joven de tan sólo veintisiete años, Alonso Diego López de Zúñiga y Sotomayor, duque de Béjar. Un noble presuntuoso y fatuo que no hará nada por favorecer al que con cuya gracia le alzará con la fuerza de su obra a la historia con letras de molde, que de no haber sido dedicada a su persona, jamás se le hubiera mencionado.

Entre tanto, en la imprenta madrileña de Juan de la Cuesta en la calle de Atocha (una placa actual rememora dicho lugar) comienzan a imprimirse los nombres de don Quijote, Sancho Panza y Dulcinea del Toboso por primera vez. Esas mismas letras que leerán millones de personas durante cuatro siglos. En diciembre ya está el libro compuesto y se fija el precio: doscientos noventa maravedíes y medio, una alta suma no al alcance de cualquier bolsillo de la época.

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QVI-
XOTE DE LA MANCHA,
Compuesto por Miguel de Cervantes
Saauedra.
DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR,
Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.
Año, 1605.
CON PRIVILEGIO,
EN MADRID Por Iuan de la Cuesta.
Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

Portada del *Ingenioso hidalgo don Quixote de La Mancha*. Edición madrileña de Juan de la Cuesta, 1605.

A primeros del año de 1605 sale pues a la venta *El ingenioso hidalgo Don Qixote de la Mancha* en su primera edición, eso que los eruditos del cervantismo y los bibliófilos llaman la *princeps*, por ser la primera, una rara joya de mueso o de coleccionista de altos vuelos, pues su valor hoy día alcanza cifras astronómicas. El éxito fue inmediato. Tanto que nuevas ediciones se suceden así en la península como el extranjero: a los dos meses de la primera edición, en marzo de ese mismo año, se empieza a imprimir la segunda edición madrileña, que verá la luz en el verano; en Lisboa aparecen dos ediciones pirata y otras dos en Valencia en ese mismo año de 1605; en 1607 apareció la de Barcelona; en 1608 una nueva en Madrid, la tercera; en 1610 salió la de Milán, la primera fuera del marco peninsular; en 1611 y 1617 en Bruselas; se tradujo por primera vez a otro idioma, el inglés, en 1612 y al francés en 1614. En el mismo mes de febrero de 1605, es decir, tan sólo un mes desde su aparición, está registrado en Sevilla el envío de un cargamento de un lote de ochenta y cuatro ejemplares de la primera edición, la *princeps*, a Perú, ensanchando su fama allende los mares. Fueron hasta quince las ediciones que se publicaron de la primera parte del *Quijote*, antes de que apareciera la segunda en 1615. Es en esta segunda parte donde se alude al éxito arrollador del *Quijote* en todo el mundo. Cervantes, por boca de uno de los personajes clave en esta segunda parte, el bachiller Sansón Carrasco, va a ser el mismo que se de publicidad a sí mismo dentro de su propia novela, siendo este un rasgo de modernidad sin precedentes:

> —Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas –dice Sansón Carrasco.
>
> A lo que don Quijote pregunta incrédulo aún de que se haya expandido su fama:
>
> —¿Verdad es que hay historia mía, y que fue moro y sabio el que la compuso?
>
> —Es tan verdad, señor –dijo Sansón–, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso; y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga.
>
> D. Q. II, 3-4

¡Impresionante esta predicción cervantina! ¿Sabía pues don Miguel lo que estaba creando? ¿Fue consciente de que estaba naciendo de su pluma la primera novela moderna? ¿Estaba premeditada tanta profundidad humana y tanta sabiduría como rezuma el *Quijote*? Es ésta otra de las ya célebres cuestiones sobre la figura de Cervantes difíciles de explicar y de poner a todos de acuerdo. «No es fácil saber si Cervantes fue consciente del todo de la obra que acababa de escribir ni tampoco si supo que iba a proporcionarle ese "eterno nombre"» (Andrés Trapiello, *Las vidas de Miguel de Cervantes*). Uno de los adjetivos que más han arraigado desde el siglo XIX para definir a Cervantes ha sido el de «Ingenio lego», o lo que es lo mismo, tener una innata capacidad intelectual y artística en la que no es necesaria una formación humanística universitaria. Con este adjetivo se daría a entender que Cervantes, un poco por intuición, dio con las claves de la sabiduría que emana del

Quijote casi por casualidad o por acumulación de experiencias vividas y meditadas con su gran ingenio intelectual. Trapiello cree que hay más de improvisación y casualidad en la preparación del *Quijote* de lo que se supone, y yo lo suscribo también. Cuando la inspiración llega a tal estado de gracia suprema, como en los sueños, ni el mismo creador sabe muy bien lo que le dictan sus musas, pero se deja llevar por ellas porque presiente que le están llevando por el buen camino.

Sea como fuere, Cervantes dio con el toque mágico, con la piedra filosofal al crear su obra, y como acabamos de ver, pudo degustar las mieles del éxito con mayúsculas, ese éxito que con tanto ahínco buscó sin encontrarlo durante toda su vida, y que le va a llegar frisando los sesenta, cuando ya casi había tirado la toalla, «pareciéndole huero apenas degustado», como él mismo nos sugiere.

En efecto, de la noche a la mañana don Miguel de Cervantes se convierte en una celebridad y su don Quijote y Sancho en los personajes de moda. Haciendo referencia a la popularidad suscitada por todo tipo de personas, Sansón Carrasco dice de la historia del *Quijote*:

> [...] los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que, apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «allí va Rocinante». Y los que más se han dado a su letura son los pajes: no hay antecámara de señores donde no se halle un «don Quijote»...
>
> D. Q. II, 3-4

Además de por sus lectores, una exigua minoría de la población, los personajes universales de la novela son reconocibles por todos, incluso por los iletrados, al ser representados de manera jocosa en cabalgatas, bailes, mascaradas y todo tipo de festejos populares. Así, el 10 de junio de 1605, se vieron desfilar por las calles de Valladolid a don Quijote y Sancho, con motivo de las fiestas celebradas por el nacimiento del príncipe heredero, el futuro Felipe IV.

El éxito tan fulgurante que la novela de Cervantes cosechó entre sus contemporáneos sin embargo radica única y exclusivamente en que les hacía reír. El mismo autor nos lo revela en su prólogo: «procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente». Hoy en día no lo vemos así. Por supuesto que las locuras de don Quijote nos hacen reír, pero esa no es más que una mínima parte de la grandeza del libro. En el siglo XVII ni se enteraron ni pudieron comprender toda su profundidad, que ha ido siendo deshilvanada a lo largo de los siglos.

Cervantes «quería ser poeta, dramaturgo y gran escritor, pero se quedó en la historia de un loco» (Jorge García López), y es sin duda por este motivo por el que, a pesar de la fama y popularidad alcanzada y tan buscada, Miguel nunca se sintió satisfecho del todo, pues él aspiraba a ser inmortal no por hacer reír a la gente, sino por otros motivos más profundos, más intelectualmente elevados. Por eso, y aunque hoy día nos asombre, la obra por la cual Cervantes pretendió hacerse inmortal no fue el *Quijote* sino el *Persiles*, que es el contrapunto de la del hidalgo de la Mancha. No siendo su objetivo recrear la realidad de su tiempo, en el *Persiles* se persigue hacer un alarde de profundidad intelectual y erudita. En el *Quijote* Cervantes recoge sus experiencias de la vida, mientras que en el *Persiles* recoge las de sus lecturas de libros. Es por esta razón por la que desde mi modesta opinión creo que Cervantes no fue totalmente consciente de la enorme trascendencia que sus opiniones sobre lo divino y lo humano volcadas a través de los personajes del *Quijote* llegaron a tener siglos más tarde. Porque esas mismas opiniones no fueron puestas en valor hasta mucho tiempo después, cuando los esquemas sociales y del pensamiento, tras el devenir de la historia, habían cambiado. Por eso el *Quijote* es una novela que no sólo no ha perdido vigencia con el paso del tiempo, sino que por el contrario la ha ganado, le ha dado más cuerpo, como al buen vino. Lo que sí le debemos reconocer a Cervantes por tanto es que, como genio que era, se adelantara a su tiempo en dos siglos por lo menos, pero sin que él fuera consciente de ello.

No podemos perder de vista que en la época de Cervantes no existía el concepto de crítica social que tuvo por ejemplo la novela del siglo XIX, por lo que es difícil de creer que Cervantes estuviera reivindicando en su *Quijote* un cambio de modelo de sociedad. Una cosa es expresar las opiniones y otra muy distinta pretender concienciar a su sociedad con ellas. El mismo autor nos dice claramente en su prólogo cuál era su única reivindicación con la escritura de su obra, pues «no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías».

¿Y cuáles son entonces estos valores que encierra el *Quijote* y que no fueron descubiertos hasta pasados doscientos años? ¿Qué trascendencia tiene? ¿Qué opiniones y valores nos transmite Cervantes que no fueron entendidos en su día?

Las interpretaciones del *Quijote* han ido variando a lo largo de los siglos, según la idea fundamental que estuviera en boga en los ambientes culturales y filosóficos de cada época. Así, si para el siglo XVII fue un mero libro cómico y de entretenimiento; en el XVIII pasa a ser el paradigma que nos habla del enfrentamiento entre la realidad y el mundo ideal; en el XIX, el romanticismo le da la vuelta completamente a don Quijote, pasando de ser un personaje cómico a un héroe trágico, derrotado por el mundo real y vulgar de su época. Fueron los críticos alemanes Herder, Schelling, los hermanos Schlegel, ya en 1802, quienes transmitieron a Europa y más tarde a España una nueva visión de la obra que llega prácticamente hasta el presente.

Uno de los valores clásicos de la novela de Cervantes que se ha venido ponderando más a lo largo de estos dos últimos siglos es lo que se ha dado en llamar «la poética de la libertad». Todo el *Quijote* sería pues un canto a la libertad, y don Quijote sería loco pero era ante todo un hombre libre, libre de ataduras sociales, convenciones impuestas, libre para interpretar la justicia según sus reglas de la caballería andante, libre para decir y hacer lo que quisiera, a pesar de tener que nadar contra corriente. Esa es la verdadera libertad, pero hace falta estar loco para creer que puede ser posible en este mundo. Este concepto de la «libertad» es ya de por sí un valor considerado primordial en los tiempos modernos, tras la Revolución francesa, pero no en época de Cervantes. ¿Cuál era por tanto el ideal de libertad de Cervantes? Lo sintetiza perfectamente con estas bellas palabras que le dice don Quijote a Sancho en la novela:

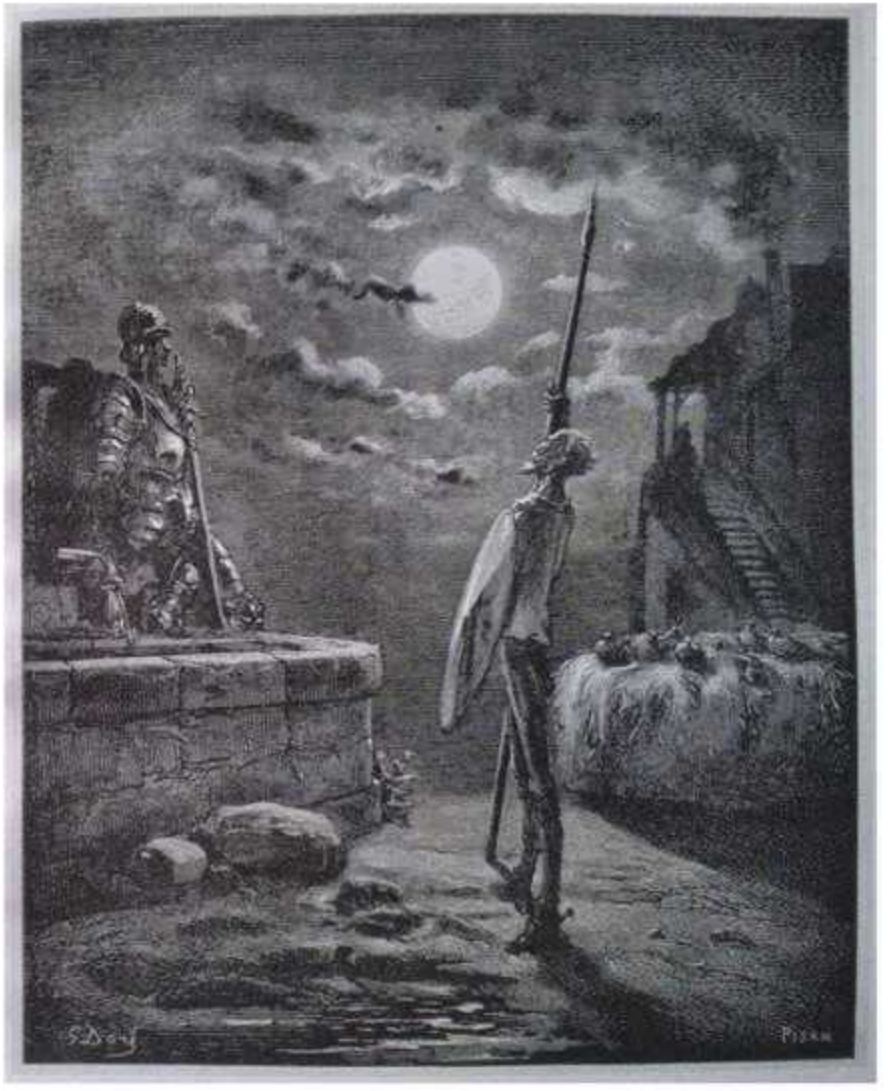
> La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.
>
> D. Q., II, LVIII

Y Cervantes sabía muy bien de lo que hablaba al haber sufrido en sus propias

carnes ese cautiverio que él cita en esta frase y Mario Vargas Llosa recoge en su prólogo «Una novela para el siglo XXI», en la presentación del *Don Quijote* de la RAE en su IV centenario:

> Don Quijote no cree que la justicia, el orden social, el progreso, sean funciones de la autoridad, sino obra del quehacer de individuos que, como sus modelos, los caballeros andantes, y él mismo, se hayan echado sobre los hombros la tarea de hacer menos injusto y más libre y próspero el mundo en el que viven.

Es cierto que en el *Quijote* nos topamos con algunas afirmaciones y actitudes del héroe de la novela que son verdaderas sentencias que chocan frontalmente con la base de los principios inamovibles en los que se mantenía la sociedad de su época. Por ejemplo cuando libera a los galeotes que han sido condenados por la justicia, muchos de ellos criminales peligrosos, don Quijote no duda en que está haciendo el bien al no creer en la justicia tradicional de su época al exclamar: «No es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres» (*DQ*, I, XXII). Frente a la justicia legal, él opone su propia concepción de una justicia natural. Él, como Cervantes, se opone a toda imposición violenta de un hombre hacia otro hombre, sea en las circunstancias que fueren. Así, siguiendo con esta mentalidad, don Quijote antepone al concepto social tan arraigado e incuestionado en su época de la primacía de la sangre sobre cualquier otra cosa, la de la valía personal de cada individuo, al decir que «cada uno es hijo de sus obras» y que «la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale» (*DQ*, II, XLII). Son todas estas proclamas que hoy nos parecen tan lógicas, y sin embargo tan modernas y tan extemporáneas dichas en pleno siglo XVII, las que harían peligrar la base de todo su sistema social, que cuesta creer que Cervantes no tuviera nunca ningún problema de censura ni con la Iglesia ni con el poder civil, consiguiendo sin dificultad su aprobación desde el principio para la publicación de su obra. Esto viene a demostrar dos cosas: o que la censura de la España del siglo XVII no era tan férrea e implacable como nos han contado, o que no lo supieron entender, dada la modernidad de lo que se exponía. Pero fundamentalmente porque cualquier frase que pronunciara el personaje que Cervantes había creado, es decir el de un loco, no tenía ninguna credibilidad y autoridad para cambiar la opinión de ninguna persona que lo leyera. Al igual que los bufones de la Corte eran los únicos a los que se les permitía dirigirse al monarca con total desparpajo e irreverencia, porque este tipo de escenas hacían reír a todos los cortesanos, el rey incluido, a don Quijote, como bufón que era, también le estaba permitido decir cualquier cosa porque sólo movía a la risa, no a la meditación de sus palabras. Esta meditación no llegó hasta dos siglos después, cuando los tiempos habían ya cambiado. Esta coartada utilizada por Cervantes para decir todo lo que se le pasara por la mente sin miedo a la censura revela una inteligencia y una habilidad realmente geniales.



Si el *Quijote* fue sólo entendido en su versión cómica en todo el siglo XVII, a finales del XVIII y principios del XIX, con los movimientos sociales e intelectuales en pleno proceso de cambio de era, el *Quijote* alcanza una dimensión grandiosa, elevando a su protagonista en paradigma de la libertad del individuo frente a la

colectividad y en héroe romántico.

Pero el *Quijote* es todavía mucho más que eso. Otra de las grandes cuestiones, ya citada, es la de la oposición entre la realidad y el mundo ideal, encarnados en los dos personajes principales: don Quijote sería el mundo ideal frente a Sancho que encarnaría el mundo real. Y este fue uno de los grandes aciertos de Cervantes al haber concebido dos personajes capaces de simbolizar dos maneras de estar en el mundo y que van a confrontarse a través de un diálogo muy rico y humano, en el que los dos protagonistas van evolucionando a lo largo de la novela por impregnación el uno del otro, a través de un proceso que se ha denominado como «quijotización» de Sancho y «sanchificación» de don Quijote, especialmente en la segunda parte. Por eso, esta pareja es inmortal y cuatrocientos años después de venida al mundo sigue cabalgando entre nosotros.

Otra gran aportación del *Quijote* va a ser el llamar la atención y hacer meditar sobre el hecho real de cómo nos pueden llegar a engañar los sentidos: donde Sancho ve molinos su señor ve gigantes. Lo que Cervantes llamaba «engaño a los ojos», y que el gran filósofo del siglo XVII, René Descartes, demostrará cincuenta años más tarde. Por lo tanto el *Quijote* es además un tratado filosófico de primera magnitud, que no sólo nos cuenta una historia que a primera vista puede parecer intrascendente por su comicidad, sino que detrás de esa comicidad se exponen cosas muy serias e interesantes, como la proyección de un momento de la historia, el Barroco, y su crisis de identidad que provocó a los hombres de su época el cuestionamiento de la propia realidad que tenían ante sus ojos, cuestionamiento que evolucionará hacia lo que llamamos la ciencia moderna, en contraposición a la medieval.

Pero es que además el *Quijote* es una metáfora en sí mismo de la historia de la España de su tiempo, de la realidad que rodea a Cervantes y que este, con su fina percepción del mundo, va a plasmar de manera genial en su novela. En el primer capítulo de este libro hemos analizado el tiempo histórico que le tocó vivir a Miguel de Cervantes; hemos podido ver cómo naciendo bajo el reinado del emperador Carlos V y desarrollando más de la mitad de su vida bajo el de su hijo Felipe II hasta llegar a ver, incluso con sus propios ojos, el cénit de este gran imperio, con sus ideales y sus valores, luego vivió también su declinar, a partir del último decenio del reinado de Felipe II, y sobre todo del de su sucesor Felipe III. Es justo en este momento bisagra entre el final de la época gloriosa y el comienzo de la decadencia cuando se sitúa temporalmente la acción de la novela. Y, curiosamente, el proceso histórico que vive España se corresponde con el proceso vital de nuestro autor. «El Miguel de Cervantes que participó en el hecho de Lepanto vuelve trayendo proyectos de gloria militar para caer en un ambiente sórdido, donde el burocratismo predomina ya sobre la iniciativa heroica, y en el que la vida espiritual debe también cubrirse de cautelas», dice Francisco Ayala en *La invención del Quijote*. Esa misma decepción del mundo real que vivió Cervantes a la vuelta de su cautiverio es la misma que destila su obra. Cervantes utiliza la locura de su héroe para criticar con fina ironía no exenta de amargura la España de su tiempo. «En la locura del hidalgo viejo que sale de su casa para enmendar un mundo defectuoso con las armas vetustas de su abuelo y desde unos valores periclitados, hay mucho de la España achacosa que dejó atrás la época del emperador Carlos, y bastante del propio Cervantes», dice Domingo Ródenas en su «Estudio introductorio» (*Don Quijote*, Gredos). Y «Don Quijote y Sancho no son sino aquel mismo que los inventó; también son España; son, en última instancia, una parte de nosotros mismos», comenta Canavaggio.

LA PRIMERA NOVELA MODERNA

Se suele decir que Cervantes, con el *Quijote*, inventó la primera novela de los tiempos modernos. Además de la modernidad de conceptos que hemos visto que sobresalen en la novela del *Quijote*, para contar su historia Cervantes también revolucionó las formas narrativas de su tiempo y sentó las bases sobre las que nacería la novela moderna. Toda novela que se haya escrito después lleva el ADN del *Quijote* en sus entrañas.

Para que el público español entienda esto hay que tener en cuenta primero una cosa importante que tiene que ver más con un problema léxico. En otros idiomas como el francés o italiano, *novelle* significa «novela corta» o cuento, así, las *novelle* de Giovani Boccaccio; en cambio «novela» se dice *roman* o *romanzo* en italiano. El término «novela» en castellano se presta a confusión, pues es justo lo contrario de *novelle*. Por eso hay que entender que lo que se entiende como el inicio de la novela en el *Quijote* es lo que en otros idiomas se traduciría por *roman* o *romanzo*, es decir, una historia larga, no por *novelle*. Al existir ya en castellano el término «romance» para designar otro tipo de literatura que en nada tiene que ver con la novela, sino con los poemas épicos, no se podía utilizar esta palabra, como en otros idiomas latinos, para la

designación de lo que Cervantes creó: la novela. Hecho este inciso, veamos por qué el *Quijote* está considerada la primera novela moderna.

Según Canavaggio en el *Quijote*:

> Se instaló por primera vez en el interior del hombre la dimensión imaginaria. En lugar de contar desde fuera lo que le ocurre al personaje, le da la palabra y la libertad de usar de ella a su guisa, recreando de este modo el movimiento por el que cada personaje se inventa a medida que vive los acontecimientos. Esta revolución copernicana, nadie supo hacerla antes de Cervantes».

Otra característica que lo hace tan novedoso es que en el *Quijote* se hace crítica social desde el humor, pero sobre todo sus personajes van evolucionando a lo largo de la novela: tienen vida propia.

Tal vez el aspecto más innovador de la forma narrativa en el *Quijote* sea la manera en cómo Cervantes encaró el problema del narrador: quién va a contar la historia. ¿Quién cuenta la historia de don Quijote y Sancho Panza? Dos narradores: el misterioso morisco inventado por Cervantes, Cide Hamete Benengeli, a quien nunca leemos directamente, pues su manuscrito original está en árabe, y un narrador anónimo, el traductor de dicho manuscrito, que habla a veces en primera persona pero más frecuentemente desde la tercera de los narradores omniscientes, quien supuestamente traduce al español y, al mismo tiempo, adapta, edita y a veces comenta el manuscrito de aquel. Según Mario Vargas Llosa en «Una novela para el siglo XXI»:

> La existencia de estos dos narradores introduce en la historia una ambigüedad y un elemento de incertidumbre sobre aquella «otra» historia, la de Cide Hamete Benengeli, algo que impregna a las aventuras de don Quijote y Sancho Panza de un sutil relativismo, de un aura de subjetividad, que contribuye de manera decisiva a darle autonomía, soberanía y una personalidad original.

Esta ingeniosa innovación que Cervantes se inventa para narrar su historia y que todavía hoy sigue enriqueciendo a los novelistas modernos supuso una revolución en la literatura como lo fueron también en su día el *Ulises* de Joyce o *En busca del tiempo perdido* de Proust.

8

LA FECUNDA MADUREZ DEL GENIO (1605-1616)

Tras el tremendo éxito cosechado por el *Quijote*, Cervantes va a protagonizar una fecundidad creativa y publicadora sin parangón en toda su vida. Quien, a pesar de tenerse por un gran escritor, no había cosechado sin embargo todavía el merecido éxito, tras el rotundo triunfo del *Quijote* ya no albergaba ninguna duda, pero además ahora se lo reconocía el público, esta era la novedad que tanta falta le hacía.

En la primera parte del *Quijote* los expertos aprecian titubeos y prevenciones de quien aún no se sentía muy seguro; por ejemplo en su génesis e improvisación, cuando después de comenzar con una novela corta, la cambia por otra más extensa; o al introducir historias que nada tienen que ver con el hilo del relato, como las de las historias pastoriles de Crisóstomo y Marcela o la del *Curioso impertinente*, como para demostrar que, además de ser un buen escritor de historias cómicas como las que protagonizan don Quijote y Sancho, también es capaz de escribir otro tipo de historietas más serias y acordes con los gustos de la época. Errores que reconoce él mismo en el prólogo de la segunda parte, y que promete subsanar. Cervantes es el primer crítico de sí mismo y no le importa reconocer sus fallos. Por eso, en la segunda parte del *Quijote*, el relato se hace sublime y sus protagonistas alcanzan una dimensión verdaderamente épica.

Como si él mismo fuera consciente de que no le quedaba mucho tiempo de vida, y queriendo aprovechar al máximo para dar todo de sí, en estos últimos diez años de su vida, siendo ya una persona senil, va a producir y publicar sin descanso. A su avanzada edad, ya no hay nada que le pueda distraer, ningún experimento más que le pueda volver a sacar de la senda por la que, a estas alturas, ya es perfectamente consciente de que es la única que merece la pena explotar: la de escribir sin desfallecer. De hecho, al final de su vida, cuando escribe el prólogo de su *Persiles*, y quedándole tan sólo cuarenta y ocho horas en este mundo, aún promete ingenuamente crear un sinfín de obras más, que sin duda las tenía ya pergeñadas en su cabeza pero que obviamente no pudieron ver nunca la luz. Si Dios le hubiera dado diez años más de vida, o si hubiera empezado a escribir diez años antes, seguro que aún nos hubiera regalado con un cúmulo más de obras universales para la historia. Pero cada persona tiene el tiempo que tiene y ni un minuto más, ni siquiera Cervantes.

El año de 1605 debió de ser un buen año para nuestro autor, regocijándose de ese éxito y fama tan añorada y buscada sin encontrarla durante toda su vida hasta este momento. Sin embargo, la «buena suerte» literaria no se corresponderá con la buena suerte en la vida, esta le seguirá siendo esquiva.

UN CRIMEN A LAS PUERTAS DE CASA

Hemos visto como Miguel y su mujer Catalina de Palacios irán a reunirse junto al resto del núcleo familiar, sólo formado por mujeres, a Valladolid, nueva y flamante capital del reino por obra y gracia del todopoderoso valido duque de Lerma. Los, por no decir «las» Cervantes, alquilarán una casa cerca del Rastro de los Carneros, un matadero municipal, pegada al hospital de la Resurrección, donde se inicia y concluye la acción de *El coloquio de los perros*, una de sus novelas ejemplares más conocidas. En el primer piso, encima de una taberna, se instalan Miguel, su mujer Catalina, su hermana mayor Andrea y la hija de esta, Constanza, así como la hermana menor, Magdalena e Isabel de Saavedra, la hija que tuvo Miguel con la tabernera Ana Franca, que hacía seis años, desde la muerte de su madre, que estaba al servicio y bajo la protección de Magdalena. Más tarde se les unirá una criada viviendo en el mismo piso. Frente a estos, en el mismo descansillo, vivían una prima viuda, Luisa de Montoya, con sus tres hijos. En el piso superior se fue a instalar Juana Gaitán, la viuda del escritor y gran amigo de Miguel que fue Pedro Laínez, por cuyo encargo de publicar sus obras póstumas Cervantes tuvo que trasladarse hasta Esquivias en 1584, donde vivía Juana Gaitán, y donde conoció a su esposa. Juana se había venido a la capital también desde Esquivias siguiendo los pasos del amigo de su anterior marido, junto a su segundo y joven esposo, su hermana y su sobrina. Por último, una tal Isabel de Ayala, una vieja chismosa, vivía en una habitación abuhardillada en la parte superior de la casa. Este era el ambiente vecinal que tenía Cervantes mientras disfrutaba de las mieles del recién cosechado éxito de su *Quijote* y mientras seguía trabajando en su producción literaria que vería la luz de manera precipitada en los tres últimos años de su existencia.

Una apacible noche de finales de junio de 1605 la mala suerte vuelve a llamar a la puerta del gran escritor de moda que es ya Cervantes por estas fechas. Unos gritos de socorro venidos desde la calle alteran la apacible vida de los vecinos de la casa del Rastro de los Carneros. Atraídos por las voces de auxilio, los hijos de Luisa de Montoya, la vecina de los Cervantes, encuentran justo frente a la puerta de su casa a un hombre herido por espada desangrándose. Trasladado al piso de Luisa de Montoya con la ayuda de Cervantes, que había acudido también a echar una mano, el herido es atendido de primeros auxilios por Magdalena, la hermana menor de Miguel. Un cirujano levantado de su lecho acude a toda prisa en compañía de un sacerdote que le toma confesión. El herido tiene pocas posibilidades de supervivencia: una estocada profunda en su muslo derecho y otra en el bajo vientre dan fe de la gravedad de sus heridas. Poco después se hará presente la justicia en el hogar de los Cervantes para aclarar lo sucedido e incoar un expediente que ponga entre rejas al o los culpables. El alcalde Villarroel tomará declaración a la víctima que se debate entre la vida y la muerte.

¿Quién era él? Se llamaba don Gaspar de Ezpeleta, y era un joven noble navarro, conocido por su vida licenciosa y crápula. Caballero de Santiago, había luchado valerosamente en Flandes, de donde había vuelto recientemente, quien dejando mujer e hijo en Pamplona llevaba una vida alegre en la Corte vallisoletana que todo joven de su estirpe solía tener, pero sin un real. Compañero de juergas del marqués de Falces, era amante de Inés Hernández, esposa legítima de un escribano real llamado Melchor Galván. La relación de Ezpeleta con la mujer de este escribano era conocida por todo el mundo en los círculos cortesanos.

En la madrugada del 27 de junio de 1605 se produce un duelo a las puertas de la casa de los Cervantes en Valladolid con funestas consecuencias para sus moradores. Lo que a todas luces nos parece hoy en día un ajuste de cuentas por una cuestión de «cuernos», llevó a casi toda la familia Cervantes a la cárcel para desviar la atención hacia el verdadero culpable.

Según la versión de la víctima poco antes de fallecer, después de haberse despedido de su amigo, el marqués de Falces, con quien había estado cenando, se

vio abordado en plena calle por un desconocido vestido de negro y embozado con quien tuvo que batirse en duelo. El resto de la historia es lo que ya se sabía. Pero había sospechas en esta declaración tan sucinta de que la víctima callaba algunas cosas: por ejemplo, por qué despidió a sus criados tras abandonar la compañía del marqués de Falces, y por qué se previno de un escudo junto al cual se encontró su cuerpo. La situación de la casa de los Cervantes situada en los arrabales a las afueras de la ciudad, junto al río Esgueva, era un buen lugar para los duelos, por su lejanía del centro y su oscuridad.

Las pesquisas dan un giro insospechado cuando el magistrado Villarroel decide mandar encarcelar a buena parte de los vecinos del edificio junto al cual había caído fatalmente herido don Gaspar de Ezpeleta. ¿El porqué de esta repentina y aparentemente precipitada reacción del magistrado Villarroel? Por un lado, todo apunta a una clara práctica de prevaricación por parte del juez, para tapar y proteger el buen nombre del supuesto cornudo en esta historia, el escribano real Melchor de Galván, en un alarde de compadreo gremial. Esta tesis está más que clara cuando el criado de Ezpeleta va a acusar directamente del crimen de su señor a Melchor Galván, con nombre y apellido. También una de las pensionistas de Juana Gaitán afirmará haber visto al asaltante y dijo estar segura de reconocerle. Sin embargo ninguno de los testimonios de estos dos testigos se tuvieron en cuenta para esclarecer el caso. La impresión es la de que no se tenía ninguna intención de esclarecerlo, sino más bien desviar la atención de la pista principal dirigiéndola a los moradores de la casa de los Cervantes al ordenar su encarcelamiento.

Así, una vez más, la cuarta ya, sin comerlo ni beberlo, sólo debido a su mala fortuna, Cervantes se vuelve a ver entre rejas, en la misma cárcel por la que cincuenta años antes había pasado su padre por deudas y setenta años antes su abuelo. Pero esta vez el encarcelamiento durará poco tiempo, tan sólo dos días, tan flagrante era la injusticia que se estaba cometiendo. El resto de la condena la pasará en arresto domiciliario. Pero si no fue mucho el tiempo que Miguel pasó esta vez en la cárcel, no por ello dejó de suponer una enorme deshonra y atentado contra su honor en un momento además en que su nombre estaba en boca de todos y que era por todo el mundo conocido. La honra que se perdía en un minuto, era ya muy difícil recuperarla. Tanto es así que, aún a día de hoy, el caso Ezpeleta junto con el de la misteriosa indulgencia de Hasán Veneciano hacia Cervantes durante su cautiverio de Argel, sigue siendo uno de los puntos más oscuros de la vida de autor del *Quijote*. Pues si la verdad es que todo parece indicar que el magistrado Villarroel hizo lo posible para tapar a su colaborador y colega el escribano Melchor Galván, también pudo valerse de una coartada acusando a los moradores de la casa de Cervantes basándose en rumores ya existentes que señalaran a éstos como personas no del todo recomendables. Dada la ya mala fama que recayó sobre el *modus vivendi* de las hermanas de Miguel –recordemos que eran despectivamente conocidas como las Cervantas–, por su manera de engatusar a los hombres a los que se decía en la época que arrancaban una promesa de matrimonio que sabían que no iban a cumplir para luego desplumarlos ante la justicia, cobrando de ellos una bonita suma económica a cambio de verse liberados de su compromiso. Se ha barajado recientemente la posibilidad de que las mujeres de la casa se hubieran organizado para sobrevivir a expensas de los hombres de la corte, que acudirían a su casa en calidad de amantes. Esto es lo que en su época se denominaba mancebía, que era bastante común en los grandes núcleos urbanos. De ser verdad esta hipótesis, la pregunta del millón es ¿qué papel tendría el único hombre y *pater familias* de la casa en todo este entramado, o sea Miguel de Cervantes, el ilustre escritor? Pues no lo sabremos nunca, aunque cabría sospechar que, de ser ciertos estos rumores, callaría y miraría hacia otro lado mientras le dejaran acabar de escribir sus obras inmortales.

Al hilo de las declaraciones que se siguieron tras el arresto, tenemos una valiosa información que no por dejar de ser contrastada pueda no ser cierta. De estas declaraciones se desprende que, por ejemplo, Juana Gaitán, cuyo segundo marido había muerto hacía poco, había recibido en varias ocasiones en su casa a los duques de Pastrana y de Maqueda, dos aristócratas que habían tenido problemas con la justicia. Una amiga suya, Mariana Ramírez, quien desde hacía poco compartía piso con ella, había sido condenada por concubinato con un tal Diego de Miranda. Pero es que no sólo la buena amiga de Cervantes, sino también nuestro gran escritor y su familia de mujeres estaban en boca de las murmuraciones del vecindario. ¿Qué hacía un viejo como aquel, que no tenía ni oficio ni beneficio más que el de escribir, rodeado de mujeres? «Un hombre que escribe e trata negocios e que por su buena habilidad tiene amigos», será la sucinta explicación a esta pregunta que dará su hermana Andrea ante el juez Villarroel. ¿Cuáles eran esos negocios que trataba? Miguel, para aumentar la economía de su casa y poder alimentar a su abultada prole de parientas se había metido en negocios con financieros genoveses y portugueses de la Corte, Agustín Raggio y Simón Méndez, y los dos acabaron mal con la justicia por sus deudas. «En cuanto a Cervantes –nos dice Canavaggio– si hemos de creer una alusión de Pinheiro da Veiga, seguía frecuentando las casas de juego». Yo, por mi parte, sí lo creo. Las declaraciones de la vieja chismosa que

vivía en el último piso, Isabel de Ayala, no ayudaron, sino al contrario, a lavar la imagen de la familia Cervantes, al declarar que en casa de Cervantes «entraban de noche y de día algunos caballeros [...] de que en ello hay escándalo y murmuración, y especialmente entra un Simón Méndez, portugués, que es público y notorio que está amancebado con doña Isabel, hija del dicho Miguel de Cervantes». Finalmente, la víctima de toda esta trama, don Gaspar de Ezpeleta, antes de entregar su alma había regalado a Magdalena un rico vestido de seda en agradecimiento a sus servicios prestados, lo cual no hizo más que echar leña al fuego. Finalmente se dio carpetazo y por cerrado el caso tras un mes de dimes y diretes, al fin y al cabo un esposo ultrajado tenía perfecto derecho a tomarse la justicia por su mano, si no de forma oficial, sí de cara a la sociedad. Pero como ya digo, el más perjudicado de todo este asunto vuelve a ser nuestro ya «versado en desdichas» escritor.

LA RIVALIDAD CON LOPE DE VEGA

El otro gran gigante de las letras hispanas que por esta época competía en popularidad con Cervantes fue don Félix Lope de Vega y Carpio. Sin embargo, no podían ser más distintos los dos genios el uno del otro. Si Cervantes no disfrutó de su éxito hasta el final de su vida, Lope lo tuvo desde el principio; si Cervantes tuvo una vida llena de desdichas y fracasos, a Lope le sonrió siempre la fortuna; si Cervantes nunca se quiso adaptar a las corrientes de moda y fue siempre por libre, Lope va a ser el que le de al público lo que quiere; si Cervantes no comulgaba con muchos de los convencionalismos sociales de su época, Lope es el hombre que se sabe adaptar como un guante al orden establecido, siendo un personaje típico de su época; si Cervantes fue desdichado en amores o simplemente carente de ellos, Lope es un prototipo de don Juan; en definitiva, Lope sabía lo que tenía que hacer para que su vida estuviera plena de éxitos, mientras que en Cervantes pesa más la lealtad a sus principios, incluso a costa de que estos le llevaran muchas veces por la calle de la amargura.

Don Félix Lope de Vega y Carpio fue el gran rival de Miguel de Cervantes, tanto en el plano literario como en la vida. Aquel exitoso, este con mala fortuna. Fueron la antítesis uno del otro, todo lo que le sobraba a uno le faltaba al primero. Aquel «monstruo de la naturaleza», como lo denomina Cervantes, no sin cierta envidia, le arrebató el sueño de ser un escritor de comedias de teatro de éxito. CAJÉS, Eugenio [atribuido]. *Retrato de Lope de Vega*. Museo Lázaro Galdiano, Madrid.

Como suele pasar en estos casos, no era fácil que los dos astros cohabitaran en el mismo firmamento sin eclipsarse el uno al otro, por lo que la relación entre ambos fue, digámoslo con palabras suaves, cordialmente displicente.

Pero sus relaciones no fueron siempre malas. De hecho, cuando Miguel estaba todavía en Esquivias, ya a punto de embarcarse en su nueva aventura como recaudador de impuestos en Andalucía, llegó a ser uno de los firmantes como testigo en un reconocimiento de deuda a favor de Inés de Osorio, mujer de un conocido autor de comedias, o sea empresario teatral, Jerónimo Velázquez, y madre por tanto de Elena Osorio, amante ésta de Lope, por cuyos poemas difamatorios despechados que escribió más tarde, cuando rompió con ella, fue desterrado a Valencia. Cervantes llegó a elogiar a Lope en *La Galatea*, y este a Cervantes en *La Arcadia*. Pero algo debió de pasar entre 1600 y 1604 que desconocemos y que los enemistó para siempre. Cuando en agosto de 1604 Lope escribe en una carta su mencionada crítica en la que afirma que no hay poeta más malo que Cervantes, ni nadie tan necio que alabe su *Quijote*, la ruptura estaba ya consumada.

Las réplicas de Cervantes son mucho más solapadas, nunca alude a Lope directamente, pero la ironía y mordaz alusión a sus obras o estilo de vida licenciosa es tan patente que aún se hacían más hirientes si cabe. Desde luego Lope se va a dar por aludido y por ello va a atacar duramente a Cervantes a través del prólogo del *Quijote* apócrifo de Avellaneda, cuyo autor desconocido sin duda sería amigo del Fénix de los Ingenios. En él se insulta burdamente a Cervantes llamándole viejo, manco, amargado y envidioso, y todo en nombre claramente de Lope, pues dice:

> Si bien en los medios nos diferenciamos, pues él tomó por tales el ofender a mí, y particularmente a quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas e innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad y la limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar.

Por supuesto Cervantes va a replicarle a su vez en el prólogo de la segunda parte del *Quijote* con la fina ironía que le caracterizaba: «No tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que los dijo, engañose de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupación continua y virtuosa».

La sutileza de Cervantes para ridiculizar es de una finura cortesana que pone de manifiesto su inteligencia y sus buenas maneras, algo que era muy aplaudido y apreciado por el público culto en general. Lo que a simple vista parece un elogio a Lope, es sin embargo un incisivo dardo envenenado que apunta directamente a su punto más débil: su vida licenciosa. Pues en efecto, como dice aquí Cervantes, Lope era familiar de la Inquisición, acababa de ser nombrado hacía poco, y a pesar de ello, su «ocupación» no había sido nunca, ni habría de ser precisamente «virtuosa», siempre tras las faldas de alguna mujer casada, habiéndolo estado él también y aún peor ahora que se había ordenado sacerdote.

En toda esta guerra dialéctica que hacía las delicias de los círculos cultos y literarios de la Corte, con otros protagonistas en mutua liza como fueron Góngora y Quevedo, Cervantes nunca va a utilizar palabras gruesas ni malsonantes, y Lope tampoco va a perder nunca los estribos (nada que ver con la rivalidad Góngora *versus* Quevedo), aunque se le atribuye algún que otro soneto anónimo en el que tilda de cornudo a Cervantes, uno de los peores y más deshonrosos insultos que se podían proferir en la España del Siglo de Oro, sólo pudiéndose resolver con un duelo a muerte, pero no está probado. Sin embargo Lope sí podía ser enormemente hiriente de manera gratuita, es decir, atacando no a la capacidad artística o literaria de su contrincante, sino a sus defectos físicos o a su ancianidad, por la que algún día él mismo tendría que pasar. Así, en una carta de 2 de marzo de 1612 dirigida a su protector el duque de Sessa, Lope se mofa de las gafas de Cervantes, que encima, este le había prestado amigablemente para que el otro pudiera lucirse en la Academia Selvaje: «Yo leí unos versos con unos antojos [gafas] de Cervantes que parecían huevos estrellados mal hechos».

Por otra parte, quizá Cervantes sintiera un poco de pelusilla hacia Lope por su fulminante éxito en los escenarios de toda España. No es ningún secreto que a Miguel lo que más le hubiera gustado era haber triunfado en las tablas de la manera en que lo hizo Lope, y buena prueba de ello es que nunca aceptó ni siquiera seguir la nueva tendencia teatral que su rival creó en contraposición al teatro que se hacía antes, que era el que intentó seguir haciendo Cervantes sin tanto éxito como Lope. En el prólogo a sus *Ocho comedias y ocho entremeses nunca representados* arroja una afirmación que nos hace dudar de su seguridad en sí mismo en cuanto a su capacidad de ser un gran escritor de comedias: «Tuve otras cosas en que ocuparme, dejé la pluma y las comedias, y entró luego el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzose con la monarquía cómica».

Es decir que Miguel intenta justificarse aquí de por qué no ha triunfado en el teatro, pero es que además nos quiere transmitir la sensación de que no nos creamos que lo dejó por no poder competir con el «monstruo de la naturaleza», dejando bien claro que «la monarquía cómica» de Lope vino después de que él

tomara la decisión de abandonar el teatro por irse a recaudar impuestos a Andalucía por el año 1587.

En 1592, en plena etapa sevillana, Cervantes firma un curioso contrato con un empresario teatral llamado Rodrigo Osorio por el que no se dan títulos de obras compuestas, sino que se asegura que se van a escribir. Pero lo más curioso de este contrato es la insistencia que Cervantes pone en asegurar que van a ser comedias de calidad, y quizá de las mejores que se escriben en España. Esta insistencia revela a un Cervantes a la defensiva ya por estos años, que son en los que Lope se ha hecho con el monopolio de la escena, contemplando la fórmula de Lope desde fuera y no queriéndose subir a ese tren.

Lope había diseñado una fórmula nueva de hacer teatro: el *Arte nuevo de hacer comedias*, una fórmula que es la que está arrasando en todos los escenarios de la geografía española, y a la que todos los demás escritores se suman. Todos no, hay uno que, a pesar de su enorme deseo de hacer teatro y de que se lo aplaudan, reniega de esta nueva forma de hacerlo, empecinándose en seguir las antiguas pautas. Ese escritor que se auto margina es precisamente Cervantes, el cual en 1615 va a dar a la imprenta un libro con ocho comedias y ocho entremeses de su propia creación, que no ha sido capaz de colocar en ningún teatro:

> Algunos años ha que volví yo a mi antigua ociosidad, y pensando que aún duraban los siglos donde corrían mis alabanzas, volví a componer algunas comedias; pero no hallé pájaros en los nidos de antaño; quiero decir que no hallé autor que me las pidiese, puesto que sabían que las tenía, y así las arrinconé en un cofre y las consagré y condené al perpetuo silencio. (Prólogo de las Ocho comedias y ocho entremeses nunca representados).

Con estas tristes palabras que demuestran la gran frustración y congoja de Cervantes al no poder representar sus obras, que él cree de calidad superior a las de Lope, y verse por tanto injustamente rechazado, Miguel se despide para siempre de poder alcanzar algún día aquel sueño de juventud. Por eso no nos ha de extrañar el descontento de Cervantes al final de su vida a pesar de haber alcanzado su apoteósico éxito con el *Quijote*, pues son los sueños de juventud los que de verdad contentan a un hombre cuando han sido alcanzados, y ningún otro puede llenar la falta de aquellos.

ENTRE LA CREACIÓN Y LOS DISGUSTOS FAMILIARES

Desde que Miguel publica la primera parte del *Quijote* en 1605 hasta la fecha de su siguiente publicación, en 1613, pasan otros ocho años. Son esos años, más los que le quedaban a partir de ahí hasta su muerte, los que fueron de verdadero oficio de escritor y sólo de escritor. Él que había sido estudiante, militar, cautivo, pretendiente a un cargo de la administración, espía al servicio del estado, recaudador de impuestos y, de cuando en cuando escritor, va a convertirse justo al final de su vida por fin en el escritor por el que todo el mundo y la posteridad le recordará. Esta última etapa de su vida, la más importante desde el punto de vista creativo, comienza con la redacción del *Quijote*, como ya vimos, y se irá haciendo cada vez más intensa hasta llegar a estos años de plena fecundidad, en los que alternará la producción de las *Novelas ejemplares*, muchas de las cuales se suponen ya escritas o comenzadas en épocas más pretéritas, la segunda parte del *Quijote*, el *Viaje del Parnaso*, las *Ocho comedias y ocho entremeses nunca representados* e incluso su obra póstuma, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Años de trabajo que verán sus frutos en los cuatro últimos de su vida, produciéndose en estos una auténtica cascada de publicaciones, la última de ellas con él ya fallecido.

Aunque don Quijote en la novela en un momento de lucidez que nos deja en suspenso pronuncie estas palabras: «Yo sé quién soy», creo que su creador no lo tuvo nunca muy claro hasta este momento tan avanzado de su vida. Si Cervantes se preguntaba en 1607 quién o qué era, por primera vez se podría contestar a sí mismo: «Yo soy escritor». Esta circunstancia suponemos que le haría sentirse más feliz que el resto de su vida, aunque la felicidad le hubiera llegado cuando ya sus facultades físicas, que no mentales, estaban muy mermadas. Sin embargo, no todo era un camino de rosas para el escritor, la vida se obstinaba en seguir recordándole que este era un valle de lágrimas, por si con los éxitos de sus novelas se le había olvidado.

Tras el desagradable suceso acaecido en el verano de 1605 a consecuencia del asesinato en las puertas de su propia casa de don Gaspar de Ezpeleta, nuevos vientos de cambio recorren los mentideros de la nueva y breve capital que fue Valladolid: parece que el rey, o más bien Lerma, tras sólo cinco años desde que se trasladó la Corte a la capital del Pisuerga, ha vuelto a cambiar de opinión. Ahora Valladolid ya no reúne las condiciones idóneas para ser la capital de la monarquía, y se decide volver a Madrid en 1606. Por supuesto la familia Cervantes, con las hermanas llevando la voz cantante, acompañan a la Corte en su traslado para no perder la clientela que tenían como modistas. Miguel vivirá intermitentemente entre Madrid, Esquivias y Toledo hasta que se establezca definitivamente en Madrid a partir de 1609, aun pasando algunas temporadas en casa de su mujer en Esquivias. Fijará su residencia primero en la calle de la Magdalena, muy cerca de la casa de su impresor Juan de la Cuesta en la calle de Atocha donde se había impreso el *Quijote*.

Una ciudad como el Madrid del siglo xvii, rutilante y llena de espectáculos teatrales y literarios, donde se juntarán, como nunca lo volverán a hacer, tantas y tantas figuras artísticas de primerísimo orden, y en donde todo era fiestas y despilfarro, se suponía que Cervantes, aunque siempre escaso de fondos, podía relajarse por fin y disfrutar de su creación artística y de su vida. Pero no va a ser el caso. En el crepúsculo de su agitada existencia, una desdicha más va a amargarle en su vejez. La causa de esta inesperada e inoportuna nueva turbación la va a protagonizar su hija, Isabel de Saavedra. Es en esta época cuando da comienzo el culebrón familiar que terminará con la separación definitiva entre padre e hija.

Tras su llegada a Madrid, Isabel va a contraer matrimonio con Diego Sanz, pero sin dejar la relación de amante y protegida que tenía con un hombre que podría ser su padre por edad y que vivía con bastante holgura económica, Juan de Urbina, secretario del duque de Saboya, casado y con varios hijos e incluso una nieta. Antes de enviudar de Diego Sanz, Isabel de Saavedra tendrá una hija a la que pusieron el mismo nombre que su madre, si bien era hija de Juan de Urbina, no de su padre legítimo. No habían transcurrido tres meses cuando volvió a contraer matrimonio con un excautivo, como su padre, y escribano real, Luis de Molina, quien aceptó el matrimonio sólo a cambio de una sustanciosa promesa económica, una dote cuantificada en diez mil ducados. El donante de dicha cantidad no era otro que el amante de Isabel, Juan de Urbina, quien también le entregó una de sus casas, en la calle de la Montera, no lejos de su residencia, para que el matrimonio de Isabel y Luis de Molina pudiera vivir. Pero se hizo un contrato por el cual la casa de la calle de la Montera estuviera escriturada a nombre de la hija y nieta de Cervantes, la pequeña Isabel Sanz, conservando su madre y su padrastro el usufructo. En caso de la muerte de la niña, la propiedad pasaría a Miguel de Cervantes, nuestro escritor y padre de Isabel de Saavedra, pero una cláusula secreta firmada entre Miguel y Juan de Urbina preveía que en dicho caso la propiedad volvería a manos de este, su antiguo dueño. Y ocurrió lo peor: la niña Isabel Sanz, propietaria legítima de la casa, murió en 1610 y Urbina reclamó la casa que él había cedido sólo pensando en su propia hija. No cabe duda de que Cervantes ayudó a Urbina a

ejercer sus derechos sobre su hija, quien se negaba a entregar la casa donde vivía. Reconocido como propietario legal de la casa, según los términos del contrato firmado un año antes, Miguel renunció a sus derechos ficticios para entregársela a Urbina. Isabel intenta una acción judicial contra su padre. Desde este momento se produce una ruptura entre padre e hija a la que nunca más volveremos a ver.

Esta desdicha vino a sumarse a las provocadas por la muerte de sus dos hermanas, primero Andrea en octubre de 1609 y poco más de un año después, en enero de 1611, Magdalena. Miguel quedará al cargo de su sobrina Constanza, la hija de Andrea, con quien convivirá junto a su esposa Catalina hasta el final de sus días.

Con la muerte pisándole los talones, a Cervantes le va a entrar una preocupación espiritual por la salvaguarda de su alma que le hará ingresar, en abril de 1609, en la Congregación de los Esclavos del Santísimo Sacramento, una orden muy literaria, pues a ella se adscribieron también Lope de Vega, Luis Vélez de Guevara, Salas de Barbadillo, Quevedo, Vicente Espinel, etc., y con sede en el convento de los Trinitarios, la orden que le había rescatado en Argel. Por lo que imaginamos que entre rezo y rezo, debía de funcionar más como una academia literaria que otra cosa. Más tarde, en 1613, Miguel ingresará en la Orden Tercera de San Francisco, donde habían ingresado ya con anterioridad sus dos hermanas y su mujer.

Entretanto, Cervantes volverá a sufrir una nueva decepción. En 1610 su nuevo protector don Pedro Fernández de Castro y Andrade, séptimo conde de Lemos, uno de los mecenas más cultos e interesantes de su época, ha sido nombrado nuevo virrey de Nápoles. Lemos pensaba llevarse consigo a toda su corte de escritores y poetas a los que protegía y Cervantes no dudó en que él tenía que ser uno de ellos. Con el espíritu inquieto y de aventura que siempre le había caracterizado, Miguel, a sus sesenta y tres años, aún sueña con comenzar una nueva vida volviendo a la ciudad que tanto le había cautivado en su juventud, treintaicinco años atrás. El conde encomendó a su secretario particular y poeta Lupercio Leonardo de Argensola la tarea de seleccionar a los poetas que habrían de acompañarle a la soleada y trepidante ciudad de Nápoles. Cervantes se presentó como candidato para acompañar a su señor, pero fue descartado por su otrora amigo Argensola, quien sabiéndose un poeta mediocre, eligió sólo aquellos que no le fueran a hacer sombra, todos ellos hoy desconocidos. Esta decisión le supo a Miguel como una puñalada de quien le había dedicado los más vivos elogios en su *Galatea* y en el *Quijote* y sin embargo así se lo pagaba. En este momento es cuando se sitúa la posible estancia de Cervantes en Barcelona, según el ilustre cervantista catalán Martín de Riquer, para hacer más presión frente al conde de Lemos, quien se aprestaba a embarcarse rumbo a su nuevo destino en Italia. De las impresiones que Cervantes sacara de este viaje a la ciudad condal se verán más tarde plasmadas en su segundo *Quijote* donde el ilustre caballero acude en compañía de su inseparable Sancho Panza.

Quizá para soslayar tantos sinsabores seguidos, y tras la muerte de su hermana Magdalena, Cervantes decidió enclaustrarse en Esquivias, en donde pasará una larga temporada de casi un año. En los primeros meses de 1612, de regreso a Madrid, la familia Cervantes, reducida ya al matrimonio y a su sobrina Constanza, se trasladan a vivir a la calle de las Huertas, siempre por el mismo barrio, donde otros escritores insignes como Lope de Vega o Quevedo tenían fijada su residencia, por algo hoy en día se le denomina a este barrio el de «las Letras». Aquí ultimará la revisión de sus *Novelas ejemplares*, cuya aprobación data del 9 de julio de 1612, aunque su publicación se alargará aún un año más.

UNAS NOVELAS MUY EJEMPLARES Y UN VIAJE AL PARNASO

En 1613 se publica la siguiente obra de Cervantes tras su clamoroso éxito quijotesco. Son las *Novelas ejemplares*, las cuales pone bajo la protección de un nuevo mecenas, el conde de Lemos, a pesar de no haberle llevado consigo a Nápoles. Han sido y siguen siéndolo consideradas, después del *Quijote*, su mejor obra. En su época llegaron a tener incluso mayor éxito y difusión. Se trata de 12 novelitas cortas que salieron todas juntas en un solo volumen, pero cada una con su título e independientemente de las demás; son por este orden: *La Gitanilla*, *El amante liberal*, *Rinconete y Cortadillo*, *La española inglesa*, *El licenciado Vidriera*, *La fuerza de la sangre*, *El celoso extremeño*, *La ilustre fregona*, *Las dos doncellas*, *La señora Cornelia*, *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*. Aunque algunas son de tipo italiano, donde desde *El Decamerón* de Boccaccio era un género muy popular, ello no supone que sean una imitación de determinado modelo ni que no sean todas de una auténtica originalidad cervantina, como el mismo autor se apresura a aclarar en su prólogo:

> Y más que me doy a entender, y es así, que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, que las muchas novelas[10] que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mías propias, no imitadas ni hurtadas, y van creciendo en los brazos de la estampa.

Efectivamente, en este párrafo de su prólogo Cervantes se refiere a que él es el primero en hacer lo que, en su época se daba el nombre e novela, que provenía del vocablo italiano *novelle*, es decir, historias cortas, en castellano, y así es en verdad.

NOVELAS
EXEMPLARES
DE MIGVEL DE
Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDO A DON PEDRO FERNANdez de Caſtro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalua, Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de ſu Mageſtad, Virrey, Gouernador, y Capitan General del Reyno de Napoles, Comendador de la Encomienda de la Zarça de la Orden de Alcantara.

Año 1613.

Cõ priuilegio de Caſtilla, y de los Reynos de la Corona de Aragõ.
EN MADRID, Por Iuan de la Cueſta.
Vendeſe en caſa de Frãcisco de Robles, libreto del Rey nro Señor.

En 1613, ocho años después de la publicación de la primera parte del *Quijote*, aparece la segunda mejor obra de Cervantes: las *Novelas ejemplares*, que tuvieron más éxito en su época incluso que el mismo *Quijote*. En la imagen, portada de las *Novelas ejemplares* en su primera edición de 1613.

Las dos que más han atraído los elogios de la crítica y más famosas se han hecho son *Rinconete y Cortadillo* y *El coloquio de los perros*. La primera tiene ribetes de una novela picaresca, en la que dos golfillos se juntan en una venta de La Mancha para hacer su viaje iniciático a Sevilla donde se sumergen en el mundo del hampa. La mayor parte de su acción transcurre en el patio de Monipodio, un hombre ya maduro que es el jefe y árbitro de toda la «familia» de menesterosos que se

buscan la vida como pueden dentro del numeroso mundo de la delincuencia sevillana. Cervantes hace aquí un retrato admirable por su realismo y veracidad de los personajes del submundo de ladrones y prostitutas de la misma Sevilla que él conoció. La jerga delictiva, los ritos iniciáticos de la cofradía rufianesca, la observancia de sus códigos morales, la devoción religiosa, que no es incompatible con la delincuencia (los viernes no se roba y los sábados no se puede fornicar con mujer que se llame María), son muchos de los rasgos más deliciosos de esta novela incomparable.

En *El coloquio de los perros*, dos perros llamados Cipión y Berganza reciben el don de poder hablar como humanos durante una noche y la emplean en contarse sus vidas. El diálogo es una verdadera obra maestra, por su fina observación, por los tan diversos trances que en él se relatan, por la fina ironía crítica social que rezuma e incluso por el carácter psicológico de sus protagonistas: Cipión, discreto y reflexivo, siempre con máximas y consejos sacados de citas de sabios de la antigüedad, y Berganza, parlanchín, bonachón y gracioso, que relata sus desventuras con mucha desenvoltura y gracia. Serían, por sus contrastes antagónicos pero complementarios, dos personajes un poco equivalentes a don Quijote y Sancho.

El nombre de «ejemplares» ha sido objeto de gran controversia por parte de los especialistas, pues no se ponen de acuerdo en a qué se refería exactamente Cervantes con este título. Aunque él lo diga bien claro en su prólogo: «Heles dado el nombre de "ejemplares", y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso».

Además de la colección de sus novelas cortas, Cervantes estaba dejando listo para la imprenta el *Viaje del Parnaso*, que verá la luz en 1614. Se trata de un poema alegórico de tres mil versos en el que narra de manera burlesca su viaje al Parnaso desde Cartagena, guiado por Mercurio, y su comparecencia ante Apolo acompañado de un tropel de buenos poetas, entre los que figuran Góngora y Quevedo, convocados para combatir al enjambre de poetas malos que pretenden asaltar el Parnaso. Rociado por Morfeo con un licor soporífero, nuestro héroe se duerme para despertar en Nápoles, donde se han dado grandes fiestas por orden del virrey. Por desgracia, esa etapa napolitana no fue más que un sueño, y es en Madrid, en su lóbrega posada de la calle de las Huertas donde Miguel se despierta.

El *Quijote de Avellaneda*, un plagio que hará historia

El éxito tan fulgurante de la primera parte de la historia de don Quijote pedía a gritos una segunda parte, y el primero en reclamarla era el editor Francisco de Robles, ávido de volver a ganar tanto dinero como ganó con la primera parte. Sin embargo, el que menos prisas parecía tener era el mismo Cervantes, imbuido como estaba en nuevos proyectos que se le amontonaban unos con otros. Una vez terminadas sus *Novelas ejemplares*, su *Viaje del Parnaso* y sus *Ocho comedias y ocho entremeses*, parece que Cervantes tomó papel y pluma para volver a hacer cabalgar a don Quijote, mientras lo alternaba con la que, según él, iba a ser su mejor creación de todas, el *Persiles*. En esto estaba nuestro escritor cuando, en septiembre de 1614, ya casi acabada la segunda parte de su novela más universal, al llegar al capítulo LVIII, un hecho inesperado alteró todo el proyecto inicial. Al sin par don Quijote le había salido un hermano bastardo. Alguien se le había adelantado y había publicado la segunda parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. ¿Su autor? Escondido tras la máscara de un seudónimo: Alonso Fernández de Avellaneda.

SEGVNDO
TOMO DEL
INGENIOSO HIDALGO
DON QVIXOTE DE LA MANCHA,
que contiene su tercera salida: y es la
quinta parte de sus auenturas.
Compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de Auellaneda, natural de la Villa de Tordesillas.
Al Alcalde, Regidores, y hidalgos, de la noble villa del Argamesilla, patria feliz del hidalgo Caualiero Don Quixote de la Mancha.
Con Licencia, En Tarragona en casa de Felipe Roberto, Año 1614.

Portada del *Quijote de Avellaneda*. Nunca se ha descubierto todavía quién se escondía tras el seudónimo del licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, si es que era un pseudónimo. Lo que sí es seguro es que su prólogo, en el que se ataca duramente a Cervantes, fue, o bien escrito, o bien dictado por el mismo Lope de Vega.

Suponemos que Cervantes debió recibir la noticia de que le habían plagiado como una puñalada por la espalda, y más, con la incertidumbre de no saber de quién se trataba. En esta época no existían leyes contra el plagio, por lo que Cervantes no podía resolver el caso en los tribunales, como se haría hoy en día. Sólo le quedaba agudizar el ingenio más aún de lo que estaba habituado, y el resultado

no pudo ser más brillante, ni su respuesta más elegante, como no podía ser de otra manera tratándose de él. Porque el tal Avellaneda no sólo se limitó a reescribir el *Quijote* auténtico, sino que en su prólogo arremete contra Cervantes de una forma hiriente y cruel. Sin duda Avellaneda conocía bien a Cervantes y le tenía un odio cerval.

¿Quién se escondía tras el pseudónimo de Avellaneda? Esa es la pregunta que durante estos cuatro últimos siglos todos los especialistas se hacen, sin que hasta el momento hayan recibido ninguna respuesta satisfactoria. En los esfuerzos por averiguar la verdadera personalidad del impostor durante todo este tiempo, se ha querido ver a hombres de letras como Mateo Alemán, Bartolomé Leonardo de Argensola, Guillén de Castro, Tirso de Molina, Suárez de Figueroa, y, por supuesto, Lope de Vega, quien de hecho bien pudo escribir el prólogo insultante. También se ha querido ver la mano de un gran señor, como el duque de Sessa, amigo y protector de Lope; un religioso, como a Juan Blanco de Paz, el dominico que acusó a Cervantes de sodomita en Argel, o fray Luis de Aliaga, el confesor del rey. Por boca de don Quijote, el auténtico, el mismo Cervantes nos da una pista al decir que su plagiador debía de ser aragonés, ya que «tal vez escribe sin artículos». Por la cantidad de citas religiosas en latín eclesiástico, las alabanzas a la vida conventual y las alusiones repetidas a la devoción al rosario, más parece tratarse de un clérigo que de un lego, aunque podría tratarse de clérigo y escritor a la vez. El cervantista Martín de Riquer nos ha puesto sobre la pista de un sospechoso que tiene muchas posibilidades: Jerónimo de Pasamonte. Soldado y escritor que inspiró a Cervantes el personaje del galeote Ginés de Pasamonte que libera don Quijote de la cuerda de presos que se dirigen a las galeras. De origen aragonés, según de Riquer, este habría puesto su pluma al servicio de Lope para cometer tamaña venganza. De hecho, el personaje de Ginés de Pasamonte reaparece en la segunda parte del *Quijote* bajo los rasgos de Maese Pedro, el titiritero al que don Quijote destroza sus marionetas.

Avellaneda nunca logró su propósito, el de eclipsar las figuras creadas por Cervantes de don Quijote y Sancho Panza, los auténticos, pues en su novela estos no alcanzan a los otros ni en dignidad, ni en realismo, ni en gracia, ni en trascendencia; no son más que unos monigotes irrisorios que incluso ensalzan más a los auténticos, a los creados por el verdadero genio, con lo que aún le hizo un favor a Cervantes. Es como si las *Meninas* hubieran sido copiadas por un pintorucho de segunda categoría; tendríamos siempre el punto de comparación entre lo mediocre y cotidiano y lo excelso y sobrenatural. Una obra vulgar que refleja la personalidad mediocre también de quien la creó, especialmente en su insolente prólogo, en el que arremete contra Cervantes de forma totalmente gratuita, diciendo que es tan viejo como el castillo de San Cervantes, haciendo referencia seguramente al de San Servando, en Toledo. Le tilda de amargado y malhumorado, pues «todo y todos le enfadan», dando así su explicación de por qué Cervantes no encontró a ningún poeta amigo que quisiera ilustrar los preliminares del primer *Quijote* con sus versos.

¿Cuál va a ser la respuesta de Cervantes a estos ataques en el prólogo de la segunda parte auténtica? En primer lugar con un absoluto desprecio a las burdas palabras del mezquino impostor. Él sabe con la impaciencia que el atacante espera su réplica, pues no le va a dar ese gusto:

> ¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganza, riñas y vituperios del segundo «don Quijote», digo, de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona[11]! Pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido, pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma y allá se lo haya.
>
> D. Q. II, Prólogo

Convendrán los lectores conmigo en que Cervantes no puede ser más elegante y señor en su respuesta. Lo único que le va a reprochar a continuación son sus insultos personales, como no podía ser de otra manera:

> Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; [...] y hace de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.
>
> D. Q. II, Prólogo

Estas palabras de Cervantes ante un enemigo tan implacable denotan

inteligencia, sabiduría de la vida, templanza y un espíritu mesurado, humano y de buena ley, lo que le hizo estar en inmejorables condiciones para crear la segunda parte de su *Quijote* que, para todos los grandes críticos de la novela, supera a la primera, dándole ese carácter de inmortalidad que va a tener para siempre.

La segunda parte del *Quijote* cambiará sutilmente su título, en lugar de *Las aventuras del ingenioso Hidalgo*, como se había titulado la primera, ahora se va a llamar *Las aventuras del ingenioso caballero* para distinguirse del apócrifo *Quijote de Avellaneda*. Una más de tantas cosas que Cervantes tuvo que cambiar o reinventar a última hora para distanciarse visiblemente de su plagiador.

SEGVNDA PARTE
DEL INGENIOSO
CAVALLERO DON
QVIXOTE DE LA
MANCHA.
Por Miguel de Cervantes Saauedra, autor de su primera parte.
Dirigida a don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalua, Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su Magestad, Comendador de la Encomienda de Peñafiel, y la Zarça de la Orden de Alcantara, Virrey, Gouernador, y Capitan General del Reyno de Napoles, y Presidente del supremo Consejo de Italia.
Año 1615
CON PRIVILEGIO.
En Madrid, Por Iuan de la Cuesta.
A costa de Francisco de Robles, Librero del Rey N.S.

Portada de la segunda parte del *Quijote*, nótese el sutil cambio en el título con respecto a la primera: don Quijote ha dejado de ser el «ingenioso hidalgo» para convertirse en el «ingenioso caballero». Este cambio del título de la novela se debe a que Cervantes quería dejar claro desde el principio que su segunda parte era la buena, la real, en contraposición a la versión de Avellaneda. Pero también podemos conjeturar que el autor ha decidido elevar el rango y dignidad de su personaje, al hacerle caballero. Junto a la portada, grabado del conde de Lemos, el gran mecenas al que va dedicada la segunda parte del *Quijote*.

Una de las genialidades que se ofrecen en este nuevo *Quijote* precisamente va a ser que en él no sólo aparezca mencionado el de su imitador, sino incluso alguno de sus personajes aparezcan también departiendo con don Quijote, el auténtico, como por ejemplo don Álvaro Tarfe, a quien el caballero manchego le hace certificar que ha sido engañado por el otro don Quijote, el malo, pues él y no otro es el único don Quijote. Este recurso tan ingenioso es de una modernidad asombrosa tratándose de un escritor del siglo XVI. Es en estos detalles donde mejor se aprecia el genio universal que ha supuesto el *Quijote* y, por supuesto el de su autor. Como moderna fue también la ocurrencia de Cervantes de mencionar el éxito de su primer *Quijote* en esta segunda parte, la que da comienzo con un nuevo personaje, el bachiller Sansón Carrasco, que vuelve de vacaciones desde Salamanca a su pueblo manchego y le cuenta a don Quijote la enorme fama que está recorriendo su nombre por todo el mundo. A lo largo de la novela, don Quijote y Sancho no dan un paso sin ser reconocidos y señalados por los personajes secundarios, lo que le da un toque de realismo, al introducir la novela auténtica y la fama cosechada por el *Quijote* dentro de la novela de ficción, provocando ese estrecho umbral entre ficción y realidad, que sigue siendo su principal *leitmotiv*, pero que si en la primera parte era una cuestión que sólo atañía a sus protagonistas, en esta segunda parte empieza a atañernos incluso a los lectores, al hacernos también engañosos a nuestros ojos lo qué es ficción y lo qué es realidad. Funcionando la narración en clave de ese juego tan barroco como es el de la novela dentro de la novela, o en el caso de la pintura, en Las Meninas, el cuadro dentro del cuadro.

En esta segunda parte, don Quijote y Sancho van a acaparar el protagonismo absoluto, sin novelas intercaladas ajenas al hilo conductor de la trama principal. Y los personajes secundarios, como los duques que les alojan en su palacio, han leído las aventuras de don Quijote en la primera parte, y por eso pretenden hacer escarnio de él para pasar el rato, haciéndose una vez más difícil de saber si estos personajes son de ficción o son reales. Así también adquieren mayor protagonismo Cide Hamete Benengeli, el supuesto autor del manuscrito encontrado por Cervantes como coartada para iniciar su relato, y el morisco que traduce del árabe al castellano la obra de Benengeli, haciéndole visible al lector el proceso de construcción y transmisión de la narración. El conflicto entre el ser y el parecer, entre la verdad, el simulacro y la mentira ocupa toda esta segunda parte. «Ahora don Quijote ya no comete locuras como en la primera parte, sino que se va a comportar como un hombre razonable, sensato y discreto, y Sancho pasa de ser un criado bobo que se expresa sólo con refranes, a mostrar una inteligencia práctica y un sentido común notables», comenta Domingo Ródenas en su «Estudio introductorio» (*Don Quijote de la Mancha*, Editorial Gredos). Ambos van a ir evolucionando a lo largo de la novela, lo que les da un componente realista y coherente,

una vida propia que ningún personaje de ficción había tenido nunca hasta entonces.

Al final de la primera parte del *Quijote* se anunciaba una tercera salida hacia Zaragoza, pero como en el de Avellaneda los héroes cervantinos se dirigen efectivamente a la capital aragonesa, Cervantes va a cambiar a última hora el itinerario de sus protagonistas, haciéndoles dirigir sus pasos a Barcelona en lugar de a Zaragoza. Según Domingo Ródenas, en su «Estudio introductorio»:

> Estas decisiones técnicas y el modo en que las ejecutó Cervantes hicieron de esta segunda parte del *Quijote* una obra genial y sin precedentes, por lo que se puede considerar el modelo de la novela moderna, a un tiempo imagen de la realidad, exploración de la naturaleza humana y reflexión sobre la literatura.

Para evitar la tentación de que alguien más le pudiera usurpar la única paternidad que Cervantes tenía sobre su don Quijote, se veía en la obligación de poner el punto y final a la historia definitivamente en esta segunda parte. Así, don Quijote, tras su derrota en un torneo contra el caballero de la Blanca Luna, que no es otro que Sansón Carrasco disfrazado, en las playas de Barcelona tiene que someterse como caballero derrotado a los deseos de su contrincante, que le exige que abandone el mundo de la caballería y se vuelva a su aldea para vivir una vida tranquila. Esta exigencia supone la muerte de don Quijote y de su personaje, tanto a nivel simbólico literario, pues don Quijote deja de tener sentido si no es dentro de su locura caballeresca, como físico, pues como persona que sólo vive para ejercer esa «profesión», si se la quitan, le quitan con ello la vida. Así que de esta manera tan coherente, Cervantes pone el broche final de su gran obra con el abandono de su personaje de la actividad que le ha llevado a protagonizar todos los episodios de la novela, consecuentemente, con la recuperación de la cordura, y también de forma verosímil, con su propia muerte física

«Puesto ya el pie en el estribo»

Tras la publicación de la segunda parte del *Quijote* en diciembre de 1615, a Cervantes ya le quedaban pocos meses de vida, cosa que él mismo debía de intuir. A pesar de tan sonados éxitos literarios incluso a nivel internacional, nuestro escritor sigue llevando una vida poco regalada desde el punto de vista económico, como se desprende de la aprobación del licenciado Márquez Torres de la segunda parte del *Quijote*, donde cuenta la visita que le hicieron unos embajadores franceses que habían venido a la Corte a negociar las bodas de Luis XIII de Francia con Ana de Austria, hija de Felipe III y madre del futuro Luis XIV, el Rey Sol, y que no querían perderse por nada del mundo la visita a aquel insigne escritor español que estaba tan de moda en su país:

> Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halléme obligado a decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, a que uno respondió estas formales palabras: «Pues, ¿a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?». Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo: «Si necesidad le ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo».
>
> D. Q. II, Censura de Márquez Torres

En otoño de ese mismo año de 1615, tras vender el manuscrito de la segunda parte del *Quijote* a Robles, su editor, Cervantes se traslada a vivir a su última morada en este mundo, la casa que hacía y hace esquina de la calle del León con la antigua calle Francos, hoy día, Cervantes. Aquí terminará su última obra, un proyecto antiguo, largamente acariciado, y muchas veces dejado por las exigencias de otras obras: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, una «historia septentrional» como él la llamará, y que según su propio criterio, iba a ser la culminación artística de toda su carrera como escritor, otorgándole mucho mayor peso y categoría que incluso a su *Quijote*. Lo que hoy en día nos parece incomprensible, no responde más que a diferentes criterios y gustos de distintas épocas. Lo que más se valoraba en época de Cervantes, la erudición clásica, la mitología mezclada con historias de amor complicadísimas, no es lo que hoy día valoramos y comprendemos. Por algo, hasta el siglo XVIII, las obras más valoradas de Cervantes fueron las *Novelas ejemplares* y el *Persiles*, incluso por él mismo como hijo de su época que era. Es coherente que el *Quijote* comience a tomar la dimensión que toma desde el siglo XVIII y muy especialmente el XIX, cuando los parámetros sociales, por el devenir de la historia y por tanto los gustos también, empiezan a cambiar, acercándose a los del siglo XX. Y es que el *Quijote* tuvo que esperar a «nuestra época» para ser valorado en su justa medida.

Última morada de Miguel de Cervantes, a donde se trasladó a vivir con su mujer y su sobrina Constanza, hasta su muerte, acaecida pocos meses más tarde, el 22 de abril de 1616. La placa sobre el portal de la casa, situada en la esquina de las madrileñas calles del León con Cervantes, recuerda que en ese lugar estaba la casa donde vivió Cervantes, no es la misma de hoy en día.

«Por feliz que se sintiese al saberse leído en toda Europa –nos dice Canavaggio–, sin duda debió de experimentar algún malestar secreto en deber su fama a las hazañas burlescas de un loco». Sin duda Cervantes, antes de rendir su último tributo a la parca, quería enmendar este sentimiento de frustración dando a la imprenta una obra que él consideraba de un género más noble y respetado: una epopeya en verso, «para dar a la estampa al gran *Persiles*, con que mi nombre y obras multiplique».

En su *Persiles* Miguel quiso emular la novela griega del siglo III, muy estimada según los cánones estéticos de su época, aunque hoy día totalmente desconocidas excepto para los muy eruditos. Se trataba de hacer un poema épico con tintes realistas dentro de lo que cabe, diferenciándose así de las novelas de caballería que se salían absurdamente de la realidad.

William Shakespeare y Miguel de Cervantes, los dos pilares de la literatura universal. Se ha querido coincidir en el mismo día la muerte de los dos más grandes escritores de su época, si bien Cervantes murió el 22 de abril y Shakespeare el 23. Aunque Cervantes murió el 22, se registró su muerte ya en el día 23. Pero es que aun así, no fue exactamente el mismo día el de la muerte de los dos genios, pues en Inglaterra aún no se había adoptado el nuevo calendario gregoriano que ya regía en España cuando muere Cervantes, por lo que entre el 23 de abril español y el 23 de abril inglés de aquella época existía un desfase de diez días. Por lo que Shakespeare, en realidad, murió el 3 de mayo de nuestro calendario, eso sí, del mismo año. En la imagen dos retratos: *El retrato Chandós*, atribuido a John Taylor que es el retrato más verosímil de Shakespeare y se encuentra en la National Portrait Gallery de Londres; y, *El retrato de Cervantes*, atribuido a Juan de Jáuregui, y se encuentra en la Real Academia Española, Madrid.

Miguel llega a tiempo para terminar su «obra cumbre». Hasta el mismo final de su vida sigue escribiendo, y en su admirable dedicatoria al conde de Lemos del *Persiles*, escrita dos días antes de su muerte, acaecida el 22 de abril de 1616, aunque su registro está fechado el 23, como si no se resignara a no seguir contándonos todo cuanto tenía que contar, como si quisiera pedir una prórroga a la de la guadaña, aún nos promete un sinfín de obras más por terminar: la eterna segunda parte de la *Galatea*, *El engaño de los ojos*, *El famoso Bernardo*, sin duda un poema épico inspirado en las hazañas de Bernardo del Carpio, *Las semanas del jardín*... Todas ellas inexistentes, pues por mucha voluntad que tuviera aún de escribir, el tiempo se le había acabado.

Portada de Los trabajos de Persiles y Sigismunda, la obra póstuma de Cervantes, quien la consideraba como su mejor creación, muy por encima del Quijote.

Como colofón y final de este libro que narra la azarosa vida de Miguel de Cervantes Saavedra, aquel que puso en letra, blanco sobre negro, las hazañas de uno de los personajes más míticos de toda la literatura universal, iniciando lo que se ha dado en llamar la novela moderna, aquel que se ha alzado en la cúspide de las letras castellanas, querría dejar las últimas palabras de este relato a su protagonista, para despedirse, como lo hizo él mismo de su gran protector y mecenas al tiempo que se despedía de la vida hace cuatrocientos años:

Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan:

Puesto ya el pie en el estribo,

Quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, ésta te escribo,

Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies a vuesa Excelencia; que podría ser fuese tanto el contento de ver a vuesa Excelencia bueno en España, que me volviese a dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa vuesa Excelencia este mi deseo...

Y ya en el prólogo, dictado de un tirón el miércoles 20 de abril y dirigido a su público lector, lúcido hasta el último momento de su vida, como lúcido fue en toda ella, concluye con estas palabras que fueron las últimas:

Mi vida se va acabando y al paso de las efemérides de mis pulsos, que a más tardar, acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos: que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida.

[10] Aquí Cervantes utiliza el término «novela» en el sentido de novela corta o cuento, como en francés o italiano, no en el sentido de «novela» que tiene en castellano.

[11] El *Quijote de Avellaneda* es fraude y mentira en todo, hasta en el lugar que dice que fue publicado, Tarragona, pues en realidad se publicó en Barcelona.

Epílogo
En busca de Miguel de Cervantes cuatrocientos años después

En los registros de la iglesia de san Sebastián, su parroquia, se consigna que Miguel de Cervantes fue enterrado en el convento de la orden Trinitaria, misma orden que lo sacó del infierno de Argel, y a la cual estará el célebre escritor eternamente agradecido. Fue inhumado según la regla de la Orden Tercera, de la cual era miembro desde 1613, con el rostro descubierto y vestido con el sayal de los franciscanos.

Placa conmemorativa en recuerdo del insigne escritor que yace enterrado en este convento de la Orden Trinitaria que aún hoy se conserva en Madrid, en la calle Lope de Vega, a escasos metros de donde estaba la casa donde Cervantes entregó su alma.

Se da la circunstancia, como pocas, que este dicho convento, hoy de monjas trinitarias, en la calle de Lope de Vega del barrio de las Letras de Madrid, todavía existe, casi tal y como en la época en la que fue enterrado Cervantes. No es como en otras ocasiones en las que se han intentado encontrar los restos de algún insigne personaje histórico que se sabía que había sido enterrado en alguna iglesia o convento que fuera destruido hace por lo menos un siglo, y donde la evolución del urbanismo ha removido y alterado totalmente la fisonomía de aquel tiempo. No, en el caso de Miguel de Cervantes, autor del *Quijote*, el más grande de nuestros escritores de toda la historia, se ha sabido siempre que estaba enterrado en aquel convento hoy día todavía de clausura, incluso una placa conmemorativa de 1870 que da a la calle nos recuerda que Cervantes está ahí enterrado. El problema es que, como persona no noble que era, no tenía una tumba señalada con efigie de mármol; se sabía que estaría enterrado en algún lugar del subsuelo, en la cripta del convento y poco más. Lo más curioso de toda esta historia es que, teniendo la talla que tiene Cervantes, que no es un cualquiera, para la historia de la literatura española, a nadie se le hubiese ocurrido en cuatrocientos años buscar sus restos. Restos que, con los avances tecnológicos de hoy en día, nos hubiesen dado más información sobre el personaje que toda la documentación hallada hasta la fecha. ¿No se monta toda una teoría científica sobre el origen del hombre con tan sólo un diente fósil que se halle en cualquier parte del mundo? Pues con más razón se podría avanzar en la reconstrucción de este oscuro personaje y de todas las circunstancias que le rodearon en vida. Si se hubiera hallado el cráneo y los huesos de nuestro ilustre escritor, incluso se hubiera podido hacer una reconstrucción de su aspecto y se hubiera podido llegar a componer su rostro para que viéramos cómo era.

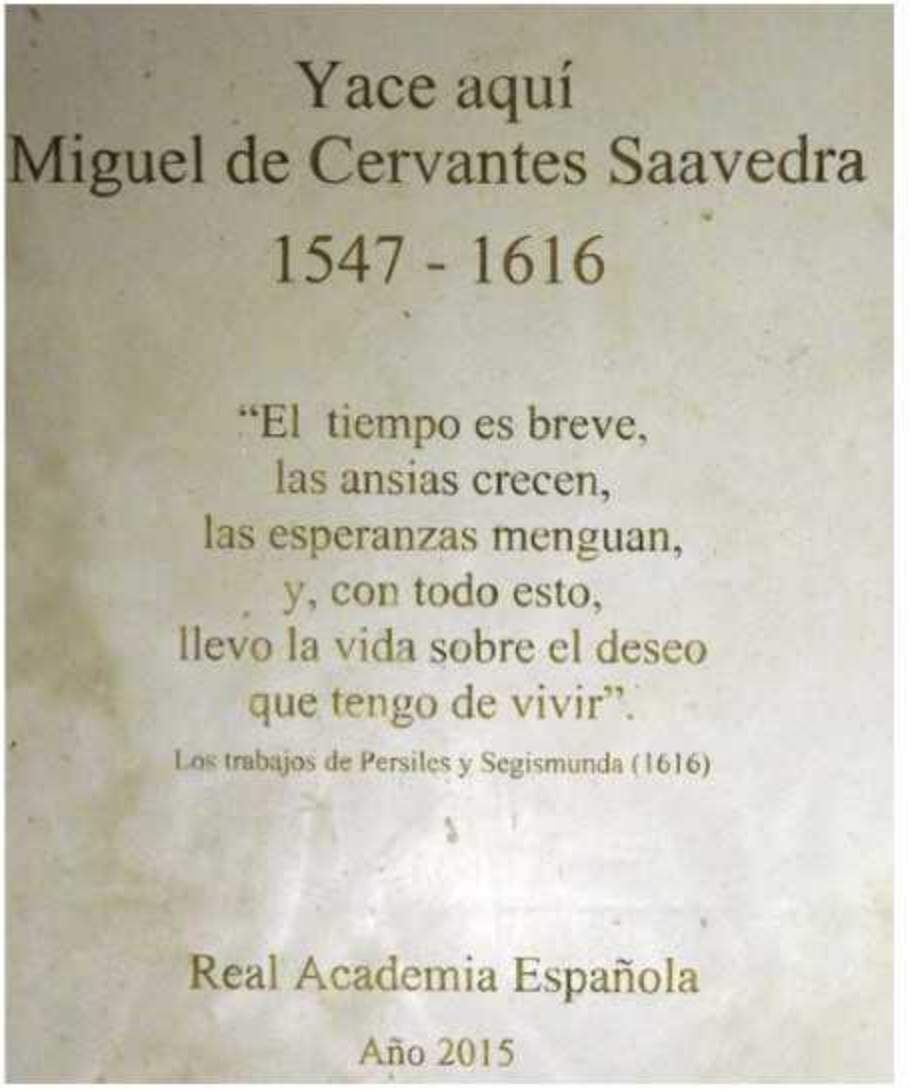
Pues esta gran idea de buscar a Cervantes en el convento de las Trinitarias que a nadie se le había ocurrido hasta la fecha fue advertida, precisamente por su originalidad, por el historiador Fernando Prado y Pardo Manuel de Villena, que pensó que con la ayuda de un georradar se podría explorar el subsuelo de la cripta sin tener que abrir ninguna zanja, a menos que la exploración diera como resultado, sin ningún género de dudas, con la tumba de Cervantes. El proyecto era fantástico y de fácil y no muy costosa producción y los resultados que pudieran conseguirse merecían a todas luces la pena. ¿No tienen las grandes naciones civilizadas como meca las tumbas de sus héroes literarios? Gran Bretaña la de Shakespeare, Italia la del Dante, aunque su cuerpo no se halle en la tumba que se venera, etc. ¿Por qué nosotros íbamos a ser menos?

Tras largas y tediosas luchas con la administración de todo tipo para que le financiaran su proyecto, las cuales duraron varios años (nadie le tomó en serio), Fernando, cual de un Quijote se tratara, no se desanimó y siguió luchando contra molinos de viento. Incluso llegó a proponer el proyecto a inversores internacionales, inversores que, en el último momento se echaron atrás por no entender cómo en España nadie se interesaba por su gran escritor. Obviamente no conocían España.

Finalmente, en 2014, el ayuntamiento de Madrid aprobó una partida exigua de

dinero para iniciar las prospecciones en la cripta del convento con el georradar. Entonces la noticia saltó a la prensa y de repente nadie hablaba de otra cosa más que del proyecto de desenterrar a Cervantes.

El problema surgió cuando el historiador del equipo de arqueólogos que empezaron a buscar en la cripta, F. J. Marín Perellón halló un documento del siglo xvii en el archivo del convento de las Trinitarias que revelaba un dato que no sabíamos: hacia 1630, las monjas del convento hicieron una reducción de huesos con todos los restos de las personas enterradas ahí, incluidos Miguel de Cervantes y su esposa Catalina de Salazar, que también fue enterrada años después de la muerte de su esposo. Por lo que lo único que se encontró al final fue un maremágnum de huesos, un *totum revolutum* entre los que sin duda se encuentran los de Cervantes, pero mezclados con innumerables restos de hasta diecisiete personas más. Se dijo que para poder reconstruir los huesos que eran de Cervantes se podrían cotejar sus huesos con los de su hermana Luisa, enterrada en el convento de las Carmelitas Descalzas de Alcalá de Henares, donde profesó toda su vida, por el método del ADN. Pero también aquí, la cripta fue saqueada y dispersados los huesos en la Guerra Civil, por lo que el puzle de huesos para cotejar, entre todos los de las Trinitarias más todos los del convento de las Carmelitas de Alcalá, era demasiado complicado y caro para poder realizarse.



Lápida funeraria recién puesta en el nicho donde se han depositado algunos de los restos de Miguel de Cervantes, junto con otros muchos hallados de personas anónimas, en el interior del templo del convento de las Trinitarias de Madrid.

Con todo, en junio de 2015, Miguel de Cervantes Saavedra fue enterrado nuevamente en el convento de las Trinitarias con todos los honores militares y de una personalidad de estado, pues no hay que olvidar que don Miguel fue también soldado además de escritor de éxito, reuniendo parte de aquellos huesos encontrados y almacenados tras una sencilla lápida de mármol blanco donde se recuerda que ahí reposan los restos del escritor del *Quijote*, de las *Novelas ejemplares*, del

Persiles y *Sigismunda*, etcétera. Nunca es tarde si la dicha es buena, y Cervantes se merecía este reconocimiento.

Bibliografía

ALCALÁ, Ángel. *El mundo converso en la literatura y mística del Siglo de Oro*. Disponible en: http://www.raco.cat/index.php/Manuscrits/article/viewFile/23201/92576

ALLEN, John Jay. *Introducción a Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes*. Madrid: Cátedra, 1995.

ÁLVAREZ, J. C. *La disputada cuna de Cervantes*. Alcalá de Henares: Ediciones Bornova, 2005.

ASTRANA MARÍN, Luis. *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes*. Reus: Instituto Editorial, 1948-58 (7 vols.). Disponible en: www.biblioteca.org.ar/libros/89186.pdf

AYALA, Francisco. *La invención del Quijote*. En: Presentación de *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes (ed. y notas de Francisco Rico). Madrid: RAE, Edición del IV Centenario, 2004.

BENNASSAR, Bartolomé y Lucile. *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*. Madrid: Nerea, 1989.

BLECUA, Alberto. *Introducción a Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes* (ed. notas e introducción de Alberto Blecua). Barcelona: Espasa Libros, 2015.

BRANDARIZ, César. *Cervantes decodificado*. Madrid: Mr-ediciones, 2005.

BRAUDEL, Fernand. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II (2 vols.)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

CANAVAGGIO, Jean. *Cervantes*. Barcelona: Espasa Libros, 2015.

—, *Los puntos controvertidos de la vida de Cervantes*. Disponible en: http://cvc.cervantes.es/literatura/cervantistas/encuentros/e_2004/e_2004_04.pdf

—, «Aproximación al proceso Ezpeleta». En: *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America*, 1997; vol. 17(n.º 1): 25-45. Reed. en *Cervantes entre vida y creación*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2000. p. 45-63.

—, *Don Quijote, del libro al mito*. Madrid: Espasa, 2006.

CASTRO, Américo. *El pensamiento de Cervantes*. Barcelona: Crítica, 1987.

—, *Cervantes y los casticismos españoles*. Madrid: Alianza Editorial, 1974.

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha* (ed. de Florencio Sevilla). Madrid: Alianza Editorial, 2012.

—, *Don Quijote de la Mancha*, Ed. de Alberto Blecua. Barcelona: Espasa Libros, 2015.

—, *Don Quijote de la Mancha* (ed. de John Jay Allen). Madrid: Cátedra, 1995.

—, *Don Quijote de la Mancha* (ed. de Francisco Rico). IV Centenario. Madrid: RAE, Asociación de Academias de la lengua española, 2004.

—, *Don Quijote de la Mancha* (ed. de Alberto Sánchez). Madrid: Gredos, 2015.

—, *Ocho novelas ejemplares* (ed. de José Montero Reguera). Barcelona: Debolsillo, 2002.

—, *Novelas ejemplares* (ed. de Frances Luttikhuizen). Barcelona: Planeta, 1994.

—, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (5.ª ed.) (ed. de Carlos Romero Muñoz). Madrid: Cátedra, 2004.

—, *Los tratos de Argel, La destrucción de Numancia, Ocho comedias y entremeses*. Madrid: Biblioteca Castro, 1993.

CLOSE, Anthony. *Cervantes: pensamiento, personalidad y cultura*. En: Presentación de *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes (ed. de Francisco Rico). Instituto Cervantes.

—, *La concepción romántica del Quijote*. Barcelona: Crítica, 2005.

COMBET, Louis. *Cervantes ou les incertitudes du désir. Une aproche structurale de l'oeuvre de Cervantès*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon, 1980.

DELEITO Y PIÑUELA, José. *La mala vida en la España de Felipe IV (3.ª ed.)*. Madrid: Alianza Editorial, 2014.

EISENBERG, Daniel. *La supuesta homosexualidad de Cervantes*. En: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes. Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/supuesta-ta-mosexualidad-lidad-vantes-o/html/ffd77c6e-82b1-

11df-acc7-002185ce6064_3.html#I_0_ml#I_0_

—, «Los trabajos del biógrafo cervantino». Disponible en: http://users.ipfw.edu/jehle/cervante/csa/articso3/eisenberg.pdf

ELLIOTT, John H. *La Europa dividida 1559-1598*. Madrid: Siglo XXI, 1981.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. *Felipe II y su tiempo*. Madrid: Espasa Calpe, 1998.

—, *Cervantes visto por un historiador*. Barcelona: Planeta de Agostini, 2007.

GARCÉS, M.ª Antonia. *Cervantes en Argel. Historia de un cautivo*. Madrid: Gredos, 2005.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (coord.). *Historia de España. Siglos* XVI y XVII. La España de los *Austrias*. Madrid: Cátedra, 2003.

GARCÍA LÓPEZ, Jorge. *Cervantes. La figura en el tapiz*. Barcelona: Pasado & Presente, 2015.

HAEDO, Diego de. *Topografía e historia general de Argel* (ed. Ignacio Bauer y Landauer) (3 vols.). Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1927-1929.

KAMEN, Henry. *La Inquisición española* (4.ª ed.). Barcelona: Crítica, 2015.

LÓPEZ-BARALT, Luce. *El tal de Shaibedraa*. Disponible en: http://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_eh/files/sitefiles/cer-van-volume2/me2/mcerv2.Lopez-Baral-t.pdf

LÓPEZ SERRANO, Alfredo. *Los cambios de siglo en la historia de España. El cambio del siglo XVI al siglo* XVII. Disponible en: http://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/12373/siglo-XVI_lope-z_2001.pdf?se-ce=1

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel. *Leer el «Quijote» en imágenes*. Madrid: Calambur, 2006.

LYNCH, John. *España bajo los Austrias (2 vols.)*. Barcelona: Península, 1982.

MACCRORY, Donald P. *No ordinary man. The life and times of Miguel de Cervantes*. Londres: Peter Owen, 2002.

MARÍN CEPEDA, Patricia. *Cervantes y la Corte de Felipe II. Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)*. Madrid: Polifemo, 2015.

MORALES PADRÓN, Francisco. *Historia de Sevilla. La ciudad del Quinientos* (2.ª ed.). Sevilla: Universidad de Sevilla, 1977.

PARKER, Geoffrey. *Felipe II. La biografía definitiva*. Barcelona: Planeta, 2010.

PEDRAZA, Felipe B. *Cervantes y Lope de Vega: historia de una enemistad y otros estudios cervantinos*. Barcelona: Octaedro, 2006.

Rey Hazas, Antonio. *Cervantes, la Corte y la política de Felipe II: Vida y Literatura*. Disponible en: https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/1408/16097_-X_Cer-tes.-pdf?quence=1ce=1

—, *Introducción a Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes*. Biblioteca Cervantes. Madrid: Alianza Editorial, 2012.

RIQUER, Martín de. *Para leer a Cervantes*. Barcelona: Acantilado, 2010.

—, «Cervantes y el *Quijote*». En: Presentación de *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes (ed. y notas de Francisco Rico). Madrid: RAE, Edición del IV Centenario, 2004.

RÓDENAS, Domingo. *Introducción a Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes*. Madrid: Gredos, 2015.

RODRÍGUEZ-SALGADO, María José. *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo, 1551-1559*. Barcelona: Crítica, 1992.

ROSA PIRAS, Pina. *La «Información en Argel» de Miguel de Cervantes: entre ficción y documento*. Alcalá de Henares: Biblioteca de Estudios Cervantinos, 2014.

ROSSI, Rosa. *Escuchar a Cervantes*. Valladolid: Ámbito Ediciones, 1988.

SÁNCHEZ, *Alberto. Nuevas orientaciones en el planteamiento de la biografía de Cervantes*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1995.

SOLA, Emilio y PEÑA, José F. de la. *Cervantes y la Berbería. Cervantes, mundo turco-berberisco y servicios secretos en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.

TRAPIELLO, Andrés, *Las vidas de Miguel de Cervantes*. Barcelona: Ediciones Folio, 2004.

VARGAS LLOSA, Mario. *«Una novela para el siglo XXI»*. En: *Presentación de Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes* (ed. y notas de Francisco Rico). Madrid: RAE, Edición del IV Centenario, 2004.

ZMANTAR, Françoise. *«Miguel de Cervantes y sus fantasmas de Argel»*. En: *Quimera*, 1980; n.º 2: 31-37.

WEBGRAFÍA

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

http://www.cervantesvirtual.com/

Proyecto Cervantes

http://cervantes.tamu.edu/V2/index.html

Miguel de Cervantes Saavedra

http://www.cervantesvirtual.com/bib/bib_autor/Cervantes/index.shtml

Tertulia literaria de Petrarca al e-mail

http://depetrarcaale-mail.blogspot.com.es/2013/07/la-rara-invencion-edward-c-riley.html

Centro de Estudios Cervantinos

http://www.centroestudioscervantinos.es/index.php?itm=2.1

Facsímil electrónico de la edición princeps. *Biblioteca Nacional de España*

http://quijote.bne.es/libro.html

Quijote Banco de Imágenes. *Centro de Estudios Cervantinos*

http://www.qbi2005.com

nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de...

CERVANTES

José Miguel Cabañas

Conozca a Miguel de Cervantes, autor del *Quijote* e inventor de la novela moderna. Acérquese a una obra que plantea aspectos de la vida del autor que sin duda le sorprenderán. La cautividad en Argel, sus encontronazos con Lope y su deseo de ser un gran autor de comedias, sus numerosos encarcelamientos, su huida a Roma. Un personaje complejo, pero con una grandeza humana que logra reflejar en su obra más afamada.

José Miguel Cabañas, con un escrupuloso rigor histórico y empleando las más recientes investigaciones, le descubrirá aspectos de la vida y la personalidad de un hombre que aún no están nada claros, pero que nos muestran un Cervantes distinto al que hasta ahora se nos había enseñado. Un hombre, que bien podría ser el protagonista de una novela de aventuras que parece que no se supo o no se quiso adaptar a los convencionalismos sociales y culturales de su época.

Breve historia de Cervantes le ayudará a acercarse al más grande autor literario en lengua castellana y uno de los más grandes de la literatura universal del que, sin embargo, bien poco sabemos y en cuya vida aún hay muchos misterios por resolver.

BREVE HISTORIA
www.BreveHistoria.com

Síganos en Facebook
www.facebook.com/brevehistoria

Visite la web y descargue fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temáticos y mucho más.